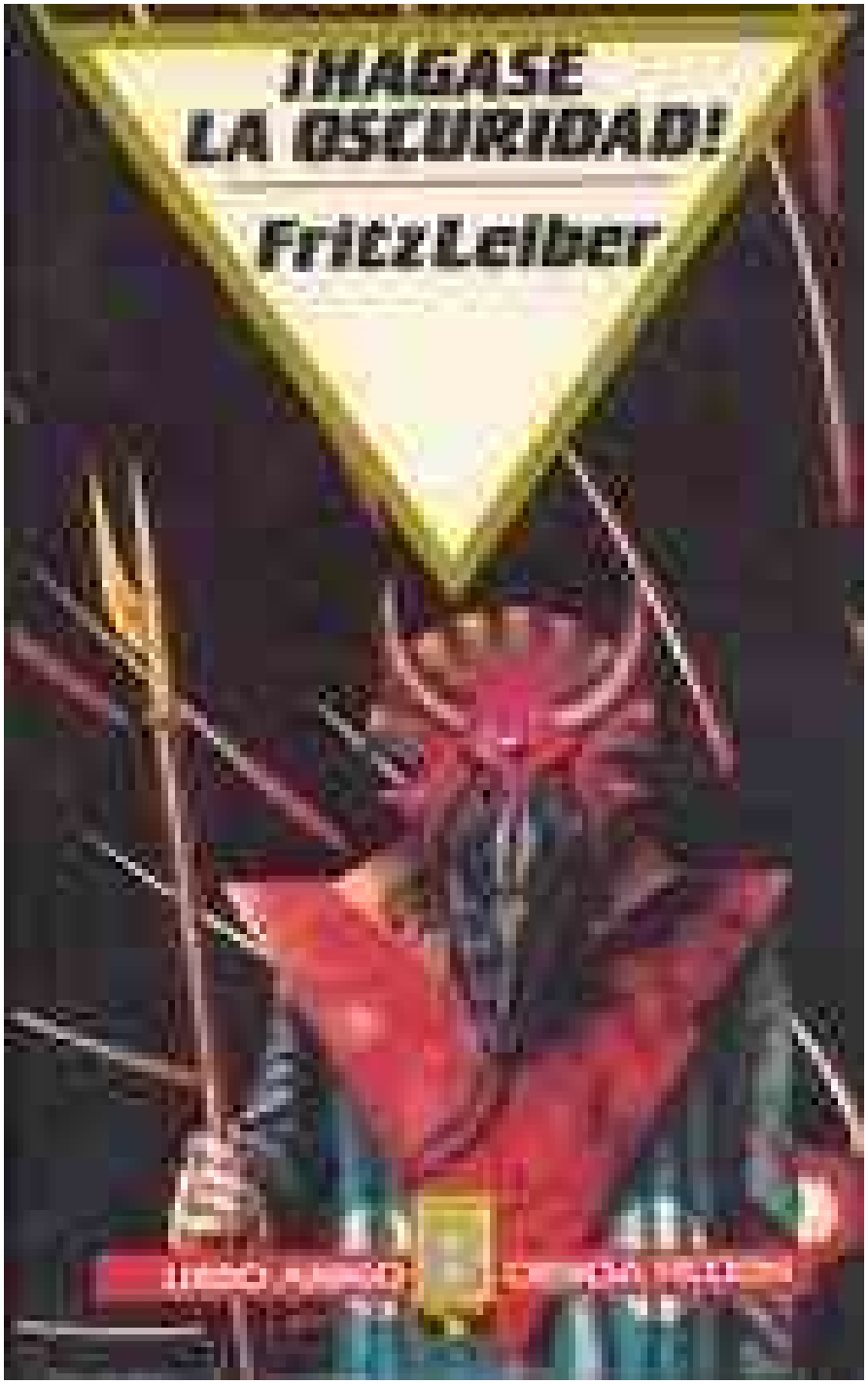
¡HÁGASE LA OSCURIDAD!
Fritz Leiber

¡Hágase la oscuridad!

Fritz Leiber

Título: ¡Hágase la oscuridad!
© 1943, Fritz Leiber
Título original: *A Time of Changes*
Traductor: Miquel Barceló
Editorial: Ediciones B S.A.
ISBN: 9788477354352

Reseña:

Después de la Edad de Oro y la catástrofe atómica, los científicos han creado una religión basada en la ciencia para dominar y esclavizar a la gente. Pero la rebelión acecha gracias a la Brujería que opone los poderes de Satanás a los del Gran Dios.

La segunda edad atómica amenazada por la Brujería.

1

El hermano Jarles, sacerdote del Primer Círculo Exterior, novicio en la Jerarquía, contuvo su agitada cólera y se esforzó en hacer de su cara una máscara, dirigida no sólo a los fieles —tal y como se enseñaba a todos los miembros de la Jerarquía —, sino también a sus hermanos sacerdotes.

Cualquier sacerdote que odiara a la Jerarquía tal y como él lo hacía durante esos terroríficos espasmos de rabia, debía de estar loco.

Pero los sacerdotes no podían enloquecer. No, a menos que la Jerarquía lo supiera, al igual que estaba informada de todo lo demás.

¿Quizás era un inadaptado? Pero a cada sacerdote se le había asignado su tarea con una precisión y un acierto increíbles; los menores aspectos de su personalidad eran evaluados con la misma minuciosidad que si se tratase de un experimento atómico. Un sacerdote no podía odiar su trabajo.

No. Debía de estar loco. Y la Jerarquía, cuyos designios eran impenetrables, prefería ocultarle este hecho.

O quizá, por el contrario, él tenía razón.

Al tiempo que le asaltaba esta idea turbadora, vio la Gran Plaza de Megatheopolis enturbiarse ante sus ojos. Los fieles se convirtieron en manchas indiferenciadas, al igual que los sacerdotes, diseminados entre la multitud, vestidos con sus túnicas escarlatas, coronadas por los óvalos rosados de sus caras bien alimentadas.

Mientras intentaba recobrar la compostura y la visión, se obligó a fijar la vista en la piedra que indicaba la fecha de construcción de un edificio recién acabado en el barrio de los fieles. La inscripción decía: «139 G.D.»

Para mantener la calma se refugió en los cálculos. El año 139 del Gran Dios es el año 206 de la Edad de Oro, pero las fechas de la Edad de Oro no se aceptaban oficialmente. También se trataba del año 360 de

la Era Atómica. Y también del año 2305 de la Civilización de la Aurora y —¿cómo se llamaba ese dios?— Jesucristo.

—¡Hamser Chohn, adepto del Quinto Sector! Avanza, hijo mío.

El hermano Jarles hizo una mueca de dolor. Cuando se sentía así, aquella voz aguda le resultaba insufrible. ¿Por qué le habían emparejado con el hermano Chulian? ¿Por qué, por otra parte, los sacerdotes nunca podían trabajar solos y siempre tenían que hacerlo en parejas?

Conocía la razón. Para que pudieran espiarse mutuamente e hiciesen detallados informes el uno del otro. Para que la Jerarquía pudiera saberlo todo.

Dio la vuelta mientras se esforzaba en todo momento para mantener su máscara de impasividad. Sus ojos evitaron automáticamente la cuarta cara en la hilera de fieles alineados ante él y el hermano Chulian.

El grueso sacerdote de ojos azules y fofas mejillas recién rasuradas consultaba las listas de trabajos. Estaban impresas en estilo primitivo para que pudieran ser comprendidas por los fieles que no conocían, ni debían conocer, las cintas de lectura. Realmente no había ninguna razón para el odio, especialmente contra el hermano Chulian. Tan sólo se trataba de un sacerdote del Segundo Círculo. Un bebé adiposo.

Pero se podía odiar a un bebe adiposo cuando éste ejercía sobre los fieles adultos los poderes de un maestro de escuela, de un director de conciencia y de padre.

La única ventaja: su trabajo que para Jarles resultaba tan odioso, pero que enorgullecía al hermano Chulian que éste deseaba hacerlo siempre todo él solo.

El sacerdote pequeño y obeso levantó la vista de las listas para mirar al adepto joven y robusto que retorcía nerviosamente un sombrero entre los dedos grandes y encallecidos y que de vez en cuando hacía una pausa para secarse una mano en la blusa de fabricación casera.

—Hijo mío —murmuró dulcemente—, trabajarás en las minas durante los próximos tres meses. Eso reducirá tu contribución a la Jerarquía a sólo la mitad de tu salario. Te presentaras aquí mismo, mañana al alba, ante el diácono. ¡Hamser Dom!

El joven laico tragó saliva, asintió dos veces con un movimiento de cabeza y se hizo a un lado rápidamente.

Jarles se encolerizó de nuevo. ¡Las minas! ¡Eso era todavía peor que

los campos e incluso que las carreteras! Con toda seguridad el joven lo sabía. Y a pesar de todo, al oírlo, pareció agradecido. La misma actitud servil que los libros antiguos atribuían siempre a los mansos animales domésticos de la raza Canis, ya extinta.

Jarles desvió la vista, tratando de evitar de nuevo aquella cara, ahora tercera en la fila. Era la de una mujer.

El sol poniente proyectaba largas sombras en la Gran Plaza. El gentío disminuía. Tan sólo los últimos miembros de algunos sectores esperaban todavía para oír lo que las listas de trabajos les tenía reservado. Aquí y allá, algunos fieles vestidos con ropas de faena, los hombres con toscos pantalones y las mujeres con pesadas faldas, reunían el resto de los productos artesanos que habían traído para vender o intercambiar, los cargaban a sus espaldas o en la de pequeños mulos robustos y se alejaban por las estrechas callejuelas del barrio de los fieles. Algunos se cubrían con sombreros de ala ancha de fieltro grueso. Otros ya se habían cubierto con la capucha, pese a que todavía no había llegado el frío de la noche.

Al mirar hacia el barrio de los fieles de Megatheopolis, Jarles recordó los cuadros que había visto de ciudades de la Edad Negra o de la Edad Media, o como sea que se llamara tal período de la Civilización de la Aurora. Había una única diferencia: las casas, que eran en su mayoría de un solo piso y sin ventanas, estaban cuidadas y limpias. Aunque era tan sólo un sacerdote del Primer Círculo, sabía que el parecido no era una coincidencia. La Jerarquía no toleraba coincidencias. Había una razón para todo.

Una vieja decrépita, vestida andrajosamente y con un sombrero puntiagudo, pasó cojeando. Los otros fieles se apartaban de ella.

—¡Madre Jujy! ¡Bruja! ¡Bruja! —gritó un muchacho.

El chico le lanzó una piedra y huyó, pero Jarles dirigió una ligera sonrisa a la vieja. Ella se la devolvió con un desagradable rictus de sus labios descarnados que dejó al descubierto sus encías sin dientes y que parecían unir la nariz afilada con el prominente mentón. Después siguió su camino, tanteando con el bastón en busca de puntos firmes en el pavimento alfombrado con guijarros.

En la otra dirección, Megatheopolis tenía, como por arte de magia, un aspecto totalmente diverso. Allí se alzaban los relucientes edificios del Santuario, dominados por la increíble estructura de la Catedral que presidía la Gran Plaza.

Jarles levantó los ojos hacia el Gran Dios, y por un momento sintió

que a través de su cólera se filtraba un poco de aquel mismo terror religioso que el gran ídolo había despertado en él cuando era tan sólo un niño, mucho antes de que superara las pruebas y empezara a aprender los secretos de los sacerdotes. ¿Podía el Gran Dios percibir su rabia blasfema, con sus enormes ojos penetrantes y ligeramente amenazantes? Era absurdo. Aquel temor supersticioso era indigno incluso de un novicio en la Jerarquía.

Sin el Gran Dios, la Catedral seguía siendo una construcción imponente con elevadas columnas y ventanas terminadas en punta y altas como pinos, pero donde uno esperaba encontrar un campanario o dos torres gemelas, se alzaba la figura del Gran Dios, la parte superior de una gran figura humana, terrible en su dignidad y serenidad que no contrastaba con la estructura que lo sustentaba, ya que los pliegues de sus ropas se convertían en las columnas de la Catedral que estaban construidas con el mismo plástico de color gris.

Aquella imagen dominaba Megatheopolis como un centauro. Apenas había una callejuela desde la que no se pudiera divisar aquel rostro, a la vez austero y benigno, rodeado por una incandescente aureola de luz azul.

Daba la impresión de que el Gran Dios escrutaba minuciosamente a todos los pigmeos que atravesaban la Gran Plaza, como si en cualquier momento pudiera tender la mano para coger uno y estudiarlo más de cerca.

¿Como si…? Todos los fieles sabían que no había ningún, «como si»; en absoluto.

Pero ante esta imponente figura, Jarles no sentía ni la gloria ni la grandeza de la Jerarquía, ni la gran fortuna de haber sido elegido para formar parte de ella. Por el contrario, su cólera se agudizaba e intensificaba, convirtiéndose en el insufrible recubrimiento de sus emociones, tan escarlata y opresiva como la túnica que llevaba.

—¡Sharlson Naurya!

Jarles sintió que se le encogía el corazón al oír pronunciar ese nombre al hermano Chulian. Había llegado el momento y comprendió que tendría que mirarla. No hacerlo sería una cobardía. Todos los sacerdotes novicios experimentaban gran dificultad antes de, finalmente, lograr romper los vínculos sentimentales que les unían a los fieles: a la familia, a los amigos y a los que eran algo más que simples amigos. Tenía que afrontar ese hecho: Naurya no debía significar ya nada para él.

Ni él para ella. Se dio cuenta de ello de repente, mientras giraba rápidamente la cabeza para mirarla a la cara. Ella no pareció reconocerle o darse cuenta de su presencia, aunque él seguía siendo el mismo, a excepción de la túnica y el cráneo rasurado. Tranquila e inmóvil esperaba, sin mostrar el nerviosismo servil de los hombres. Recogía cruzadas en el talle sus manos encallecidas por el telar. La cara pálida, en contraste con el cabello oscuro, no mostraba ninguna emoción o, quizá, la máscara de ella era más convincente que la del propio Jarles.

Había algo en su actitud: la forma en que echaba los hombros hacia atrás, la sospecha de una determinación secreta oculta en la profundidad de sus ojos verdes… Algo que superó su reacción de cólera y le alcanzó el corazón.

—Naurya, hijita —arrulló Chulian, dándose importancia—, tengo buenas noticias para ti. Te ha correspondido un gran honor. Durante los próximos seis meses servirás en el Santuario.

Ninguna alteración de su rostro dejó entrever su reacción, pero pasaron algunos segundos antes de que respondiera.

—Es un honor tan grande. No soy digna de ello. Un trabajo sagrado no es adecuado para una simple tejedora.

—Es cierto —dijo juiciosamente Chulian, mientras sacudía la rechoncha cabeza calva arriba y abajo—, pero la Jerarquía que puede ennoblecer a quien desee, incluso a los más humildes, te ha considerado digna de esta sagrada tarea, alégrate, hija mía. Alégrate…

—Pero sin embargo no soy digna. Lo siento en mi corazón. No puedo hacerlo —replicó la joven con voz reposada y grave.

—¿No puedes, hija mía? —la voz de Chulian se hizo, de repente, quejumbrosa y severa—. ¿Eso significa que «no quieres»?

Casi imperceptiblemente Naurya asintió. Tras ella, los fieles abrieron desmesuradamente los ojos y abandonaron sus gestos nerviosos.

La boca pequeña del hermano Chulian se crispó en un rictus y las listas de trabajos crujieron entre sus dedos cuando cerró el puño enguantado de rojo.

—¿Comprendes lo que estás haciendo, hija mía? ¿Comprendes que estás desobedeciendo una orden de la Jerarquía y del Gran Dios al que sirve la Jerarquía?

—Sé, que no soy digna. No puedo hacerlo.

Pero esta vez el signo de afirmación que hizo con la cabeza tenía

carácter definitivo. De nuevo Jarles sintió cómo se le encogía el corazón. Chulian se levantó de un salto del banco que compartía con él.

—¡Ningún fiel puede poner en duda las decisiones de la Jerarquía, porque son infalibles! Me parece notar en ti algo más que una simple testarudez, incluso algo más que una pecaminosa obstinación. Sólo hay un tipo de fiel que tema entrar en el Santuario cuando se le ordena hacerlo. Me huelo… ¡brujería! —añadió en tono dramático, golpeándose el pecho con la palma de la mano.

Inmediatamente, la túnica escarlata se hinchó a su alrededor. El efecto era a la vez grotesco y aterrador. Parecía una paloma escarlata pavoneándose. Por encima de su cabeza surgió un halo violeta.

Los rostros de los fieles palidecieron más aún, pero Naurya se limitó a sonreír ligeramente y sus ojos verdes parecieron atravesar a Chulian.

—Y una vez olida, es fácil de descubrir —continuó triunfal el pequeño sacerdote hinchado.

Dio un paso adelante. El hinchado guante escarlata cogió a la muchacha por el hombro y, aunque parecía que escasamente la tocara, Jarles vio cómo ella se mordía los labios a causa del dolor. El guante escarlata descendió un poco más y desgarró el grueso tejido que cubría a la joven, dejando al descubierto su hombro desnudo.

Tres manchas circulares destacaban en su piel blanca. Una de ellas era de un rojo intenso y las otras estaban adquiriendo rápidamente el mismo color.

A Jarles le pareció que Chulian dudaba un momento y contemplaba las marcas desconcertado, antes de recuperarse y gritar con voz aguda:

—¡Es una bruja! ¡He aquí la prueba!

Jarles se levantó con dificultad. El furor le provocaba arcadas y le producía náuseas. Se golpeó el pecho y notó al instante la presión uniforme que hinchaba su túnica en contacto con todos los puntos de su cuerpo, como un baño de cera tibia. De reojo contempló la fosforescencia de su halo y entonces dirigió su puño hacia el cuello de Chulian.

El golpe no pareció alcanzar su objetivo, pero Chulian cayó y dio dos vueltas sobre sí mismo. Durante la caída, su túnica se interponía entre el suelo y él como si estuviera dentro de un gran balón rojo.

Jarles se golpeó de nuevo el pecho. La túnica se volvió flácida y el halo desapareció. Y en ese momento, la ira estalló con violencia, arrancando la máscara de hipocresía de su rostro.

¡Que le destruyeran! ¡Que le excomulgaran, dejándole ciego y sordo! ¡Que le arrastraran entre gritos a las criptas del Santuario! La Jerarquía le había dejado enloquecer sin intervenir. Pues bien. ¡Tendrían una muestra de su locura!

Jarles saltó sobre el banco y levantó las manos para reclamar atención.

—¡Fieles de Megatheopolis!

Con ello detuvo un inicio de desbandada de pánico. Todos los ojos se volvieron hacia él con estupor. Aún no comprendían lo que había ocurrido. Pero cuando un sacerdote hablaba, todos escuchaban.

—Os han enseñado que la ignorancia es buena. ¡Yo os digo que es mala!

»Os han enseñado que no hay que pensar. ¡Yo os digo que es correcto hacerlo!

»Os han enseñado que vuestro destino es penar noche y día hasta romperos la espalda de fatiga y hasta que las manos se os llenen de ampollas y callos. ¡Yo os digo que el destino de todos los hombres es perseguir tiempos mejores!

»Habéis dejado que los sacerdotes dirijan vuestras vidas. ¡Yo os digo que tenéis que dirigirlas vosotros mismos!

»Creéis que los sacerdotes tienen poderes sobrenaturales. ¡Yo os digo que los poderes que poseen están al alcance de todos!

»Creéis que los sacerdotes son elegidos para servir al Gran Dios y transmitir sus órdenes. Pero, si hay algún Dios en alguna parte, cada uno de vosotros lo conoce, en el fondo de vuestro ignorante corazón, mucho mejor que el más poderoso de los arciprestes.

»Os han enseñado que el Gran Dios domina el universo, el cielo y la tierra. ¡Yo os digo que el Gran Dios es una simple invención, un fraude!

Aquellas frases, cortantes y agresivas, resonaban en las esquinas de la Gran Plaza como el restallar de un látigo y todos los ojos le contemplaban. No comprendían sus palabras, pero sabían que eran muy diferentes de las que siempre habían dicho los sacerdotes. Les aterrorizaban, pero al tiempo les fascinaban. Por todas partes, incluso en las colas de los que esperaban trabajo, los fieles miraban fugazmente al sacerdote que tenían más cercano y, al no recibir contraorden, se volvían nuevamente hacia Jarles.

Jarles miraba a su alrededor estupefacto. Había esperado que le obligaran a callar inmediatamente. Sólo había intentado decir tantas cosas como le fuera posible, quizá se trataba simplemente de un

estallido de cólera en aquel breve momento de libertad.

Pero el castigo no llegaba. Ningún sacerdote se había acercado a él, ni se había comportado como si ocurriera algo anormal. Su ira continuó hablando por él:

—Fieles de Megatheopolis, lo que os voy a pedir es más difícil, más duro que el trabajo en las minas, aunque no os pediré que levantéis siquiera el dedo meñique. Quiero que escuchéis lo que voy a deciros, que reflexionéis sobre la verdad de mis palabras, que os forméis un juicio y actuéis en consecuencia. Os costará entender lo que significan, pero pese a todo debéis intentarlo. ¿Reflexionar sobre la verdad de mis palabras? Se trata de que verifiquéis si se corresponden con lo que habéis visto que sucede en vuestra vida privada, o por el contrario con aquello que os han enseñado. ¿Formaros un juicio? Se trata de decidir si deseáis o no alguna cosa después de que hayáis comprendido de qué se trata. Sé que los sacerdotes os han dicho que no debe hacerse tal cosa. ¡Olvidaros de los sacerdotes! ¡Olvidad que yo también llevo puesta la túnica escarlata! ¡Y escuchad, escuchad atentamente!

Con toda seguridad el castigo llegaría ahora. No iban a dejarle decir nada más. Instintivamente miró hacia arriba, hacia la imagen del Gran Dios. Sin embargo, el ídolo inerte no prestaba más atención a lo que sucedía en la plaza que la que un hombre dedicaría a un grupo de hormigas moviéndose en torno a un terrón de azúcar.

—Todos conocéis la historia de la Edad de Oro —continuó con voz vibrante y emocionada a causa de los secretos que estaba a punto de desvelar—. Os la repiten cada vez que acudís a la Catedral. Cómo el Gran Dios otorgó poderes divinos a todos los hombres para que pudieran vivir en el paraíso sin penas ni fatigas. Cómo los hombres, descontentos e insatisfecho, querían todavía más y se entregaron a todos los pecados viviendo en el vicio y en la lujuria. Cómo el Gran Dios, en su misericordia, refrenó su ira confiando en que se corregirían. Pero, empujados por un orgullo funesto, los hombres intentaron tomar por asalto el mismo Cielo y todas sus estrellas. Entonces, cómo los sacerdotes no cesan de repetir, el Gran Dios se alzó en su sabiduría y su ira y escogió, a los pocos hombres que no habían pecado contra Él y todavía obedecían sus sagrados mandamientos y les hizo entrar en su Jerarquía, dándoles poderes sobrenaturales, superiores incluso a los que poseían anteriormente. Al resto, a los pecadores, les rechazó y les revolcó en el polvo. A la Jerarquía le dio el poder de dirigir, para que aquellos que no habían vivido en la virtud por su propia voluntad fueran obligados a hacerlo por la fuerza. También decretó Dios que la

Jerarquía seleccionara a los hombres de natural virtuoso de cada generación para convertirles en sacerdotes y destinara a los restantes para que trabajaran en una bienaventurada ignorancia, bajo la dirección clemente pero inflexible de los sacerdotes que componen la Jerarquía.

Jarles se interrumpió y escrutó ávidamente las caras que le contemplaban.

—Todo esto, lo sabéis de memoria. ¡Pero ninguno de vosotros tiene la menor idea de la verdad que se esconde tras la historia!

Si no se hubiese dejado llevar por la ira, Jarles se habría detenido en este punto y habría entrado en el Santuario para descender a las criptas, tras constatar el abismo de estupidez y de incomprensión en la reacción de los fieles que, desde luego, interpretaban erróneamente cada una de sus palabras. Al principio parecía que estaban tan sólo sorprendidos y perplejos, pero que seguían atentamente el discurso, como siempre. Después, cuando les había pedido que pensaran y que se formaran un juicio, se mostraron inquietos, como si todo aquel galimatías fuera tan sólo la introducción a una nueva asignación de trabajo físico, sin duda más duro que el trabajo en las minas. Escuchar la historia de la Edad de Oro les había devuelto la seguridad porque estaban familiarizados con ella, pero la última frase había roto aquella calma y les había devuelto a un estado de estupefacción y ansiedad.

Pero ¿podía esperar otra cosa? ¡Si pudiera sembrar la semilla de la duda aunque fuese solamente en un fiel!

—Hubo una Edad de Oro. Eso es cierto; pero por lo que yo sé también había en ella penas y fatigas, aunque al menos, los hombres tenían algo de libertad y trataban de conquistar más aún. Pero obtener aquella libertad comportaba muchos problemas, demasiados, y un día los científicos…, pero no sabéis ni siquiera quiénes son los científicos, ¿no es así? De la misma forma que no sabéis lo que es un médico, o un abogado, o un juez, o un maestro, o un estudiante, o un hombre de Estado, o un director de empresa, o un artista porque son los sacerdotes quienes realizan todas esas funciones, ellos se han adjudicado todas las profesiones liberales y unido todas las clases privilegiadas en una sola. ¡Ni siquiera sabéis qué es un sacerdote! En aquel tiempo había religiones, ¿comprendéis?, y el culto a un dios; eso era así durante la Edad de Oro y en las largas eras anteriores, cuando el hombre luchaba con sus manos y su cerebro para forjar su camino y hacerse con el dominio del planeta. Pero los sacerdotes de esas religiones se ocupaban tan sólo de cuestiones morales y espirituales, al menos cuando eran sabios y buenos y dejaban las demás funciones en manos de otras

profesiones. Ellos nunca recurrían a la fuerza.

»Pero no nos precipitemos. Quiero hablaros primero de los científicos y del final de la Edad de Oro. Un científico es un pensador que reflexiona sobre la forma en que suceden las cosas y observa cómo son. Si sabe que una cosa puede ocurrir y sabe que los hombres la desean, a veces llega a encontrar, reflexionando y trabajando mucho, una forma para hacer que eso ocurra. No hay nada de mágico en ello, ¿comprendéis? No se trata de poderes sobrenaturales. Solamente es necesaria la observación, la reflexión y el trabajo.

Jarles había dejado de preguntarse por qué no le hacían callar. Sólo pensaba en utilizar las palabras adecuadas para hacerlas penetrar en sus cerebros. ¡Cualquier cosa que produjese alguna reacción en sus rostros!

—Los científicos de la Edad de Oro temieron que la Humanidad volviera a la barbarie y a la ignorancia. Su posición como miembros de una profesión privilegiada estaba en peligro, así que decidieron tomar, temporalmente, la dirección y el control del mundo. Pero como no tenían suficiente fuerza para hacerlo directamente porque no eran luchadores, alumbraron la idea de implantar una nueva religión, copiada de las antiguas religiones, pero potenciada por la ciencia. En las religiones antiguas, las bendiciones y las maldiciones se forjaban en las mentes de los hombres; en la religión que impusieron los científicos, las bendiciones y maldiciones se otorgaban directamente, por la fuerza.

»¿Queréis una prueba? Deberíais exigirla. ¡Pues aquí la tenéis!

La mano de Jarles se deslizó desde el escote de la pesada túnica escarlata hacia abajo. Entonces se hizo visible una hendidura con borde de metal de la que su cuerpo surgió rápidamente para quedar desnudo, con la excepción de un calzón escarlata. La mayor parte de los fieles se estremecieron y retrocedieron horrorizados. Contemplar a un sacerdote sin su túnica era pecado. Cierto que el sacerdote había hecho aquello por voluntad propia, pero quizá podían ser culpados por ello.

—Os han enseñado que la inviolabilidad es prerrogativa del sacerdote; un aura divina proyectada por su santa carne y controlada por la fuerza de su voluntad. ¡Mirad!

Jarles dio un golpe seco en la parte delantera de la túnica vacía e inmediatamente ésta comenzó a hincharse. Después la empujó hacia atrás y la túnica flotó en dirección a la multitud. Los fieles comenzaron a moverse y empujarse unos a otros en su intento de no ser alcanzados por la túnica.

Ésta acabó deteniéndose a unos cincuenta centímetros del suelo,

oscilando arriba y abajo con suavidad. Parecía un sacerdote recostado, exactamente igual, incluso tenía los henchidos guantes escarlata, sólo faltaba un cráneo bajo la áurea fosforescencia violeta del halo que, como todos sabían, era una manifestación externa de los sagrados pensamientos de los sacerdotes.

Los fieles, aterrorizados, se agruparon en círculo en torno a ella, a una distancia que juzgaron a la vez prudente y respetuosa.

La voz de Jarles sonó amarga como una medicina:

—Quizá podáis alcanzar el cielo de la Jerarquía de la misma forma en que trata de hacerlo la túnica. No conozco ningún otro método. ¿Pero no veis que se trata de un truco? ¡Desgarrad la túnica! —Uno de los fieles, tomando esta exclamación como una orden, le contempló, por un momento, con horror—. Desgarradla y encontraréis una red de finos hilos eléctricos. ¿Para qué necesita hilos el Gran Dios? Forman lo que se llama un campo de repulsión bilateral, localizado y polivalente. Algo que rechaza. ¿Comprendéis? Muy útil para proteger a un sacerdote de los golpes, al tiempo que hace sus dedos más fuertes y potentes que los de un herrero. Y también desencadena la aparición de la aureola. ¡Dejad de mirarla embobados! ¡Imbéciles! ¡Os digo que no es más que un truco!

»¿Cómo sé todo esto? —continuó vociferando Jarles—. *Deberíais* poder responder a esta pregunta. Bien. ¡Los sacerdotes me lo contaron! ¡Sí, los sacerdotes! ¿Sabéis qué ocurre cuando un joven supera las pruebas y es admitido en la Jerarquía como novicio? —Esta vez había acertado. Había sido necesaria esta sugerente pregunta para estimular su curiosidad—. Le ocurren un montón de cosas de las que no sabéis nada, pero yo voy a contaros una. Se le explica, en pequeñas dosis, pero con mucha claridad, que no hay ningún Gran Dios; que no existen los poderes sobrenaturales; que los sacerdotes son científicos que gobiernan el mundo para su propio provecho; que su obligación es ayudarles y que su gran suerte consiste en compartir con ellos los beneficios.

»¿No lo veis? El plan de los científicos de la Edad de Oro ha tenido éxito. Su religión ha invadido el mundo. Y tan pronto como tuvieron dominados a todos, fueron capaces de moldear un universo exactamente conforme a sus deseos. Los científicos han creado, para su propio provecho, un paraíso monástico reglamentado. Para encontrar un modelo para el mundo de los «fieles», se inspiraron en la Edad Media y rescataron una hermosa práctica llamada servidumbre. ¡Bueno! Le limpiaron un poco la cara, para hacerla más sana y ordenada y le añadieron algunos toques de esclavitud, pero de lo esencial no

cambiaron nada. Se trataba precisamente de conservar al mundo en un estado de miedo, ignorancia y servilismo agradecido.

»Evitaron la barbarie. ¡Resucitándola!

»Pero en la Edad Media había un inconveniente del que ya tenéis conocimiento. Mis maestros todavía no han considerado conveniente hablarme de eso, pero puedo suponer el por qué y el cómo de todo ello. ¡La brujería! ¡No tengáis miedo, idiotas! Es solo otro de sus trucos; os lo aseguro. Algunas de las antiguas religiones estaban relacionadas con la brujería, alimentaban y mantenían las supersticiones y los terrores más vulgares. Los científicos decidieron que la nueva religión tuviera también su parte de brujería. Por eso dejan circular a viejas con cabezas de chorlito como la Madre Jujy que pretende leer el porvenir, saber de encantamientos y cómo preparar pócimas de amor. Justo lo que hacía falta para reforzar la superstición y proporcionar cierto desahogo a los fieles. Qué maravilloso espantajo para ser vencido por exorcismos científicos. Por otra parte, con ello tienen un pretexto para acusar a aquellos que no son de su agrado, como esta muchacha a la que han acusado hoy.

Jarles miró a su alrededor buscando a Sharlson Naurya, pero tanto ella como el hermano Chulian habían desaparecido. Estaba oscureciendo. El blanco mar de rostros empezaba a difuminarse. Con sorpresa constató que el sol ya se había puesto. Una fresca brisa llegada desde las colinas le producía escalofríos porque estaba desnudo.

La Jerarquía seguía sin golpear. En la plaza, los sacerdotes como sombras de color de vino tinto, observaban sin intervenir, agrupados de dos en dos.

A Jarles le pareció detectar algo más que la curiosidad ignorante y el estupor desconcertado en dos o tres de las pálidas caras que se alzaban ante él. Y, al igual que un hombre perdido en las nevadas soledades polares alimenta la pequeña llamada que es lo único que se alza entre él y la muerte por congelación (la protege con sus manos, respira con infinita precaución y la nutre con pequeños troncos de leña), él alimentaba también aquella comprensión que le había parecido observar y que podía ser simplemente un efecto de las sombras del crepúsculo.

—Algunos de vosotros habéis oído por qué se ha acusado de brujería a Sharlson Naurya. Le habían ordenado servir en el Santuario y ella se negó. Se negó con valentía y dignidad. Entonces un sacerdote del Gran Dios extendió sus dedos, esos dedos sin callos pero más fuertes que

los de un herrero y presionó en su hombro hasta provocar las marcas de la brujería antes de desgarrar su vestido.

»Todos debéis imaginar por qué Sharlson Naurya se ha negado. Todos sabéis quien vive allí —Jarles extendió el dedo índice en dirección a una callejuela oscura cercana al Santuario y los ojos de la multitud siguieron su dedo—. Les llaman las Hermanas Caídas. Son las muchachas elegidas por la Jerarquía para entrar en la santa hermandad y que, por haber pecado contra el Gran Dios, no pueden residir en el Santuario ni volver a sus casas porque podrían contagiar a los inocentes. Por ello el Gran Dios, les concede un lugar en el que pueden vivir al margen de todos. —La voz era irónica ahora—. Sabéis lo que quiero decir. Algunos de vosotros habéis estado allí, cuando los sacerdotes aún lo toleraban.

Un murmullo casi imperceptible se elevó entre la multitud.

—Fieles de Megatheopolis, ¿quién elige a las más encantadoras de vuestras hijas para hacerlas entrar en la hermandad?

»¿Quién os envía a los campos, a las carreteras y a las minas, donde perdéis vuestra juventud y arruináis vuestros cuerpos?

»¿Quién os proporciona falsas emociones para que podáis soportar vuestras desdichas?

El murmullo de la multitud se convirtió en un rumor colérico. Era un resentimiento ciego, con la excepción quizá de dos o tres casos, pero amenazador. En torno a la plaza empezaron a surgir resplandores violáceos, y las sombras de color vino empezaron a aumentar de volumen. Jarles se dio cuenta de ello inmediatamente.

—¡Miradlos cómo buscan la inviolabilidad! Se hinchan para ser invulnerables! Os tienen miedo, fieles de Megatheopolis. Un miedo atroz.

»Con sus mecanismos sagrados, los sacerdotes podrían labrar la tierra entera. Cruzarla con sólidas carreteras, perforarla con minas; y todo ello sin que un solo hombre tuviera que alzar el pico ni la pala.

»También os cuentan regularmente otra leyenda. Os dicen que, cuando finalmente la Jerarquía haya purificado a toda la Humanidad, el Gran Dios anunciará una nueva Edad de Oro, la Nueva Edad de Oro perfecta y en estado puro.

»Y yo os pregunto, en especial a los más jóvenes de entre vosotros: ¿No es cierto que esa Nueva Edad de Oro se va haciendo cada día más inalcanzable? ¿No es cierto que los sacerdotes la van relegando más y más hacia el futuro? Hasta ahora se trata tan sólo de un sueño sin

forma, de un mito para hacer dormir a vuestros hijos cuando lloran de agotamiento después de su primer día de trabajo.

»Quizá es cierto que los científicos de la Edad de oro deseaban recuperar la humanidad cuando la barbarie hubiese acabado. Creo que ellos eran sinceros.

»Pero ahora los sacerdotes sólo piensan en una cosa: en cómo mantener su poder mientras dure la especie humana, ¡hasta que el Sol se apague y la Tierra se congele!

De pronto, Jarles se dio cuenta de que el rumor se había ido apagando y de que los fieles ya no le miraban a él, sino que levantaban los ojos hacia arriba. Entonces una luz azulada e irreal iluminó sus rostros hasta que ofrecieron el aspecto de una multitud de hombres ahogados. Y esta vez fue él quien siguió sus miradas.

El Gran Dios se había inclinado hacia adelante y ocultaba las primeras estrellas de la noche. Su cara gigantesca estaba vuelta hacia la multitud y su halo azul centelleaba en toda su gloria y esplendor.

—¡Admirad el mayor de sus trucos! —gritó Jarles—. ¡El Dios Encarnado! ¡El Autómata Todopoderoso!

Pero ya no le escuchaban y ahora que había dejado de hablar, sus dientes castañeteaban a causa del frío. Jarles levantó los brazos para combatir los escalofríos. Estaba sólo en su banco que ahora parecía mucho más bajo.

«Finalmente ha ocurrido», pensaban los fieles. «Se trata de una prueba y deberíamos habernos dado cuenta. Es injusto…, aunque los sacerdotes nunca son injustos. No deberíamos haberle escuchado. No deberíamos habernos dejado conmover. Ahora seremos aniquilados por nuestro pecado, el más terrible de todos ellos: haber dudado de la Jerarquía.»

La mano del Gran Dios descendió, como una campana que se balancea y se detiene antes de su caída. El dedo índice extendido, grueso como un árbol, apuntaba a la henchida túnica que Jarles había tirado y que todavía flotaba a cincuenta centímetros del suelo.

Una luz crepitante serpenteó desde la aureola hasta su enorme hombro y siguió avanzando por el brazo, surgiendo como un rayo del dedo extendido. La túnica vacía brilló, chisporroteó y se hinchó un poco más para finalmente explotar con un ruido hueco.

Este ruido y la dispersión de los fragmentos incandescentes a que quedó reducida desencadenaron el pánico. La muchedumbre se rompió en grupos y los fieles echaron a correr hacia las calles estrechas y

oscuras; cualquiera era buena mientras sirviera para huir de la plaza.

El crujiente haz luminoso se acercaba hacia el banco en que todavía se encontraba Jarles. A su paso fundía el pavimento dejando una huella incandescente en el suelo, signo inequívoco de la ira divina del Gran Dios.

Jarles esperó.

Se estaba desencadenando un torbellino oscuro, como el batido de dos alas tenebrosas y gigantescas. Y entonces, en torno al sacerdote renegado, se formó una esfera irregular moteada de negro en cuyo interior todavía se percibía vagamente su cuerpo desnudo.

La esfera de aspecto irregular tenía la forma de dos monstruosas manos unidas en forma de copa.

El rayo que emanaba del dedo del Gran Dios aceleró su desplazamiento, alcanzó la esfera y aumentó su crepitar irradiando chispas azuladas.

La esfera absorbió el rayo y se oscureció más aún.

El haz luminoso se hizo más grueso y se convirtió en un pilar de luz azul que iluminó toda la plaza como si fuera de día, formando oleadas de aire cálido.

Y, sin embargo, seguía tan sólo crepitando sin lograr penetrar la superficie irregular y estriada de la esfera negra en forma de manos.

Todavía era posible percibir la imagen del sacerdote renegado en su interior, como un insecto milagrosamente vivo en medio de las llamas.

Entonces surgió una voz enorme, exultante y amenazadora a la vez que pareció barrer de un soplo todo el aire caliente de la plaza. Los fieles quedaron paralizados por el terror, imposibilitados para dar la vuelta y contemplar el negro y demoníaco espectáculo.

—¡El Señor del Mal desafía al Gran Dios!

»¡El Señor del Mal se apodera de este hombre!

Las manos unidas se elevaron y desaparecieron.

Después, estalló una risa satánica que pareció hacer temblar sobre sus bases al mismísimo Santuario.

2

—El hermano Jarles ha arengado a la multitud en la Gran Plaza, prestigioso arcipreste.

—¡Perfecto! Envíame el informe al Consejo Supremo tan pronto como esté preparado.

El hermano Goniface, sacerdote del Séptimo Círculo, arcipreste, portavoz de los Realistas en el Consejo Supremo, sonrió, pero su sonrisa era imperceptible en la máscara pálida y leonina de su rostro. Había cebado una bomba que iba a sacar al Consejo Supremo de su apatía y complacencia. La bomba afectaría a todos; a los Moderados y a sus absurdos compromisos y a sus compañeros Realistas y su conservadurismo pusilánime.

Su experimento a pequeña escala, aunque peligroso, se había iniciado y ya no podría ser detenido: el hermano Frejeris y el resto de los Moderados podían desgañitarse tanto como quisieran a partir de ahora.

A partir de ahora los acontecimientos seguirían su curso. El hermano Jarles moriría, consumido por la cólera del Gran Dios: un instructivo ejemplo para los fieles y para cualquier otro joven sacerdote insatisfecho. Y Goniface podría explicar largo y tendido al Consejo Supremo que se habían obtenido informaciones de vital importancia como consecuencia de la crisis artificial que había provocado.

¡Un hombre sólo vive realmente en instantes como éste! Ejercer el poder era bueno, pero era mejor usarlo peligrosamente; y usarlo para luchar contra un enemigo que era casi tan fuerte como uno mismo, era lo mejor de todo.

El arcipreste se ajustó la túnica escarlata bordada en oro, dio orden de abrir las grandes puertas y entró en la Sala del Consejo.

Al otro extremo de la amplia sala nacarada, sobre un suntuoso estrado, había una larga mesa. Excepto uno, todos los asientos se

hallaban ocupados por arciprestes vestidos con majestuosas túnicas.

A Goniface le complacía atravesar lentamente la gran Sala del Consejo, cuando todos los demás se hallaban situados en sus asientos. Le gustaba saber que le estaban mirando, que seguían cada paso de su caminar, esperando que tropezara aunque fuese ligeramente, al menos una vez. Le gustaba imaginar que todos saltarían encima suyo como gatos hambrientos, con tan sólo sospechar el secreto de su pasado; la más sombría y siniestra de las farsas.

¡Le gustaba saberlo, para olvidarlo inmediatamente!

Esta larga progresión en la Sala del Consejo, bajo aquellos ojos críticos, proporcionaba a Goniface una sensación que ningún otro arcipreste parecía conocer. Era una sensación que él no habría permitido que una docena de Jarles le robara. Era una oportunidad para saborear, en el grado más extremo y más rico, el poderío y la gloria de la Jerarquía, el gobierno más estable que el mundo hubiera nunca conocido. El único gobierno que valía la pena que un hombre fuerte se esforzara en mantener y dominar. Edificado sobre miles de mentiras —«como todos los gobiernos», pensó Goniface— y adaptado a la perfección para resolver los intrincados problemas de la sociedad humana; formado de manera tal que, gracias a su rígida estratificación social, cuanto más luchara un miembro de la elite religiosa para adquirir poder en su seno, más se identificaba con los fines y la prosperidad de esa misma élite.

En momentos como este, el hermano Goniface se convertía en visionario. Veía más allá de las altas paredes gris perla de la Sala del Consejo, contemplaba el trabajo eficiente y animado del Santuario, percibía el murmullo ininterrumpido de la actividad intelectual y dirigente; sus placeres sutiles. Más lejos, pasados los límites del Santuario, más allá del damero de campos cuidadosamente cultivados, a lo largo de la curva de la tierra, contemplaba los muros relucientes de otros santuarios. Unos rurales, simples y modestas ermitas; otros urbanos, con la catedral y el autómata todopoderoso escrutando la gran plaza. Y aún más lejos, al otro lado de los océanos azules, otros continentes con exuberantes islas tropicales. Y en todas partes veía y evocaba con suprema alegría la obra de la túnica escarlata. Desde las lamaserías sólidamente unidas al titánico Himalaya, hasta las confortables estaciones profundamente enterradas en el corazón de la Antártida. Santuarios situados en todas partes, ciñendo el mundo entero, como los ganglios de un organismo marino flotando en el mar del espacio.

¡Y, más lejos todavía, el mismísimo paraíso!

Cuando hubo recorrido la mitad del trayecto, su imaginación inició el viaje de regreso. Ahora seguía las líneas de la pirámide o cono social. Primero, la amplia base de fieles, ese subestrato necesario, bestial y casi sin cerebro. Seguía una delgada capa de diáconos; el aislante. Después, los novicios y los sacerdotes inferiores de los dos primeros círculos que sumaban más de los siete octavos de las túnicas escarlata. A partir de aquí, el cono se estrechaba rápidamente para formar los diferentes círculos al que pertenecían los principales dirigentes.

Y en la cima, los arciprestes y el Consejo Supremo.

Y finalmente, lo supieran o no, lo desearan inconscientemente o lo temieran, ¡él mismo por encima de todos!

Goniface se instaló en su lugar y, aunque ya sabía la respuesta, preguntó:

—¿Cuáles son los temas para hoy?

—Plazca a Sus Eminencias —respondió la voz bien timbrada de un secretario del Segundo Círculo— que nos ocupemos de lo que me han pedido que conozcamos como la Cuestión de Los Sacerdotes Aterrorizados.

Goniface notó que un sentimiento de contrariedad recorría la Mesa del Consejo. Aquel era uno de esos temas fantásticos que no podían ser resueltos por el procedimiento ordinario y, por consiguiente, irritaba sumamente a las mentalidades conservadoras. Hacía ya dos días que el Consejo Supremo había pospuesto aquel tema.

—¿Qué decís de ello, hermanos? —propuso con tono casual y calmado—. ¿Debemos convocar a todos los sacerdotes rurales y avergonzarles haciendo que se escuchen unos a otros, mientras explican esas pueriles divagaciones?

El hermano Frejeris tomó la palabra con una voz modulada y armoniosa como el timbre de un órgano:

—Eso no estaría de acuerdo con los mejores métodos psicológicos. De ese modo alentaríamos la histeria colectiva.

—Les hacéis un honor excesivo, hermano, al utilizar ese término altisonante— observó Goniface, después de asentir cortésmente.

De nuevo recorrió la asamblea con una mirada interrogante. Su compañero Realista Jomald intervino en tono de urgencia.

—Reunámosles de una vez, o perderemos toda la noche aquí.

Goniface miró de reojo al miembro más veterano de la reunión, el enjuto hermano Sercival, cuyos cabellos blancos, rasurados quizá el día

anterior, daban un reflejo plateado a su cráneo apergaminado.

—¡Reunámosles! —votó el hermano Sercival abriendo apenas los delgados labios.

¡Siempre avaro en palabras, aquel viejo Fanático!

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

—Es un tema sin importancia —murmuró el hermano Frejeris, haciendo un gesto negligente con su escultural mano blanca—. Simplemente quería evitar una situación que pudiera resultar desconcertante para aquellos que no han sido formados psicológicamente.

Un secretario transmitió las órdenes necesarias.

Mientras aguardaban, el hermano Frejeris bajó los ojos en dirección a su regazo:

—Me han informado —dijo con voz tranquila— de que ha habido un incidente en la Gran Plaza.

Goniface ni siquiera le miró.

—Si tiene alguna importancia —dijo con suavidad—, el Primo Deth, nuestro sirviente, nos informara de ello.

—Vuestro sirviente —corrigió Frejeris también con tono suave.

Goniface no replicó.

Un grupo de sacerdotes fue introducido por una puerta lateral. A primera vista parecían idénticos a los sacerdotes del Santuario de Megatheopolis, pero para los miembros del Consejo Supremo, sus actitudes y gestos, la manera como vestían las túnicas y el mismo corte de esas túnicas denunciaban inequívocamente a los «rurales».

Los recién llegados, tímidos y muy impresionados, se detuvieron ante la mesa del Consejo.

Aquel grupo hacía resaltar la inmensidad gris y nacarada de la Cámara del Consejo.

—Reverendos arciprestes —empezó un individuo cheposo que parecía haber absorbido cierta tosquedad de los inmensos campos cultivados, aun sin haber trabajado en ellos—. Sé que lo que voy a decir puede parecer muy irreal, aquí, en Megatheopolis —continuó con una voz dubitativa, mientras sus ojos seguían la curva de los muros hasta perderse en el nebuloso techo—,…aquí en Megatheopolis, donde es posible convertir la noche en día si se desea. Es diferente allí de dónde venimos, donde la noche desciende y se abraza a la tierra, cuando se percibe el silencio que emana de los campos y cubre el pueblo…

—¡Basta de atmósfera! ¡Los hechos! —intervino Frejeris.

—¡Hechos! —ladró Sercival.

—Bien, se trata…, se trata de los lobos —dijo por fin el hombre con un tono casi agresivo—. Sé que estas cosas no existen, salvo en los libros antiguos, pero durante la noche los vemos. Son grises, con el color del humo, como estas paredes; grandes como caballos y tienen los rojos rojizos. Llegan brincando, en grupos y se extienden como bancos de niebla sobre los campos; vienen a merodear por el pueblo y forman círculos en torno al santuario. Y cuando dos de nosotros debemos salir de noche, nos siguen. ¡El Dedo de la Ira no les hace ningún daño… ni siquiera la Lanza! Ellos simplemente se apartan de la luz y desaparecen en la oscuridad. Os digo, Augustas Eminencias, que nuestros fieles enloquecen por el miedo y que los novicios están casi igual de afectados. Además, por la noche, en nuestras celdas, algo se acuclilla en nuestros pechos.

—¡Yo lo sé! —interrumpió otro sacerdote rural muy excitado—. Son cosas frías y peludas que te sacuden la ropa y husmean suavemente en tu cama. Se ponen allí, en cuclillas, ligeros como una pluma, mientras uno no sabe si está despierto o sueña. Te acarician con el hocico y charlan con unas vocecitas agudas, diciendo cosas que uno difícilmente osaría repetir. Pero cuando enciendes la luz o intentas cogerlos, nunca los encuentras. Y sin embargo se las percibe cuando te tocan y se sientan encima de ti. Cosas frías, menudas, cubiertas con una fina pelusa o cabello…, ¡cabello humano!

Un tercer sacerdote rural, un tipo delgado de amplia frente que parecía un maestro de escuela, había empalidecido más aún al escuchar el relato.

—¡Así es como me sentí yo también! —gritó nerviosamente, con los ojos perdidos en la lejanía—. El hermano Galjwin y yo habíamos ido a registrar la casa de un fiel del que sospechábamos que había escondido una parte del tejido, del que debía dar un diezmo a la jerarquía. Se trata de mala gente, sobre todo la hija… ¡Una zorra desvergonzada! Pero sé tratar con ese tipo de personas y muy pronto me di cuenta de que había una plancha móvil en la pared, así que la retiré e introduje el brazo en el hueco. Aquella pelirroja desvergonzada me sonreía de la forma más descarada e irrespetuosa, pero yo encontré al tacto un rollo de gruesa tela que intenté sacar del agujero. ¡Y entonces cobró vida! Se movió. ¡Culebreó! Era frío, peludo, con un tacto humano, justo como él decía. Sin embargo, el hueco de la pared apenas tenía diez centímetros de ancho. Entonces tiramos el tabique, sin dejar de vigilar la hendidura, pero de allí no salió nada y tampoco había nada detrás de la pared. De

modo que castigamos a la familia con la entrega de un suplemento extra de tejido y como encontramos marcas de brujería en la hija, obtuvimos una dispensa especial y la enviamos a las minas junto con los hombres.

»Hay una cosa que no olvidaré nunca. Cuando retiré la mano, tenía dos cabellos bajo mi uña. Dos cabellos minúsculos del mismo color rojo cobrizo que los de la chica.

»Y ahora, cuando tengo un mal sueño, siempre tengo la misma sensación. ¡Esos brazos sinuosos que se retuercen contra mi mano!

Todas las lenguas se soltaron y se inició entonces un parloteo incoherente. Una voz, por encima de las demás, exclamó:

—¡Dicen que son esas cosas las que provocan las marcas de brujería!

Un arcipreste revestido con una suntuosa túnica emitió una risa melodiosa, desdeñosa. Había algo de irónico en aquella risa.

El hermano Frejeris sonrió y arqueó las cejas elocuentemente como diciendo: «Histeria colectiva. Ya os había avisado».

—Sé que todo esto parece absurdo, aquí, en Megatheopolis —repitió el primer orador con un tono de excusa, pero que estaba teñido de una pizca de desafío y obstinación—, pero después de haber hecho nuestro primer informe se nos envió un sacerdote del Quinto Círculo que vio lo mismo que nosotros habíamos visto, aunque no hizo ningún comentario y se marchó al día siguiente. Si descubrió alguna cosa, nosotros no hemos sido informados.

—¡Esperamos que la Jerarquía nos proteja!

—¡Queremos saber qué es lo que piensa hacer la Jerarquía!

—Dicen que existe un Consejo Negro —intervino el que había hablado de las marcas de brujería—, igual que existe el Consejo Supremo. Y una Jerarquía Negra Organizada como la nuestra, pero al servicio de Satanás, Señor del Mal.

—Sí —le hizo eco el individuo cheposo que había hablado primero — y hay algo que quisiera saber. ¿Qué ocurriría si, a lo largo de estos siglos en que hemos pretendido que existía un verdadero dios, hubiéramos, no sé cómo, despertado a la existencia a un verdadero demonio? ¿Qué haríamos entonces?

Goniface se irguió en su asiento y tomó la palabra a pesar del murmullo que habían provocado estas últimas palabras. Su voz carecía de la musicalidad de la de Frejeris, pero tenía la misma autoridad.

—¡Silencio! O despertaréis realmente un verdadero demonio. ¡El demonio de nuestra cólera!

Luego recorrió con la mirada toda la mesa y preguntó con desenvoltura:

—¿Qué vamos a hacer con estos locos?

—¡Azotadlos! —ladró Sercival cuya enjuta mandíbula estaba crispada como una trampa. Sus ojos pequeños brillaban en el fondo de sus órbitas—. ¡Azotadlos! Por haber sido tan cobardes ante las tretas y las amenazas de Satanás.

Los sacerdotes rurales se agitaron inquietos, Frejeris levantó los ojos al cielo, como si esta declaración le pareciera terriblemente bárbara, pero Goniface asintió amablemente, aunque sin indicar aprobación. Se maravillaba de hasta qué punto el viejo Sercival y los otros Fanáticos creían realmente en la existencia del Gran Dios y su eterno adversario Satanás, Señor del Mal. Se trataba de una postura de afectación, por supuesto, pero había en ella un substrato genuino; una creencia que no surgía de las ignorantes supersticiones propias de los fieles (éstas debían desaparecer en el Primer o Segundo Círculo, o de lo contrario, no era permitido que los sacerdotes siguiesen adelante), sino de una especie de autohipnosis inducida por años de contemplación de los prodigiosos poderes de la Jerarquía, hasta que dichos poderes parecían verdaderamente sobrenaturales. Afortunadamente había pocos Fanáticos, casi no llegaban ni a formar un partido. Sólo había uno en el Consejo Supremo y había llegado a pertenecer a él a causa de su senilidad. Pese a todo, aquel viejo imbécil podía ser útil algún día. Feroz y sediento de sangre como estaba, podía servir como víctima propiciatoria si llegara a ser necesario utilizar la violencia extrema. Por otra parte, el Partido Fanático contrarrestaba eficazmente a la minoría más numerosa de los Moderados, lo que permitía a los Realistas de Goniface un control casi completo de a situación.

Pero aquellos pobres sacerdotes rurales no eran Fanáticos. Nada de eso. Si hubieran tenido la más ligera sombra de una creencia en el Gran Dios, en cualquier dios, no estarían tan aterrorizados. Goniface se levantó para amonestarles.

Pero entonces se produjo un incidente. Las altas puertas del otro extremo de la habitación se abrieron y un sacerdote irrumpió. Goniface reconoció a uno de los Moderados de Frejeris.

El recién llegado avanzó hacia la Mesa del Consejo sin excesiva dignidad, casi corriendo.

Goniface esperaba impasible.

El sacerdote respirando agitadamente a causa de aquel ejercicio

inhabitual, se acercó a Frejeris y le entregó algo que este examinó en seguida.

Frejeris se levantó dirigiéndose directamente a Goniface, pero en voz alta para que pudiese oírlo toda la Mesa:

—Me dicen que en la Gran Plaza un sacerdote del Primer Círculo blasfema contra la Jerarquía ante la multitud. Vuestro sirviente, el Primo Deth, se ha hecho cargo de la situación y ha prohibido toda interferencia. ¡Os pido que expliquéis inmediatamente al Consejo qué es toda esta locura!

—¿Quién alienta ahora la histeria colectiva, hermano? —replicó rápidamente Goniface—. Vuestra información es incompleta. ¿Debo explicar una sutil estratagema ante quienes no podrían comprenderla? —Goniface señalaba a los sacerdotes rurales— ¿o termino primero con este asunto que nos ocupa?

Y antes de que el Consejo pudiera recuperarse de su sorpresa inicial, Goniface ya estaba hablando de nuevo:

—Sacerdotes de los santuarios rurales, habéis dicho que vuestras historias parecen irreales aquí en Megatheopolis, pero eso no es cierto, ya que lo irreal no existe, ni en Megatheopolis ni en ningún otro lugar del cosmos.

»Lo sobrenatural es irreal y por tanto no existe.

»¿Habéis olvidado la verdad esencial que se os enseñó en el Primer Círculo? Solamente existe el cosmos y las entidades electrónicas que lo constituyen que no poseen alma ni finalidad, excepto cuando las mentes neuróticas las revisten con alguna.

»No, vuestras historias se refieren a entidades reales, aunque sean tan solo producto de vuestros cerebros neuróticos.

»Hay varias entidades reales que el Dedo de la Ira no puede quemar. Mencionaré sólo a los solidógrafos y os recordaré el aspecto nebuloso de los lobos y de esas otras criaturas que decís temer. Y en cuanto a los productos de vuestra imaginación, no podéis quemarlos, a menos que dirijáis el Dedo de la Ira contra vuestros propios cráneos.

»Uno de vosotros ha mencionado la Brujería. ¿Habéis olvidado que somos nosotros quienes hemos inventado la Brujería?

»No debería tener que deciros estas cosas. Vosotros mismos deberíais estar diciéndoselas a vuestros novicios.

»¿Os ha abandonado alguna vez la Jerarquía? Y ahora quisierais que la Jerarquía interrumpiera todas sus ocupaciones y os atendiera sólo a vosotros porque tenéis miedo. No habéis sido heridos, sucede

solamente que tenéis miedo.

»¿Cómo sabéis que esto no os una simple prueba que se os ha impuesto para determinar vuestra valentía o iniciativa? Y, si se trata de una prueba, pensad en cómo habéis fracasado haciendo el más espantoso de los ridículos.

»También podría ocurrir que se tratara de un ataque contra la Jerarquía; el ataque de una fuerza extraña que utilizase como cobertura la misma Brujería de nuestra invención y que nosotros estuviéramos retardando nuestra respuesta para que se confíen y poder conocer todos sus planes antes de contraatacar, ya que la Jerarquía nunca ataca dos veces.

»Y si fuera así, la estrategia más elemental nos impediría deciros nada por temor a poner en guardia al enemigo.

»Por lo menos os diré una cosa: la Jerarquía estaba enterada de los incidentes que han ocurrido en vuestra región mucho antes de que vosotros lo supierais y ha tomado ya las medidas necesarias.

»Esto es todo lo que necesitáis saber. ¡Y deberíais haberlo sabido incluso sin tener que preguntarlo!

Goniface constató con fría satisfacción que los últimos restos de pánico habían desaparecido. Los sacerdotes rurales se habían erguido, y volvían a parecer seres humanos. Todavía estaban atemorizados, pero solo a causa de sus superiores. Como debía ser.

—Sacerdotes de los santuarios rurales, habéis fracasado gravemente en la tarea que la Jerarquía os había confiado. Nuestros informes nos indican que, desde el inicio de los incidentes (de la prueba) en vuestra región, no habéis hecho más que lamentaros y acudir a la Jerarquía en busca de ayuda. Se ha sugerido que seáis azotados y lo aceptaría si no fuera porque creo que todavía conserváis la suficiente energía como para no fracasar de nuevo.

» La Jerarquía cubre todo el globo terrestre como si fuese una malla. ¿Queréis pasar a la posteridad como aquellos que han intentado aflojar, aunque sea imperceptiblemente, un solo dedo? Y digo «intentar» intencionadamente, ya que os estamos vigilando más de cerca de lo que pensáis y estamos preparados para actuar si el más débil de vosotros estuviese a punto de fracasar.

»¡Vuestra obligación es no fracasar!

»Volved a vuestros santuarios.

»Haced aquello que teníais que haber hecho hace ya mucho tiempo.

»Utilizad vuestra valentía e iniciativa.

»El miedo es un arma; debéis utilizarla sin dejar nunca que los demás puedan usarla contra vosotros.

»Se os ha entronado para que la uséis.

»¡Hacedlo!

»Y por lo que respecta a Satanás, también invención nuestra, nuestro Señor del Mal, el sombrío contrapoder de nuestro Gran Dios —Goniface lanzó una ojeada rápida e irónica sobre Sercival, para ver cómo reaccionaba el viejo Fanático—, utilizadlo también. Echadle de vuestros pueblos si os parece conveniente, pero nunca, nunca más, os rebajéis, (¡como un vulgar fiel!) a creer en él.

Fue entonces, justo en el momento en que Goniface podía ver que los sacerdotes rurales se inflamaban con su discurso y ardían en deseos de redimirse, cuando estalló la risa. Las paredes de la Sala del Consejo eran gruesas y estaban insonorizadas y sin embargo la risa resonó malévolamente, triunfante, amenazante, misteriosa.

Aquella risa parecía burlarse de la Jerarquía y de cualquiera que osara decretar lo que existe y lo que no.

Los sacerdotes rurales palidecieron y se apiñaron entre ellos. Los rostros arrogantes de los arciprestes lograron, con mayor o menor éxito, enmascarar la sorpresa y la aprensión, al tiempo que se preguntaban qué podía ser aquel ruido y qué podía presagiar. Frejeris levantó bruscamente los ojos hacía Goniface. El viejo Sercival, agitado por un extraño estremecimiento y por una satisfacción más extraña todavía, empezó a temblar.

Pero fue principalmente en los oídos de Goniface donde la risa resonó de forma más violenta y terrible. Ideas contradictorias atravesaron su mente como un reguero de pólvora.

Imperturbable, pese a todo, intentó atraer las miradas de los sacerdotes rurales, para luchar contra el influjo de aquella risa exasperante y tuvo éxito, a pesar de que los ojos que le miraban estaban desmesuradamente abiertos a causa de la duda.

La risa se repitió como un eco escalofriante.

—Vuestra audiencia ha terminado —declaró Goniface con voz seca —. ¡Retiraos!

Los sacerdotes rurales se retiraron precipitadamente en medio del crujir de sus túnicas, pero parecía como si hubieran empezado ya a murmurar.

El viejo Sercival se levantó con aires de antiguo profeta y apuntó a Goniface con mano temblorosa.

—¡Esa era la risa de Satanás! ¡Es la sentencia del Gran Dios para castigarte a ti y a toda la Jerarquía por tantos siglos de hipocresía y soberbia! ¡El Gran Dios de nuevo da rienda suelta a su perro negro, Satanás!

Y dicho esto se derrumbó en su asiento, temblando.

El Consejo se agitó desconcertado. Alguno rió despectivamente.

Goniface sintió que renacía en él aquella sensación extraña y perturbadora que ya había sentido hacía muchos años, cuando el secreto de su pasado había estado a punto de descubrirse.

Un sacerdote bajito y grueso se abrió camino entre los últimos sacerdotes rurales que abandonaban la sala y corrió hacia Goniface, pero éste le detuvo:

—Entrega tu informe al Consejo Supremo, hermano Chulian.

La boca de niño del sacerdote bajito y grueso se abrió como la de un pez:

—¡Algo que parecía una gran mano ha envuelto al hermano Jarles y se lo ha llevado! ¡Satanás ha hablado!

—¡Tu informe! —ordenó secamente Goniface—. Ya conoceremos el resto de los detalles por otras voces más cualificadas.

El sacerdote, entonces, retrocedió como si le hubieran lanzado un jarro de agua. Por primera vez pareció darse cuenta de que estaba en presencia del Consejo. Su voz aguda descendió de tono y sus palabras fueron más mesuradas:

—Tal y como se me había indicado, provoqué la ira del hermano Jarles, sacerdote del Primer Círculo. Lo hice ordenando a la fiel Sharlson Naurya, a la que el hermano Jarles todavía contempla con afecto, que sirviera en el Santuario. Ella, que es bien conocida por su carácter recalcitrante y tiene un miedo anormal a los santuarios, rehusó. Entonces la acusé de brujería y provoqué las marcas en su hombro. Luego el hermano Jarles me golpeó. Ambos éramos inviolables en aquel momento. Yo caí al suelo y entonces…

—Tu informe ha terminado, hermano Chulian —finalizó Goniface sin dejarle acabar.

En el silencio que siguió a estas palabras se alzó la voz del hermano Frejeris, más melodiosa que nunca:

—Si todo lo que tenemos que escuchar son estas extravagancias absurdas y peligrosas, dirigidas contra la estabilidad de la Jerarquía, no será necesario que yo pida la excomunión del hermano Goniface, todos los arciprestes la pedirán por mí.

—Escuchad hasta el final —replicó Goniface— y después comprenderéis.

Pero al decir aquello constató que sus palabras no eran bien acogidas. Incluso entre las caras de sus compañeros Realistas podía distinguir la sospecha y la desconfianza. El hermano Jomald le miró como diciendo: «Declinamos toda responsabilidad en este asunto. Debes resolverlo por ti mismo. Si puedes…«

El sacerdote bajito y grueso parecía querer decir algo más. Su boca fofa se crispaba nerviosamente y Goniface movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Puedo añadir algo a mi informe, Augustas Eminencias?

—Sí, si se refiere a algo de lo que ha ocurrido y en lo que hayas intervenido directamente.

—Así es, Reverendo Arcipreste. Y es algo que me intriga. Cuando rompí la blusa de Sharlson Naurya para mostrar las marcas de brujería, había tres marcas en su hombro y estoy seguro de que yo sólo presioné con el índice y el pulgar.

Goniface habría besado a aquel sacerdote bajito y fofo, pero su voz era lejana y pensativa cuando replicó:

—Y pensar, hermano Chulian, que podrías haber ascendido al Tercer Círculo tan sólo con añadir la virtud de la deducción al don de la observación. —Goniface sacudió la cabeza con pesar—. Bien, te daré la oportunidad de redimirte. Después de todo, esa síntesis es poco frecuente. Hazte acompañar por otro sacerdote, ahora que ya no tienes a Jarles como compañero y ¡arresta a esa bruja!

El sacerdote bajito y grueso abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Qué bruja, Augusta Eminencia?

—Sharlson Naurya. Y deberás darte prisa si quieres capturarla.

Un brillo de compresión asomó a los infantiles ojos azules del hermano Chulian que seguía pasmado, sin moverse. Después se dio la vuelta y corrió hacia la puerta.

Pero esta vez tuvo que apartarse para dejar paso a otros que entraban. Un hombre delgado y desgarbado, vestido con la túnica negra de los diáconos, entró con aire seguro en la Sala del Consejo. Iba seguido por varios sacerdotes que portaban rollos y latas de extrañas formas y se paró delante de la Mesa del Consejo, en medio de su cohorte de sacerdotes. Aquel hombre era el paradigma de la fealdad; su frente era abombada y sus orejas sobresalían como platos, sin embargo mantenía una máscara impávida, una cuidadosa imitación de aquella

que mostraba las frías y agraciadas facciones de Goniface. Aquel hombre parecía agradecer la animosidad con que había sido acogida su llegada, como si, a pesar de saber que, por su extracción social y su nacimiento, nunca podría llegar a ser sacerdote, supiese que, pese a ello, era aún más temido por la mayoría de los arciprestes.

—¿Y qué es lo que debe anunciarnos, vuestro sirviente, el Primo Deth? —preguntó uno de los sacerdotes Moderados.

El hombre cetrino se inclinó profundamente:

—Oh, Augustas, Imponentes, Irreprochables y Exaltadas Eminencias —empezó con adulación servil no exenta de hiel—, no es necesario que haga un informe verbal. Estos testigos imparciales lo harán en mi lugar —indicó los rollos y las latas—. He aquí un solidógrafo móvil de todo lo que ha ocurrido en la Gran Plaza. Es una transcripción de cada una de las palabras que ha pronunciado el hermano Jarles y, sincronizado con todo ello, un registro visigráfico de las principales ondas neuro—emocionales emitidas por la multitud durante su arenga. Hay además, un análisis gráfico, realizado en el Centro de Control de la Catedral, sobre la naturaleza física aparente de la esfera que rodeó al hermano Jarles y se lo llevó y una transcripción de las palabras y la risa que se escuchó al final, con los suplementos habituales.

El hombre se inclinó de nuevo, tanto, que sus mangas negras barrieron el suelo.

—No nos interesan esas bonitas imágenes —gritó la misma voz de los Moderados que había hablado anteriormente. La cara del que hablaba estaba enrojecida por la cólera—. ¡Queremos vuestra versión de lo que ha ocurrido finalmente, Diácono!

Goniface se dio cuenta de que Frejeris intentaba, sin éxito, lograr que el hombre callara y no desperdiciara su situación de ventaja con inútiles ataques de ira. El Primo Deth, impávido, miró con aire interrogante a Goniface quien le indicó que continuara.

—Todo ha ocurrido como se había previsto. Así lo muestran las grabaciones —empezó el Primo Deth con el fantasma de una cínica sonrisa merodeando en torno a sus labios delgados—. Al final, una esfera moteada que sugería la forma de unas manos, creó un vacío en torno al sacerdote quien durante un largo segundo resistió con éxito toda la potencia de la Ira del Gran Dios. Lo hemos podido estudiar. Después se elevó bruscamente y escapó; por un pelo. Teníamos ángeles apostados en las cercanías para perseguirle tal y como habíais ordenado

—Deth se inclinó respetuosamente ante Goniface—. Sabemos cuál es el sector en el que ha desaparecido y ya hemos empezado la búsqueda.

Inmediatamente Goniface se levantó e hizo un signo a Deth para que se acercara a la mesa a preparar la proyección.

«Ha llegado el momento», pensó Goniface. Las palabras de Deth habían exasperado a todos los arciprestes, pero principalmente a los Moderados, mientras que los Realistas habían quedado impresionados a pesar suyo. Goniface se dirigió al Consejo:

—Arciprestes de la Tierra, está dicho: «Allí donde va Megatheopolis, le sigue todo el planeta». Pero para que este aforismo tenga un valor práctico debemos saber hacia dónde va Megatheopolis ¡incluso antes de que lo haga!

»Ningún gobierno que se considere realista puede dejar de responder a esta cuestión.

»¿Quién de vosotros, arciprestes, a excepción del hermano Sercival, creía que un enemigo podía atacar abiertamente en el interior de la misma Megatheopolis?

»Tampoco yo lo creía, pero deseaba comprobarlo. Esa es una de las razones del experimento de la Gran Plaza.

»Hermanos, tenemos la respuesta: Satanás existe.

»Ya no podemos negar que nuestra criatura, la Brujería, esconde un enemigo. Un enemigo osado y peligroso.

»Ya no podemos negar que, en el seno de esa falsa Brujería que toleramos, se esconde otra Brujería que intenta utilizar el arma del miedo, no tan sólo contra los fieles, sino también contra los sacerdotes. Hay razones para creer que algunos miembros de esa Brujería Secreta pueden ser identificados gracias a ciertas marcas en sus cuerpos. Alguno de ellos ha resultado ser muy astutos y tener gran capacidad de iniciativa.

»Tampoco podemos tratar la Cuestión de Los Sacerdotes Aterrorizados como si se tratara de un caso de histeria colectiva sin importancia. Para animarles los he hablado de una prueba que les hemos impuesto, pero todos nosotros sabemos que tres de nuestros científicos del Quinto Círculo han reconocido haber quedado desconcertados por esas mismas manifestaciones en los santuarios rurales.

Goniface hizo una pausa. Los Moderados parecían más indignados que nunca. El oír hablar claramente de peligro siempre les exasperaba. Los Realistas, en cambio, escuchaban atentamente. El rostro del

hermano Jomald había adquirido la expresión de una admiración malévola.

—Invirtamos ahora la pregunta: ¿Cuál es la situación en Megatheopolis?

»Hermanos, sólo hay una manera de saberlo. Sólo hay una forma para descubrir el verdadero sentir de los fieles. No basta con controlarles estrechamente durante sus ocupaciones habituales. Tampoco bastan los *test* psicológicos. Tan sólo existe una forma segura: fomentar una pequeña crisis y estudiarla atentamente.

Los moderados más indignados empezaban a levantarse. Frejeris logró evitar que intervinieran, a regañadientes, como si él se diera cuenta de que no podía vencer a Goniface con un ataque frontal y directo.

—¡No se combate un incendio echando aceite en él! —dijo.

—¡Sí, precisamente con aceite! —replicó Goniface—. El aceite penetra mejor que el agua. Existe un tipo de fuego escondido que arde lentamente y que sólo se puede atajar con aceite porque no tiene bastante oxígeno para encenderlo. Es un fuego de esta clase, hermanos, el que se incuba en los corazones de los fieles. Y la fuerza que actúa contra nosotros bajo la cobertura de la Brujería es también un fuego de ese tipo, oculto y peligroso.

»Para poder descubrir la opinión secreta de los fieles, para darles el ejemplo instructivo de un sacerdote aniquilado por haber blasfemado, —o en lugar de ello, tal y como ha ocurrido realmente, para forzar a que el enemigo saliera al descubierto— he fomentado una crisis.

»Y ahora, Arciprestes de Megatheopolis, os ofrezco una grabación fidedigna de esta crisis para que la contempléis y estudiéis, de forma que podamos prevenir las crisis más importantes que nos esperan.

»Después de haberla visto, podéis acordar mi excomunión, si es que todavía lo deseáis.

Mientras Goniface hablaba, los ayudantes del Primo Deth habían efectuado cambios en la superficie aparentemente lisa de la Mesa del Consejo. En el centro apareció una depresión circular de casi dos metros de diámetro. A un lado había una serie de pequeñas depresiones y unas ranuras. Los rollos y las latas habían desaparecido y se hallaban insertos en los orificios adecuados.

Deth había pulsado un control y, mientras Goniface terminaba de hablar, la Sala del Consejo se había oscurecido ligeramente, desde el gris perla original hasta la más absoluta penumbra, después de pasar

por una variada gama de grises.

De repente, en el centro de la mesa, apareció una escena en miniatura. Se trataba tan sólo de una proyección como revelaba una ocasional bruma o esa especie de indefinición que se produce cuando demasiados personajes se hallan agrupados. La imagen se producía por la conjunción de varias cintas que proseguían su avance silenciosamente.

Minúsculas siluetas vestidas con ropas toscas, sacerdotes en miniatura con túnicas escarlata, pequeños caballos, vehículos, mercancías… Todo estaba allí. Era una reproducción perfecta de la Gran Plaza en la que tampoco faltaban los monumentos que la rodeaban.

Pero ahora eran los Arciprestes del Consejo Supremo quienes se inclinaban sobre la escena y no el Gran Dios.

Desde unas pequeñas depresiones cercanas se elevaban columnas de luz —amarilla, verde, azul, violeta— que fluctuaban ligera pero incesantemente, tanto en altura como en intensidad de color, indicando las principales reacciones neuroemocionales de la multitud.

Se oyó entonces el murmullo y el parloteo de voces diminutas, el crujir de los cascos y de las ruedas de madera de los carros.

La escena de la Gran Plaza se repetía.

El Primo Deth introdujo su brazo que parecía gigantesco y que momentáneamente aumentó dentro del solidógrafo en marcha para después disminuir aquella ilusión de gigantismo y sus dedos apuntaron despectivamente hacia dos pequeñas figuras vestidas de escarlata.

—Jarles y Chulian —explicó—. Dentro de un momento oiremos sus voces al volumen normal.

Goniface se reclinó en su asiento con satisfacción. Estudiaba las expresiones de las caras atentas de los arciprestes que parecían máscaras fantásticamente iluminadas, suspendidas en la profunda oscuridad más allá de la mesa. De vez en cuando echaba una mirada al solidógrafo.

Cuando llegó el momento de la primera acusación de brujería —la columna violeta que indicaba la repulsión, el temor y otras sensaciones similares, creció desmesuradamente y empalideció—, tuvo la oportunidad de ver la cara de la mujer y casi tendió el brazo para cogerla, pero se contuvo a tiempo y se inclinó, siguiendo un aire ocioso, como si de repente hubiera decidido mirar desde más cerca.

No era posible.

Y sin embargo lo era. Aquel rostro menudo, frío y decidido, más perfecto que un camafeo; sus finos cabellos oscuros como los de una muñeca. No eran los mismos, por supuesto, que aquellos que habían quedado impresos en su memoria, pero si se tenía en cuenta el paso de los años y lo que la madurez hubiera aportado…

Geryl. Knowles Geryl.

Pero Chulian la había llamado con otro nombre… Sharlson Naurya.

Una puerta, cerrada durante largo tiempo en la mente de Goniface, crujió y chirrió sobre sus goznes bajo la informe presión ejercida desde el otro lado.

El arcipreste se dio la vuelta para contemplar la amarillenta caricatura en que se había convertido la cara de Deth en medio de la penumbra y encontró dos pequeños ojos negros que le miraban intensamente. Después Deth retrocedió y se sumió en la oscuridad.

Goniface se levantó lentamente y pasó tras la hilera de sillones, como si se hubiera cansado de estar sentado. Luego, se alejó de la mesa y cuando notó la presencia de Deth detrás de él, cogió con su mano aquella delgada muñeca toda huesos y murmuró a la oreja de Deth:

—Esa mujer que Chulian debe arrestar, Sharlson Naurya. Encuéntrala. Arráncasela a Chulian de las manos si ya la ha detenido, pero encuéntrala. Será mi prisionera secreta.

E inmediatamente, como una idea surgida tardíamente añadió:

—No le hagas daño. Por lo menos hasta que yo la haya visto y haya podido hablar con ella.

El Primo Deth sonrió torvamente en la penumbra.

3

Por un momento, el hermano Chulian tuvo la impresión de que una sombra se acercaba hacia él corriendo por el empedrado pavimento. Luego dio un salto hacia atrás, la luz de su halo osciló en la calle poco iluminada y su campo de inviolabilidad chocó con el de su compañero.

—Resbalé —dijo sin gran convencimiento—. Uno de esos sucios fieles debe haber dejado caer alguna porquería.

El otro sacerdote no replicó. Chulian esperaba fervientemente que no le importara tomar la dirección de la derecha en la bocacalle siguiente. Era un camino algo más largo, pero de ese modo no tendrían que pasar por delante de la casa embrujada.

Para gran satisfacción suya, el otro giró a la derecha sin que tuviera que decírselo.

Por supuesto que la casa no está realmente embrujada, recordó Chulian inmediatamente. Eso era completamente absurdo. Pero se trataba de una feísima reliquia de la Edad de Oro y los fieles, en confesión, contaban historias sobre ella de lo más grotescas y desagradables.

¿Por qué las calles de los fieles debían ser tan estrechas, tan retorcidas? ¿Por qué el toque de queda era tan estricto? Chulian se lo preguntaba como si fuera culpa de los propios fieles. Era como una ciudad de muertos. Nadie, ni una luz, ni un sonido. Evidentemente, todas las reglas habían sido impuestas por la Jerarquía, recordó de mala gana, pero al menos habrían podido prever casos como aquel. Una ley, por ejemplo, que exigiera a los fieles estar atentos al paso de los sacerdotes durante la noche y apresurarse a iluminar su camino con antorchas. La escasa luz de su halo no era casi suficiente para evitar chocar contra las paredes.

Los dos halos violeta de forma circular brincaban como fuegos fatuos en aquellas trincheras tortuosas y en penumbra que eran las

calles de Megatheopolis.

Tras ellos se alzaba el Santuario en todo su esplendor. Para Chulian se trataba de un hogar acogedor del que le habían expulsado injustamente, precipitándole en el frío. ¿Por qué le habían elegido a él para esa clase de trabajo? Era tan solo un clérigo inocente que no molestaba a nadie. Todo lo que le pedía a la vida era paz y tranquilidad, una buena provisión de sus víveres preferidos, una oportunidad para reposar en la cama —en ese momento casi podía sentir el tacto del suave acolchado— y contemplar cómo sus libros favoritos se leían por sí solos en el solidógrafo y, de vez en cuando, una pequeña sesión recreativa con alguna Hermana Caída.

Nadie podía ser tan cruel como para reprochárselo.

Se dijo a sí mismo que todas aquellas desdichas provenían de la mala suerte de haber formado pareja con Jarles. ¡Qué individuo más resentido! Si no hubiera formado pareja con Jarles, no habría tenido nada que ver con aquel *complot* insensato que no comprendía y que parecía que había sido urdido tan solo para crear molestias y perturbaciones en el mundo. En ese mundo en el que las cosas marcharían sobre ruedas si todos fueran como el hermano Chulian.

Y además, todo habría ido bien si no hubiera sido tan estúpido como para mencionar aquellas marcas extras a Goniface. Pero si no lo hubiera hecho, ellos, con toda seguridad, se habrían enterado igualmente y le habrían castigado.

¡Marcas de Brujería! Chulian sintió un escalofrío. Casi las había visto arder en la blanca piel de aquella muchacha horrible. ¿Por qué algunas mujeres de entre los fieles tenían que ser tan descaradas y tan resentidas? ¿No podían ser dóciles y sumisas?

¡Marcas de Brujería! Hubiera querido borrarlas de su memoria. Como parte de sus estudios religiosos había leído un libro sobre la Edad Media de la Civilización de la Aurora. En él se decía que una marca de brujería indicaba el punto a través del cual una bruja alimentaba a su familiar. Se decía también que el familiar era un pequeño ayudante que les proporcionaba Satán—Satanás.

Evidentemente, todo aquello no eran más que tonterías. Entonces y ahora.

Pero ¿por qué Goniface había llamado bruja a esa muchacha cuando había oído hablar de las marcas extras de brujería? ¿Y por qué había enviado a Chulian para que la arrestara?

Chulian no deseaba realmente conocer la respuesta a esta pregunta.

Tampoco deseaba llegar a ser un sacerdote del Tercer Círculo. ¡Solamente quería que le dejaran tranquilo! ¡Si tan sólo pudiera lograr que le comprendieran!

Su compañero reclamó su atención al señalar un rectángulo más oscuro en la pared de adobe. Habían llegado.

Chulian golpeó enérgicamente la gruesa puerta de madera. Cuando los dedos estaban protegidos por los Guantes de la Inviolabilidad, uno no podía hacerse daño.

—¡Abrid en nombre del Gran Dios y de su Jerarquía! —ordenó con su voz aguda, amplificada por el silencio.

La respuesta llegó, apagada, tranquila y levemente irónica.

—La puerta no está cerrada. Abridla vosotros mismos.

Chulian se irritó. ¡Qué insolencia! Pero él había venido para arrestar a la muchacha y no para enseñarle urbanidad, así que levantó el pestillo y empujó.

La habitación estaba tenuemente iluminada por el parpadeo de un fuego danzante. Ligeras volutas de humo escapaban de la chimenea elevándose perezosamente en el aire y algunas de ellas lograban escapar por el minúsculo orificio de ventilación que había en el techo. El compañero de Chulian empezó a toser.

Ante la chimenea, una lanzadera se movía agitadamente entre los hilos de un gran telar que fabricaba un tejido negro.

El vaivén ininterrumpido fascinaba a Chulian y le hacía sentirse incómodo. Dudó un momento y después miró a su compañero. Uno al lado del otro y muy juntos, avanzaron hasta ver al otro lado del telar a Sharlson Naurya.

La muchacha llevaba un vestido tejido a mano de color gris y muy ajustado. Sus ojos absortos parecían no contemplar su propio trabajo, sino mirar a través de él. Sus hábiles dedos no dudaban en ningún momento. ¿Era un vestido lo que tejía? Se preguntó Chulian, ¿o se trataba de algo distinto…, de algo de mayor tamaño?

De repente y con un cierto sentimiento de culpabilidad se dio cuenta de que le recordaba a alguien. El parecido era vago, por supuesto, pero en su cara había la misma resolución, el mismo aire de determinación secreta pero indomable que acababa de contemplar, atemorizado, en el rostro del arcipreste Goniface.

Al cabo de unos momentos la muchacha giró la cabeza para mirarles, pero la expresión de su rostro no cambió; se podría decir que les veía como parte de aquel tejido misterioso que fabricaba. Sin

apresuramiento, escondió la lanzadera entre la urdimbre de hilos y se levantó, mirándoles a la cara y con las manos apoyadas en la cintura.

—¡Sharlson Naurya, quedas arrestada en nombre del Gran Dios y su Jerarquía!

La joven bajó la cabeza. Ahora sus ojos sonrientes albergaban una expresión de maléfica sorna. De pronto extendió las manos.

—¡Corre Minina! —gritó con un tono de perversidad inusitado—. ¡Avisa al Hombre Negro!

Del interior de su vestido gris surgieron unas relucientes garras que desgarraron la tela a la altura de su cintura. Algo escapó por aquel agujero y brindó hacia adelante.

Era un ser extraño, peludo, del tamaño de un gato, pero más parecido a un mono y extremadamente delgado.

Aquel ser escaló rápidamente la pared con la agilidad de una araña y alcanzó el techo, sin esfuerzo aparente.

Chulian sintió que sus músculos se helaban. Su compañero emitió un gemido ronco y extendió un brazo y de su dedo siniestro surgió un filamento de luz violeta que trazó una huella zigzagueante en el enyesado de la pared y del techo.

Aquel ser quedó inmóvil por un momento en el orificio de ventilación, miró hacia atrás y después desapareció. El rayo violeta chirrió inútilmente a través del agujero en dirección al cielo negro, donde brillaba una estrella.

Chulian seguía de pie mirando hacia arriba; le temblaba la mandíbula. Había podido ver fugazmente aquella minúscula cara, pero no cuando se movió —ya que la velocidad a la que lo hacía desdibujaba las facciones—, sino cuando se detuvo un momento para mirar atrás.

Le faltaban algunos rasgos de aquel rostro; algunos no los había podido ver con claridad y otros se proyectaban mezclándose con el resto. El conjunto estaba difuminado por el vello.

Y sin embargo, allí donde los rasgos se dejaban ver a través del vello, pudo ver una piel blanca que, pese a todas las distorsiones, era una figura deforme, diabólica, sin mentón y sin nariz que constituía una convincente caricatura de los rasgos de Sharlson Naurya. El vello era exactamente del mismo color que el cabello oscuro de la muchacha.

Finalmente Chulian se decidió a volverse hacia ella. La muchacha no se había movido y seguía sonriendo, de pie, ante ellos.

—¿Qué era eso?, —gritó.

La pregunta no era una simple petición de información; era una

súplica aterrorizada.

—¿No lo sabéis? —respondió la chica con gravedad.

Entonces la joven extendió la mano para alcanzar un chal que colgaba de un extremo del telar.

—Estoy preparada —dijo—. ¿No vais a llevarme al Santuario?

Y, mientras se abrigaba con el chal, se dirigió hacia la puerta.

En el exterior, la noche parecía todavía más oscura y mortalmente silenciosa. Si los fieles habían oído ruido, habían preferido no acudir a ver lo que ocurría. Evidentemente la ley prohibía salir a aquella hora, pero Chulian hubiese deseado por esta vez que algún fiel se atreviera a infringir la ley. ¡Si al menos pudiera encontrar una patrulla de diáconos!

Los dos halos violetas de los sacerdotes centelleaban en las calles estrechas y mal pavimentadas que conducían al Santuario iluminado.

¡Si al menos la muchacha no caminase tan lentamente! Claro que podían obligarla a ir más deprisa —la sostenían por los codos con las henchidas manos— pero algo le decía a Chulian que era mejor no hacerle daño, sobre todo teniendo en cuenta que se mostraba tan dócil. Después de todo, aquella cosa estaba en algún lugar, sobre algún tejado, quizá les seguía. En cualquier momento, si levantaba la cabeza, podía encontrarse con aquel pequeño antropoide encima de la cubierta de una de las casas, con su silueta recortándose en medio de las estrellas.

¡En cuanto llegaran al Santuario las cosas serían distintas!

Avanzaban por entre los portales en penumbra y las bocas sombrías de otras calles. En la esquina siguiente, debían girar a la izquierda para evitar pasar ante la casa embrujada, se dijo Chulian.

Pero cuando llegaron a la esquina, la calle de la izquierda estaba interceptada por un sólido muro de oscuridad.

No se trataba de aquella oscuridad iluminada sólo por las estrellas en la que habían avanzado hasta entonces, sino de una oscuridad total y completa que parecía convertirlo todo en gris.

Sólo gris.

Chulian miró de reojo la cara del hermano Arolj. Estaba pálido bajo su halo encendido y sorprendió en él una mirada de pánico; así que sin soltar a la muchacha en ningún momento, se internaron precipitadamente en las tinieblas, antes de que el miedo se lo impidiera.

De pronto, los halos de los sacerdotes se extinguieron y no quedó el menor rastro de luz.

Los hombres retrocedieron como si hubieran topado con una pared

de tinta. Jadeaban. Durante un segundo angustioso, Chulian temió que hubiesen quedado atrapados eternamente en aquella oscuridad.

Luego giraron hacia la derecha. Las tinieblas también habían invadido el inicio de la calle.

Sin embargo, Sharlson Naurya continuaba avanzando dócilmente entre los dos sacerdotes. Podría haber escapado sólo con permanecer en la oscuridad; ambos la habrían soltado. Pero quizá también la muchacha tenía miedo de la oscuridad, aunque Chulian no lo creía.

Chulian miró furtivamente hacia atrás con el rabillo del ojo; sus temores se confirmaban. La oscuridad les estaba siguiendo a lo largo de la calle que habían tomado.

El único camino que les quedaba pasaba por delante de la casa embrujada. Alguien quería que pasasen por delante de esa casa; pero no tenían elección si no querían que las tinieblas les sobrepasaran y les engulleran.

Aquella idea terrible también debía de habérsele ocurrido al hermano Arolj. Así que ambos sacerdotes tuvieron que avanzar casi al trote, arrastrando a la prisionera en medio de ellos.

A sus espaldas, el muro de oscuridad avanzaba inexorablemente y les lamía los talones al menor titubeo. Cuando llegaron a la pequeña plaza abandonada, donde se hallaba la casa embrujada, iban ya corriendo.

Mucho más alta que las otras casas se alzaba como un hito de desolación. Chulian apenas pudo ver las paredes deterioradas y extrañamente combadas y las ventanas circulares destrozadas que parecían dos ojos hinchados y amenazantes. Procedente de todas las direcciones, la oscuridad se cerró en torno a ellos como un enorme saco, impidiéndoles el paso, apagó las estrellas y les obligó a avanzar por el pavimento desigual hacia la boca del saco: la puerta de entrada a la casa de forma oval y totalmente desvencijada.

Entonces Chulian tuvo un desesperado arranque de coraje provocado por el terror y apuntó a Naurya con el dedo.

—¡En nombre del Gran Dios, si no haces que desaparezca todo esto, te elimino! —gritó con voz temblorosa.

Inmediatamente la oscuridad se les echó encima y les envolvió. Ni siquiera podían verse las caras a pocos centímetros de distancia.

—¡No, No! ¡No lo haré! —gritó Chulian dejando caer la mano.

La oscuridad se retiró un poco.

Y entonces Sharlson Naurya decidió, por fin, dirigirle una sonrisa

abierta y extendiendo la mano, antes de que él se diera cuenta de lo que iba hacer, le dio un golpe en el pecho.

El campo de inviolabilidad languideció, el halo tembló al apagarse y la túnica escarlata quedo colgando fláccidamente sobre su cuerpo.

La muchacha dio un golpecito a Chulian en la mejilla, como si cacheteara a un niño. El sacerdote notó que su carne al contacto se retraía.

—Adiós, hermanito Chulian —dijo entonces Naurya, desapareciendo por la desvencijada puerta de la casa embrujada.

Luego, la oscuridad retrocedió y desapareció.

En aquel momento, vieron llegar al Primo Deth que venía corriendo.

—¡La prisionera! ¿Dónde está? —preguntó Deth a Chulian bruscamente.

—¿No habéis visto esa terrible oscuridad? —respondió agitado el hermano Chulian.

El Primo Deth se apartó de él unos pasos.

—No sabía que los sacerdotes tuvieran miedo a la oscuridad.

Por un momento, Chulian fue consciente de que había sido insultado por un simple diácono.

—Ha entrado ahí dentro —respondió con sorna—. Si realmente quieres encontrarla, ¿por qué no vas tú a buscarla?

El Primo Deth se volvió en dirección a la calle.

—¡Despertad a los fieles! —gritó a alguien— ¡Rodead la casa!

Después se giró hacia Chulian.

—Seguramente, mañana me ordenarán entrar en la casa para exorcizarla —dijo—. Ya que estáis tan deseoso de verme entrar en ella, monseñor, pediré que seáis mi director religioso para que me guiéis.

4

Las manos soltaron los codos de Jarles después de una ligera presión que parecían decir: «¡Quédate aquí!». él notó el contacto del borde de una caja o de un banco en las pantorrillas, pero no se sentó.

Poco a poco, el entorno que le rodeaba empezó a precisarse. Era como un paisaje nocturno, hábilmente ejecutado por un gran artista: breves pinceladas fosforescentes sobre una superficie negra teñida de violeta.

Se encontraba en una sala amplia de techo muy bajo. Lo dedujo por corrientes de aire y por el eco de sus propios pasos.

En lo que parecía ser el extremo más alejado de la habitación, encima de un estrado poco elevado, había una especie de trono o sillón ligeramente luminoso y ante él, una mesa baja y sobre la mesa, un libro antiguo y enorme que estaba abierto. Criaturas de pequeño tamaño debían estar jugando en torno al trono ya que Jarles distinguía leves movimientos, como un hormigueo a ras de suelo, y oía arañazos y roces —y, de vez en cuando, un *plop* sordo, como si arrancaran sanguijuelas de una superficie plana.

De pronto, una de las criaturas saltó al trono y se sentó sobre él en cuclillas, como quien hace una travesura; era una minúscula silueta de mono de extrema delgadez.

Lo que ocurrió a continuación, provocó un escalofrío en Jarles que sintió cómo se le erizaban los cabellos. La criatura había hablado. O cuando menos se habían oído una serie de murmullos procedentes del trono; voces demasiado bajas y agudas, demasiado parecidas al parloteo de las cotorras para ser humanas. Y pese a todo eran humanas. Jarles apenas pudo entender algunos retazos de la conversación que siguió:

—¿…ha sido esta noche, Mysie?

—…en el interior de su túnica… un sacerdote del Cuarto Círculo… asustado… bromas…

—¿Jill?

—…ha marchado muy lejos, de alguna manera…

—¿Meg?

—…encima de su pecho, mientras dormía…

—¿Y Minina? Pero ya lo sé…

—Sí, Dickon.

Parecía que el que estaba sentado en el trono hacía las preguntas y que los otros respondían; como una parodia de seres humanos dando informes a un jefe o presidente. La última de las voces que pudo oír era tan familiar que Jarles sintió un estremecimiento.

—¿Quién sois? —preguntó entonces en voz alta, aparentando mayor seguridad de la que realmente sentía— ¿Qué queréis de mí? ¿Por qué todo este misterio?

El eco de sus palabras resonó en la amplia sala. No hubo respuesta, tan sólo un movimiento rápido y en un instante, el estrado quedó vacío.

Jarles se sentó ahora. Si habían decidido jugar a ese tipo de juegos con él, tampoco podía hacer nada. Solamente no dejarse impresionar o cuando menos no evidenciarlo.

Pero ¿cuál era el objetivo de aquel juego? Tratando de descubrir quiénes eran sus salvadores y raptores, intentó recordar todo lo que le había ocurrido desde que había desafiado y esperado la muerte en la gran plaza.

Sus primeros recuerdos se hallaban bloqueados por las impresiones que había experimentado. Algo sólido, semitransparente y moteado de negro que se cerraba en torno a él. Una luz azul cegadora y un ruido de todos los diablos, formado por crujidos, aullidos y risas. Un vertiginoso salto en el aire y, después, la caída en un agujero negro que se había abierto de repente.

Luego, una breve espera en medio de una oscuridad total. Después las manos; manos que le eludían cuando intentaba cogerlas; manos que le habían conducido durante un trecho indeterminado y le habían introducido en una pequeña celda, tal y como había logrado deducir tras una prudente exploración. De nuevo un largo período de espera y otra vez las manos le habían conducido hasta allí.

Durante largo tiempo, miró en dirección al estrado y al trono, hasta que le pareció que podía distinguir otras siluetas, más inconsistentes incluso que las de aquellas criaturas que brincaban; aquellas siluetas eran tan débiles que se esfumaban cuando las miraba directamente. Había también otras siluetas de mayor tamaño que parecían personas

sentadas a medio camino entre él y la oscura pared teñida de violeta que tenía enfrente, pero ninguna de ellas se interponía directamente entre él y el trono.

Su mirada se fijó en una mancha móvil y fosforescente que apareció de repente en una de las caras, justo donde deberían de estar situados los dientes. Después distinguió unos breves trazos amarillentos en el aire, como huellas dejadas por el paso de unos dedos bañados en una sustancia fosforescente.

Jarles contempló su propia mano. Las uñas relucían con una tonalidad amarilla. La habitación debía estar bañada por luz ultravioleta. Quizá los otros llevaban algún tipo de gafas especiales transformadoras.

—El Hombre Negro se ha retrasado, hermanas.

Jarles tuvo un sobresalto. No tan sólo porque la voz —una voz de mujer— era la primera voz realmente humana que oía, tampoco porque aquellas palabras fueran misteriosas y oscuramente sugestivas, sino porque su tono se parecía endiabladamente al de esas voces agudas e inhumanas que había oído murmurar poco antes. Parecía como si aquellas voces hubieran tratado de imitar a ésta que se oía ahora.

—Dickon ha llegado. El Hombre Negro no puede estar lejos.

De nuevo una voz de mujer y la sensación de una similitud inquietante.

—¿Qué tarea has llevado a cabo esta noche, hermana?— preguntó la primera mujer.

—He enviado a Mysie para que incordiara a un sacerdote del Cuarto Círculo —respondió la segunda mujer—. ¡Que Satanás le atormente eternamente! Si tengo que creerme lo que Mysie dice, se deslizó en el interior de su túnica y le asustó hasta provocarle convulsiones. Pero cuando su espíritu se aleja del mío es muy mentirosa. Sea lo que sea lo que haya ocurrido, estaba hambrienta cuando volvió. Me habría vaciado por completo si la hubiera dejado. ¡Esa pequeña glotona!

Jarles de pronto comprendió el significado de aquella conversación ininteligible.

Era la Brujería de la Civilización de la Aurora.

Debía tratarse de una reunión de brujas para exponer sus hazañas; de un aquelarre. El Hombre Negro debía ser el jefe de aquel grupo, de aquel conciliábulo de hechiceras, y las pequeñas criaturas a su servicio les chupaban la sangre a través de las marcas de brujería. ¿Cómo las

llamaban? ¡Familiares!

Pero él mismo había dicho a los fieles, con total buena fe, que no existía la brujería. Sólo quedaban los vestigios inofensivos y degradados que la Jerarquía había preservado en función de sus propios objetivos.

Aquella brujería parecía bastante degradada, en cierto sentido, con aquellos maniquíes como bestias, fantasmas de una evolución retrógrada, pero, ¿inofensiva? No tenía él tal impresión.

Jarles de nuevo se volvió hacia el estrado, intentando indagar algo más y obtener alguna respuesta.

El trono ya no estaba vacío. Una forma humana, totalmente negra, se había sentado en él.

De repente, la forma tomó la palabra con un maléfico regocijo. Su voz sedosa, metálica como el acero y burbujeante.

—Siento haber llegado tarde, hermanas. Pero esta noche he estado tan ocupado como un sacerdote. En primer lugar he tenido que guiar a las Manos de Satanás para que raptaran a un sacerdote renegado ante la mismísima nariz del Gran Dios que casi estornudó a causa de la sorpresa, hermanas. Después Minina vino corriendo a decirme que la Jerarquía se había apoderado de la hermana Perséfona y la llevaban al Santuario. Dickon y yo hemos tenido que acudir allí flotando por encima de los tejados y hemos dejado caer el Velo Negro para aturdir a los captores y persuadirles de que la escoltaran hasta un lugar seguro.

La voz fascinaba y horrorizaba a Jarles al mismo tiempo. Sentía que aquel hombre le podía gustar, pero que también podía odiarle.

—De vez en cuando, me divierte mucho usar la ciencia de los sacerdotes contra ellos mismos. Y nuestro Señor, seguramente, estará satisfecho de haberse librado de un trabajo extra. ¿Sabéis lo que es el Velo Negro, hermanas? Se trata de uno de los pequeños trucos que hemos puesto a punto a partir del solidógrafo de la Jerarquía. Dos focos luminosos pueden producir la oscuridad, hermanas, si tienen la misma frecuencia. El fenómeno se llama interferencia. El proyector del Velo Negro emite múltiples frecuencias que se ajustan automáticamente para neutralizar toda la luz en la región focal. Ésa es la oscuridad real que conocéis, hermanas, ¡la que nace de dos luces enfrentadas!

»Pero estoy monopolizando la conversación, seguramente todas vosotras debéis tener también anécdotas divertidas que contar. Antes de nada, ¡rindamos homenaje a nuestros señores!

El Hombre Negro se levantó y extendió los brazos hacia arriba y adelante en un gesto invocante. Parecía la sombra de un gigantesco

murciélago recortada sobre un fondo de nebulosa fosforescencia.

—Al Negro Satanás, Señor del Mal, ¡juramos eterna fidelidad!

—¡A Satanás, nuestra fidelidad! —respondió el coro de brujas que permanecía en sombras. Eran más de una docena.

Junto a esas voces, como un coro de monaguillos, se elevó el agudo parloteo en falsete de los familiares.

—A Asmodeo, Rey de los Demonios, ¡os juramos obediencia para toda la vida!

—¡A Asmodeo, nuestra obediencia!

De nuevo la respuesta salmodiada con inflexiones estridentes.

—Al aquelarre y a la Brujería, a nuestras hermanas las brujas y nuestros hermanos los hechiceros, a la vez en la Tierra y secretamente en el Cielo, a los humildes y los fieles que sufren bajo el yugo de la Jerarquía, ¡prometemos nuestra lealtad y amor!

—¡Al aquelarre, nuestro amor!

—Al Gran Dios, fantasma obeso e impotente que se ha otorgado a sí mismo el mando del universo, ¡nuestra burla y nuestro odio!

—¡Al Gran Dios, nuestro odio!

—A la Jerarquía y a sus instrumentos, esos pretenciosos parásitos escarlata, ¡nuestros maleficios y nuestros anatemas!

—¡A la Jerarquía, nuestros maleficios!

De pronto, la voz del Hombre Negro se hizo lenta y ominosa; era como un susurro escalofriante de remotas sugerencias:

—¡Avanza, Noche y amortaja la Tierra entera! ¡Llega, Miedo y estremece al mundo entero!

—¡Hágase la oscuridad!

Y a continuación el Hombre Negro se reclinó de nuevo en el trono. Su sardónica voz adoptó ahora un tono más negligente.

—Antes de tratar los asuntos habituales, debemos ocuparnos en primer lugar del tema de los nuevos miembros. ¿Perséfona?

Justo a su lado, en medio de la oscuridad, Jarles oyó la respuesta de Sharlson Naurya.

Estaba triplemente confundido: por su presencia inesperada y tan cercana, porque ahora se daba cuenta de por qué la voz de la criatura llamada Minina le había parecido familiar y también por lo que la muchacha estaba diciendo.

—Propongo como nuevo miembro a un joven llamado Armon Jarles que ha sido sacerdote del Primer Círculo. Lo ha merecido al

blasfemar públicamente contra el Gran Dios y al desafiar su Cólera. Con toda seguridad se convertirá en un brujo poderoso y astuto.

—Traedlo aquí —ordenó el Hombre Negro—, pero toma antes aquello que debemos tomarle.

Un par de manos cogieron a Jarles por los brazos y sintió que un instrumento puntiagudo se clavaba profundamente en su espalda. El joven gritó y al intentar luchar cayó hacia adelante.

—No tengas miedo —le dijo el Hombre Negro en tono de burla—. Ya tenemos lo que queremos, la semilla de lo que debe crecer. Traedle ante el altar, para que pueda inclinarse ante el Libro y para que yo pueda bautizarle con su nuevo nombre, su nombre de brujo: ¡Dis!

De pronto Jarles recobro el uso de la palabra.

—¿Por qué debo unirme a vosotros? —dijo.

Se hizo un silencio expectante. Después, Sharlson Naurya le susurró algo al oído, mientras le presionaba los brazos con fuerza:

—¡Cállate!

Pero aquella advertencia tan solo le exasperó.

—¿Por qué estáis tan seguro de que deseo formar parte de vuestra Brujería? —volvió a preguntar Jarles.

—¿En qué otro lugar puedes encontrar refugio?, ¡estúpido! —le susurró de nuevo Sharlson Naurya.

Se oyó un murmullo de voces, humanas y subhumanas.

El Hombre Negro se había levantado.

—Con suavidad, Perséfona —dijo—. Recuerda que nadie puede llegar a ser bruja o hechicero si no es por su propia voluntad y sin estar sometido a influencia alguna. Parece ser que tu candidato tiene algunas objeciones que formular. Deja que lo haga.

—Primero, decidme qué esperáis de mí —replicó Jarles.

La voz del Hombre Negro era ligeramente sarcástica.

—Creí que lo habrías adivinado. Queremos que abjures del Gran Dios y que te entregues, en cuerpo y alma, al servicio de Satanás. Firmar con tu nombre en este Libro tocándolo con la frente, para que quede registrado el dibujo individual y único en todo el mundo de las emisiones de tu cerebro que nadie podría falsificar. Después, deberás someterte a algunas otras formalidades.

—¡Eso no me basta! —contestó secamente Jarles—. Parece que fuese a entrar en Jerarquía, con todo ese camelo sobrenatural. ¿Cuáles son los objetivos de esa organización de la que me pedís que me convierta en esclavo?

—No hagas preguntas, Armon Jarles —respondió el Hombre Negro —. No se trata de ser esclavo, sino un hombre libre que ha contraído ciertas obligaciones. En cuanto a nuestro objetivo, ya has escuchado el ritual. ¡Derrocar al Gran Dios y a su Jerarquía!

La respuesta de Jarles, provocó nuevos murmullos.

—¿Para que podáis establecer nuevas supersticiones absurdas y convertirlas en el decálogo de una nueva Jerarquía que tiranice de nuevo al mundo? Los científicos de la Edad de Oro también tenían buenas intenciones, pero las olvidaron en cuanto saborearon el poder. Por otra parte, ¿cómo sabéis que no sois víctimas de un engaño de la Jerarquía? Es cierto que me habéis rescatado, pero los métodos de la Jerarquía son tortuosos. Me permitieron dirigirme a los fieles cuando podían haberme hecho callar fácilmente. Quizá también son ellos los que han permitido que me rescatarais, con algún propósito desconocido.

—No sé cómo podría satisfacerte, Armon Jarles —replicó el Hombre Negro con divertida perplejidad—. En cuanto al objetivo final de la Brujería, cuando la Jerarquía haya sido derrocada, es un tema de alta política del que no estoy autorizado a hablar.

»Pero, Armon Jarles, si hay algo que yo pueda hacer para convencerte de nuestras intenciones que esté dentro de los límites de lo razonable, dímelo.

—¡Y tanto! —replicó Jarles agriamente, sin prestar atención a la imperativa presión de los dedos de Naurya—. Si sois sinceros al intentar oponeros a la Jerarquía para ayudar a los fieles, dejad de lado todo este camelo y esta mistificación. No agravéis las supersticiones de los fieles. ¿No comprendéis que es precisamente la ignorancia la causa de todos sus males? ¡Decidles la verdad! ¡Alzadlos contra la Jerarquía!

—¿Y sufrir las consecuencias de ello? —se mofó el Hombre Negro —. ¿Ya has olvidado lo que ha estado a punto de ocurrirte, allí, en la Gran Plaza y cómo reaccionaron los fieles a tus palabras?

—Solicito un favor especial —intervino Sharlson Naurya con precipitación—. Este hombre es un tozudo idealista. Sospecha y malicia de todo por naturaleza. ¡Obligadle a que se convierta en hechicero a la fuerza! Acabará por estar de acuerdo con nosotros cuando haya podido reflexionar sobre todo ello.

—No, Perséfona. Temo que no podemos hacer ninguna excepción, ni siquiera en el caso de un tozudo idealista.

—¡Entonces, hasta que vea la luz!

—Tampoco debemos hacerlo, ya que para ello tendríamos que

utilizar la violencia y eso supondría una coacción. Aunque debo reconocer que en algún momento he sentido deseos de hacerlo —rió el Hombre Negro.

Inmediatamente su voz volvió a adquirir un tono de seriedad, o al menos la seriedad que era posible en aquella voz tan burbujeante y alegre.

—Me temo que se trata de ahora o nunca, Armon Jarles. ¿Quieres unirte a nosotros? ¿Sí o no?

Jarles dudó. Miró el círculo de formas negras y fosforescentes que estaban ahora mucho más cerca de él. Probablemente le matarían si rehusaba. Sabía demasiado.

Y además, estaba Naurya que él había creído perdida para siempre. Si aceptaba, seguiría a su lado. La muchacha parecía desearlo ¿No eran Dis y Perséfona el rey y la reina del Infierno?

Y también estaban todas aquellas personas: el Hombre Negro y las demás. Los sentimientos que le inspiraban eran contradictorios. Podía no gustarle lo que decían pero no lograba odiarles. Le habían salvado la vida.

De repente se dio cuenta de que estaba tremendamente cansado y se sintió incapaz de desafiar voluntariamente a la muerte dos veces en el mismo día.

Los dedos de Naurva seguían transmitiéndole un mensaje insistente y angustiado: «¡Di que sí!».

Cuando Jarles abrió la boca fue para decir: «Sí».

Pero —igual que había ocurrido en la gran plaza— el furor idealista y la cólera contra todas aquellas mentiras y mistificaciones de lo sobrenatural se apoderó de él como un demonio.

—¡No! ¡No reniego de lo que he dicho! ¡No me haré cómplice de vuestra hipocresía! ¡No quiero formar parte de esa Negra Jerarquía!

—Muy bien, Armon Jarles. ¡Has decidido! —resonó la respuesta del Hombre Negro.

Las manos le soltaron. El Hombre Negro pareció saltar hacia él. Jarles se debatía desesperadamente. El decorado negro y fosforescente empezó a dar vueltas ante él hasta convertirse en un caos informe.

De pronto, otras manos le cogieron —lisas, enguantadas en caucho, muy fuertes. Notó en ellas la presión de alguna clase de campo de fuerza, pero distinto del campo de inviolabilidad de las túnicas escarlata. Jarles intentó en vano desembarazarse de ellas.

Un ser pequeño y peludo, pero con garras, se estrechó contra su

pierna desnuda. Jarles agitó el pie violentamente y oyó que el Hombre Negro ordenaba:

—¡Atrás, Dickon! ¡Atrás!

La pierna de Jarles quedó libre.

—¡Eso son mentiras y engaños, Naurya! —tuvo tiempo de gritar Jarles— ¡Mentiras y engaños!

El joven oyó la risa amarga de la muchacha procedente de la oscuridad acompañando un grito insultante:

—¡Idiota! ¡Idealista!

Después, una fuerza a la que no pudo resistirse le arrastró fuera de la habitación, a través de un largo y estrecho corredor que, como un laberinto, daba vueltas y más vueltas. Jarles titubeaba e iba dando traspiés, mientras se golpeaba con los hombros contra paredes que no veía. Subió unas escaleras y a continuación sintió que le ponían una venda en los ojos. Después, otro pasadizo y más escaleras. Los pensamientos de Jarles se agitaban en torbellinos, al igual que le ocurría a su cuerpo.

Finalmente, el aire helado de la noche le llenó la nariz e hizo temblar su cuerpo cubierto de sudor. Bajo sus pies notaba el pavimento de guijarros.

En sus oídos resonó la voz del Hombre Negro.

—Sé que los idealistas nunca cambian de idea, hermano Jarles, pero si tú eres la excepción a la regla, vuelve al lugar en que vamos a dejarte y espera. Quizá nos pongamos en contacto contigo. Quizá te otorguemos una segunda oportunidad.

Unos pasos más allá, se detuvieron.

—Y ahora, hermano Jarles —dijo el Hombre Negro— ve a poner en práctica aquello que predicas.

Un brusco empujón hizo girar a Jarles que dio un traspié y cayó sobre el pavimento. El joven se puso en pie de una sacudida y se arrancó la venda de los ojos.

El Hombre Negro había desaparecido.

Jarles se encontraba a la entrada de una de aquellas callejuelas que llegaban hasta la Gran Plaza.

En el cielo empezaba a despuntar la naciente aurora que magnificaba la vacía inmensidad de la plaza, depositando leves toques opalescentes en las grandes cúpulas y capitales del Santuario, al tiempo que hacía empalidecer la ligeramente aureola azulada del Gran Dios.

Procedente de las onduladas colinas y después de adquirir mayor

fuerza en su arremolinarse por la Gran Plaza, llegaba un fuerte viento que penetró su carne desnuda hasta los huesos.

5

El sonar argentino de invisibles címbalos y un potente coro de voces impresionantes y seráficas también invisible, precedían a los exorcistas en su camino hacia la casa embrujada. Los fieles que ocupaban la calle se apartaban para dejarles pasar, pero las calles que desembocaban en la pequeña plaza estaban repletas de fieles, empujados, a su vez, por otros fieles que querían ver la procesión lo más cerca posible. Como nadie deseaba ser empujado hacia el terreno abandonado y maldito en torno a la casa embrujada, todos resistían frenéticamente los empellones en esa dirección, muchos fieles tuvieron que ser rechazados por las inviolables manos de los sacerdotes enguantadas de rojo, y algún que otro niño cayó al suelo, antes de que los exorcistas llegaran a la plaza.

Allí les acogió un murmullo excitado. Megatheopolis se había despertado conmocionada por los temibles acontecimientos que se decía habían ocurrido en el mundo sobrenatural y por la cercana presencia del terrible Satanás que se había alzado de nuevo desde el Infierno para desafiar la omnipotencia de su Dueño y Señor.

A primera hora de la mañana se había sabido que la Jerarquía iba a purificar la casa embrujada, lo que parecía una medida perfectamente justificada y lógica, ya que la casa embrujada era una reliquia de la Edad de Oro y, por consiguiente, una guarida de Satanás y sus amigos a quienes gustaban especialmente aquellos pecadores de antaño tan altivos y rebeldes. Sin ninguna duda aquella época había sido dura y difícil de sobrellevar, pero también había sido muy excitante y fértil en lo que hacía referencia a manifestaciones sobrenaturales. Eso no se podía negar.

La música y la pompa de la procesión de los exorcistas habían sido concebidas hábilmente para exacerbar todavía más los ánimos durante la espera de la multitud.

En primer lugar iban cuatro sacerdotes jóvenes apuestos y esbeltos como ángeles que portaban, cada uno de ellos, una vara de la ira, como si fuera una porra.

Después seguían dos diáconos que llevaban incensarios de los que se desprendía un perfumado aroma.

A continuación marchaba un sacerdote solo que parecía dirigir la ceremonia. El hombre era más bien bajo y regordete, pero su porte era henchido y mantenía la cabeza muy alta. El Quinto Sector se sentía orgulloso de ver a su consejero, el hermano Chulian, ocupando una posición de tal importancia.

Tras él, una veintena de sacerdotes, algunos de los cuales mostraba en su pecho la insignia del relámpago—y—la—bobina—eléctrica del Cuarto Círculo, llevaban instrumentos impresionantes —globos que centelleaban incluso en medio de la brillante luz del sol, tubos, latas y cajas metálicas de extrañas formas— todos ellos abundantemente decorados con incrustaciones de piedras preciosas y grabados con emblemas religiosos.

Al final de este grupo, cuatro sacerdotes con expresión severa hacían avanzar una especie de gran concha metálica de caracol que flotaba a la altura de sus hombros, conduciéndola hasta un pequeño montículo en medio del terreno abandonado, donde la depositaron. Después, ante los asombrados ojos de la multitud, uno de los sacerdotes dibujó unos signos místicos en el aire y la concha descendió lentamente, aplastando bajo su peso las malas hierbas y los matojos que había debajo, hasta quedar posada en el suelo con la abertura orientada hacia la casa embrujada.

Pero la retaguardia de la procesión había desviado la atención de esta exhibición. El murmullo excitado de las voces se trocó en susurros, cuando los de las primeras filas anunciaron a los demás la presencia del hombrecillo negro. El Primo Deth gozaba de bastante buena reputación.

Algunos niños, al adivinar el objeto que venía tras de él, rompieron a llorar. El objeto en cuestión parecía un enorme cuenco muy profundo y herméticamente cerrado del que escapaba una niebla blanca que goteaba ligeramente sobre el suelo, dejando un reguero de pequeñas bolas blancas que se fundían inmediatamente en la nada, pero que no debían pisarse con los pies desnudos, ya que se adherían a la piel y producían quemaduras horribles. Los fieles de las primeras filas sintieron el paso de una oleada glacial.

Aquellos cuencos eran recipientes de agua bendita que se hallaban

normalmente a ambos lados de la puerta de la Catedral. Más de un niño había visto cómo la piel de sus dedos era arrancada por haber osado tocarlos ligeramente, antes de que su madre, horrorizada, tuviese tiempo de impedirlo. ¡No era de extrañar, por tanto, que los sacerdotes que llevaban el gran cuenco hubieran puesto al máximo su campo de inviolabilidad!

La música, tras elevarse en un crescendo exaltante hasta llegar al clímax, cesó bruscamente. El murmullo de la multitud descendió de volumen y siguió un instante de silencio. Después, uno de los jóvenes sacerdotes avanzó con gran solemnidad hacia la casa embrujada, portando su vara de la ira por encima de su cabeza como una espada llameante. Todos los rostros giraron en aquella dirección y los fieles contemplaron su avance expectantes.

—¡Este lugar está maldito! —gritó de repente el joven con voz estentórea— ¡Ofende al olfato del Gran Dios! ¡Tiembla, Satanás! ¡Atemorizaos, diablos! ¡Ved cómo inscribo aquí la marca de la Jerarquía!

Luego se detuvo ante una puerta extrañamente desvencijada y de la vara extendida surgió un relámpago violeta del mismo color de su halo que resultaba casi invisible a la luz del sol y lentamente trazó una circunferencia sobre la puerta.

Lo que sucedió a continuación no parecía formar parte del programa previsto. El joven sacerdote se inclinó hacia adelante para mirar a través del irregular orificio de entrada, sin acabar el círculo de fuego que había empezado a hacer. Debía tratarse de algo de excepcional interés, ya que el joven pasó la cabeza a través del agujero. Inmediatamente la puerta se cerró en torno a su cuello y quedó atrapado en el orificio. Luego empezó a debatirse tirando hacia atrás, mientras su vara que seguía emitiendo luz violeta, chamuscaba las malas hierbas.

Se oyeron carraspeos y gritos aislados entre la multitud y algún acceso de risa histérica. Los otros tres sacerdotes jóvenes se precipitaron para socorrer a su compañero. Uno de ellos tomó la vara, que dejó inmediatamente de vomitar fuego. Después tiraron de él con gran violencia y sacudieron con fuerza el batiente de la puerta que cedió un poco, como si fuera elástica.

De pronto la puerta se abrió de par en par por sí sola y los sacerdotes cayeron sobre las hierbas humeantes. El joven sacerdote que había quedado atrapado se enderezó de un salto y corrió hacia la casa

antes de que los demás pudieran impedírselo. Luego la puerta se cerró de un golpe tras él.

Toda la casa empero a temblar.

Las paredes abatidas se enderezaron, se abombaron y fueron recorridas por ondas y rizos agitados. Las ventanas se cerraron. Una pared se encogió visiblemente y otra se dilató. Después se sucedieron distorsiones.

Una ventana superior empezó a ensancharse y expulsó violentamente al joven sacerdote, como si la casa, después de haberle saboreado, le escupiera. El joven, antes de llegar al suelo, conectó su campo de inviolabilidad que amortiguó la caída, de modo que rebotó con suavidad sobre las hierbas.

Esta vez, la risa de la multitud no parecía solamente histérica.

La casa quedó en calma.

A continuación hubo un despertar de actividad entre los sacerdotes que se ocupaban de los instrumentos. Tras consultar rápidamente entre ellos, dos o tres se precipitaron hacia el Primo Deth. Los que vigilaban el gran cuenco posado en el montículo también dirigieron hacia él una mirada de interrogación.

De todos los exorcistas, ninguno se sentía tan inútil y confuso como el hermano Chulian. ¿Por qué tenían que sucederle estas cosas a él? Deth le había designado malintencionadamente para ocupar aquel puesto que podía considerarse importante y él sabía menos de lo que estaba ocurriendo que todos los demás juntos. ¡Si no hubiera tenido la mala idea de insultar a aquel diácono cruel el día anterior!

Los cuatro jóvenes sacerdotes se apartaron, por fin, de la casa embrujada y se detuvieron junto a él, pero estaban demasiado excitados para preocuparse por su dignidad y empezaron a discutir. Tres de ellos hacían preguntas al que había entrado en la casa.

—¡Cualquiera habría mirado en el interior! —afirmó con vehemencia—. Pies desnudos que corrían. Eso es lo que vi. ¡Os lo repito! Solamente dos piececitos descalzos, sin nada encima de ellos. Y bailaban. ¡Tenía que ver qué era lo que ocurría! Luego, cuando la puerta me atrapó, un montón de tipos pequeños e iracundos llegaron de alguna parte y empezaron a hacer los más insultantes comentarios acerca de mi cabeza. ¡Como si se tratara de un objeto disecado y colgado en la pared! ¡También vosotros os habríais sentido molestos! Quería castigarles. Por eso entré corriendo en la casa.

—Pero ¿por qué saltaste por la ventana?

—La casa. ¡Ya os lo he dicho! De pronto no vi a aquellos tipos por ninguna parte, pero toda la casa empezó a temblar y a dar sacudidas. El suelo se levantó bajo mis pies y me empujó contra las paredes que me hicieron rebotar de una a otra. Después, el suelo me levantó y antes de que me diera cuenta estaba en el piso de arriba. Entonces sentí un último empujón y una ventana se abrió justo antes de que yo chocara con ella. ¡No pude hacer nada!

Chulian no quería escuchar. Era demasiado confuso y desconcertante. ¿Por qué la Jerarquía hacía cosas como éstas? ¡Cómo se habían reído los fieles! Cierto que los diáconos habían acabado rápidamente con su hilaridad, pero se habían reído.

El Primo Deth se adelantó seguido por los sacerdotes.

—Y ahora que sus señorías han edificado a la muchedumbre con esta pequeña demostración —dijo—, ¿podemos seguir, por fin, las instrucciones que nos ha dado el arcipreste Goniface?

—¡Que te ha dado a ti, querrás decir! —replicó agriamente uno de los jóvenes sacerdotes— Nosotros tenemos órdenes del Centro de Control del Santuario y del Consejo Supremo. Nos han dicho que procediéramos como de costumbre.

El Primo Deth dirigió al joven una mirada glacial:

—Pero ya veis, monseñor, que no se trata de una casa embrujada habitual. Ésta no ha sido erigida para que podáis demolerla. Me temo, reverendos, que se trate de una guerra y quizá hagan falta los miserables y despreciables diáconos acostumbrados al trabajo sucio, para intervenir en una guerra. ¡Preparad el vaporizador cero—entrópico, hermano Sawl!

Un tubo largo, delgado y ligero fue adaptado al recipiente que originalmente había seguido a Deth en la procesión. El hermano Chulian sintió que el frío atravesaba incluso su campo de inviolabilidad y retrocedió un paso, tiritando.

—Lanzad un chorro a media potencia sobre la casa —ordenó el Primo Deth—. Justo lo suficiente para endurecer los muros exteriores. Después, máxima presión directamente en la zona de entrada. Vamos a abrir nuestra propia puerta. ¿Preparados? Muy bien. Hermano Jafid, tienes la palabra.

La voz del hermano Jafid, ampliada con gran potencia, era desagradablemente suave.

—Que las Aguas de la Paz Suprema dobleguen este lugar. Que apacigüen su agitación. Que eliminen de él todo movimiento y todo

mal.

El tubo de entropía—cero se abrió con un sonido ligeramente estridente y tan agudo que apenas era audible; recordaba el ruido del hielo al romperse. De él surgieron copos de nieve y un chorro de aire helado que se ensanchaba al avanzar. La casa embrujada quedó sumergida bajo los remolinos de una tormenta de nieve en miniatura. Una explosión de aire ártico rebotó en sus paredes. La multitud, pese a lo comprimida que estaba, pareció retroceder amontonándose más aún.

El haz vaporizado se redujo y se concentró en torno a la puerta, cubriéndola con una sólida costra de hielo. Después, el estridente sonido cesó.

Un sacerdote se acercó a la capa de hielo reluciente y opalescente y le dio un golpe con su vara de la ira. Los materiales congelados se rompieron en pedazos y dejaron ver un amplio agujero irregular. El sacerdote pasó la vara alrededor del borde, produciendo astillas que centelleaban como carámbanos al caer al suelo.

—Ahora podemos empezar —dijo Deth en tono cortante—. El proyector y las varas primero. Seguid agrupados. Desconfiad de las posibles trampas. Vigilad las puertas. Seguid mis instrucciones. Y si alguien encuentra a la muchacha bruja avisadme inmediatamente.

Pero antes de que el grupo avanzase, Deth se dio cuenta de que el hermano Chulian seguía en pie a un lado.

—¡Oh, reverendo, casi me había olvidado! Esto es lo que tanto deseabais ver. Debéis ocupar el lugar de honor. ¡Encabezad vos el grupo, hermano Chulian!

—Pero…

—Os estamos esperando, hermano. Toda Megatheopolis os espera.

Chulian avanzó a regañadientes por entre los matojos helados. El frío le subía por los tobillos a través de un pequeño agujero en su campo de inviolabilidad y hacía temblar sus rodillas.

Sin entusiasmo Chulian contempló la casa, cuyas paredes heladas empezaban ya a humear por el efecto del calor del sol. Incluso en aquel estado desastroso, la casa embrujada seguía teniendo una cierta belleza de proporciones, pero su elasticidad potencial era muy desagradable para alguien habituado a la imponente rigidez arquitectónica de la Jerarquía.

Había leído en algún sitio que en la Edad de Oro habían existido casas ajustables con paredes elásticas, formadas por densos campos de fuerza, parecidas, en estructura y flexibilidad, a la silueta móvil del

Gran Dios de la Catedral.

Pero esta idea no agradaba precisamente al hermano Chulian. Compartía muchos de los temores que los fieles sentían por la Edad de Oro y por su arrogante población. Debían haber sido tan desconcertantes e independientes como sus casas. Rebeldes y obstinados como el hermano Jarles, descarados y sarcásticos como aquella joven bruja.

Chulian estaba persuadido de que la vida en la Edad de Oro era muy penosa, ya que la individualidad de cada uno estaba amenazada continuamente por la de los otros y además no existía una Jerarquía que te organizara la propia vida y garantizase tu propia seguridad.

Ahora estaba ya muy cerca de la abertura flanqueada por el hielo. ¿Y si los antiguos moradores hubieran vuelto a la vida al mismo tiempo que la casa? Era un pensamiento absurdo y sin embargo…

Tras de sí oyó la interpelación de Deth:

—Si veis algún signo de vida en el interior, lanzaremos un ligero chorro de entropía para congelarla, monseñor. Es mejor en ese caso que os apartéis rápidamente si no queréis que el campo de inviolabilidad quede bloqueado, reverendo.

Chulian entró rápidamente en la casa embrujada y se metió por la primera puerta que vio. Aquel maldito diácono era muy capaz de cumplir su amenaza y la idea de quedar bloqueado e indefenso dentro del campo solidificado, aunque fuera por un breve tiempo, le resultaba angustiosa.

La débil luminosidad del halo le permitió distinguir una habitación redonda de tamaño mediano, con muebles cuyos colores habían ido ensombreciéndose por el paso de los siglos, pero cuyas líneas seguían proporcionando una sensación de comodidad. Chulian empezó a toser. El polvo removido por la reciente agitación lo inundaba todo y empezaba a formar de nuevo una gruesa capa. El suelo cedía ligeramente bajo sus pies.

Pese a su repulsión, el hermano Chulian se sentía extrañamente fascinado por aquella habitación. Ciertos elementos le parecían de lo más atractivo. En particular un diván, muy parecido a la cama que él ocupaba en su lujosa celda del Santuario.

Un sonido inquietante, una especie de crujir de dientes que le pareció oír justo detrás de él, le hizo dar media vuelta rápidamente. No había nadie.

Pero la puerta había desaparecido. Había quedado aislado de los

demás.

Su primer pensamiento fue: «¿Y si las paredes empiezan a acercarse más y más entre sí?».

El diván que había atraído su atención empezó a moverse hacia él, avanzando por el suelo polvoriento como un caracol gigantesco.

Con un carraspeo y una risita provocada por el pánico, Chulian se apartó. El diván cambió de dirección para seguirle. Ahora avanzaba más de prisa.

No había puertas, así que intentó interponer otros muebles de mayor tamaño entre él y el diván. Pero éste los apartó sin esfuerzo. Chulian dio otro salto hacia un lado y el diván giró rápidamente en la misma dirección, como una babosa perversa dotada de gran inteligencia. Después tropezó, cayó violentamente al suelo y logró levantarse dando un salto a ciegas hacia adelante.

Chulian quedó atrapado en una esquina. El diván se acercaba muy lentamente ahora, como si disfrutara con su terror; después se elevó de repente y agitándose con movimientos obscenos, tendió hacia él dos cortos brazos —una grotesca evocación de los placeres carnales que resultaban tan agradables a Chulian— y a continuación, le abrazó.

La presión contra el pecho de Chulian activó los controles del campo de inviolabilidad y lo inutilizó. Automáticamente se apagó también el halo que el campo transmitía por encima de su cabeza.

Sólo quedaron la oscuridad y el obsceno y sofocante abrazo de la cosa. Chulian luchó con desesperación e intentó soltarse, echando la cabeza hacia atrás y empujando con todas sus fuerzas.

Si esa cosa llegaba a tocar su cara, enloquecería. Lo sabía. Y la cosa le tocó la cara. Al principio con una suavidad que le hizo recordar los dedos ligeros de Sharlson Naurya.

—Adiós, hermanito Chulian.

Y después le abrazó cada vez con mayor presión, cada vez más fuerte, hasta casi estrangularle. Ahora se arrastraba por encima de su boca. El hermano Chulian hubiera querido enloquecer.

Una idea imbécil y absurda persistía en su cerebro. Si lograba escapar, ya no podría volver a dormir tranquilamente en su cama del Santuario.

La presión cedió bruscamente. Una puerta en la pared que había ante él se hizo visible y dejó pasar una débil luz. Chulian se quedó mirándola estúpidamente; titubeaba y se sentía agotado. De repente y a pesar del terror que ponía brumas en su cerebro, se dio cuenta de que

era posible escapar y caminó tambaleándose hacia la puerta.

Al llegar al umbral, Chulian fue desbordado por una marea escarlata de sacerdotes que huían. El Primo Deth estaba entre ellos. Desde el suelo el hermano Chulian pudo distinguir unos rasgos del rostro cetrino y deformado de Deth; sus pupilas estaban muy dilatadas.

—¡La cosa! —gritaba el Primo Deth—. ¡La cosa está en el muro!

Penosamente, Chulian les siguió a cuatro patas y logró atravesar el umbral helado e irregular de la puerta.

En sus oídos resonó la risa incontrolable y estrafalaria de la multitud.

Los dedos del Hombre Negro manejaban con soltura los controles. Los ojos relucientes escrutaban la miniatura solidográfica de la casa embrujada instalada ante él. A través de las fantasmales paredes proyectadas, veía pequeños maniquíes de túnicas escarlatas huyendo del lugar. Después, cuando llegaban al límite del campo visual del mecanismo, desaparecían bruscamente. Contempló también cómo el hermano Chulian se perdía cojeando tras ellos.

Una sonrisa de satisfacción, aunque algo crispada, sustituyó a la expresión de intensa concentración. La nariz corta, los cabellos rojos cortados a cepillo y erizados, acentuaban su expresión diabólica.

El Hombre Negro murmuro:

—Cada vez me gusta más ese hombrecillo rechoncho. ¡Se asusta tanto y de un modo tan divertido!

Después, dio un salto atrás. Una luz cegadora había invadido la pequeña escena.

—¡Ah! Finalmente han decidido hacer explosionar la casa —gritó —. ¡Pero Satanás será quien ría el último!

El Hombre Negro acercó un micrófono a sus labios e hizo estallar una risa demoníaca.

Fue como la erupción de un volcán. La casa embrujada ardió bajo las llamas, se retorció y acabó consumiéndose. Los cuatro sacerdotes del montículo habían recibido finalmente la orden de activar el fulminador, pero el humo y las llamas rojas sugerían más el infierno que el cielo y de la muchedumbre surgieron gritos de dolor entre aquellos fieles que habían resultado seriamente quemados por las rachas de calor surgidas de aquel aparato manejado sin precaución. Otros fieles intentaban subirse a los tejados más cercanos.

La casa embrujada se derrumbó finalmente y dejó de existir, pero de entre las ruinas en llamas, consumidas por el calor, surgió una risa

terrible y triunfal.

El Hombre Negro dejó los controles y se levantó, contemplando el gran teclado con pesar.

—¡Lástima que ya no podamos seguir utilizándola! Era divertido hacerla funcionar. La echaré en falta, Naurya.

—Pero ha valido la pena —observó ella con seriedad.

—¡Por Satanás, cierto que sí! Fieles riéndose de los sacerdotes. Eso ya es un gran éxito. Pero esos pobres diablos van a lamentar haber reído cuando la Jerarquía les doble el diezmo. En cualquier caso se trataba de un instrumento muy práctico y tengo derecho a lamentarme de que lo hayamos perdido. Mira: esta primera hilera de mandos controlaba las paredes; la de debajo, suelos y techos. No te imaginas las horas que he dedicado a practicar y desarrollar la técnica requerida para lograr esos trucos; como el de aspirar a ese tipo y después escupirlo de golpe. Da un montón de problemas.

»La tercera hilera, puertas y ventanas. La cuarta, ventiladores y esos muebles que decidimos dotar de animación. Incluyendo ese diván que tanto amaba al hermano Chulian.

El Hombre Negro acarició con ternura una docena de clavijas.

—Dime —preguntó Sharlson Naurya, inclinándose con curiosidad sobre el tablero—, ¿la gente de la Edad de Oro vivían siempre en casas como esta que gastaba bromas?

—¡Por Asmodeo, no! Esta casa era de un cierto esnobismo, creo, y resultaba muy caro. La idea era tener una casa que pudiera cambiarse de forma para acomodarla a tus caprichos. Digamos, por ejemplo, que tienes muchos invitados a una fiesta y necesitas una sala de baile de mayor tamaño. Basta con activar los controles adecuados y ya está; las paredes retroceden. Y también, ¿por qué no hacer una habitación de forma oval u octogonal mientras estás en ella? Igual de simple.

Rió con alegría.

—Evidentemente, las transformaciones ocurrían lentamente, pero cuando nuestras investigaciones mostraron que el viejo mecanismo seguía en funcionamiento, fue muy simple aumentar la potencia y la rapidez, de forma que la vieja casa pudiera bailar una jiga si era necesario. Luego conectamos los controles a distancia y eso fue todo.

Sharlson Naurya sacudió la cabeza.

—No puedo dejar de pensar que la comodidad y el lujo de una casa como ésa es más bien repugnante. Te das cuenta, hacer que se mueva una silla a través de la habitación porque uno tiene pereza de andar. O

cambiar la forma de un diván para que te rasque la espalda. Suena demasiado voluptuoso.

El Hombre Negro frunció la nariz con disgusto.

Como si fuera un bufón de los de antaño, con aquella túnica negra que dejaba al aire piernas y brazos, se dio la vuelta y apuntó contra Naurya un dedo burlón.

—Te has dejado contaminar por la moral del trabajo que la Jerarquía recuperó de los mugrientos tiempos pasados —le acusó con tono irónico—. Por otra parte, ninguno de nosotros escapa a ello. Por suerte para mí, en mi caso se ha convertido en una necesidad irresistible de gastar bromas complicadas y laboriosas.

Naurya le miró intensamente, apoyando el brazo en el borde del teclado de control que ocupaba casi toda la pequeña habitación vacía, de las paredes desnudas y sin ventanas. El Hombre Negro se reclinó en el sillón acolchado que había ante los controles que constituía el único mobiliario de la habitación y contempló a la muchacha con interés. Ella parecía más juiciosa y con mayor experiencia que él, por sus rasgos fríos y decididos y aquellos ojos enigmáticos.

—¿Son esas bromas complicadas tu objetivo en la vida? —preguntó finalmente la joven—. He estado mirándote mientras manipulabas esos controles. No has dejado de sonreír mientras contemplabas las pequeñas siluetas rojas, como si tu única ambición en la vida fuera la de jugar el papel de un maléfico semidiós.

—¡Ah, debo reconocer que ésta es una de mis debilidades! El telesolidógrafo siempre te produce esa sensación de sentirte como un dios. Tú misma debes haberla experimentado. ¡Confiésalo!

Ella asintió con la cabeza.

—Es cierto. ¿Cómo funciona? Ésta es la primera vez que he visto uno.

—¿De verdad? Teniendo en cuenta tus relaciones con Asmodeo me había imaginado otra cosa.

—No sé nada de Asmodeo —negó, reforzando lo dicho con un movimiento de cabeza.

El Hombre Negro la miró con ojos penetrantes.

—Pues él tiene un gran interés por ti, como si fueras la más importante de todos nosotros. —La muchacha no respondió—. Pero tú debes conocer la tarea que te ha reservado, Naurya. ¿Quieres decir que Asmodeo te ha confiado esta tarea como hace conmigo, por comunicación indirecta? —Él la contempló un largo rato y después se

encogió de hombros negligentemente—. Puedo creer que no le conozcas. Nunca he conocido a ninguna bruja ni a ningún hechicero que le haya visto, ni siquiera yo mismo y, de alguna forma, ocupo el segundo puesto. Tan sólo recibo órdenes que me vienen de arriba. Eso es él para todos nosotros. Una fuente invisible de instrucciones. Un jefe invisible. El gran misterio.

Su voz dejaba traslucir una cierta amargura teñida por los celos. Después, cambiando de posición, hizo sonar los dedos con impaciencia y prosiguió:

—Pero si Asmodeo te confía la dirección de nuestro cuartel general aquí en Megatheopolis y me pide que te proteja, supongo que es correcto que te explique el funcionamiento del telesolidógrafo. En realidad se trata de algo simple. El solidógrafo de la Jerarquía es un proyector cinematográfico en tres dimensiones. El telesolidógrafo es algo parecido, excepto que el múltiple rayo primario es invisible, de largo alcance y gran poder de penetración; y sólo proyecta una imagen visible tridimensional cuando llega al punto focal. Se parece a un vaporizador con un chorro extremadamente delgado. Por ejemplo, si deseamos mostrar unos pies desnudos brincando por encima del suelo, o cualquier otra cosa, fabricamos un solidógrafo y pasamos las cintas por el proyector. ¡Fantasmas a voluntad! Las manifestaciones sonoras funcionan más o menos de la misma forma.

»El instrumento que utilizo es algo más complicado, por supuesto. Es a la vez emisor y receptor. De ese modo logro una imagen reducida de la región focal para poder tener una guía al activar y operar los fantasmas y manipular los controles remotos de la casa…

»Todos nuestros trucos son como éstos, Naurya. Pequeñas mejoras de la ciencia de la Jerarquía. Tan pronto como los sacerdotes descubran la pista correcta, es sólo cuestión de tiempo el que encuentren las respuestas. Ya casi han empezado a hacerlo. Congelar las paredes con el rayo de entropía cero no fue mala idea.

»Por eso he utilizado con mucho cuidado el telesolidógrafo (una de nuestras principales bazas y hay que reservarla) y he abusado de los controles de la casa, porque no podemos esperar que siga siendo un misterio mucho tiempo. Sólo he usado el telesolidógrafo con el primer sacerdote y con Deth. —Sonrió al recordar este punto—. Es sorprendente que un truco como ése haya podido asustar tanto a nuestro querido diácono. Pero cuando Asmodeo te envía una detallada biografía—del—miedo de un hombre, no es difícil encontrar el punto vulnerable, incluso en el caso de un cruel criminal como el diácono.

¿Cuál es el problema, Naurya? ¿Es Deth tu bestia negra?

La chica negó con la cabeza, pero sus ojos seguían reflejando un odio mortal.

—El hombre que está tras él —respondió con suavidad.

—¿Goniface? ¿Por qué? Ya sé que la tarea que te han reservado afecta a Goniface. ¿Hay algo personal en ello? ¿Quizá venganza?

Ella no respondió. El Hombre Negro se levantó.

—Hace un rato me preguntaste sobre mis objetivos. ¿Cuáles son los tuyos, Sharlson Naurya? ¿Por qué eres una bruja, Perséfona?

Ella pareció no haberle oído y al cabo de un momento cambió de expresión.

—Me pregunto qué le sucederá a Armon Jarles.

Él la miró rápidamente.

—¿Está eso entre tus objetivos? Me pareciste herida cuando se rebeló la otra noche. ¿Estás enamorada de él?

—Quizá. Él, al menos, tiene una motivación más profunda que el gastar bromas complicadas. Hay algo profundo y sólido en él; como una roca.

El Hombre Negro rompió a reír.

—¡Demasiado sólido! Por otra parte, siento que le hayamos perdido. Necesitamos hombres, ¡por Satanás! Hombres capaces. Y son precisamente esos los que utiliza la Jerarquía.

—Me pregunto qué va a ocurrirle —insistió ella.

—Nada agradable, me temo.

6

Armon Jarles, acurrucado allí donde las sombras eran más oscuras, intentaba establecer un plan de acción, pero la profunda quemadura que le había producido en el hombro un rayo de la ira le había provocado fiebre. Por eso, la música de danza muy sincopada y las risas histéricas que surgían de la casa que se hallaba tras él, adquirían un significado maléfico y provocaban visiones de pesadilla en su mente agitada por el dolor.

Aquél era el único lugar de Megatheopolis en el que se permitían algunas transgresiones del toque de queda. Era el barrio de las Hermanas Caídas. Abundaban en el lugar las formas furtivas, sacerdotes sin halo, momentáneas ráfagas de luz, puertas que se abrían y cerraban con suavidad, silbidos, cuchicheos, proposiciones murmuradas con voz ronca y con una alegría ficticia que dejaban entrever una desesperada melancolía. Una joven de gran belleza, que se hallaba de pie ante un portal, le había visto pasar. Su rostro era muy pálido e iba vestida muy ligeramente. El aspecto de Jarles debía ser horrible; el de un hombre acorralado. Al verle, los ojos de la muchacha se habían dilatado por el terror y había gritado, lo que había desencadenado una nueva persecución.

Los perseguidores se habían desorientado siguiendo una pista falsa, pero iban a volver. Seguro que volverían.

Debía trazarse un plan.

La fiebre le impedía tener hambre, pero sentía la garganta seca. Las sandalias, de mala calidad, herían sus pies hinchados. Ahora se daba cuenta de cómo los dos años pasados en el Santuario le habían ablandado y debilitado.

Pero lo peor era el roce de su hombro herido contra aquella túnica robada, de tejido áspero.

Debía concebir un plan.

Había pensado en dejar Megatheopolis, pero era muy difícil esconderse entre los campos bien cultivados y si los campesinos eran tan sólo la mitad de hostiles que habían resultado ser los fieles de Megatheopolis…

Debía…

Pero la música sinuosa llegó de repente a un paroxismo exacerbado que conjuró la horrible visión de la cara de su madre fatigada por el trabajo. Incluso ahora le era difícil aceptar que ella le había traicionado y que su padre y su hermano habían hecho lo mismo y en su propia casa. El único lugar en el que había estado seguro de poder encontrar refugio. Ni siquiera la reacción fría, hostil y marcada por el pánico que habían tenido al verle le había puesto en guardia. Pero las miradas furtivas que intercambiaron —y aquel encargo misterioso que su hermano fue a realizar— le habían forzado, finalmente, a aceptar la verdad. Casi demasiado tarde, ya que escapó por muy poco a los diáconos que su hermano había ido a buscar. Fue entonces cuando le habían quemado con el rayo de la ira. Fue entonces cuando supo que habían puesto precio a su cabeza. Una recompensa que todos los fieles debían estar deseando ganar.

Tuvo que pelearse con su padre y derribarle cuando el anciano intentó retenerle.

El rostro de su madre, borroso como si lo percibiera a través de oleadas de aire cálido y vibrante, pareció burlarse de él en la oscuridad. Jarles extendió la mano en un gesto que intentaba borrarlo.

«Quizá debería estar satisfecho de su reacción», se decía a sí mismo, mientras tenía la impresión de que todo el universo basculaba a su alrededor. Gracias a ella había podido ver que, en el fondo de sí mismos, los Fieles alimentaban un odio por la Jerarquía más feroz del que podía imaginarse. Un sacerdote apoyado por la Jerarquía debía de ser temido, adulado y casi reverenciado, pero cuando un sacerdote era repudiado por esa misma Jerarquía, surgía una posibilidad de dar rienda suelta a su odio. Ahora eran los fieles quienes le perseguían, fieles conducidos por diáconos, pero fieles al fin y al cabo.

Dos años atrás, había superado los exámenes muy decidido a trabajar para mejorar la moralidad y las condiciones de vida de los fieles y para colaborar activamente en la llegada de la Nueva Edad de Oro. Jarles creyó incluso, que podría ayudar a su familia.

Pero hoy mismo, su familia le había hecho comprender que ya no era uno de sus miembros, que se había convertido en algo que, al

mismo tiempo, era más y menos que un hombre: un sacerdote; un ser inhumano.

—¡Mirad! ¡Aquí está!

Jarles se encogió, al principio, cegado por el rayo buscador del proyector. Después, sintiendo un dolor agudo que laceraba sus músculos, se lanzó hacia adelante y corrió para alcanzar el callejón del otro lado de la calle. Un rayo de la ira crepitó sobre la pared de enfrente.

El pavimento de guijarros. Las correas de las sandalias que mordían su piel. El roce de la túnica en el hombro. El brazo herido que colgaba inerte en su costado. La oscuridad. Un rectángulo de luz. La cara pintada de una mujer. Gritos.

Correr. Correr. Correr.

Repentino aumento de gatos que le persiguieron cuando logró alcanzar la entrada del callejón. El rayo violeta de la ira por encima de su cabeza.

Pero antes de resultar partido en dos, había logrado desviarse por la calle siguiente, la había cruzado y había desaparecido en el sector lleno de ruinas al que sus pasos le habían guiado instintivamente.

Escombros. Matojos enmarañados. Hierbas. Grandes bloques de piedra y plásticos rotos. Paredes desmanteladas que posiblemente eran anteriores a la Edad de Oro. Pasajes estrechos y tortuosos. Callejones sin salida. Un laberinto formado por las ruinas de enormes estructuras.

Gritos tras él. Un círculo luminoso proyectado justamente encima de su cabeza, sobre un enorme bloque de forma irregular. Agacharse. Inclinarse. Arrastrarse.

Más gritos. Esta vez más cercanos. Jarles buscó frenéticamente un refugio y sintió un dolor agudo cuando su hombro chocó contra una pared de piedra. Se mordió la lengua para no gritar y un gusto salado le llenó la boca.

Ahora su único objetivo era huir hacia adelante por entre las ruinas, eligiendo siempre el camino más oscuro y tortuoso. Algunas veces los gritos se alejaban, otras veces se oían más cerca. Ya ni siquiera se daba cuenta de que su huída alocada podía llevarle, finalmente, a caer en manos de sus perseguidores.

Le pareció oír todavía la música de baile, latiendo al mismo ritmo que su hombro, chirriando obscenamente, lamentando roncamente su desesperación y que todo el universo oscilaba perezosamente al son de aquella música. También él quería bailar, pero sentía mucho dolor. Era

otra persona. Era Armon Jarles, pero Armon Jarles era otro. Su padre…, su padre era un arcipreste. Aquellos viejos brazos le estrechaban y no le dejarían marchar. Su hermano era un bebé regordete que ronroneaba. Se llamaba hermano Chulian. Su madre…

Una muchacha de gran belleza le hacía señales desde un portal. Se acercó poco a poco y notó cómo su recelo desaparecía lentamente. De repente, ella se adelantó, le cogió por el hombro herido y se lo retorció con violencia. Tras de ella avanzaba una marea de túnicas escarlatas. Los rasgos de la muchacha parecieron envejecer y llenarse de fatiga y su madre, vestida con una túnica andrajosa, le dirigió una mirada burlona.

Pero aquellos rasgos estaban envejeciendo demasiado, demasiado para ser el rostro de su madre. Las mejillas se hundían, los labios se arrugaban, la nariz se convertía en un gancho delgado y la barbilla adquiría la forma de una protuberancia parda.

—Despierta, hermano Jarles —oyó un ronco cuchicheo.

Algo no cuadraba en aquella cara. Era real y ahora no quería contemplar la realidad. Pero la mano que le sujetaba seguía haciéndole daño. Intentó soltarse, levantó los ojos y a la luz del rayo buscador que pasaba ahora por encima del estrecho callejón, vislumbró una cara decrépita y la reconoció.

—¡Ven conmigo, hermano Jarles! ¡Ven con la Madre Jujy!

Jarles casi sonrió.

—Prefiero que recibas tú la recompensa antes que mi padre —murmuró Jarles.

La palma de una mano que era toda huesos le cerró la boca.

—¡Cállate! ¡Van a oírnos! Levántate, hermano Jarles. No estamos lejos, pero habrá que correr. ¡De prisa, de prisa!

Era menos doloroso levantarse que seguir en el suelo y dejarse atrapar. Al cabo de un momento logró ponerse en pie, aunque el esfuerzo hizo agitar vertiginosamente la oscuridad y trajo de nuevo las alucinaciones. Jarles vaciló y se apoyó en la espalda huesuda de la vieja y aún le pareció que aquel rostro seguía cambiando de aspecto. Primero, su madre. Después, Sharlson Naurya. De nuevo la Madre Jujy. Después, la muchacha del portal. Otra vez su madre…

—Deja que les llame —dijo sonriendo tontamente—. No hace falta ir a buscarles. Deja que les llame y vendrán. ¿Te das cuenta? Entonces podrás tener la recompensa para ti sola. O, ¿quizá temes que no te la den?

Por toda respuesta, Jarles recibió un golpe de bastón en la boca.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hay alguien con él!

Entonces giró en dirección a una calle lateral y oyó más voces que llenas de excitación, atronaban en todas direcciones. De nuevo giró bruscamente y vio a la Madre Jujy remover unos matojos y levantar una plataforma.

—¡Entra! ¡Entra! —gritó la anciana.

El golpe que había recibido le había devuelto algo de cordura. Jarles se deslizó por el oscuro agujero que la anciana había puesto al descubierto y bajó a trompicones por una pequeña escala hasta llegar al final de la misma. Allí se dejó caer al suelo y quedó tendido cuan largo era.

Los gritos habían enmudecido. La oscuridad era total. Reinaba el silencio.

Al cabo de un momento, surgió una luz y pudo ver el anciano rostro sin dientes, que le sonreía, iluminado por una vela.

—¡Ahora verás cómo la Madre Jujy va a buscar la recompensa, hermano Jarles! —dijo la mujer con voz temblorosa.

La anciana tocó su hombro y apartó la ropa. A Jarles le rechinaron los dientes.

—Hay que curar esto —dijo refunfuñando—. También la fiebre. Pero antes debemos marcharnos de aquí. Bebe un poco.

La anciana puso un pequeño frasco ante los labios de Jarles. El líquido le quemó la garganta y casi le ahogó.

—Quema, ¿no es cierto? —Observó la anciana satisfecha—. No es como los vinos de la Jerarquía. La Madre Jujy fabrica su propio néctar. La Madre Jujy tiene su propio alambique.

Jarles echó una ojeada alrededor suyo.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En uno de los túneles de la Edad de Oro —replicó la mujer—. No me preguntes para qué servían. No lo sé. Pero sé para qué sirven ahora. —La mujer rió maliciosamente, sacudiendo la cabeza—. ¡Sólo somos viejas brujas ignorantes! ¡Los sacerdotes lo saben todo de nosotras! ¡Oh, sí!

El joven la miró desconcertado.

—No te esfuerces en comprenderlo, hermano Jarles. Ven con la Madre Jujy.

Jarles la siguió. En algunos tramos el túnel estaba intacto (un tubo circular de metal deslustrado, suficientemente ancho para estar de pie en su interior), pero la mayor parte del trazado estaba abollado y lleno

de polvo y suciedad. Una o dos veces pasaron al lado de toscos puntales que evidentemente eran recientes.

El camino parecía interminable. Jarles se sentía cada vez peor. La fiebre había aumentado a causa de la fatiga y quizá también por efecto del ardiente néctar de la Madre Jujy.

Empezó a dar tumbos y las alucinaciones volvieron, pero esta vez Sharlson Naurya caminaba a su lado mordisqueando una granada. Ellos eran el Rey y la Reina del Infierno y visitaban el Mundo Subterráneo conducidos por su primer ministro, la Madre Jujy cuyo bastón se había convertido en una vara de mando adornada por serpientes vivas enrolladas en espiral. Tras ellos seguía un hombre que era una sombra completamente negra y alrededor de sus pies retozaban y brincaban pequeños antropoides semihumanos.

De nuevo otra escalera. La Madre Jujy le ayudó a subirla. Jarles vio un catre que parecía una caja, uno de cuyos lados estaba abierto. Era demasiado corto para él, pero sorprendentemente mullido. De pronto, el agradable frescor de una venda empapada en un líquido negro y perfumado invadió su hombro dolorido. Jarles sintió un poco de aprensión porque hasta entonces sólo había sido curado por sacerdotes. Los sacerdotes curaban a todo el mundo. Un líquido tibio descendió por su garganta. Suavidad. Sueño.

Tuvo aún algunas alucinaciones provocadas por la fiebre en las que se mezclaban de vez en cuando retazos de realidad. El primer momento de consciencia llegó cuando vio una forma borrosa y negra sentada en cuclillas sobre la colcha de la cama, a la altura de sus pies. Jarles se concentró pacientemente en ella hasta que consiguió identificarla.

Se trataba de una gran gata negra que se lamía las patas y le contemplaba con ojos fríos y sagaces.

No era normal. No tenía que haber sido una gata. La Madre Jujy debería tener una criatura pequeña y peluda, pero no una gata.

Durante un período de tiempo interminable reflexionó sobre aquel problema. De vez en cuando miraba a la gata, casi esperaba que ésta le hablara, pero la gata seguía lamiéndose las patas y le observaba con ojos impasibles.

Gradualmente empezó a darse cuenta de lo que le rodeaba. Su cama era evidentemente una caja. Una caja construida en la pared de una habitación. Jarles no podía ver la parte inferior de la sala porque se lo impedía el borde de la cama que sostenía las sábanas y la colcha.

El techo de la pieza era muy bajo y una gran variedad de objetos

colgaban de las vigas. Jarles podía oír el crepitar de un fuego y el hervor de una marmita. Olía bien.

Luego, intentó darse la vuelta, pero sintió unas punzadas dolorosas. El dolor no era excesivo, pero lo suficiente como para hacerle contener la respiración.

En aquel momento la vieja arpía apareció cojeando.

—Así que ya te has despertado. En algún momento a la Madre Jujy le pareció que iba a perder a su muchachito.

Jarles seguía obsesionado con su problema.

—¿Es sólo una gata? —preguntó con voz débil.

Los ojos de la bruja que brillaban en el fondo de sus negras órbitas, le miraron atentamente.

—¡Naturalmente! ¡Aunque sea algo pretenciosa!

—¿No chupa la sangre?

La Madre Jujy hizo chasquear la lengua con desprecio.

—Quizá le gustase hacerlo. ¡Deja que lo intente!

—Pero…, entonces…, ¿eres una bruja, Madre Jujy?

—¿Te crees que acepto ser tan impopular sólo por diversión?

—Pero…, yo creía…, me parece que…, las otras brujas que he conocido…

—Oh, *ésas*. Así que has conocido a alguna de *ésas*.

Jarles asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Quiénes son?

La vieja echaba fuego por los ojos.

—Ya has hecho demasiadas preguntas. Además es hora de cenar.

Más tarde, mientras la mujer daba a Jarles un caldo caliente, la gata vino a husmear el cuenco y seguía con los ojos el movimiento de la cuchara. De pronto, llamaron a la puerta.

—¡No hagas ruido! ¡Que no te vean! —siseó la Madre Jujy.

Luego, deslizó un panel de la pared delantera de la caja y dejó a Jarles completamente a oscuras. El joven oyó un ruido como el de una cortina al cerrarse.

Después sintió que la gata se instalaba encima de su pecho; podía sentir la presión de sus cuatro patas, como si fuesen las de una mesa pequeña.

Desde la habitación llegaban retazos de conversación, pero Jarles no podía distinguir lo que decían.

Ahora la gata se había tendido encima de su hombro sano y

empezó a ronronear. Jarles se durmió.

Durante los días siguientes la vieja ocultó la cama varias veces, pero muy pronto dejó de correr la cortina y esto le permitió seguir las conversaciones con bastante claridad. Jarles oyó a la vieja bruja pronunciar dudosos sortilegios y dar consejos cínicos a toda clase de fieles, principalmente a las Hermanas Caídas que nunca se cansaban de que les predijera el porvenir. Así tuvo conocimiento, de forma indirecta, del hampa de Megatheopolis con la que la Madre Jujy parecía tener muy buenas relaciones. Al parecer actuaba como encubridora y receptora de cosas robadas.

Pero también había otra clase de visitantes. Por dos veces vinieron a verla los diáconos. La primera vez Jarles estaba tenso ante la posibilidad de que le prendieran, pero, por extraño que pudiera parecer, el diácono solamente quería utilizar los servicios de la Madre Jujy para reconquistar a una muchacha que un sacerdote le había robado. La segunda vez fue mucho peor. El diácono se puso a husmear por todas partes como si sospechara algo, amenazó con represalias a la Madre Jujy por fabricación ilícita de alcohol y otras actividades ilegales y en un par de ocasiones golpeó contra la pared que ocultaba la cama. En realidad trataba simplemente de obtener los servicios de la bruja gratuitamente, ya que al final acabó contando una historia muy parecida a la del primer diácono. Jarles se sintió bastante animado cuando oyó que la Madre Jujy le vendía una poción mágica cuya utilización exigía llevar a cabo varias acciones fatigosas y degradantes.

Alguna vez pensó en el Hombre Negro y en Sharlson Naurya, pero aquel aquelarre y la reunión de brujas, ahora le parecía que formaban parte de las alucinaciones provocadas por la fiebre, aunque volvía una y otra vez a recordarlas y agobiaba a la Madre Jujy con muchas preguntas sobre ello. De ese modo llegó obtener bastante información, pero tenía la impresión de que la vieja sabía muchas más cosas de las que reconocía.

Según la Madre Jujy solamente hacía unos años que habían aparecido las «nuevas brujas». Al principio, ella había creído que estaban inspiradas directamente por la Jerarquía y que los sacerdotes habían decidido «hacernos perder el trabajo a las viejas brujas de siempre».

Al cabo de un tiempo había cambiado de opinión sobre las nuevas brujas y ahora parecía que la Madre Jujy las consideraba como una competencia directa pero amigable. La vieja admitía mantener vagas relaciones con ellas, pero nunca quiso decirle a Jarles qué clase de

relaciones eran.

Mientras cicatrizaba el hombro quemado y disminuía la fiebre —muy lentamente ya que no tenía a su disposición los regeneradores maravillosos de los médicos de la Jerarquía —, Jarles meditaba sobre toda esa información que iba obteniendo y, un día, decidió por fin preguntar a la Madre Jujy:

—¿Por qué me rescataste?

Ella le miró, primero con perplejidad y después maliciosamente, antes de responder:

—¡Quizás esté enamorada de ti! Ha habido muchos jóvenes apuestos a los que he salvado y ayudado cuando era la más bonita de todas las Hermanas Caídas.

Después, añadió con malhumor:

—Además, te portaste bastante bien conmigo cuando llevabas túnica.

—Pero ¿cómo lograste encontrarme? ¿Cómo es que estabas entre las ruinas cuando me perseguían?

La Madre Jujy le contó que fue por pura casualidad, cuando ella acababa de salir del túnel. Más tarde pretendió haber tenido una «visión» del peligro que Jarles corría, pero él supo en seguida que no le estaba diciendo la verdad.

Un día, al anochecer, Jarles se sentía nervioso e insistió en levantarse y pasear arriba y abajo de la habitación, agachándose y esquivando los objetos que colgaban de las vigas. Estaba impaciente por afrontar la realidad. De pronto, llamaron a la puerta. Era un ruido bastante distinto de todos los que ya había aprendido a reconocer, como un tamborileo ligero con los dedos. «Grimalkin», la gata, gruñó amenazadoramente. La Madre Jujy condujo a Jarles de nuevo hasta la cama en la pared, después se acercó a la puerta, la abrió y salió fuera cerrándola tras ella.

Estaba ya muy oscuro, pero ante ella se vio una sombra aún más oscura, con forma de hombre.

—Te veo —dijo la vieja en tono agresivo pero algo nervioso, mientras se cubría con un chal andrajoso para protegerse del frío—. Y no hace falta que uses tus tretas para impresionarme. Eso no va conmigo.

—«Grimalkin» ha reconocido mi forma de llamar —le respondió una voz risueña.

—Le arrancaría los ojos a esa chica. ¿Qué quieres?

—¿Cómo está nuestro paciente?

—¡Quiere levantarse y partir de cruzada! ¡Casi tengo que tenerle atado!

—¿Y su… educación?

—Bueno. Creo que está empezando a ser más razonable. Siempre va bien que sucedan estas cosas. Es tenaz, muy duro y tiene buen carácter, pero sabe lo que quiere y es listo; aunque me parece que se ha ablandado un poco con respecto a vosotros. Lo siento por él.

—¡Muy bien! Realmente eres demasiado modesta. Subestimas la influencia de tu compañía. Te estamos muy reconocidos. Madre Jujy.

—¡Mierda, reconocidos! —respondió amargamente la vieja arpía, levantándose y avanzando su mentón arrugado—. Escucha, ¡Os ayudo algunas veces porque sé qué queréis acabar con los sacerdotes! Pero hay algo que quiero que sepáis: lo he sabido desde el primer día que os vi, a mí no me engañáis. A pesar de todos vuestros trucos y proezas y pese a esos monitos que hablan farfullando, ¡vosotros no sois verdaderos brujos!

Una risa burlona resonó en la oscuridad.

—Esperemos que la Jerarquía nunca sea tan perspicaz, Madre Jujy.

Ella ignoró el cumplido.

—¡Sólo sois unos charlatanes! —insistió—. La verdadera bruja soy yo.

La sombra negra se inclinó haciendo una reverencia.

—No te disputaremos tal honor —concluyó.

—Así lo espero —respondió la Madre Jujy.

7

—Asmodeo dice que debemos aumentar la presión, Drick. Esta noche los lobos volverán a Megatheopolis. Tan solo para dar una vuelta por los alrededores al principio, pero después se irán haciendo más atrevidos. A partir de medianoche, los telesolidógrafos funcionarán las veinticuatro horas del día en todas las principales ciudades. Pronto instalaremos el segundo en esta ciudad. Tendréis que hacerlos funcionar por turnos. Tened cuidado de no fatigaros la vista. Mientras tanto, los aquelarres deberán utilizar a todas las personas disponibles en la segunda fase de persecuciones de los sacerdotes de los Cuatro Círculos Superiores. Estas son las cintas y el listado de los miedos individuales básicos de los sacerdotes sobre los que se debe actuar y que son los que ocupan posiciones clave. Podéis empezar ya a distribuirlas.

El Hombre Negro hizo deslizarse sobre la mesa una caja llena de minúsculas bobinas. El hombre joven bajo, corpulento, con facciones inteligentes y que llevaba una túnica negra similar a la suya echó una ojeada a los nombres inscritos en las bobinas y cerró la caja.

—Me gustaría saber dónde logra Asmodeo obtener estas informaciones tan detalladas —añadió el Hombre Negro frotándose los ojos—. Si creyera en la religión, diría que él mismo es el Gran Dios. ¡Sabe tanto de la Jerarquía!

Drick se inclinó hacia adelante.

—Quizá forme parte de la Jerarquía.

El Hombre Negro asintió frunciendo el ceño en actitud reflexiva.

—Quizá. Quizá.

Drick le contempló extrañado.

—Yo no soy Asmodeo, Drick. Ni siquiera estoy seguro de ser el jefe aquí en Megatheopolis, aunque parece ser que soy el primero en recibir las instrucciones.

—Pero ¿de dónde vienen? —Drick puso la mano encima de la caja

—. Esto, por ejemplo, requiere un contacto físico. Alguien tiene que dárselo.

—Seguro —el Hombre Negro sonrió un poco cansado—. Cuando entro en esta habitación y encuentro una caja encima de mi mesa, es lógico pensar que alguien la ha puesto aquí, pero ¿quién?

—¿Así es cómo llegó?

El Hombre Negro asintió.

Drick, perplejo, sacudió la cabeza.

—Realmente somos demasiado confiados…

El Hombre Negro rió quedamente.

—Por otra parte, hay algunas ventajas en este procedimiento. Si cogen a uno de nosotros, no puede delatar a los demás, ni en el caso de que le… persuadieran para que lo hiciese.

—Todavía no han logrado coger a nadie —la voz de Drick sonó un tanto engreída.

El Hombre Negro le miró lentamente; su rostro diabólico se había cubierto bruscamente con una máscara de seriedad.

—¿No creerás, ni remotamente, que no son capaces de hacerlo? No hay duda de que ya han localizado a algunos de los nuestros y sólo esperan saber algo más acerca de los jefes para desarticular toda la red.

Drick parecía desconcertado y decaído.

—Seguro —dijo tomando la caja y levantándose. Después recordó algo—. He estado con Sharlson Naurya. Empieza a impacientarse. No le gusta estar encerrada.

—También son órdenes de Asmodeo. Tiene algún plan. Un trabajo especial para ella cuando llegue el momento adecuado. Ve a verla de vez en cuando, Drick, si tienes oportunidad. Diviértela un poco.

—Esas sí que son instrucciones agradables —opinó Drick.

—No te hagas demasiadas ilusiones, te lo advierto. Tengo la impresión que pronto tendremos entre nosotros a cierto sacerdote renegado.

—¿El paciente de la Madre Jujy? ¿Ha cambiado de opinión?

—Está cambiando, creo.

Drick asintió.

—No parece un mal tipo. Y creo adivinar que Naurya siente debilidad por él.

Cuando estaba ya en la puerta, de repente se dio la vuelta. El Hombre Negro se había dejado caer pesadamente en el sillón y se

frotaba los ojos.

—Dime —sugirió Drick—, si las acciones van a intensificarse a partir de esta noche, ¿por qué no te tomas seis horas de descanso ahora que puedes hacerlo?

—No es una mala idea —respondió asintiendo con la cabeza el Hombre Negro.

Tras la partida de Drick, siguió inmóvil un rato contemplando la pared.

—No es una mala idea —repitió.

A lo lejos, se oyó una gran campana doblar en señal de duelo. Una sonrisa llena de malicia surcó lentamente su rostro. El Hombre Negro frunció las cejas y sacudió la cabeza, como alejando la tentación. La campana continuó su tañido y la sonrisa del Hombre Negro retornó, a pesar suyo. Se encogió de hombros y se puso en pie.

De nuevo parecía lleno de energía.

De un armario situado en la pared sacó un brazalete negro y grueso que parecía una bobina o una red formada por hilos eléctricos y se lo puso en el antebrazo derecho. Sobre una cómoda, al otro lado de la habitación, había un recipiente de cobre poco profundo en el que flotaban unas flores. El Hombre Negro extendió el brazo en aquella dirección para hacer una prueba como si buscara una especie de contacto y el recipiente empezó a oscilar ligeramente, se levantó un poco sobre la cómoda y de repente volcó, derramando el agua y las flores. El Hombre Negro sonrió satisfecho.

En el brazo izquierdo se colocó un brazalete de otro tipo que tenía varias manecillas pequeñas y que podía tocar con sólo doblar los dedos. Después manipuló sobre la cómoda e hizo surgir una música; una melodía lenta y solemne. Entonces retrocedió y extendió el brazo izquierdo de nuevo, como para hacer una prueba y empezó a tocar las manecillas con los dedos. La música solemne graznó, se hizo discordante y acabó convirtiéndose en un sonido ronco y estridente.

Luego de un estante del armario sacó la indumentaria que usaban los fieles: una áspera blusa de mangas largas, polainas, botas y un capuchón.

Una voz ligera, apagada y muy aguda, sin origen visible, comentó:

—Otra vez con tus bromas y tus chanzas! ¡Me temo que seré yo quien tendrá que hacer todo el trabajo duro!

—Esta vez, Dickon, mi querido familiar, creo que voy a dejarte en casa —respondió el Hombre Negro.

La gran campana había dejado de tocar, pero el eco resonaba todavía como un misterioso mensaje procedente de la eternidad. Una muchedumbre de fieles silenciosos y muy respetuosos llenaba casi por completo la Catedral.

Era un lugar espacioso en el que reinaba una agradable penumbra, iluminada por suaves luces rosadas y por el centelleo del oro y las joyas. En el aire flotaba el bálsamo de un perfumado incienso. Los sacerdotes deambulaban por entre las hileras de bancos, absortos en sus tareas místicas. Podía oírse el crujir de sus túnicas sedosas.

El Hombre Negro, después de haber hecho el saludo ritual de rigor, se sentó en el fondo de la nave, al extremo de una de las hileras de bancos. Estaba situado justamente frente a los relucientes prodigios del órgano de cuyas gargantas doradas había empezado a surgir una música suave que se mezclaba con las imaginarias reverberaciones de la campana. El Hombre Negro se hallaba en un estado de semiestupor. Sumergido en alguna meditación estúpida y laboriosa, parecía masticar su propia lengua como hace un rumiante con su comida, como si estuviera reflexionando piadosamente sobre sus pecados.

Un sentimiento de paz y de bienestar le invadió. Era demasiado patente como para haber sido provocado solamente por la tibia penumbra, las luces brumosas, la música sedante y el incienso. Él sabía que se trata de radiaciones que embotaban el simpático y estimulaban el sistema nervioso parasimpático, de modo que no se inquietó sino que saboreó aquella experiencia. Si tenía algunos síntomas de nerviosismo, las radiaciones le tranquilizaron. Con precaución para no delatarse, observó el efecto que las radiaciones provocaban en los demás: el relajamiento de los músculos tensionado por el trabajo, la distensión de las frentes preocupadas, la estúpida caída de las mandíbulas y las bocas abiertas.

—Gran Dios, Señor del Cielo y de la Tierra, sacerdote de sacerdotes, al que sirve la Jerarquía…

Una voz devota salmodiaba en la penumbra luminosa. Por detrás del altar se alzaron haces de luz que, como mudas trompetas, revelaron la imagen del Gran Dios; una reproducción a pequeña escala del enorme ídolo situado encima de la Catedral. Los fieles inclinaron la cabeza y su respuesta fue un rumor que se alzó en medio de la muchedumbre, como un inmenso suspiro de fatiga. El servicio había comenzado.

La atmósfera iba haciéndose más y más piadosa a medida que los rezos se sucedían en forma monótona. El único momento delicado lo provocó el que algunos fieles de más edad respondieran automáticamente al «Apresurad la llegada de la Nueva Edad de Oro» que había sido suprimida recientemente del servicio religioso.

El sacerdote que estaba en el púlpito fue reemplazado por otro de mayor edad que empezó a predicar. Tenía una voz maravillosamente flexible, severa como un látigo de pronto y suave, soporífera y dulce como la miel inmediatamente después. Sus palabras eran muy adecuadas a la mentalidad de la audiencia. Todos podían entenderlas perfectamente.

Habló, como era habitual, de la gran suerte de que disfrutaban los fieles y de los esfuerzos incesantes de los sacerdotes por aliviar su miseria llena de pecado. Dibujó también una imagen sencilla y convincente de un universo en el que sólo el trabajo incansable podía expiar las consecuencias del mal heredado de la Edad de Oro y evitar la condenación.

Después, cuando empezó a hablar de un tema más inmediato y urgente: la creciente audacia de Satanás y sus demonios, desapareció toda la suavidad y dulzura de su voz. Podía oírse un débil restregar de pies y el roce sobre los bancos de la tela basta de la vestimenta de los fieles cuando se giraron para escuchar con mayor atención. El sacerdote les dijo que la mayor audacia de Satanás estaba causada, sobre todo, por el aumento de sus pecados, predijo un porvenir terrible para todos aquellos que no se arrepintieran y se enmendaran y ordenó a todos que vigilaran estrechamente a sus vecinos.

—…Ya que nadie puede saber dónde surgirá el pecado. Sus semillas están por todas partes y Satanás las abona y riega cada día. Esa cosecha es lo que Él más ama en el mundo. La Jerarquía podría aniquilar a Satanás cuando quisiera, pero esa victoria no tendría mérito para vosotros. Es deber de cada uno arrancar a Satanás de su corazón y mantener seca y estéril la semilla del pecado.

Con esta nota de advertencia solemne finalizó el sermón. Sacerdotes del Primer Círculo aparecieron al principio de cada hilera de bancos portando bandejas relucientes, mientras otro sacerdote subía al púlpito para exhortar a los fieles a contribuir tanto como pudieran a los fondos de la Jerarquía. Aquellas donaciones voluntarias tenían un mérito especial.

Las manos hurgaron en los bolsillos. Las bandejas iban arriba y

abajo. Tintineó el metal.

El sacerdote que estaba en la hilera del centro casi había llegado hasta el final y en el momento en que tendía una vez más la mano para recuperar la bandeja, ahora llena de monedas, el fiel que la sostenía pareció apartarse bruscamente. El sacerdote avanzó un poco más, cogió la bandeja y —mientras miraba con suspicacia a aquel fiel tan torpe— la tendió, sin mirar, hacia el banco del otro lado del pasillo. El sacerdote sintió que tomaban la bandeja de su mano y dejó caer el brazo. Entonces notó una expresión extraña en los rostros de quienes le rodeaban —quizá oyó el apagado inicio de una exclamación de sorpresa — y se dio la vuelta.

El primer fiel del banco, efectivamente, había intentado coger la bandeja, pero antes de poder alcanzarla con la mano, otra fuerza se la había arrebatado al sacerdote. Entonces, aquel fiel, estupefacto, retrocedió y la bandeja quedó suspendida en el aire.

El sacerdote extendió rápidamente la mano para cogerla, pero la bandeja le eludió y se elevó un poco más.

Él trató de asirla de nuevo, poniéndose de puntillas, pero la bandeja se mantuvo un poco por encima de su alcance.

El sacerdote consciente, de repente, de su dignidad, abandonó sus intentos por recuperar la bandeja y miró las caras atónitas a su alrededor entre las que se encontraba la de un tipo pelirrojo, cuatro filas más atrás que parecía aún más zafio y pasmado que el resto.

Pero volvió de nuevo su atención a la bandeja flotante, cuando ésta empezó a oscilar violentamente y, en consecuencia, las monedas empezaron a tintinear y una o dos cayeron al suelo.

Cada vez había más fieles que se habían dado cuenta del fenómeno.

De repente, la bandeja se disparó en el aire bruscamente y describió una curva centelleante en la penumbra y al volcar hizo caer una lluvia de monedas sobre los fieles que estaban debajo de ella. La bandeja cayó a cierta distancia, al mismo tiempo que las monedas, pero después se detuvo, se equilibró de nuevo y siguió flotando en el aire.

Con una reacción de admirable talento y quizá pensando que se trataba de una demostración que sus superiores se habían olvidado de comunicarle, el sacerdote empezó a gritar:

—¡Mirad! ¡Un Milagro! ¡Una muestra de la infinita bondad del Gran Dios! ¡Distribuye a cada uno lo que se merece!

Inmediatamente, en respuesta a sus últimas palabras, la bandeja avanzó hacia él, decidida a romperle la crisma, pero el sacerdote se

agachó y levantó la vista rápidamente. La bandeja invirtió su trayectoria, hizo marcha atrás y avanzó de nuevo. El sacerdote volvió a agacharse, pero esta vez no miró hacia arriba. Entonces la bandeja se detuvo bruscamente, como si fuese un halo de cobre, encima de su cabeza inclinada y cayó en vertical, golpeando dos veces aquel cráneo rasurado, produciendo un ruido metálico.

El sacerdote lanzó un alarido de dolor y sorpresa y sólo entonces se acordó de conectar su inviolabilidad.

La bandeja se elevó en el aire y siguió flotando inmóvil.

Para entonces, en el templo ya había signos de un estallido de pánico, o mejor dicho, de un tumulto. Una parte de los fieles se precipitó a cuatro patas por entre los bancos en busca de las monedas caídas. Otros se lanzaron, asustados, hacia la puerta, aunque la mayor parte seguía mirando hacia arriba y, excitados, se propinaban codazos con gesto suspicaz.

En respuesta a una orden dada con urgencia y precipitación, el organista empezó a atacar una melodía solemne y ruidosa. Había sido una buena idea, pero la solemnidad no duró mucho. Tras un rebuzno discordante, el ritmo cambió y se aceleró. El organista contempló la partitura horrorizado y, totalmente desbordado por los acontecimientos, siguió pulsando las teclas frenéticamente. Después las gargantas doradas del órgano graznaron los sones seductores de algo que los sacerdotes y la mayoría de los fieles reconocieron como una de las canciones más recientes y populares que podían oírse en las casas de las Hermanas Caídas.

Las radiaciones que estimulan el sistema nervioso parasimpático pueden tener efectos imprevistos y desencadenar respuestas instintivas, animalescas. Pocos al principio, pero un número creciente de fieles empezó a balancearse, a retorcerse, a dar vueltas y a bailar en medio de un éxtasis casi religioso. Gritaban, lloraban, jadeaban y gruñían como animales, como si asistiesen a la orgía previa a la caza de un mamut en vez de a un simple servicio religioso.

En un ala lateral, un grupo de fieles golpeó a un sacerdote e hizo caer la bandeja de la colecta que todavía sostenía. Las monedas rodaron en todas direcciones. Otros fieles se lanzaron a cuatro patas por entre los bancos para atraparlas, pero algunos de los que lo habían hecho anteriormente olvidaron la búsqueda de las monedas y empezaron a revolcarse, gimiendo y aullando con devoto fervor. Algunos se abrazaban.

Entonces el órgano empezó a reír como un loco, con un sonido mecánico y la bandeja de la colecta que fintaba en el aire descendió súbitamente y pasó rozando las cabezas de la multitud, como un murciélago de cobre, para enfilar finalmente en dirección hacia el altar y precipitarse ruidosamente contra la imagen del Gran Dios. A la vista de esto, la mayor parte de los fieles, enloquecidos de miedo, huyeron hacia la puerta.

De pronto, se oyó un formidable rugido que no provenía del órgano; los que huían se detuvieron en seco; los danzantes que no estaban completamente sumergidos en el éxtasis, miraron a su alrededor con ojos aterrorizados y todos se estremecieron al oír aquel sonido.

Una voz severa llenó la Catedral.

—¡Que nadie se mueva! Hay un demonio de Satanás entre nosotros. Todos los fieles serán examinados para ver quién es el pecador, el poseído. Volved a los bancos. El que se acerque a la puerta conocerá la ira del Gran Dios.

Para apoyar tal declaración, una docena de diáconos vestidos de negro se alinearon ante la grandiosa puerta de forma ojival, portando cada uno de ellos una vara del rayo de la ira.

El Hombre Negro que seguía al gentío que avanzaba hacia la puerta, sintió un repentino cambio en sus emociones lo que indicaba que las radiaciones parasimpáticas habían sido sustituidas por las simpáticas. Tampoco aquélla era una medida adecuada, aunque los fieles que bailaban y se revolcaban por el suelo, se detuvieron casi inmediatamente, ya que las radiaciones simpáticas provocaban el miedo. La multitud dio un salto desigual hacia adelante, como animales a punto de iniciar una estampida, pero los diáconos alzaron sus armas y la multitud se detuvo bruscamente.

El brazo derecho del Hombre Negro, curvado sobre su flanco, se movió ligeramente en busca del contacto y se inclinó un poco hacia la izquierda para contrarrestar el peso del lápiz de fuerza.

Un diácono que estaba en el centro de la hilera se volvió bruscamente hacia el hombre que estaba a su lado y mientras se frotaba el codo, se le oyó susurrar claramente:

—¡Presta atención, imbécil!

El otro, también diácono, se volvió enfurecido hacia él:

—¡Has sido tú quien me ha golpeado!

Un altercado similar se reprodujo al otro extremo de la fila. Se

oyeron otros insultos y todos los diáconos acabaron envueltos en alguna disputa; empujones, empellones, puños alzados, amenazas. Tal vez los diáconos no habían recibido una educación tan refinada como la de los sacerdotes.

El demonio de la discordia seguía planeando entre ellos. La estimulación del sistema simpático, tan favorable a provocar la cólera como el miedo, lanzaba a unos contra otros y menudearon los puñetazos. La fila de diáconos se había convertido en un puñado de hombres que luchaban entre ellos enconadamente. Algunos habían dejado caer las varas del rayo de la ira; otros las usaban como bastón.

Aquella contienda inexplicable y el hecho de que hubiese quedado un camino libre para escapar, fue suficiente para que la multitud, aterrorizada, se lanzase fuera de la Catedral, como una marea.

8

El arcipreste Goniface emergió de repente del abismo negro e infinito del sueño.

Un primer sueño. Un sueño tan profundo, tan primitivo que no era ni visual, ni sonoro. Horror. Un torbellino en la oscuridad que era él mismo. Esfuerzo. Él mismo luchando en vano contra aquella fuerza. Dolor agudo y penetrante. Algo esencial le era arrancado para usarlo contra él. Era su secreto, su única debilidad. Aquella que podía destruirle. Un espasmo convulso, un torbellino vano y angustioso.

Después, su sueño más preciso. Vagaba en medio de los cadáveres de aquellos a los que él mismo había matado porque conocían su secreto; inmóviles, pálidos, rígidos. Todos ellos se hallaban tendidos encima de mesas bajo una luz deslumbrante. Ahora se sentía seguro. De repente, tres mesas más allá, uno de los cadáveres se sentó bruscamente. Era una muchacha cuyos cabellos negros cubrían unos hombros de mármol. La joven extendió un dedo hacia él, abrió la boca y dijo:

—Te llamas Knowles Satrick. Eres hijo de un sacerdote. Tu madre era una Hermana Caída. Has infringido la ley que la Jerarquía guarda con mayor celo. Eres un impostor.

Goniface corrió hacia ella para obligarla a tenderse de nuevo y cerrarle la boca, pero en cuanto sus dedos la tocaron, la muchacha se escapó. Él la persiguió por entre las mesas. Algunas volcaron. Luego, tropezaron con el cadáver de su madre, pero siguió corriendo y dando vueltas. El arcipreste se tambaleaba y jadeaba. La chica seguía eludiéndole y gritando en alta voz:

—¡Desenmascarad al arcipreste Goniface! ¡Se llama en realidad Knowles Satrick! ¡Su padre era sacerdote!

Los demás cadáveres abrieron la boca y empezaron a vociferar:

—¡Knowles Satrick! ¡Hijo de un sacerdote!

El mundo entero parecía gritar aquella frase y millones de manos se alzaban contra él. De repente, se convirtió en un niño y su madre, para avergonzarle, murmuraba agriamente:

—¡Hijo de un sacerdote!

Ya cercano el despertar, surgieron los recuerdos. La cara blanca de su media—hermana, Geryl, que le miraba. Su cabello negro flotando, mientras caía desde el puente hacia el torrente que rugía bajo sus pies. Su secreto finalmente se hallaba a salvo. Después, la Sala del Consejo Supremo y la miniatura solidográfica de una mujer madura que mostraba la misma expresión de odio y la misma implacable determinación que la de aquella muchacha inmadura, mientras caía en el torrente. La misma cara. Geryl. Sharlson Naurya. Su secreto surgía del pasado y cobraba vida.

Después una alucinación. Estaba allí donde debía estar, en sus aposentos del Santuario. La gris oscuridad le permitía percibir el contorno de la habitación y la silueta, al pie de su cama, de una grotesca forma antropoide más esquelética que cualquier simio y muy peluda. Pero sólo fue visible por un momento. Después desapareció de su vista y oyó el ligero rumor de pisadas de unas patas minúsculas.

Al despertar, se sentó respirando con dificultad, mientras sus ojos se familiarizaban con las formas de la habitación y reconocían de nuevo los objetos familiares en la semioscuridad. Era extraño el modo en que su último sueño había reproducido las formas de la habitación, casi, tal y como eran en la realidad; pero había sueños como aquél. Tal vez los sacerdotes rurales, con sus historias de seres peludos en cuclillas sobre sus pechos, habían sido los responsables de este último.

Sintió un ligero dolor en la espalda, el eco de otro sueño.

Era desagradable que los recuerdos del pasado se entrometieran en sus sueños, pero así era la mente de los hombres; nada se olvidaba completamente.

Y, por otra parte, ¿qué importancia podía tener? El secreto de su nacimiento ya no era preocupante. Lo había sido, cuando era un sacerdote del Primer Círculo, pero ahora era demasiado poderoso para que una acusación como aquélla pudiera afectarle o ponerle en peligro.

Sin embargo, si Geryl hubiera escapado realmente y fuera Sharlson Naurya y si los Moderados conseguían atraparla, podían ponerle en un aprieto. Sería mejor que Deth la encontrara y la sacara de circulación lo más rápidamente posible.

La joven parecía pertenecer a la Brujería. ¿Conocía la Brujería su

relación con Sharlson Naurya y querían usarla contra él? Si era así, ¿por qué había desaparecido? ¿Qué otra utilidad podía tener la muchacha si no era para acusarle de ser el hijo de un sacerdote y de haber entrado ilegítimamente en la Jerarquía?

Mientras reflexionaba, los pensamientos de Goniface iban adquiriendo mayor amplitud hasta que, casi sin darse cuenta, se encontró examinando en su imaginación el vasto imperio de la Jerarquía.

Afuera, en la oscuridad de la noche —y también en el lado iluminado de la Tierra — había algo que estaba socavando aquel vasto imperio, como los ratones pueden roer las mallas de una inmensa red. La Nueva Brujería se hacía cada día más audaz. Se extendía de la campiña a los pueblos y de los pueblos a las ciudades. Ayer mismo se había manifestado en la propia Catedral.

Reflexionaba principalmente sobre el problema de la dirección de la Brujería. Allá afuera, en algún lugar, existía una mente tan obstinada que osaba desafiar a la Jerarquía. Al margen de todo lo demás, aquella mente fascinaba a Goniface. ¿Venia del más allá? Resultaba poco verosímil. Su origen debía buscarlo más cerca, en casa.

De pronto, uno de los televisores del panel que se hallaba al lado de su cama se iluminó y en él apareció el rostro de uno de los sacerdotes del Cuarto Círculo que estaba de servicio en el Centro de Comunicaciones.

—Lamento importunaros, Augusta Eminencia… —empezó a decir el sacerdote.

—¿Qué ocurre?

—Empezó hace más o menos una hora. Se trata de un incremento evidente y repentino de las manifestaciones de la Brujería. Han llegado mensajes de todos los rincones del planeta. Se han producido escenas de pánico en varios santuarios rurales y al menos dos de ellos han sido abandonados por los sacerdotes que los ocupaban. Hemos recibido un mensaje confuso y ambiguo de Neodelos. Dicen también que se han visto bestias de algún tipo, o fantasmas de bestias, en nuestra ciudad. Numerosos sacerdotes locales informan de alucinaciones (o de algún tipo de persecuciones) y reclaman medidas. Ha habido un tumulto provocado por el pánico en el dormitorio de los novicios.

—¿Puedes decirme —preguntó Goniface— si se han aplicado las medidas previstas para este tipo de emergencias?

El rostro en el televisor afirmó con la cabeza.

—Sí, por lo que yo sé. Pero el jefe de Comunicaciones desea consultaros algo. ¿Hago la conexión?

—No —respondió Goniface—, ahora voy.

El televisor se apagó. Goniface pulsó un interruptor y una suave luz inundó la espaciosa habitación de una austeridad espartana.

El arcipreste se levantó rápidamente de la cama en que había estado tendido y entonces —movido por un impulso repentino— miró hacia atrás.

Inmediatamente recordó el dolor agudo que había experimentado durante el sueño.

En el centro de la cama en la que había dormido había otra huella de su sueño, una huella muy distinta.

Una pequeña mancha de sangre.

9

La segunda noche de terror había empezado, en Megatheopolis, añadiendo una terrible amenaza al silencio y a la oscuridad del toque de queda. Aquel día se habían elevado rogativas especiales al Gran Dios, tanto en la Catedral como en las diferentes capillas, para recabar protección contra las fuerzas del mal. Por todas partes se murmuraban historias de extraños fantasmas que, la noche anterior habían atacado incluso a los sacerdotes. El número de fieles que acudían a confesar sus pecados era tan elevado que los sacerdotes no daban abasto. Una multitud histérica, antes de que hubiera podido ser dispersada, había linchado a dos viejas arpías que todos conocían como brujas. Todos miraban con suspicacia a su vecino, preguntándose si no sería un aliado de Satanás. Una hora antes del toque de queda las calles estaban prácticamente desiertas.

A lo largo del laberinto de calles tortuosas, muy cerca de los tejados bajos, el Hombre Negro flotaba y planeaba encantado en aquella atmósfera de terror y ansiedad, al igual que un actor disfruta al saber que la obra en la que actúa está teniendo éxito. Por encima de la Catedral, el halo del Gran Dios brillaba con una potencia dos veces mayor que la habitual y todo el Santuario estaba brillantemente iluminado. Unas calles más abajo el rayo buscador de la patrulla de diáconos se movía incesantemente, pero en el resto todo era oscuridad.

El Hombre Negro avanzaba como un nadador en la profundidad y se propulsaba modificando la dirección e intensidad de los lápices de fuerza que rodeaban su antebrazo. El campo repulsor que generaba el vestido que ceñía su cuerpo era suficiente para contrarrestar la fuerza de la gravedad a tan escasa altura. El campo también tenía la propiedad de absorber —excepto en el lugar correspondiente a los órganos sensoriales— todas las radiaciones de energía que convergían hacia él. A su vez, dichas radiaciones energéticas aumentaban la potencia del

campo.

Desde un punto de vista técnico, ya no estaba de servicio. Una hora antes había sido sustituido en el telesolidógrafo por otro operador —había escasez de operadores ahora que tenían dos proyectores en funcionamiento— y se había asegurado de que el plan global fuese llevado a cabo de forma satisfactoria. Pero después, como un actor que abandona momentáneamente la escena, había sido incapaz de resistir la tentación de colarse a hurtadillas en la primera fila de butacas para ver cómo se desarrollaba la obra.

Tenía una excusa. La Madre Jujy había dicho que Armon Jarles iba a intentar contactar por segunda vez con la Nueva Brujería. Mientras tanto, la Madre Jujy se había retirado a uno de sus túneles «hasta que la multitud estuviera algo menos excitada».

Por supuesto que hubiera podido enviar a otro a casa de la Madre Jujy para recoger a Armon Jarles, pero a un hombre tan peculiar y obstinado como Armon Jarles era mejor dejarle tomar la iniciativa. Era más divertido y teatral que Armon Jarles acudiera a la cita, más o menos establecida, en el confín de la Gran Plaza, allí donde había sido rechazado por la Brujería.

Mientras tanto, le seguía la pista para asegurarse de que no se metiera en problemas. Planeaba silenciosamente por encima de él, mientras Armon Jarles, vestido como un humilde fiel, avanzaba furtivamente por las callejuelas y callejones más estrechos, en busca de las sombras más oscuras, prestando atención para evitar las alcantarillas y desagües. De vez en cuando se detenía para espiar con cautela a las patrullas y echaba ojeadas por encima del hombro, pero desconocía totalmente la presencia, por encima de él, de aquel demonio de la guardia.

Jarles se acercaba a la Gran Plaza. El Hombre Negro sentía la tentación de poner fin a ese peregrinar casi sin sentido, pero su pasión por los desenlaces dramáticos se lo impedía. Pronto terminaría la diversión.

Unas aureolas violentas que danzaban en el aire anunciaron la presencia de dos sacerdotes que cumplían alguna misión nocturna. Jarles titubeó y luego se deslizó por una estrecha callejuela entre dos edificios. El Hombre Negro se posó con suavidad en el alero de un tejado, presto a intervenir.

Pero los dos sacerdotes continuaron apresuradamente su camino sin percatarse de nada y en el momento en que se acercaban a la callejuela,

el Hombre Negro experimentó un ligero sobresalto placentero. Había reconocido al sacerdote más pequeño, el más rechoncho. Era aquel que se había asustado tanto ante la casa embrujada con el Velo Negro y después, dentro de ella, a causa de aquel diván tan peligrosamente animado. Sus sentimientos hacia el hermano Chulian eran casi de afecto. Sería absurdo desperdiciar una ocasión tan propicia. Naurya había dicho que el pequeño sacerdote se había sentido terriblemente asustado por Minina, el pequeño familiar. Tan solo tardaría un minuto en desconectar el campo repulsor y hacer descender a Dickon cabalgando en el haz del lápiz de fuerza —a Dickon le gustaría— para bailar ante el rostro de Chulian.

Casi antes de haberlo decidido, estaba hecho. Una minúscula sombra de formas simiescas descendía en la oscuridad hacia los halos. El Hombre Negro sólo pensaba en la travesura que iba a cometer.

Entonces notó un viento siniestro que se arremolinaba en la oscuridad por encima de él y un vacío de consternación llenó el hueco de su estómago antes de que tuviera tiempo de razonar el porqué.

Después giró la cabeza para mirar tras de sí y hacia arriba, desde el borde del tejado en el que se había posado y por un instante quedó paralizado.

Un breve instante en el que se maldijo y se recriminó el ser como un adolescente bromista que es capaz de caer en cualquier trampa con tal de tener la oportunidad de gastar una buena broma y pensó, con una lucidez patética, que la Brujería pronto sería eliminada si continuaba siendo dirigida por seres tan imprudentes y negligentes como él.

Un breve instante para reconocer aquello que descendía sobre él. Una silueta de hombre, rígida y con un tamaño que era el doble del de un ser humano. Las piernas estiradas y tensas como las de un nadador al zambullirse. Los brazos amenazantes y apuntando hacia adelante con los dedos extendidos como dientes de sierra. Un rostro enorme y escultural, enmarcado por grandes bucles dorados, bello con el atractivo sobrehumano de pintura heroica, visible en la escasa luminosidad que emanaban sus ojos inmóviles y severos que podían escupir la muerte si lo deseaban.

Un ángel.

Después, un instante vertiginoso.

Un vertiginoso instante para volver a conectar el campo repulsivo y dejarse caer hacia la calle, ya que la proximidad del ángel le impedía saltar hacía otro tejado.

Un instante para zigzaguear de un extremo a otro de la calle, como un halcón al acecho atacado súbitamente por un águila; para ver a los dos sacerdotes detenerse pero no el tiempo suficiente para verles dar la vuelta; para ver al pequeño Dickon, arrojado del haz del lápiz de fuerza, caer ágilmente cerca de un desagüe; para tomar rápidamente impulso en dirección a los tejados más altos, pero no lo bastante rápido ni con el suficiente impulso, ya que el ángel se elevaba por encima de él; para experimentar un violento choque, pese a que sus trayectorias habían sido casi paralelas; para sentir, a través del campo repulsor, el abrazo cruel de aquellos brazos mecánicos que eran como garras.

Un vertiginoso instante para formular una orden mental, con toda la intensidad de la que era capaz:

—¡El desagüe, Dickon, el desagüe! ¡Ve al Santuario! ¡Mantén el contacto…, las mentes inconscientes!

Un instante pata registrar, en un oscuro rincón de su cerebro, el inicio de una fantasmal respuesta; para ver surgir ante él, de repente, el borde de un tejado que el ángel no logró evitar por completo.

Después…, el instante final y eterno como un estallido de inconsciencia y oscuridad.

10

Dos diáconos escoltaban a Jarles a lo largo de un pasillo gris de las criptas excavadas en el Santuario. Era un lugar envuelto por el velo del más profundo misterio, una región en la que estaba habitualmente prohibido el paso a los sacerdotes de rangos inferiores. Todos los ascensores, excepto uno, se detenían dos pisos más arriba. Se decía que allí se efectuaban importantes investigaciones especiales en las que se hallaban envueltos seres humanos. Se decía que cada día enviaban allí a un nuevo grupo de fieles y que cada grupo estaba formado por un elevado porcentaje de seres con deficiencias mentales y comportamientos psicóticos. Se decía también que la mayoría salían más locos de lo que habían entrado.

Se sospechaba que quizá se tratase de algo más que de investigaciones, porque había corrido el rumor de que los sacerdotes recalcitrantes y criminales también eran enviados allí.

Jarles intentó no obsesionarse ni pensar demasiado en su mala suerte: haber sido capturado de nuevo por la Jerarquía en el mismo momento en que se había reconciliado con Brujería y acudía con impaciencia a reunirse con ella.

¿Había sabido la Jerarquía desde el principio que se escondía en casa de la Madre Jujy y había esperado aquel momento para actuar?

O, ¿le había traicionado la Madre Jujy? ¿O alguien de la Nueva Brujería, quizá el Hombre Negro? ¡Ni siquiera debía pensar en tal posibilidad! Había decidido de una vez por todas que los nuevos brujos trabajaban por el bien de la Humanidad y que representaban las fuerzas a las que había decidido aliarse. No debía sospechar de ellos.

Uno de los diáconos que caminaba tras él habló. Jarles sabía que ambos eran hombres del Primo Deth.

—Me pregunto cómo quedará éste cuando salga de aquí —comentó en tono especulativo.

Su compañero no pareció muy interesado en el tema.

—¿Quién sabe? He visto todo tipo de casos. De una única cosa estoy seguro: el hermano Dhomas estará contento de verle. Se siente feliz cuando le traemos una nueva mente.

Se estaban acercando a una puerta abierta y Jarles notó que de ella emanaban los olores característicos de un laboratorio de química. También pudo distinguir indicios de varias radiaciones que afectaban al sistema nervioso humano y cómo pequeñas manos fantasmales manipulaban sus emociones: alarma, tranquilidad, irritación, calma.

Su mirada recorrió nerviosamente la habitación y lo primero que atrajo su atención, como un centro focal, fue un sillón acolchado provisto de abrazaderas y correas, lo que era una mala señal, pero los mecanismos y los instrumentos que le rodeaban eran los propios de un laboratorio psicológico, y eso era una buena cosa.

—No te preocupes. No debes alarmarte. No vamos a torturarte físicamente. Y en cuando a la tortura mental… ¡No existe tal cosa! Son sólo…, experiencias.

Era una voz muy extraña, rápida y profunda y desprovista de individualidad. Humana… pero impersonal; como si varias personas hubieran pronunciado las mismas palabras al mismo tiempo, con una perfecta sincronización.

Jarles miró a su interlocutor, un sacerdote gordo y fofo cuya túnica, sucia y muy holgada, estaba decorada con un cerebro humano y un arabesco de ecuaciones psico—sociológicas que era el emblema del Sexto Círculo.

Después de contemplar la insignia, miró su rostro. Sorprendentemente era igual que su voz; impersonal pese a sus rasgos chocantes: un mentón doble, unos labios gruesos y móviles y unas cejas escasas y finas. Parecía como si los solidógrafos de una docena de sacerdotes con facciones similares —pero cada uno de ellos distinta persona— se hubieran proyectado en un mismo espacio, logrando cancelar la mayor parte de sus individualidades.

Si alguno de aquellos rasgos tenía mayor personalidad que el resto, se trataba sin duda de los ojos que contemplaban a Jarles con avidez, casi amorosamente, como si fuera la cosa que más le interesase en el mundo, pero no por el hecho de ser Armon Jarles, sino porque era un individuo.

Aquellos ojos fascinaban tanto a Jarles que tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la vista de ellos y mirar al hombrecillo vestido de

negro. Era extraño que hubiera podido contemplar al sacerdote del Sexto Círculo sin darse cuenta siquiera de la presencia del Primo Deth que estaba de pie a su lado.

—Aquí lo tienes. Es todo tuyo, hermano Dhomas —dijo el Primo Deth—. Y el arcipreste Goniface me ha pedido que te advierta que con éste no debes fallar. Ha costado demasiado atraparle. Habrá consecuencias desagradables si fracasas y resulta que sólo es capaz de farfullar tonterías.

Sin apartar los ojos de Jarles, el hermano Dhomas respondió de inmediato:

—No lograrás asustarme, hombrecillo. Sabes tan bien como yo que mis métodos son todavía empíricos y sus resultados imprevisibles. Sí un hombre se malogra, se pierde. Este es el acuerdo. No garantizo nada.

—Y yo te he advertido —respondió Deth.

El hermano Dhomas se acercó a Jarles. Para ser un hombre tan anormalmente gordo, se movía con bastante agilidad.

—He estudiado tu dossier completo y he escuchado el discurso que pronunciaste en la Gran Plaza. —Hizo un gesto hacia el proyector de solidógrafos que había frente al sillón central, pero no dejó de mirar los ojos de Jarles—. Haces gala de un idealismo muy interesante…, muy interesante.

El tono era el de un cirujano haciendo comentarios sobre un tumor desconocido.

—Me marcho —dijo Deth—. Informaré al arcipreste de que tenéis intención de tratar este caso como un experimento más.

El hermano Dhomas le miró mientras decía:

—¡Pequeño reptil! Tu mente cerrada y engreída me interesa. Me gustaría meterme con ella. Y también con tu amo Goniface. Ésa es una mente que vale la pena. ¡Lo que daría yo por trabajar en una mente como ésa!

La cara del Primo Deth se endureció.

—¡Máscara! ¡Máscara! —rugió el hermano Dhomas con tono burlón — ¿No sabes que prefiero a los hombres que pueden esconder sus pensamientos? Me proporciona algo contra lo que enfrentarme.

El Primo Deth salió, seguido de los dos diáconos que habían escoltado a Jarles.

Inmediatamente los ojos de Dhomas volvieron a Jarles. Ahora le estudiaban con tal intensidad que casi parecían vacíos. El sacerdote parecía perderse completamente en su contemplación.

—Y también una gran sinceridad —continuó el hermano Dhomas, mientras asentía con la cabeza, como si pudiese ver a través de las pupilas de Jarles—. ¡Oh, sí! Y también negativismo. Un negativismo muy bien estructurado.

Con profundo esfuerzo, Jarles desvió la mirada.

—No. No intento hipnotizarte —continuó el hermano Dhomas, sin interrumpir la inspección— El hipnotismo entorpecería mi trabajo, como un mal anestésico, y debilitaría las reacciones que me son necesarias para guiarme.

El silencioso examen terminó por fin.

—Y ahora… si me haces el favor de sentarte. —Indicó el sillón del centro.

Jarles se dio cuenta de que varios sacerdotes se habían acercado discretamente a él tras la marcha de los diáconos. Los emblemas que llevaban dibujaban diagramas de sistemas nerviosos y circulatorios, lo que indicaba que se trataba de sacerdotes del Tercer Círculo; el de los doctores y psiquiatras de menor importancia.

Dos de ellos le cogieron por los codos y le empujaron hacia el sillón. Jarles empezó a debatirse con violencia y desesperación, más para demostrarse a sí mismo que todavía era un hombre que porque esperara poder escapar. De un puñetazo hizo caer a un sacerdote, pero los otros dos le agarraron el brazo y le obligaron a bajarlo. Sin contemplaciones, le arrastraron hasta el sillón, le sentaron por la fuerza y le ataron las correas.

Durante toda la escena, el hermano Dhomas le exhortaba:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Defiéndete ahora! Así ya no pensarás más en ello y mi tarea será más fácil.

Los sacerdotes del Tercer Círculo retrocedieron. El sillón era extremadamente confortable, pero Jarles ni siquiera podía mover la cabeza.

Después, conectaron a su cuerpo una serie de sensores eléctricos y neumáticos e inyectaron algo en su brazo. De nuevo el hermano Dhomas adivinó las sospechas de Jarles y dijo:

—No. No se trata del suero de la verdad. Obtener la información que tú tienes sería un juego de niños. Queremos de ti algo más que la verdad.

El hermano Dhomas se movió hasta una posición en la que se hallaba directamente frente a Jarles, tras el tablero de mandos del solidógrafo.

—¿Qué es la personalidad? —dijo con voz distinta—. Simplemente un punto de vista, o un sistema de puntos de vista. Nada más.

»Los puntos de vista se modifican. ¿Por qué no podría modificarse también la personalidad? La respuesta es, evidentemente, que sí, que la personalidad se modifica, pero tan gradualmente que no nos damos cuenta de ello. *Tus* puntos de vista han cambiado. Tu *dossier* demuestra que cambias muy a menudo y en mayor grado de lo que es habitual. Sin embargo, tú crees ser esencialmente la misma persona. He aquí un tema complejo.

Dhomas, que parecía hablar como si estuviera ante una clase de novicios, continuó su discurso imperturbable.

—Para una persona reflexiva no hay sensación más desconcertante que la provocada por el recuerdo de puntos de vista que ya ha abandonado y puede, incluso, recordar, a veces, con gran exactitud, cómo justificaba aquellos puntos de vista que ya ha descartado, pero los viejos argumentos ya no le parecen válidos. Quizá tiene ahora un nuevo punto de vista totalmente opuesto al antiguo y, sin embargo, la memoria y una especie de intuición le dicen que entonces era la misma persona que es ahora. De nuevo volvemos a este tema confuso que causa gran perplejidad.

»La respuesta es obvia. La memoria es el único enlace entre los puntos de vista pasados y presentes.

»Pero la memoria puede enlazar cualquier cosa. La memoria es algo frío y desapasionado. No tiene ningún tipo de moral. Piensa en la persona a la que más admiras y a la que más detestas. Imagínatelas como dos etapas de la vida de una única persona. Imagina ahora a la memoria enlazando esas dos etapas. Ya lo ves. Incluso eso es posible.

»Sí, la personalidad cambia. El problema es… acelerar el cambio.

»¿ Empiezas a comprender qué es lo que pretendo intentar contigo? ¡Eso es! ¡Eso es!

Cualquier barrera mental que Jarles hubiera intentado no habría impedido que el hermano Dhomas leyera o adivinara sus temores.

—No, no. Tu consciencia actual no será suprimida, ni reemplazada por otra. Eso sería como matarte. Te has olvidado de lo que he dicho sobre la memoria. La personalidad cambiará, pero la memoria, la consciencia individual, seguirá intacta.

Jarles casi se sintió aliviado. Al menos ya sabía de dónde vendría el ataque y podría preparar sus fuerzas. Su odio por la Jerarquía. Su lealtad hacia la Brujería, tan recientemente adquirida. De pronto, sintió un extraño estremecimiento al pensar que podía considerarla como «recientemente adquirida». Su amor por Naurya. Su odio por criaturas como el Primo Deth, pero sobre todo y más importante que todo los demás, su firme convicción acerca del derecho de todos los fieles a la libertad, a la igualdad y a una distribución equitativa de las riquezas del mundo y su enemistad implacable contra todo grupo o todo individuo que quisiera tiranizar a los fieles. Con toda seguridad esas creencias no podrían ser cambiadas; las otras, las que se referían a las organizaciones y a los individuos, podían cambiar en función de lo que uno iba conociendo sobre ellos. Pero la creencia en la libertad del hombre era básica; no podía cambiar. El hermano Dhomas faroleaba.

—Es cierto —dijo el hermano Dhomas—, parece imposible, pero fíjate en mi cara. ¿No es la de un hombre que ha cambiado varias veces su personalidad? ¿No te diste cuenta de ello nada más verme, tan pronto oíste mi voz? ¿Cómo habría podido adquirir la experiencia y la habilidad necesarias, casi un sexto sentido, excepto experimentando conmigo mismo? No he descubierto la telepatía, ¿sabes? Mi conocimiento sobre la mente humana, sobre tu mente, se basa en la capacidad de deducción y en el gran conocimiento empírico que he obtenido gracias… a la experiencia.

»No he dudado en hacer experiencias con mi propia mente. Mi único pesar es no haber osado cambiar mi personalidad lo suficiente como para interferir con mi orientación básica de investigador en el campo de la psicología, no haber podido más que bordear la locura…

Aquellos ojos escrutadores se habían convertido para Jarles en unos abismos infinitos de los que podía surgir cualquier amenaza, pero dijera lo que dijera, el hermano Dhomas estaba faroleando. Si admitía que no había podido cambiar su personalidad básica, tampoco podría cambiar la de Jarles.

—Perfecto —dijo el hermano Dhomas— Sigue confiado en tus fuerzas. Ello te hará más vulnerable cuando empieces a hacerte preguntas. Y ahora, vamos a ello.

Lentamente, uno tras otro al principio, después con mayor rapidez y varios a un mismo tiempo, los diversos instrumentos de la habitación empezaron a funcionar. Jarles fue asaltado por visiones, sonidos, gustos, olores, contactos y tensiones interiores; y por emociones. Emociones mucho más simpáticas y parasimpáticas que ya le eran familiares. Quizá

la inyección le había hecho más permeable. Jarles luchó contra todas aquellas sensaciones. Apretó los dientes y cerró los labios para contener una risa que no tenía nada que ver con sus pensamientos, pero la risa atravesó todas las barreras y estalló en carcajadas convulsas. Intentó evitar las lágrimas inexplicables que empezaron a brotar a continuación, pero seguía llorando y sollozaba como si tuviera el corazón destrozado por una gran pena. Luchó contra la cólera que formaba un espeso nudo en su estómago; luchó contra el miedo que le ponía la piel de gallina y le hacía castañetear los dientes; luchó contra las emociones, pero todo fue en vano. Tenía la impresión de haber sido desposeído de su cuerpo y de ser un espectador impotente, atormentado por una desesperación puramente mental y una especie de vergüenza también mental, mientras el hermano Dhomas extraía de su cuerpo todas las reacciones posibles, como un músico hábil al ensayar el registro y las posibilidades de un nuevo instrumento.

Ahora la habitación estaba casi sumergida en una semioscuridad y desde un panel situado detrás del hermano Dhomas, se alzaban más de una docena de pilares de luz, distintas todas ellas que fluctuaban sin cesar siguiendo el ritmo de las reacciones fisiológicas y neurofisiológicas de Jarles. Los ojos del hermano Dhomas iban incesantemente de los pilares de luz a Jarles y de nuevo a los pilares, y sus dedos regordetes se movían como gusanos blancos sobre el tablero de mandos, lentamente, probando.

La invasión continuaba. De las emociones a los pensamientos, de la mente al cuerpo. Jarles sintió que su mente era como un planeta en el cual la consciencia era el lado iluminado y que una fuerza inexorable provocaba la rotación. Las ideas que intentaba atrapar y retener firmemente se escapaban, se deslizaban bruscamente hacia la oscuridad y desaparecían fuera del alcance de su pensamiento, como una palabra que tuviera en la punta de la lengua y no lograra pronunciar. Del otro lado de su mente, del lado oscuro de la noche, emergía una multitud de cosas olvidadas que nunca hubiera imaginado; rencores y envidias que habían aforado una vez en su mente y habían sido reprimidas. Después, los recuerdos; recuerdos de la infancia. Su primera confesión. Sharlson Naurya, una muchacha que acababa de llegar a Megatheopolis desde otra ciudad lejana. Miedo a un matón. Lucha con un matón. Trabajo en el campo. La clase. Recuerdos que *iban demasiado atrás*, hacia la niñez. Él, tendido en una especie de caja, contemplando un mundo de gigantes. El rostro de su madre, un rostro de mujer joven, inclinado sobre él. Después un reinado tenebroso en el que todos los objetos

inanimados estaban vivos y en el que había símbolos de poderes desconocidos y las palabras eran las fórmulas mágicas para controlarlos. Después ya no había palabras. Los poderes invisibles se convertían en torbellinos sensoriales y ya no había ninguna distinción entre él mismo y el resto del cosmos.

Los recuerdos oscuros iban desapareciendo. Lentamente las sensaciones extrañas abandonaron su cuerpo. Durante un momento sólo tuvo la impresión de estar exhausto, como vacío. Después sintió una creciente sensación de júbilo. Seguía siendo Armon Jarles. Sus creencias no habían cambiado. El hermano Dhomas había fracasado.

—No —intervino el hermano Dhomas—, esto era tan sólo una exploración preliminar. Una búsqueda al azar de los puntos débiles en la coraza de tu personalidad. Ahora las cintas que contienen los estímulos se correlacionarán automáticamente con las cintas que han registrado tus emociones y el resultado será extraordinario. Sin embargo, si he de ser sincero, te diré que trabajo basándome esencialmente en mi instinto.

»También es necesario que adquieras experiencia y conocimiento de las posibilidades ocultas de tu mente. Después podrás trabajar mejor conmigo; contra tu propia voluntad, por supuesto, pero esa resistencia puede ser muy útil.

»Como ves, las radiaciones cambian el gradiente y los potenciales neuronales en ciertas áreas de tu cerebro cuyos límites y posibilidades sólo pueden ser conocidos empíricamente. El resultado es que ciertos pensamientos y ciertos recuerdos se desplazan, algunos por encima y otros por debajo, a ambos lados del umbral de la consciencia.

»La experiencia te ha mostrado cómo cualquier mente humana dispone de los recursos, aunque sea tan sólo en dosis infinitesimales, para fabricar cualquier tipo de personalidad a partir de ellos. Toda persona ha tenido en algún momento un destello fugaz de odio y crueldad que con sólo ser ampliado y reforzado suficientemente puede convertirle en un monstruo. Todos los hombres, por lo menos durante una fracción de segundo en su vida, han querido destruir el mundo. ¿Comprendes?

»Sólo hay que maniobrar en tu mente para llevarla hasta el estado deseado, eso es precisamente lo que requiere mi mayor concentración y perspicacia y el fijar la mente en ese estado por medio de una repentina intensificación de las radiaciones que sea suficiente para modificar el gradiente y los potenciales neuronales de forma *permanente*. Si me

equivocase y malinterpretase el estado de tu cerebro en ese momento y éste quedase fijado en un estado de locura temporal, sería realmente lamentable.

»La siguiente exploración será tan metódica como empírica ha sido la primera. ¡Sigamos!

De nuevo el bombardeo sensorial, el trastorno emotivo, la rotación mental. Pero al no ser tan caóticos como la primera vez, no le asustaron de inmediato. En particular, la emoción inducida casi no era molesta. Era una curiosa mezcla de miedo y placer que estimulaba una autocontemplación lúcida que le permitió, por un momento, sonreír desdeñosamente al hermano Dhomas.

Pero las sensaciones adquirieron rápidamente una calidad muy específica y precisa que era extremadamente perturbadora, aunque las emociones producidas tendieran a convertir esa perturbación en algo puramente mental. No sabía dónde habían obtenido aquel solidógrafo de su propia persona, pero estaba hablándole, se hablaba a sí mismo y oía a su propia voz repetir:

—Armon Jarles no existe, nada más que el cosmos y las entidades electrónicas que lo constituyen, sin alma ni finalidad, excepto si una mente neurótica le impone un objetivo.

»Armon Jarles, la Jerarquía encarna la forma más elevada de tal finalidad.

»Armon Jarles, lo sobrenatural y lo ideal tienen un rasgo en común: No existen. Tan sólo existe la realidad.

Incontestable. Sin embargo aquellas declaraciones podían haber sido montadas a partir de grabaciones de recitados en las clases que había seguido, o de los exámenes orales, pero la voz, que seguía siendo la suya junto con su propia imagen, fue haciéndose más íntima:

—Fíjate en mí, Armon Jarles. Soy tú mismo, tal y como serás cuando hayas aprendido a contemplar la realidad de cara y olvides tus sueños sentimentales… ¡Fíjate en mí! Armon Jarles. ¡Ríete de ti mismo! Armon Jarles, de lo que eres en este momento.

También debían ser un montaje aquellas últimas frases; palabras tomadas de aquí y frases de allá, mezcladas con una habilidad diabólica. Él nunca había dicho tales cosas! ¿O sí?

El Armon Jarles del solidógrafo le sonreía ahora con un cinismo

lleno de crueldad. Debía ser —¡sólo podía ser!— la prolongación de una expresión fugaz de la que se habían servido en este solidógrafo móvil de sí mismo, pero le detestaba y Jarles cerró los ojos para no verle más.

Rápidamente le ajustaron un instrumento en la cabeza y entonces notó una ligera presión en los párpados. Suavemente le forzaban a abrirlos a intervalos regulares; el instrumento le imponía un lento parpadeo mecánico.

—No tenemos ninguna intención de torturarte —le llegó la voz del hermano Dhomas, durante un respiro en las sensaciones auditivas—. El dolor podría crear un núcleo en torno al cual podría concentrarse tu personalidad y lo que queremos precisamente es dispersarla.

Jarles lograba desviar los ojos de aquel horrible retrato de sí mismo, pero esto no impedía que lo percibiera vagamente en la periferia de la retina. Reía, le hacía muecas, hablaba sin parar.

De nuevo, los pensamientos y los recuerdos reprimidos empezaron a surgir de lo más profundo del subconsciente. Todas eran de un mismo tipo: antiidealistas y parecían avanzar en formación, como un ejército. En cambio, los pensamientos a los que trataba de asirse para defenderse iban desvaneciéndose, hasta que encontró una idea básica: su creencia en la libertad y en la justicia y su odio a la tiranía. Y aquel pensamiento no se desvaneció, a pesar de que la forma en que se expresaba se modificaba continuamente, sino que mantuvo en jaque a todos los demás.

De nuevo un respiro en la barrera sensorial y, se oyó la voz del hermano Dhomas:

—¿Qué es el idealismo? Es una deformación. Es dar falsos valores a cosas que no poseen tales valores. Las personalidades difieren principalmente en la escala de valores que poseen. Y cuando los valores son, en su mayor parte, falsos, la personalidad es inestable.

Una nueva zambullida en la caótica oscuridad interior. De nuevo la lucha contra las fuerzas del antiidealismo. ¡La libertad y la igualdad son valores correctos! Pero ¿por qué? ¿Por qué el ser humano debe tener más derechos que cualquier otro animal? ¿Porque se trata de una forma superior de vida? Pero una forma superior sólo significa mayor complejidad y, ¿qué mérito tiene esa complejidad? ¿Por qué todos los hombres tienen derecho a la libertad y a la igualdad? ¿Por qué no unos cuántos, solamente? Aquel razonamiento era completamente arbitrario. El mismo concepto de «derecho» era ya una ficción idealista. Uno tenía una cosa o no la tenía. Uno deseaba algo o no lo deseaba. No existía el

tener derecho a las cosas.

Jarles intentaba desesperadamente resucitar los conceptos en los que siempre había creído. Otras veces, cuando esta clase de razonamientos le había desconcertado, había buscado refugio en la cólera, en el odio hacia la opresión, pero ahora sus emociones no le pertenecían y la marea purificadora de la cólera no llegaba. Se encontraba ante un mundo vacío y estéril de hechos y de fuerzas que se le enfrentaban.

Jarles se esforzó en recordar a alguno de los fieles a los que había visto sufrir, de los que se había compadecido, a los que había intentado ayudar, pero ahora le parecían tan sólo grotescas máquinas fisiológicas; no le conmovían.

Como un soldado en retirada iba de un refugio a otro para comprobar que cada una de aquellas defensas se diluía en cuanto las alcanzaba.

Su madre y su padre eran bestias sin corazón que le habían traicionado. Habría sido divertido verles morir.

El Primo Deth. Odiaba desesperadamente al Primo Deth, pero ¿por qué? El Primo Deth era un hombre sensato, siempre atento a la realidad, siempre dócil a sus propios deseos. Cierto que el Primo Deth no le apreciaba, pero nadie le apreciaba en realidad. No existía el aprecio desinteresado; tan sólo un egoísmo feroz.

La Nueva Brujería. Si, sería bueno estar de su lado… si ganaban. Pero estaban deformados por el idealismo. No podían ganar.

Sharlson Naurya. Estaba enamorado de ella y ese amor no podía ser destruido. Era algo a lo que podía agarrarse. Casi podía verla. La amaba. La deseaba. Y si lograban convencerla o forzarla para que entrara en la cofradía de las Hermanas Caídas, podría tenerla.

La Jerarquía. Eso sí que era algo realmente seguro. Sin embargo, por alguna razón, él la había considerado una seguridad equivocada. Pero ¿cuál era esa razón? No podía recordarlo.

La Jerarquía, como un dorado sol naciente, ascendía en su mente, deslumbrante.

Después la luz dorada se convirtió en una llama cegadora que abrasaba y se oyó ruido seco, como la descarga de un trueno, como si él se hubiera convertido en el centro de una explosión que agitara todo el cosmos. Una explosión que resonó en todos los canales sensoriales de su cuerpo, desgarrándole los nervios, destruyéndole con su tremenda intensidad.

Después todos sus sentidos cayeron en la más profunda oscuridad.

Se encontraba todavía en la misma habitación, todavía en el mismo sillón acolchado. El hermano Dhomas seguía mirándole.

Nada había cambiado.

¿Qué era lo que se había propuesto el hermano Dhomas? ¿Cambiar su personalidad? ¡No lo había logrado! Él seguía siendo el hermano Jarles. ¡Aquel viejo imbécil había fracasado!

Por supuesto que era el hermano Jarles, sacerdote del Primer Círculo. ¡Pero no seguiría así por mucho tiempo! Veamos, tenía que alcanzar el Cuarto Círculo, eso era lo que le permitiría promocionarse. El Tercero y el Quinto era prácticamente un callejón sin salida.

Por supuesto que era el hermano Jarles. Fiel servidor de la Jerarquía, porque cualquier imbécil sabía que ésa era la mejor manera de abrirse camino. El Primo Deth era su amigo, o mejor dicho el Primo Deth deseaba ayudarle y con la ayuda del Primo Deth, cualquiera llegaría lejos.

Luego recuperó la memoria, de golpe. Incrédulo y angustiado volvió a recordar.

Por lo tanto, el hermano Dhomas no había fracasado. Había logrado cambiar su personalidad.

Involuntariamente, con gran vergüenza y embarazo, recordó al otro, al anterior Armon Jarles.

¡Qué imbécil, que fantoche despreciable, absurdo y sensiblero había sido el otro Armon Jarles!

11

El hermano Chulian tenía miedo del hombre que estaba tendido en la cama. Le contemplaba con una tensión casi dolorosa.

Cierto que probablemente estaba inconsciente y lo había estado desde que le habían capturado. Se encontraba tan malherido que había sido necesario implantarle un corazón artificial. Chulian podía ver cómo su sangre circulaba a través de los tubos transparentes.

La ciencia médica de la Jerarquía era capaz de acelerar el proceso de curación de manera asombrosa, pero era impensable que aquel hombre pudiera moverse de la cama antes de varias horas.

Pese a todo, Chulian seguía temiéndole porque el hombre era un brujo…, ¿O era mejor decir un hechicero? En cualquier caso, era un miembro importante de la Brujería Interior, y Chulian había tenido demasiados enfrentamientos recientemente con el poder de la Brujería. ¡Aquel diván abominable! Desde entonces no lograba dormir tranquilo.

Por supuesto que los sacerdotes de los niveles superiores lo negaban. La mayoría de los sacerdotes de alto nivel mantenían que esos poderes no eran más que trucos científicos ideados por un enemigo de la Jerarquía. Durante los últimos días, ese punto de vista era repetido constantemente a los sacerdotes de niveles inferiores. Se dedicaban reuniones especiales para ello. Los sacerdotes de alto rango habían asegurado que la Jerarquía pronto destruiría al enemigo. Que sólo lo habían pospuesto para poder estudiarle mejor y perfeccionar sus preparativos. Mientras tanto, los sacerdotes de niveles inferiores debían contemplar con escepticismo todas aquellas apariciones fantasmales y enviar informes completos sobre ellas.

¡Qué tranquilidad!, pensaba el hermano Chulian, si la Jerarquía pudiera anunciar que el Gran Dios, en su omnipotencia sobrenatural, había decidido aniquilar a las huestes de Satanás. Pero no existía tal Gran Dios. Sin embargo, ¡qué tranquilizador hubiera sido que existiera!

De pronto, entró un sacerdote del Tercer Círculo, examinó al hombre tendido en la cama, consultó los indicadores conectados a la extensión artificial del sistema circulatorio y se marchó sin decir nada.

¡Qué mala idea la del Primo Deth al haberle encomendado aquel trabajo de vigilancia!

Pero ¿qué podía hacer Chulian para impedirlo? De forma gradual, casi contra su voluntad, se había convertido en un miembro del grupo del Primo Deth y tras el Primo Deth se vislumbraba el poder terrorífico del arcipreste Goniface. Chulian, que siempre había intentado evitarlo, había quedado finalmente involucrado en la política de la Jerarquía.

Por temperamento, Chulian era partidario de los Moderados. Una vez había oído hablar al hermano Frejeris y nunca había podido olvidar aquella experiencia. Era un hombre alto y apuesto, con la serenidad de una estatua que había despertado en Chulian un profundo sentimiento de seguridad y sosiego.

Sin embargo, Chulian debía reconocer que no estaba muy de acuerdo con la política actual de los Moderados, porque minimizaba el peligro que representaba la Brujería. Si hubieran pasado por sus experiencias no la minimizarían de aquella manera. ¡En aquel punto, los Realistas tenían razón!

Se oyó un ruido casi imperceptible, como si alguien se aclarara la garganta. El hombre que estaba tumbado en la cama había abierto los ojos y miraba a Chulian.

Cuando la consciencia volvió de nuevo al Hombre Negro, su primer pensamiento fue el que se arremolinaba en la marca de la consciencia desde las profundidades del inconsciente: ansiedad por Dickon. Sin sangre fresca, su hermano pequeño sólo podía sobrevivir un máximo de tres días.

Lleno de ansiedad pensó un mensaje: «¿Estás ahí, Dickon?». Después dejó su mente en blanco y esperó.

«Dickon está en los tubos de aire. Dickon está muy débil. Pobre Dickon. Pero Dickon puede verte».

Tubos de aire. ¡Ventiladores! Debía existir una forma de salir de aquella habitación.

El Hombre Negro pensó: «¿Por qué no puedes venir hasta mí?»

Penosamente —casi podía sentir cómo el cerebro de su hermano pequeño estaba aturdido por las toxinas— llegó la respuesta:

«Dickon quisiera venir. Está en la boca de un gran tubo que da a tu habitación, pero siempre hay un sacerdote contigo. Sería peligroso para

Dickon ser visto por un sacerdote. Tú ya lo sabes, hermano.»

El Hombre Negro pensó: «¿Dónde está el sacerdote?»

«Si te das la vuelta hacia la izquierda, le verás. Ahora no mira al hermano de Dickon.»

Con mucho, con muchísimo cuidado y sin hacer ruido, el Hombre Negro giró la cabeza hasta que pudo ver al hermano Chulian. El sacerdote parecía perdido en una triste e inquieta meditación.

El Hombre Negro pensó: «¿Te quedan bastantes fuerzas para hacer un movimiento rápidamente?»

«Dickon tiene todavía algunas gotas de sangre fresca en la bolsa. Dickon las ha ahorrado permaneciendo sentado sin moverse».

«¡Muy bien! Este sacerdote es fácil de asustar. Sin que te vea, asústale para que salga de la habitación; yo retendré su atención mientras llegas».

«¿Y después Dickon podrá reunirse con su hermano?»

«Sí».

El Hombre Negro pensó: Después, se aclaró la garganta. Todavía no sabía si podía hablar. Uno de sus pulmones parecía totalmente fuera de servicio.

El hermano Chulian se sobresaltó de pronto y le miró.

—Soy un siervo de Satanás —dijo el Hombre Negro.

Su voz no era más que un susurro débil y sibilante.

—Eres un enemigo del Gran Dios —acertó a replicar finalmente Chulian, con una especie de torpe diplomática.

El Hombre Negro frunció los labios doloridos en una sonrisa que pretendía ser satánica.

—Y ¿quién tiene miedo del Gran Dios? —susurró—. El Gran Dios no tiene ninguna autoridad. Fue inventado por Satanás para que los hombres pudieran albergar esperanzas y hacer aún más ridícula su lucha contra el mal, el terror y la muerte.

—Pero, pese a ello, sigues siendo un prisionero de la Jerarquía —declaró por fin Chulian, mientras inconscientemente daba un golpecito a su túnica, como si algo le hubiera rozado ligeramente el muslo.

—Sí —murmuró el Hombre Negro amenazante—. Y me sorprende que hayas osado hacerme esta afrenta. Ahora, déjame o sufrirás las consecuencias.

De nuevo Chulian dio un ligero golpe a la túnica. Toda su atención estaba concentrada en el Hombre Negro.

—No puedes moverte de esa cama —insistió incómodo—, salir de la habitación. Y aquí no puedes hacerme daño.

—¿Estás seguro? —susurró sonriendo el Hombre Negro, ya que su primera sonrisa parecía haber molestado a Chulian—. En este mismo momento extiendo hacia ti unas manos invisibles. En este mismo momento están encima de ti.

Chulian gritó y saltó del taburete. Luego se frotó el muslo y miró con suspicacia, primero al Hombre Negro y después al taburete. Bruscamente, como si supiera que la duda le haría perder la cabeza, lo levantó y le dio la vuelta.

Algo más tranquilo, Chulian colocó de nuevo el taburete en el suelo y se sentó.

Inmediatamente, el pellizco se repitió.

Con un grito que ya era de terror, Chulian se levantó y agitó los brazos como si tratase de ahuyentar las manos invisibles y tras una última mirada de horror al Hombre Negro, huyo de la habitación.

El Hombre negro oyó los pasos ligeros de Dickon dirigiéndose hacia la cama. Después, en el borde de esta apareció una pata cubierta de vello rojo, con los dedos crispados y la palma en forma de ventosa. (Esa misma ventosa era la que había permitido a Dickon mantenerse siempre en el lado opuesto del taburete cuando Chulian lo había levantado.)

Lenta y laboriosamente, porque el familiar había llegado ya al límite de sus fuerzas —el Hombre Negro pudo notar lo aturdido y exhausto que estaba por la calidad de sus débiles impulsos telepáticos —, la criatura se aupó sobre la cama.

Era como un mono—araña, pero con un torso mucho más pequeño y exageradamente delgado. Peludo, con un vello rojizo que cubría lo que parecía tan sólo un perfil o el boceto de un animal, era una red de huesos filiformes y músculos delgados como cintas. La encarnación misma de una frágil agilidad, forzada en aquel momento a la lentitud a causa del agotamiento. Tenía la cabeza como la de un lemur, con grandes ojos inquisidores que ahora aparecían velados y vacilantes.

Era una especie de duende espectral.

Pero al Hombre Negro, aquella visión le produjo un sentimiento de profundo afecto y familiaridad. Sabía por qué aquel vello rojizo era del mismo tono que sus propios cabellos y por qué la frente era amplia, por qué aquella cara sin nariz era una caricatura de la suya propia.

Lo sabía y le amaba como a un hermano. Más que a su hermano. Como carne de su carne.

El Hombre Negro le acogió, cuando con debilidad trepó hasta su lado y le acercó su extraña boca a la piel. Luego experimentó un sentimiento de satisfacción, cuando notó la succión y el pequeño picoteo que le indicaba que estaba tomando sangre fresca, al tiempo que descargaba la sangre viciada en sus venas capilares.

«Bebe lo que quieras, hermano pequeño», pensó. «Es por cuenta de la jerarquía, hermano. Han tenido que hacerme una gran transfusión de sangre para mantener ese corazón artificial. Bebe hasta saciarte.»

De repente se sintió débil y soñoliento. La descarga de sangre desoxigenada transmitida por Dickon le había agotado todavía más.

Como en un sueño percibió el pensamiento de Dickon:

«Dickon recupera sus fuerzas ahora, hermano. Dickon se siente bastante fuerte para llevar un mensaje hasta el fin del mundo, si el hermano de Dickon lo desea.»

«Bravo Dickon.»

Se oyeron pasos precipitados tras la puerta y antes de que el Hombre Negro hubiera podido pensar en advertir a Dickon, éste saltó con agilidad y desapareció.

«Dickon vuelve a los tubos de aire, hermano. Piensa en el mensaje que quieres que Dickon lleve. Dickon espera.»

El Hombre Negro, a través de una bruma de fatiga, oyó la voz burlona del Primo Deth que preguntaba:

—Y, ¿dónde están esas manos que os han pellizcado de forma tan irreverente, monseñor? ¿queréis mostrármelas? ¡Ah!, me olvidaba. Habéis dicho que son invisibles. ¿Os siguen pellizcando, monseñor?

Después, se oyó la respuesta estridente del hermano Chulian:

—¡Os he dicho que me tocó! Me miro, me habló y entonces me tocó con unas manos invisibles.

—¡Qué desconsiderado! —observó la voz sarcástica—. Me temo que tendré que encargar este trabajo de vigilancia a una persona menos sensible. ¡Oh, sí! Creo que os ha tocado con manos invisibles. Ha tocado vuestra mente…, os ha sugestionado, os ha hipnotizado. Los brujos son muy hábiles para esta clase de cosas.

La voz se acercó, hasta que el Hombre Negro, aturdido en su semiinconsciencia, notó que el Primo Deth se inclinaba sobre él.

—Pero me pregunto de qué le va a servir esta habilidad cuando esté en disposición de visitar al hermano Dhomas.

12

Era día de mercado en Megatheopolis y, como era costumbre en esos días, la Gran Plaza no quedaría vacía hasta el toque de queda. Sin embargo, los fieles estaban preparando sus cosas y se apresuraban a marchar a casa antes de la puesta del sol. Nadie estaba interesado en los negocios. La llegada de la noche había puesto fin a la habitual animación del mercado.

Un comerciante invisible había estado entre ellos y había distribuido gratuitamente su mercancía. Era el Terror.

¿Quién hubiera osado volver a casa al crepúsculo, exponiéndose a encontrar una de aquellas enormes bestias grises de ojos rojizos que, la noche anterior, habían rondado y husmeado por todas las callejuelas? ¿O arriesgarse a quedar aislado en casa con aquella oscuridad invasora que había forzado a una patrulla de diáconos a refugiarse en la vivienda de un fiel? Umder Chohn el herrero, en cuya casa se habían refugiado, había dicho que los diáconos estaban más asustados que él mismo.

Todos tenían alguna historia terrorífica o sobrenatural que contar y se habían intercambiado más rumores que mercancías. Algunos juraban que habían visto ángeles —«con grandes alas y rostros resplandecientes»— que indicaban que el Gran Dios empezaba, por fin, a interesarse un poco por las penas y tribulaciones de sus criaturas. Pero aquel consuelo resultaba ampliamente contrarrestado por los graves y preocupantes rumores. Se decía que ni siquiera los sacerdotes estaban ajenos al terror general.

Estos últimos rumores circulaban ampliamente, pero eran susurrados con miedo y mirando furtivamente alrededor, por si había algún sacerdote o diácono cerca que pudiera oírlos. Se decía que un sacerdote había salido gritando de una capilla de segundo orden en plena celebración del servicio religioso, porque algo invisible le había agarrado por el cuello mientras predicaba. Se decía que un grupo de

fieles, al volver por la noche del trabajo en los campos, habían sido abandonados por el sacerdote que debía escoltarles y protegerles de las fuerzas del mal. Se decía que un niño había muerto a causa de la Enfermedad Sofocante, antes del alba, ya que ningún sacerdote del Tercer Círculo había querido ir a asistirle desde el Santuario.

Existían otras pruebas de que la propia Jerarquía sentía miedo. Hacía ya dos días que los sacerdotes rurales iban llegando a Megatheopolis. Algunos decían que venían para asistir a un gran congreso religioso, pero otros aseguraban con susurros discretos que venían en busca de la protección que ofrecía el Gran Santuario y los granjeros que habían acudido al mercado confirmaban esta última suposición. Los granjeros afirmaban también —eran algo más habladores que los fieles de la ciudad— que muchos santuarios rurales habían sido abandonados y que apenas se trabajaban los campos.

Los comerciantes que llegaban a lomos de mulas o en carricoches desde las ciudades vecinas, decían que los agentes de Satanás también estaban actuando en aquellas ciudades y se sentían desconcertados al comprobar que Megatheopolis estaba siendo asediada en la misma forma.

Satanás reía. La Tierra temblaba. Y el Gran Dios no prestaba atención.

A causa de ello, la cobardía de los sacerdotes empezaba a ser tema de todas las conversaciones.

—¿Por qué no nos protegen? —decían—. Les hemos confesado por dos veces nuestros pecados. Nos hemos reformado. Nos hemos portado bien. Entonces, ¿por qué no nos protegen del terror? Nos dicen que se trata de una prueba, pero para ser una prueba ya ha durado demasiado. Siempre habían dicho que podían aniquilar a Satanás cuando quisieran, ¿por qué no lo hacen?

Así que, cuando Sharlson Naurya se paseó por la Gran Plaza pudo percibir el rencor y el miedo entre los fieles que le abandonaban. Tuvo la prueba de ello al ver que discutían por temas de prioridad u otras bagatelas, que intercambiaban acusaciones de hurtos, que abofeteaban a los niños que se rezagaban.

Aquellas riñas y la confusión favorecían el propósito de Sharlson Naurya, ya que absorbían la atención de los pocos sacerdotes y diáconos que las presenciaban. Sabía que se arriesgaba y que estaba desobedeciendo las órdenes de Asmodeo, pero la desaparición del Hombre Negro y de Jarles había alterado la situación. Jarles había

salido para establecer de nuevo contacto con la Brujería y el Hombre Negro había ido a encontrarse con él. Era todo lo que Drick había averiguado.

Por eso, disfrazada de fiel y con un chal cubriendo sus mejillas, Sharlson Naurva se abría paso entre las muchedumbre malhumorada de la Gran Plaza, como si fuese una madre joven que buscara a sus hijos.

Y en realidad, se sentía como si lo fuera. Puede que estuviera enamorada de uno de aquellos dos hombres, pero a ella le parecía que eran como niños. El Hombre Negro, encantador y algo mimado, inteligente y bueno, pero también insolente, travieso y guasón. Jarles, el joven serio, tenaz y angustiado por problemas morales.

En la esquina vio a un fiel de la talla de Jarles y Naurya, instintivamente, aceleró el paso. El hombre llevaba una barba de tres días y se cubría con una capucha, —¿quizá para esconder una reciente tonsura sacerdotal?

Naurya se acercó. Verdaderamente se parecía a Jarles. Era Jarles. La emoción que sintió se mezcló con una cierta autosatisfacción. ¿No era Drick quien había dicho que era inútil acudir a la cita? Previamente por eso, llevaría a Jarles directamente al aquelarre de aquella noche. Drick se daría cuenta de que Naurya había encontrado un excelente prosélito para la Brujería.

Cuando Jarles por fin la vio, Naurya giró por una calle lateral, tras hacerle un signo con la cabeza para indicarle que la siguiera. Después de un instante de duda, Jarles la siguió.

El regocijo de Jarles estaba asociado a un cierto recelo. No había esperado contactar tan fácilmente ni tan deprisa con la Brujería, pero sabía que se lanzaba a una aventura muy peligrosa y que estaba su integridad amenazada. No hacía mucho que Jarles había aprendido a respetar aquel saco de carne y de huesos que contenía su ego. Si uno dejaba que ese saco se malograra, podía pasarse toda la eternidad silbando en espera de otro.

¿Cómo había podido arriesgarse tanto anteriormente? ¡Y sin ningún propósito de obtener provecho personal! Era un gran misterio cómo había podido llegar a ser tan idealista como recordaba haberlo sido. No le gustaba pensar en ello. Se veía así mismo demasiado pueril, demasiado estúpido.

Por supuesto que había que arriesgarse un poco para obtener algún provecho personal y satisfacer el propio ego. Nada se obtiene gratuitamente. Era obvio que Goniface no iba a convertirle en sacerdote

del Cuarto Círculo —la recompensa que le había ofrecido— a menos que él mismo obtuviera algún beneficio con ello. Por eso era necesario que él se embarcara en aquella arriesgada aventura: traicionar a la Brujería.

¡Goniface! ¡Él sí que era un gran hombre! Jarles no recordaba haber envidiado ni haber admirado a nadie tanto y tan profundamente, aunque de cierta mala gana; ni siquiera al Primo Deth. Pero el arcipreste tenía algo que le faltaba al diácono: su amplitud de miras, la capacidad de mando y la de encontrar placer en ello.

Ascender al Cuarto Círculo y todo lo que ello significaba, ¡quizá, incluso más! Era algo que valía la pena; una recompensa que justificaba los riesgos. Cualquier cosa era mejor que pasar la vida entre las mentes pacatas de los sacerdotes de los dos Primeros Círculos. Era simplemente una cuestión de sentido común el intentar minimizar los riesgos y ampliar el margen de seguridad al máximo posible.

Por eso Jarles seguía a Sharlson Naurya con todos sus sentidos alerta y con la mente despierta. Iban hacia el barrio de los fieles. Jarles sintió cierto placer estético ante las ricas tonalidades que el sol del ocaso ponía en las fachadas de ladrillo. La vida había renacido para él en los últimos días y había llegado a ser infinitamente más satisfactoria. El tacto, el olfato, el gusto —y todas las demás sensaciones— le proporcionaban el mayor deleite. Ahora sabía que no existía nada más que un ego independiente, libre durante un tiempo para saborear los placeres del mundo e imponerle su voluntad. Una vez que se comprendía esto, todo lo demás resultaba claro como el día y todos los momentos eran preciosos.

Un vago idealismo había ocultado al otro Jarles las posibilidades de ser feliz que se hallaban justo ante su nariz, pero ese otro Jarles del pasado ya no podía inquietarle, excepto mientras dormía.

Una vez fuera de la Gran Plaza, Jarles alcanzó a Sharlson Naurya y caminó a su lado. Después consideró prudente decirle en voz baja:

—Estoy con vosotros hasta el fin. He pensado mucho en ello mientras estaba en casa de la Madre Jujy.

Jarles obtuvo como respuesta la presión cálida y amigable de la mano de la joven y esto le recordó un problema especial que le atormentaba tras su conversación con Goniface.

Goniface había dado instrucciones muy explícitas sobre Sharlson Naurya, tanto al Primo Deth como al mismo Jarles. Si, por casualidad, fuese a caer detenida en la próxima redada, debían matarla

inmediatamente.

Por supuesto que si se llegaba a tal situación, debería sacrificarla, destruirla con sus propias manos, si era inevitable, pero si lograba que pudiese escapar, sin que resultara sospechoso, esa sería la solución ideal.

Después de todo, ¿por qué Goniface se interesaba tanto por Naurya? La chica debía conocer algún secreto que podría ser muy útil para acelerar la promoción de Jarles. Por tanto, tenía una doble razón para preservar su vida, si tenía oportunidad de hacerlo.

El crepúsculo palidecía bajo las sombras. La guía de Jarles entró, de pronto, en una pequeña capilla a la que solían acudir los fieles para rezar. En la penumbra, pudo distinguir la imagen del Gran Dios, el altar y algunos bancos. No había nadie en la capilla. Sharlson Naurya se acercó a una pared junto al altar y tanteó a lo largo de las molduras ornamentadas de plástico.

Un pesado panel se deslizó hacia un lado y la muchacha pasó por la abertura que había dejado. Jarles se detuvo un momento en el umbral, para que la ampolla de sustancias radiactivas que llevaba atada al brazo izquierdo pudiera dejar un mayor rastro en aquel punto preciso, de modo que pudiera ser útil al Primo Deth. Sharlson Naurva le hizo un signo de impaciencia.

El panel se cerró y ambos se encontraron en medio de un pasaje sombrío, iluminado de vez en cuando por pequeñas lámparas. De nuevo la muchacha tanteó las molduras —sin ornamentos— al lado de la pared. Evidentemente, con ello reactivaba el sistema de alarma que había apagado al entrar. Cuando Naurya inició la marcha por el pasadizo, Jarles se arriesgó, buscó el botón, lo pulsó y después se apresuró a seguirla.

Al final del pasillo descendieron por una escalera. Después otro pasillo y más escaleras. Jarles mantenía alerta todos sus sentidos.

—Estos pasadizos datan de la Edad de Oro —le explicó Naurya.

La muchacha se detuvo.

—La entrada a la Sala del Aquelarre está justamente encima, después de este zigzag —dijo Naurya—. Te conduciré allí y en seguida te propondré como nuevo miembro. Ahora están reunidos. Aquí —tocó la pared con la mano— hay otra entrada, pero sólo la usamos en casos de emergencia.

La joven pulsó un botón con el dedo y un panel se deslizó a un lado.

La nueva personalidad de Jarles se puso inmediatamente en acción. Ajustó con rapidez los controles de la vara del rayo de la ira que llevaba atada al antebrazo derecho, hasta el nivel de «parálisis» y dirigió el haz que zumbaba, pero que era casi invisible, a la cintura de la muchacha. Ésta quedó inmóvil. Su diafragma se contrajo y se puso rígido. Su boca se abrió a causa de los espasmos nerviosos, pero no emitió ningún sonido.

Jarles la tomó del brazo y la dejó caer suavemente en el pasadizo que ella misma acababa de mostrarle. Después, contando los segundos, dirigió con frialdad el rayo hacia la cabeza de la muchacha y una vez seguro de que Naurya seguiría inconsciente durante el tiempo necesario, cerró el panel y se encaminó hacia la Sala del Aquelarre.

Una penumbra púrpura y una voz autoritaria. Perfilándose en la sombra menos densa de la pared opuesta, un círculo de formas humanas prestaba atención a aquella voz. Ante la pared más lejana se alzaba un trono fosforescente y sobre él había una forma humana absolutamente negra de la que surgía aquella voz.

Jarles recordó súbitamente su primera entrada en aquella Sala y el recuerdo fue tan intenso que las dos experiencias se confundieron, pese a que entonces era una persona distinta. La memoria podía colmar cualquier laguna.

Sin hacer ruido, se puso las gafas transformadoras de la luz ultravioleta que le había proporcionado el Primo Deth, atendiendo a la petición del propio Jarles. Fue como si una luz de color amarillo pálido hubiera iluminado repentinamente toda la habitación. Inmediatamente, todo el misterio se desvaneció para convertirse en una visión ordinaria, con sólo dos excepciones. Se trataba de una gran sala, de techos bajos, en la que un grupo de personas escuchaba a un orador sentado en un trono sencillo y sin ornamentos. Jarles experimentó de pronto un agradable sentimiento de seguridad.

Las dos excepciones eran el orador y una silueta inmensa junto al trono.

El orador seguía siendo una vaga forma humana, tan negra como antes. El campo que llevaba absorbía todas las radiaciones.

La misteriosa gran silueta le dejó tan perplejo que distrajo su atención y no le permitió captar el significado de lo que decía el orador. Con toda seguridad aquella silueta no había estado presente en la habitación en la ocasión anterior. Era como un ángel por su tamaño y su forma, pero su cara grande, sombría y sin vida era increíblemente

fea. Unos cuernos retorcidos surgían de la frente y en los antebrazos tenía garras que parecían de reptil. Era un monolito demoníaco que estaba allí, en pie, rígido, dos veces más alto que un hombre e incluso un poco más alto que la propia sala, de modo que los cuernos desaparecían en un gran hueco o agujero circular que había en el techo.

Algún tipo de escultura ritual, decidió Jarles. Aquella gente era muy imaginativa y quizá muy inteligente, pero eran como niños para lo que realmente era importante, gigantes en sus descuidos. Si no, ¿cómo podían permitir que se penetrara tan fácilmente en sus reuniones secretas?

Curiosamente, el orador expresaba en ese momento la misma idea. Jarles escuchó aquella voz dominante:

—Hasta ahora habéis jugado a ser brujos. Ha sido un juego duro y peligroso, pero para la mayoría de vosotros era sólo un juego. Muchos os incorporasteis a la Brujería por un deseo juguetón y revoltoso de ejercer un poder secreto, en un mundo en el que la Jerarquía tiene el monopolio del poder.

»Yo y mis compañeros lo tuvimos en cuenta cuando inventamos la Brujería. Sabíamos que una gran causa y un objetivo loable serían insuficientes para atraer seguidores. Sabíamos que obedeceríais nuestras instrucciones tan sólo en la medida en que fueran suficientemente divertidas, por eso, cuando os habéis embarcado en vuestras travesuras privadas no hemos interferido.

La voz hizo una pausa y alguien en el círculo de oyentes hizo una pregunta.

—Lo que decís es cierto, ¡Oh!, Asmodeo. Pero ¿qué queréis que hagamos ahora?

El corazón de Jarles latió apresuradamente. ¡Asmodeo! Había oído decir que así se llamaba el líder de la Brujería. Las próximas capturas serían de la mayor importancia. El ascenso al Cuarto Círculo ya no sería recompensa suficiente. ¡Como mínimo, el Séptimo Círculo! Por suerte, tenía a Sharlson Naurya para utilizarla contra el arcipreste Goniface, si éste le rechazaba.

La voz continuó:

—Ahora el juego ha terminado. O mejor dicho, entra en una etapa más seria. Hasta ahora habéis tenido un éxito sorprendente a pesar de vuestras temeridades y vuestros descuidos. Y lo que es más importante: la Jerarquía ha tardado en reaccionar porque es una organización conservadora que nunca, desde su fundación, había tenido que

enfrentarse con una oposición digna de ese nombre, pero en este momento está siendo agitada por disensiones internas. Pero eso, en parte por su conservadurismo, en parte por la táctica, en parte como un compromiso, ha adoptado una actitud expectante.

»Pero ¡no debéis subestimar a la Jerarquía! Porque ha empezado a tomar conciencia —ya casi plenamente— de los peligros que la amenazan y utiliza, cada vez más, su vasto sistema de espías para descubrirnos. En miles de santuarios, sacerdotes investigadores del Quinto Círculo están a punto de descubrir y poder duplicar los secretos científicos de la Brujería y hay signos de que la disensión interna de la Jerarquía se resolverá pronto con una drástica operación de cirugía.

»¡No debéis subestimar a la Jerarquía! Es tan poderosa que puede permitirse un retraso. ¡Los sacerdotes no mienten cuando amenazan con obtener la ayuda del Cielo!

«Muy pronto», pensó Jarles, «atacará» el Primo Deth. Según sus cálculos, el diácono ya debía haber franqueado el panel de la capilla y seguía sin oírse ninguna señal de alarma. Mejor así. Sin embargo, Jarles sintió una repentina punzada de temor. No temía por su propia seguridad, un temor evidente que le mantenía constantemente alerta; aquel temor era central y preciso, mientras que el otro era vago, informe. En vano intentó comprenderlo.

—En período de guerra, el elemento tiempo es esencial —decía la voz que hablaba desde el trono; una voz que sugería unos ojos brillantes y maliciosos no desprovistos de humor ni compasión—. Y, ¡cuán más importante es el tiempo en esta guerra psicológica que estamos llevando a cabo! El miedo es nuestra única arma y tiene una gran limitación: pierde muy pronto su eficacia. Hasta ahora, gracias a una creciente oleada de terror cuidadosamente planificada, hemos logrado preocupar profundamente a los sacerdotes de los niveles inferiores y hemos sembrado una semilla de pánico sobrenatural en los círculos superiores, pero si nos detenemos perderemos la ventaja obtenida. Debemos crear un pánico total.

»Por eso os he reunido a todos los dirigentes y me he decidido, excepcionalmente, a aparecer ante vosotros en persona.

«Mejor todavía», pensó Jarles. Todos los líderes atrapados de una vez. ¡Y también Asmodeo! Sin embargo, un temor lóbrego e indefinible le seguía agobiando. ¡Si al menos Deth se decidiera a atacar!

—He venido para discutir con vosotros los planes de las operaciones finales. Las instrucciones que transmito en las cintas ya no

bastan ni son suficientemente seguras, así que trataré esos temas individualmente con cada uno de vosotros después de la reunión.

»Pero antes debo advertiros de la gran responsabilidad que puede recaer sobre vosotros y que también afecta a mí mismo y a mis colaboradores. Nosotros y vosotros, los dirigentes, estamos en una posición particularmente vulnerable y puede ocurrir que, antes de que llegue la crisis, seamos descubiertos y aniquilados. En ese caso, seríais vosotros, los agentes de la Brujería en la ciudad clave de Megatheopolis, quienes tendríais que ocupar nuestros puestos.

Jarles apretaba los puños nerviosamente. Su oscuro temor se había convertido en algo extraño y desagradable y tenía la sensación de un peligro inminente, de algo que podía frustrar sus planes y que podría prevenir fácilmente, tan sólo con saber de qué se trataba. Se sintió torpe y acalorado, como si tuviera fiebre.

—En vista de una eventualidad como esta ya hace tiempo que habíamos preparado los planes adecuados, pero se habían confiado a uno de vosotros que ha desaparecido; presumiblemente esté muerto o prisionero de la Jerarquía. Por tanto, es necesario prever nuevas medidas.

Esta referencia al Hombre Negro tendría que haber interesado a Jarles, pero casi había dejado de escuchar a Asmodeo a causa del extraño miedo que le atenazaba. Sentía la garganta seca y entumecida y al tocar sus labios con los dedos, se dio cuenta de que apenas notaba el contacto.

Y sin embargo, ¡si consiguiera saber qué era los que se preparaba, podría evitarlo! Era desesperante. Si esto empeoraba, se vería forzado a activar el trazador y llamar a Deth, aunque se suponía que no debía hacerlo a menos que le apresaran.

—…Y el momento crítico se acerca. —Oía sólo vagamente las palabras de Asmodeo—. Cada movimiento que hagáis a partir de ahora… de gran importancia… Y no sólo por vuestra propia seguridad…, el destino del mundo… Esta ciudad… crucial… El futuro de la humanidad.

En ese momento, un espasmo convulso se apoderó de los órganos vocales de Jarles y, con gran horror y consternación, se oyó a sí mismo gritar:

—¡Habéis sido traicionados! ¡Esto es una trampa de la Jerarquía! ¡Escapad ahora que podéis!

Después recuperó el control de sus músculos. Fuera de sí por el

odio que sentía hacia el Jarles que había hablado y con un gruñido de rabia y de vergüenza, activó al máximo el trazador atado a su brazo izquierdo. Si Deth estaba cerca, recibiría la alerta a través de las fuertes vibraciones del aparato receptor.

Y Deth debía estar muy cerca, ya que, antes de que las brujas y los hechiceros hubieran tenido tiempo de levantarse, los diáconos que portaban varas del rayo de la ira y otras armas, entraron en la sala.

Del semicírculo de brujas y hechiceros un montón de sombras se escabulleron a toda prisa, como ratas huyendo hacia sus madrigueras y antes de que Jarles pudiera tener dispuesto su propio rayo de ira, habían desaparecido.

Asmodeo, que era el único ser humano que había reaccionado con rapidez al oír aquel grito de alerta, se precipitó en dirección a la escultura demoníaca que estaba al lado del trono. El grueso haz violeta de un rayo de la ira atravesó el cuerpo de una bruja y le alcanzó. Durante un breve instante, la silueta negra se iluminó con una brillantez sobrenatural, mientras el campo protector absorbía toda la potencia, pero antes de que el campo se apagara, Asmodeo se había situado tras la escultura que parecía insensible a los rayos.

Jarles dio la vuelta, con la esperanza de poder dispararle por un lado. Asmodeo estaba rodeado y sus atacantes le superaban ampliamente en número. Había logrado llegar a un refugio, pero no iba a poder resistir mucho rato.

Pero Asmodeo no estaba detrás de la escultura, sino en su interior.

Un violento golpe el borde de un campo repulsor hizo caer a Jarles. La figura demoníaca se reanimó, se elevó y con el fuego de una docena de lenguas de un color violeta incandescente, salió a través del agujero del techo.

Tendido en el suelo, Jarles comprendió con amargura que la primera impresión que había tenido era la correcta. La estatua misteriosa era móvil como un ángel. El agujero por el que había desaparecido debía llevar a la superficie y probablemente estaba camuflado como una chimenea.

Deth había dicho que habría ángeles patrullando por encima del techo. Era la última esperanza, aunque muy débil, de capturar a Asmodeo.

13

En la sala gris perla del Consejo Supremo, Goniface vio que el hermano Frejeris se levantaba para acusarle. La voz del Moderado tenía un tono suave.

—¿He comprendido realmente tu propósito al hacer que tu sirviente, el Primo Deth, trajera esos instrumentos?

Con un gesto de la mano Frejeris indicó los brillantes aparatos dispuestos ante la Mesa del Consejo. El elemento esencial era una silla con accesorios para atar a quien estuviera sentado en ella. Un grupo de técnicos del Cuarto Circulo se ocupaba de probar el aparato, bajo la dirección del Primo Deth.

Goniface asintió.

—¡Tortura! —Frejeris pronunció la palabra con indignación— ¿Nos hemos convertido en bárbaros, al igual que pudo ocurrir en la Edad de Oro y nos rebajemos a tales actos de brutalidad?

«Está realmente impresionado ante la idea de brutalidad», pensó Goniface divertido. «Me pregunto cómo llamará a los trabajos forzados que exigimos a los fieles y a los sufrimientos que les imponemos.»

Frejeris continuó hablando:

—De repente nuestro hermano Goniface nos anunció que sus agentes han capturado a un grupo de individuos peligrosos para la Jerarquía, según dice él. Sus agentes lo han hecho sin que el Consejo Supremo lo supiera y sin que diera su consentimiento, en una violación directa de todas las reglas de procedimiento. Después, nos dice que esos prisioneros suyos son miembros de la Nueva Brujería y además olvidando los métodos científicos de que disponemos para que confiesen la verdad, nos propone aceptar que sean interrogados utilizando la tortura física y, también en secreto, hace todos los preparativos para ello. ¿Por qué, pregunto al Consejo, por qué este retorno a la barbarie?

»Voy a deciros por qué —siguió Frejeris tras una dramática pausa.

Su voz majestuosa disminuyó de tono y se hizo más vibrante—. Y al hacerlo, voy a mostraros un Goniface ambicioso, sin escrúpulos, que intenta obtener el poder absoluto. Os demostraré que ha organizado una jerarquía dentro de la Jerarquía, una camarilla de diáconos y sacerdotes que solo son leales a su persona. Os probaré que se está aprovechando de esta historia de la Brujería y que exagera el peligro que representa, para fomentar una crisis mundial y apoderarse del poder contra todo precedente, con la excusa de salvar a la Jerarquía.

Frejeris abarcó toda la mesa con una mirada y se preparó a lanzar las acusaciones de forma detallada.

Nunca llegó a hacerlo. El arcipreste Jomald, portavoz de los Realistas, se levantó y dijo simplemente, como si se tratara de algo completamente normal:

—El hermano Frejeris pone en grave peligro a la Jerarquía al obstruir y retrasar las acciones contra la Brujería. Si le dejamos seguir por este camino, lo hará. Sus motivos parecen extremadamente sospechosos. Pido su excomunión inmediata por un período de un año y pido además que votemos inmediatamente.

Frejeris le lanzó una mirada fría y desdeñosa, como si simplemente se sintiera ultrajado por la descortesía sin precedentes de aquella interrupción.

—¡Apoyo la moción! —dijo inesperadamente el delgado hermano Sercival, desde su asiento junto a Goniface.

«Incluso el viejo Fanático se une a nosotros», pensó Goniface.

Mientras tanto, Frejeris seguía de pie sin comprender; como si esperara a que aquellas bruscas interrupciones terminaran para poder proseguir con su perorata. Era un hombre imponente, majestuoso.

Sus propios compañeros Moderados comprendieron lo que estaba sucediendo antes que él y parecían más asustados que indignados, lo que era un mal presagio para Frejeris.

—¿Hay alguna objeción para pasar a votar? —preguntó Jomald.

La voz resonó como el martillo de un juez.

Muy lentamente, con gran indecisión, uno de los Moderados empezó a levantarse, pero antes echó una mirada inquieta a la mesa y lo que vio le hizo cambiar de intención. De modo que volvió a sentarse, evitando los ojos de Frejeris.

Solo entonces comprendió Frejeris lo que ocurría. Hay que decir en su favor que ello no alteró su calma. Su rostro desafiante y noble siguió impasible.

Uno tras otro, los puños cerrados se posaron sobre la mesa. Frejeris lanzó una mirada de desdén a los arciprestes que votaban en su contra. Más parecía un hombre que censura una descortesía que un sacerdote enfrentándose a su propia excomunión.

Al final, no hubo ni una sola mano que se posara plana sobre la mesa para indicar un voto negativo; sólo dos Moderados se abstuvieron y parecían muy incómodos.

—¡Ejecutad la sentencia! —ordenó Jomald al grupo de técnicos del Cuarto Círculo.

Varios arciprestes que estaban atónitos comprendieron entonces que todo aquello había sido cuidadosamente preparado.

Frejeris seguía conservando la calma. Los Moderados que estaban a ambos lados se apartaron de él, pero Frejeris ni siquiera parpadeó y se mantuvo firme como una estatua de mármol.

Y como una estatua de mármol cayó. Unas emanaciones invisibles le alcanzaron, bloqueando sus nervios sensoriales. Los nervios ópticos fueron los primeros que quedaron afectados. A tientas, alzó las manos hacia los ojos ciegos, pero antes de alcanzarlos, perdió el sentido del tacto. El sentido del equilibrio también le abandonó y, oscilando hacía adelante, cayó pesadamente sobre la mesa; una mesa que ya no podía sentir.

Allí quedó tendido. más indefenso que un bebé, como una ruina inerte, incomunicado del universo, de la Jerarquía y de todo contacto sensorial, condenado durante todo un año que sería como una eternidad, ya que no dispondría de ningún medio para medir el paso del tiempo.

Mientras los sacerdotes inferiores se adelantaban para retirar el cuerpo, el hermano Jomald habló de nuevo.

—Propongo que invistamos al arcipreste Goniface de la potestad de emplear todos nuestros recursos contra el enemigo común y que le nombremos Jerarca del Mundo, hasta que la Brujería deje de ser una amenaza para nosotros. Durante este período, el Consejo Supremo actuará como un comité de consejeros.

También esta moción fue aprobada unánimemente. Incluso el viejo Sercival, de quien se temía que se aferraría desesperadamente a su independencia, se unió a los demás. Goniface, que no había pronunciado ni una palabra en todo el tiempo, no hizo ningún comentario. Simplemente se levantó para decir:

—Traed a los prisioneros y empecemos a interrogarlos.

Sercival, el viejo Fanático hizo, entonces una objeción inesperada. Su cara apergaminada encarnaba el odio más apasionado.

—Os suplico, Suprema Eminencia, que no tengamos ningún trato con los agentes de Satanás. Si vos mismo certificáis que son realmente hechiceros o brujos, matémosles inmediatamente. Son un baldón demasiado vergonzante en la creación para permitir que existan.

»He votado a favor de concederos el poder supremo —continuó Sercival—, porque os considero un hombre enérgico, con la voluntad y la capacidad necesarias para luchar denodadamente contra el Señor del Mal. No tengáis piedad de los brujos. Es mi consejo.

—Os he oído —respondió Goniface con frialdad—. Seréis testigo de que no trato con indulgencia a nuestros enemigos, pero es necesario interrogarles.

Sercival volvió a sentarse de mala gana.

—Sigo opinando que debemos matarles —murmuró con obstinación.

Después, la atención de todos se desplazó hacia los brujos a los que un gran grupo de diáconos escoltaba hasta la mesa. Con fingida despreocupación, los arciprestes sacaron el mejor partido posible de aquella primera oportunidad de estudiar al enemigo cara a cara.

La impresión inicial fue tranquilizadora. Los prisioneros iban vestidos de forma parecida, con túnicas ligeras de tejido basto y, ¡estaban tan sucios! Además, el hecho de que no lucharan ni opusieran ninguna resistencia a los innecesarios golpes y empujones que les propinaban los diáconos, les daba una apariencia servil. ¡No había nada que temer de aquellos granujas lastimosos! ¡Y cómo! Se les podría tomar por una pandilla callejera si no fuera porque la mayoría eran mujeres. Algunas parecían bastante hermosas, incluso podrían resultar atractivas una vez lavadas y vestidas con los llamativos ropajes de las Hermanas Caídas, pero tal y como estaban, aquellos enemigos, supuestamente peligrosos, se asemejaban más a un grupo de humildes criados.

La segunda impresión ya no era tan tranquilizadora. Sus rostros, observados individualmente mostraban a las claras más inteligencia y sensibilidad que los de la mayoría de los fieles y lo que a primera vista parecía zafiedad, resultaba ser una actitud pensativa y de reflexión. Les unía una especie de solidaridad sutil, de lealtad mutua entre ellos que sugería la imagen de un grupo sólidamente unido; la uniformidad de sus vestidos reforzaba esa impresión. Igualmente parecía claro que no se

sometían por miedo a las brutalidades de sus guardianes, sino que más bien las ignoraban, ya que sus mentes estaban concentradas en otros asuntos más importantes.

Aquella actitud reflexiva y pensativa era lo que, de forma intangible, resultaba más inquietante en ellos. Uno tenía la sensación de que aquellos seres estaban en comunión con otros poderes exteriores a la Sala del Consejo.

Sin embargo, en conjunto, la primera impresión era la que dominaba. La segunda era, tan sólo, un vago pensamiento subyacente.

Con un movimiento de su enorme cabeza de enano, el Primo Deth hizo una señal a un sacerdote del Segundo Círculo, para que iniciara el interrogatorio. Desde el mismo instante en que Goniface había sido investido con poderes dictatoriales, el pequeño diácono había dejado caer su máscara y todas sus emociones afloraban a su rostro con una desnudez repugnante. Sus insolentes miradas al Consejo Supremo hablaban más claramente que las palabras: «A partir de ahora, soy el segundo en importancia en la Jerarquía.»

Iluminado por el haz de luz de un proyector, el sacerdote pronunció una breve acusación que era también una condena contra los prisioneros.

—Habéis sido arrestados por conspirar contra la Jerarquía, bajo la apariencia y la pretensión de ser brujos. Si alguno de vosotros da un paso al frente, se declara culpable y confiesa todo, sin ocultar nada, se librará de la tortura.

De pronto, una de las mujeres empezó a temblar y su cuerpo fue sacudido de forma espasmódica. Su cabeza cayó hacia atrás y sus ojos se cerraron. Sus movimientos se hacían cada vez más violentos. Los músculos de su cuello se hincharon y sus rodillas se doblaron, como si le costara un gran esfuerzo sostenerse de pie. Era como si una fuerza invisible la sacudiera. De repente cayó al suelo y de su boca surgió espuma como si se tratase de una epiléptica.

—¡Señor, protégenos! —gritó al fin la mujer, revolcándose en el suelo—. ¡Satanás, ayuda a tus servidores!

De pronto, una inmensa silueta de lobo se materializó sobre la niebla grisácea de la pared, al otro extremo de la sala. Sus ojos eran dos fuegos negros como el hollín, llenos de ascuas agonizantes. Su figura avanzó majestuosamente hacia la Mesa del Consejo; del tamaño de una casa, era la encarnación misma del espíritu de destrucción.

Los arciprestes se habían levantado. Varios de ellos no podían

ocultar sus emociones. También los sacerdotes inferiores retrocedieron involuntariamente.

—¡Hazlo desaparecer! —ordenó con voz penetrante Goniface al Primo Deth. Luego se puso en pie—. Esto es una proyección telesolidográfica, como ya habréis podido imaginar.

Esta última frase fue dirigida mordazmente a sus compañeros arciprestes. Casi hubiera deseado que Frejeris se encontrara entre ellos. El Moderado, aunque pomposo, sabía, cuando menos, cómo comportarse.

Algo más tranquilos, los arciprestes se dieron cuenta de que, en efecto, aquel monstruo era casi transparente y que a través de su imagen podía distinguirse la pared a lo lejos; la baba que caía, como hilos, de sus gigantescas mandíbulas era también fantasmal e incluso, sus grandes patas con larguísimas garras parecían posarse unas veces encima del suelo y otras, por debajo de éste.

Luego, los técnicos de Deth encontraron la frecuencia y lo hicieron desaparecer rápidamente. Secciones enteras del cuerpo se desvanecieron instantáneamente y quedaron tan sólo algunos restos que los instrumentos no habían alcanzado al primer disparo. A decir verdad, había algo de infernal y sugestivo en aquellos restos que los hacia aún más horribles que el original; un trozo de oreja aquí, una pata allá, un pingo de piel peluda y sucia, más rugosa que la hierba, y el agujero humeante de un ojo infernal, pero en conjunto, esta experiencia había elevado la moral de los sacerdotes.

—Por supuesto que no había ninguna necesidad de hacerlo desaparecer —dijo con frialdad Goníface—. Simplemente quería demostrar concluyentemente su naturaleza telesolidográfica. Nuestros hermanos del Cuarto Círculo podían neutralizarlo fácilmente con el neutralizador de polifrecuencias recientemente inventado. La cosa era simplemente de naturaleza fotónica y no habría podido resistir mucho rato a la aplicación del principio de interferencia. Todos los fantasmas empleados por la Nueva Brujería son trucos parecidos. Para acabar con ellos, sólo será necesario descubrir y destruir los proyectores ocultos. Es simplemente una cuestión de tiempo, incluso sin la información de la que pronto dispondremos. —Miró significativamente al grupo de brujos —. Podemos aislar fácilmente esta sala y todo el Santuario de esas proyecciones, pero no hará falta. Nuestros científicos e investigadores están seguros de que es imposible transmitir frecuencias o intensidades peligrosas para el cuerpo humano. Si aisláramos el Santuario, daríamos la falsa impresión de que estamos asustados. —Después, prosiguió con

autoridad—. Ordeno a todos los sacerdotes y diáconos presentes que no tengan en cuenta las proyecciones que puedan aparecer en esta habitación.

A continuación se sentó y, de pronto, percibió un ligero aumento de temperatura en la sala y que todas las cosas habían tomado un color rojo vivo; las formas se volvían nebulosas y difusas.

Desobedeciendo la orden que él mismo acababa de dar, la mayoría de los arciprestes se pusieron precipitadamente en pie y se apartaron lejos de Goniface, hacia los extremos de la mesa, porque en el lugar en que había estado sentado el Jerarca del Mundo se sentaba ahora un enorme diablo de color rojo, cuyas piernas velludas atravesaban la mismísima mesa, y una gran cabeza cornuda se balanceaba de derecha a izquierda, sonriéndoles satánicamente. Como la de un mono, su gruesa cola roja que acababa en una especie de lengüeta puntiaguda, se enrollaba en torno a sus hombros.

En el interior de aquella mole rojiza, se distinguía vagamente la silueta de Goniface, como la de un insecto empotrado en una nube de ámbar.

Goniface se levantó y, por un momento, su cabeza surgió por encima de la masa roja. Después, el demonio se levantó también.

Los brujos estaban conmovidos. De rodillas en el suelo, gritaban con voz extasiada:

—¡Señor! ¡Señor!

El viejo Sercival levantó una mano temblorosa. Sus ojos desorbitados giraban en todas direcciones, pero parecía más indignado que atemorizado.

—¿Qué significa esto? ¿Hemos votado al Satanás?

Los técnicos de Deth también desobedecieron sus órdenes. Cambiaron la orientación del proyector y eliminaron la proyección telesolidográfica que rodeaba a Goniface. Primero, emergió la cabeza, después, el resto del cuerpo. Goniface estaba ceñudo.

Del grupo de diáconos se alzaron exclamaciones de sorpresa. Una nube negra como la tinta, que había cubierto de repente a los brujos arrodillados, se extendía y amenazaba con llenar la sala. Los diáconos emergieron de la nube, buscando el camino a tientas.

—¡Las varas de la ira! —gritó Goniface, mientras la nube negra se acercaba peligrosamente a los técnicos y sus instrumentos—. Apuntad a la nube a la altura de la cintura y si no se disipa, seguid disparando. Ningún neutralizador es lo bastante poderoso como para contrarrestar

esa energía.

Rayos de llamaradas de color violeta se estrellaron contra las paredes grises de la sala después de un brusco viraje ante la masa oscura. La nube parecía estar haciendo un esfuerzo desesperado y emitía un pseudópodo de tinta hacía la puerta de la sala, pero los rayos de la ira se cernían sobre ella y la cortaban. Bruscamente la nube desapareció y los rayos de la ira se detuvieron.

—¡Mataremos a los brujos si se introducen en la sala nuevas proyecciones solidográficas! —anunció Goniface con voz severa—. Cinco brujos por cada proyección.

—¿No vamos a matarlos inmediatamente? —preguntó el viejo Sercival—. Acabáis de ordenar que sean aniquilados con los rayos de la ira, como yo os había aconsejado desde el principio.

—Era tan sólo una estratagema por mi parte —respondió con brusquedad Goniface—. Ésos son asuntos tan mundanos que, indudablemente, son poco accesibles para un espíritu tan santo como el vuestro.

Sercival se calmó con aquella reprimenda, aunque murmuró y sacudió la cabeza. Muchos arciprestes se habrían sentido aliviados si hubieran visto que se seguía el consejo del viejo Fanático.

—¡Empezad el interrogatorio! —ordenó Goniface.

Dos diáconos eligieron a una de las brujas y la llevaron cerca de la silla a cuyo lado se hallaba ya el Primo Deth. Era una joven rubia, pero muy frágil para ser una fiel. Tenía una piel como la cera y rasgos saltones.

La joven se acercó a la silla con paso tranquilo, pero al llegar a ella luchó y se resistió como un animal salvaje, mordiendo y arañando. Después, cuando fue atada, se calmó.

El diácono leyó en voz alta:

—Mewdon Chemmy, ya que éste es el nombre con el que te hemos identificado pese a que lo niegues, debo aconsejarte que respondas a todas las preguntas con la verdad y de modo satisfactorio. Si no es así nos veremos en la triste necesidad de tratarle de forma que respondas. Las civilizaciones antiguas usaron todo tipo de medios para provocar el sufrimiento: el potro, la rueda, la bota, la fresa de dentista y muchos otros más, pero la Jerarquía es generosa y no desea inflingir mutilaciones. Sin embargo, sus sacerdotes han diseñado un sistema que permite provocar las mismas sensaciones que esas torturas tan variadas, por estimulación directa de los nervios que transmiten la sensación de

dolor. Con ello se obtienen los mismos resultados sin herir los órganos del cuerpo, a excepción de las heridas que puedan producirte como consecuencia de los espasmos y convulsiones. Hay otra ventaja adicional: no hay ninguna necesidad de interrumpir la tortura por miedo a que el daño efectuado en los tejidos pueda provocar la muerte.

El diácono se sentó.

Con lentitud, el Primo Deth se adelantó unos pasos y después se volvió repentinamente hacia la bruja.

—¿Cómo te llamas?

Tras un silencio, se oyó la voz apenas audible de la bruja:

—Los servidores de Satanás no tienen nombre.

El Primo Deth rió. Era desagradable saber que había reprimido aquella risa durante años. Después añadió:

—Te hemos identificado como Mewdon Chemmy, fiel del Undécimo Sector. Tu oficio es pintar cerámica. Eres la esposa de Mewdon Rijard. ¿Lo niegas?

No hubo respuesta.

—Muy bien, Mewdon Chemmy. Se te acusa de haber conspirado para derrocar a la Jerarquía.

—Tu ayudante ha dicho mucho más que eso —la voz era débil pero muy clara—. Ha dicho que yo, que todos nosotros habíamos sido ya condenados.

—Cierto, Mewdon Chemmy, pero si tus respuestas son satisfactorias, evitarás el dolor. Dinos con exactitud, ¿en qué forma has conspirado contra la Jerarquía?

—He seguido las instrucciones de Satanás.

—¿Qué instrucciones? —se burló Deth.

—Me he convertido en vehículo de su voluntad sobrenatural y he puesto en práctica las ciencias ocultas que él me ha enseñado. Maldiciones y conjuros para atormentar y sacar de quicio a aquellos que Satanás me ha indicado.

Por tercera vez, el Primo Deth emitió un sonido que en él pasaba por ser una risa.

—Quizá estés acostumbrada a utilizar esa jerga para describir tus actividades, pero debes comprender que todo eso no nos interesa. Queremos hechos. ¿Cuáles son los procedimientos científicos que te han enseñado?

—No sé nada de tales procedimientos. Satanás es omnipotente. No tiene necesidad de ellos.

Deth desplazó la mirada hacia el primero de sus acólitos.

—¿Estás preparado? —preguntó.

El sacerdote asintió con la cabeza. Una especie de toldo metálico y grueso había avanzado por detrás de la silla y fue colocado sobre la cabeza de la bruja como si fuera una capucha. Los bordes redondeados seguían los contornos de su cuerpo. Deth miró de nuevo a la bruja.

—Hasta ahora, teniendo en cuenta tu edad y tu sexo, no hemos sido muy severos contigo, Mewdon Chemmy, pero si persistes en esas evasiones pueriles, nuestra indulgencia terminará. Debes comprender, de una vez por todas, que no vamos a perder más tiempo escuchando esas historias estúpidas sobre Satanás y otras irrealidades sobrenaturales. No creo necesario recordarte que ya no te encuentras ante fieles crédulos.

En la Mesa del Consejo se produjo un gran revuelo. Aquellas palabras brutales y directas eran contrarias a lo establecido. El viejo Sercival murmuró indignado. Varios arciprestes miraron a Goniface interrogándole con la mirada, pero éste no se dio por enterado.

—Sin embargo, Mewdon Chemmy, todavía tienes una oportunidad —siguió Deth—. Si nos proporcionas hechos concretos que puedan ser verificados, te trataremos con misericordia.

La cara de la bruja, bajo las sombras de la capucha de metal, parecía tan pequeña como la de un niño, tan pálida como la de un fantasma.

—¿Cómo podríais tratarme con misericordia? Habéis admitido que la Jerarquía no tiene fe en el Gran Dios. ¿Osaríais liberarme para que pudiese ir a contárselo a los fieles? ¿Os arriesgaríais a que alguno de nosotros revelase vuestros engaños?

Deth, triunfante, la fustigó con una respuesta:

—¡Finalmente hemos llegado a ello! ¿Admites por fin que todo eso no es más que una farsa científica?

El silencio en la Sala del Consejo era tal que el susurro se oyó claramente:

—En absoluto. Durante más de un siglo Satanás os ha dejado creer eso. Así vuestra caída será irremediable y completa y vuestro tormento más atroz. ¡Satanás existe! ¡Es el Señor de ese infierno al que vosotros llamáis cosmos!

De nuevo hubo un gran revuelo en la Mesa del Consejo. Pero Goniface lo ignoró e hizo una señal a Deth.

—Mewdon Chemmy, ¡queremos hechos! —grito el diácono con voz

implacable—. Primero dinos, ¿quién es vuestro jefe?

—Satanás —respondió la joven.

—¡Tonterías! Hagamos que el dolor entre en los dedos de la mano izquierda.

Con aquellas palabras se incrementó la tensión en la sala gris. Las varas de la ira se alzaron contra los brujos quienes, con los ojos cerrados, parecían elevar plegarias inaudibles a su oscura divinidad.

De la mortaja de metal surgió bruscamente el silbido del aire aspirado de repente entre los dientes apretados.

Pero Goniface, el Jerarca del Mundo, no llego a oírlo pese a que escuchaba atentamente, ya que, en ese preciso instante, notó que los dedos de su mano izquierda habían sido introducidos en metal fundido.

Con un repentino y supremo esfuerzo de voluntad, reprimió el impulso de agitar la mano y de gritar y retorcerse de dolor. Luego miró en torno a la mesa, haciendo un esfuerzo casi tan intenso como el primero. Si había habido algún movimiento que delatara lo ocurrido, ningún arcipreste lo había notado.

—Mewdon Chemmy, ¿quién es vuestro jefe?

—Satanás. Satanás —decían los susurros rápidos y anhelantes.

Goniface bajó los ojos. No había nada especial en su mano, excepto los nudillos blancos por el esfuerzo y los tendones tensos. Lentamente movió la mano hasta que descansó encima de la mesa, pero el dolor atroz no disminuía.

—Hagamos que el dolor avance hasta la muñeca. ¿Quién, además de ése al que llamas Satanás, es vuestro jefe?

—Es… ¡Oh, Satanás, dame valor! ¡Es Asmodeo!

Se oyó un sollozo sofocado. Para Goniface fue como si le hubieran puesto un guantelete de fuego.

—¿Quién es Asmodeo?

—¡Satanás, ayúdame! Es el Rey de los Demonios.

—¡En el brazo! ¿Quién es Asmodeo?

—El Rey… de los Demonios.

—Sabemos que Asmodeo es un hombre. ¿Cuál es su nombre real?

—¡Rey! —De nuevo un grito sofocado—. ¡Que Satanás os abrase por toda la eternidad! No lo sé. No lo sé.

—Entonces, ¿Asmodeo es un hombre?

—Sí. No. ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Satanás, abrásales como ellos abrasan a tu servidora!

Goniface notó que unas gotas de sudor perlaban su frente, mientras la invisible incandescencia subía cada vez más.

Debía estar pensando en algo. ¡Pensar!

—Mewdon Chemmy, ¿quién es Asmodeo? ¿Cómo se llama?

—¡No lo sé!… ¡No lo sé!

—¿Le has visto alguna vez?

—Sí. ¡No! ¡Sí! ¡Mewdon Chemmy, Satanás! Tu fiel servidora.

—¿Cómo es?

—¡No lo sé! ¡Una sombra! Una sombra… y una voz.

El sudor caía a chorros por la frente de Goniface. Un poco más y la bruja cedería. Aquel dolor insoportable tenía que tener un origen. ¡Piensa!

—Muy bien, Mewdon Chemmy. Dejemos a Asmodeo por ahora. ¿Dónde se encuentra el cuartel general de la Brujería en Megatheopolis?

—No lo… Allí donde nos habéis capturado.

—Aquello era tan sólo un lugar de reunión. Sabes muy bien que no te pregunto eso. ¿Dónde está el verdadero cuartel general?

—No lo… No hay ninguno.

—¡Mientes! Sabes alguna cosa, porque has intentado por dos veces ocultar la respuesta. ¿Dónde está el verdadero cuartel general? ¿Dónde guardáis las armas científicas?

—En… No existe tal armamento. Satanás no lo necesita…

—¡En el hombro!

De nuevo, la agonía que ascendía ardiente. ¡Pensar! ¡Pensar! Hubo una agitación vaga al otro lado de la sala. Las grandes puertas se abrieron y los brujos arrodillados elevaron una súplica en voz baja murmurada rítmicamente e intensa como el golpeteo ronco de un tambor:

—Satanás, ayúdanos. Satanás, ayúdanos.

—Mewdon Chemmy, ¿dónde está el cuartel general? Estás en la Gran Plaza. Vas hacia el cuartel general. Vas hacia esa calle. Entras en ella, ¿Cómo se llama esa calle?

—Calle de los Te… ¡No! ¡No! —se oyó un grito sollozante.

—Andas por la Calle de los Tejedores. Mewdon Chemmy. Hueles la lana. Oyes el sonido de la lanzadera. Estás andando. Ahora ya no estás en la Calle de los Tejedores. Has girado por una esquina, ¿cuál?

—¡No! ¡No! ¡Es Mewdon Chemmy quien te llama, Satanás!

Un grupo de sacerdotes entró corriendo por la gran puerta y se

dirigió hacia la Mesa del Consejo, con las túnicas escarlatas flotando. Lentamente, con gran esfuerzo, Goníface se levantó. Su brazo izquierdo colgaba rígido a un costado y su hombro estaba inclinado como si soportara un gran peso.

—Desde el hombro entonces…

—¡Detened el interrogatorio! —ordenó a voz en grito Goniface, con tal tensión y con una pronunciación tan mecánica que atrajo las miradas de todos.

Deth esperó un momento, después alzó los hombros e hizo una señal a los técnicos.

Goniface experimentó un alivio tan extraordinario que quedó aturdido por un momento. Un torrente invisible de agua helada le cortó la respiración. Toda la sala parecía girar en torno suyo y tuvo que apoyarse en la mesa para mantener el equilibrio.

—¿Qué ocurre? —preguntó después a los recién llegados con voz ya sosegada—. Solamente algo de gran urgencia e importancia podría justificar esta interrupción.

—¡Los fieles se dirigen al Santuario! —gritó una voz—. Han abandonado el trabajo. Todos los intentos de detenerlos han fracasado. Dos diáconos abrieron fuego con los rayos de la ira en la Calle de los Herreros, pero la multitud les arrolló y les hizo pedazos. Un sacerdote del Primer Círculo que les ordenó dispersarse ha sido capturado y maltratado y sigue en su poder. Ya casi llenan toda la Gran Plaza. Quieren saber por qué no castigamos a Satanás y terminamos con el reinado del terror. Su grito es: «¿Qué sucede con la Brujería? ¿Qué sucede con la Brujería?» Han hecho callar a todos los sacerdotes que han intentado razonar con ellos.

Un murmullo de alarma recorrió la Mesa del Consejo. Goniface oyó a un arcipreste refunfuñar:

—¡Los fulminadores! ¡Barred la Plaza!

Después, reconoció entre los recién llegados a uno del Centro de Comunicaciones y le hizo una señal para que hablara.

—Llegan noticias de disturbios similares desde la mitad de las ciudades de la Tierra. Parece algo premeditado. La multitud ha invadido el Santuario de Neodelos y ha sido expulsada, pero hay muchos muertos. Desde todas partes solicitan instrucciones.

Goniface dio órdenes rápidamente.

—Desmontad los parasimpáticos de la Catedral e instaladlos en la Gran Plaza. Anunciad por los altavoces que mañana será fiesta y que

celebraremos un Gran Jubileo Religioso, que se harán rogativas solemnes al Gran Dios, que ocurrirán milagros y que el Gran Dios se dignará enviar un signo seguro e infalible de nuestra inminente victoria sobre Satanás.

Y dirigiéndose al sacerdote del Centro de Comunicaciones, le ordenó:

—Transmitid estas mismas instrucciones a todos los santuarios. Decidles que utilicen todos los parasimpáticos disponibles, incluyendo los aparatos de mano de los confesionarios y si la multitud no se dispersa después de este comunicado, inundadles de música. ¡En ningún caso debe emplearse la violencia! Si algún santuario resulta invadido, los sacerdotes de quienes dependa serán considerados responsables y castigados por su incompetencia. Decid a Neodelos que, bajo pena de excomunión general, deben realizar funerales solemnes por todos los fieles que han muerto y trasladar los cuerpos a sus casas con gran pompa. Contactad con todos los santuarios, incluso con los que no solicitan instrucciones y averiguad cuál es la situación. Informadles de que las instrucciones detalladas para organizar el Gran Jubileo serán enviadas a medianoche, hora de Megatheopolis y volved aquí dentro de dos horas para dar un informe completo de la situación general.

Después Goniface ordenó a un secretario:

—Traedme las actas de todos los Jubileos precedentes, incluyendo los solidógrafos móviles de los dos últimos.

Y a otro secretario:

—Convocad a los miembros de la Facultad de Control Social del Sexto Círculo. El Consejo Supremo desea conocer su opinión. Enviad a alguien a las criptas para que le diga al hermano Dhomas que venga a verme en cuanto pueda.

A un tercero:

—Informad a la Facultad de Físicos del Quinto Círculo de que deben instalar un blindaje protector de telesolidógrafos en torno a la Gran Plaza. Todos nuestros recursos técnicos serán puestos a su disposición. Pueden requisar tantos aparatos como necesiten, pero el blindaje deberá estar acabado mañana al alba.

A un cuarto:

—Intentad poneos de nuevo en contacto con la nave que trae los refuerzos procedentes de Luciferopolis. Si lo lográis, decidles que vengan a la mayor velocidad posible.

Al Primo Deth:

—Devolved los prisioneros a sus celdas y encerradlos individualmente. Cada uno debe ser vigilado constantemente por dos guardias, como mínimo y los guardias deben ser vigilados a su vez. Preparaos para impedir los intentos de evasión más fantásticos que podáis imaginar. Te hago responsable de ello.

»El Consejo Supremo va a reunirse en sesión secreta. ¡Desalojad la Sala!

—¿Todavía insistís en no matar a los brujos, Suprema Eminencia? —La voz del viejo Sercival, aunque temblorosa, tenía un tono feroz—. El testimonio de esa mujer perversa prueba irrefutablemente que son agentes de Satanás. Es peligroso y temerario (y una ofensa contra el Gran Dios) dejarles con vida por más tiempo.

—Es indispensable obtener de ellos más información —respondió Goniface secamente—. He interrumpido el interrogatorio tan sólo porque hay que atender a temas más urgentes. Debemos preparar el Gran Jubileo.

Sercival sacudió la cabeza. Un destello demente —o profético— pareció iluminar sus ojos de halcón.

—Sería mejor postrarnos de rodillas y pedir perdón al Gran Dios por nuestros largos años de escepticismo, implorando su misericordia, porque veo surgir ante nosotros una gran oscuridad y la perdición para todos.

La respuesta de Goniface sonó como una firme resolución:

—La mente de Vuestra Señoría está fatigada y confusa, pero os advierto que pronunciaré la excomunión contra cualquier sacerdote que hable de fracaso o sugiera que Satanás es una realidad sobrenatural.

Un murmullo monótono, como un canto, se elevó del grupo de brujos que marchaban en fila en medio de una doble hilera de guardias y, aunque era débil, llenó toda la sala:

—Demos gracias a Satanás. Demos gracias a Satanás. Demos gracias a Satanás.

14

Mientras Jarles activaba la puerta de su apartamento privado en las criptas, frunció el ceño al ver el emblema del Cuarto Círculo reflejado vagamente en la superficie reluciente. Goniface no le había recompensado suficientemente, teniendo en cuenta la importancia del servicio que le había prestado. Con todo, Asmodeo se había escapado. De nuevo sintió una punzada de amargura al recordar que Asmodeo no se habría podido escapar, si ese otro Jarles pueril no hubiera tomado el control de su cuerpo y no hubiera lanzado aquella advertencia. Sin embargo, debía considerarse afortunado por el hecho de que nadie hubiera informado de su tremendo desliz.

Después de entrar en el apartamento, su primera preocupación fue reactivar el cerrojo. Se sentía molesto porque el Primo Deth se había arrogado públicamente todo el mérito de la captura de los brujos, pero el mismo Goniface le había explicado que era mucho mejor que, por el momento, siguiera trabajando en secreto. Excepto los más allegados a Goniface, ningún sacerdote tenía la menor idea de su retorno a la Jerarquía y menos aún sospechaban el despertar a su verdadera personalidad.

En cualquier caso echando una mirada a su alrededor, decidió que había algunas compensaciones en aquella vida temporal en la oscuridad. Después atravesó una segunda habitación amueblada con igual suntuosidad que la primera y entró en una tercera, tras reactivar todos los cerrojos que encontró a su paso.

Sharlson Naurya estaba tendida en una cama. Tenía la cara pálida, los ojos cerrados y las manos cruzadas como si estuviera muerta.

La miró un momento. Después le hizo recuperar la conciencia con la proyección de un rayo antiparalizador y estimulante de débil intensidad. La muchacha abrió los ojos. Jarles pudo leer ellos un odio feroz que interpretó casi como un cumplido.

Naurya se dio cuenta de ello y dijo con voz lenta y remarcando las palabras:

—Tu egocentrismo, es increíble. Repugnante.

—Egocentrismo no. Realismo —rió Jarles.

—¡Realismo! El desprecio dio fuerza a sus palabras—. No eres más realista hoy que cuando eras un idealista ciego y testarudo. ¡Eres un villano de ficción! Supongo que todos los estúpidos idealistas, que nunca se han encontrado cara a cara con las duras realidades de la vida, albergan en el fondo de su mente la vaga sospecha de que la villanía es algo noble y romántico. Cuando tu mente se puso patas arriba, o cuando ellos lo hicieron por ti, tu nueva personalidad se formó necesariamente con todos los románticos fragmentos de tu noción de la villanía: ambición y orgullo sin límites, insensibilidad total y toda la restante ideología del supervillano.

La joven se detuvo. Luego abrió aún más los ojos y en ellos se reflejó un odio feroz.

—No te gusta que te hable de esta forma, ¿verdad?

Jarles asintió.

—Es cierto. Porque soy un Realista y la experiencia me ha enseñado cuán cerca están el amor y el odio.

—¡Otra falacia romántica y cursi! —La cólera la hacía temblar— ¡Realista! ¿No te das cuenta de que te estás comportando como un personaje novelesco? ¿No ves los riesgos que corres en este juego que intentas jugar contra hombres como Goniface, siguiendo las reglas de algún romántico código de la villanía? ¡Realista! Piensa en tu loca temeridad de traerme aquí. ¿Qué va a ocurrir cuando Goniface lo descubra?

—Tenía que hacerlo. No podía confiarte a nadie —Jarles sonrió—. Y, ¿a quién se le ocurriría buscarte aquí? Además, Goniface confía en mí. Ni por un momento sospecharía que, mientras le obedezco, hago planes contra él.

La muchacha le miró con ferocidad.

—¿Y si yo me dejara ver?

—No podrías hacerlo. Y aunque pudieras, no lo harías, porque sabes que eso significaría tu muerte inmediata ordenada por el Jerarca del Mundo. Eso es lo bueno del asunto. Y, a propósito de Goniface —continuó— explícame por qué quiere matarte. Tú debes saber alguna cosa sobre él que podría poner en peligro su posición si llegara a ser conocida, ¿por qué no me la cuentas? Entre los dos, podríamos

destronarle, una vez que esta crisis haya sido superada.

Sharlson Naurya desvió la mirada.

—Vamos, vamos; ahora estás siendo muy poco realista —continuó Jarles persuasivo—. ¿No te das cuenta de lo que te estoy ofreciendo? En cualquier caso, deberías estarme agradecida por haberte ahorrado muchas cosas desagradables. Esta misma mañana, tus antiguos asociados han sido torturados. —Reforzó lo dicho asintiendo con la cabeza—. ¡Oh, sí! Y puedo asegurarte que encontrarás a tu amigo el Hombre Negro un poco cambiado si es que alguna vez vuelves a verle. Hoy ya estaba lo bastante bien como para que le llevaran a ver al hermano Dhomas.

—¿Quieres decir que tienen intención de…? —la chica intentó levantarse.

—¿La intención de despertar en él un sentimiento realista por su propio interés personal? Sí. Ya lo ves, Naurya. La Brujería está perdida. Es sólo cuestión de tiempo. Por tanto no tiene sentido que sigas siendo leal a la Brujería. Con toda seguridad esto debe ser evidente incluso para ti.

Durante un momento los ojos de la muchacha observaron a Jarles sin decir nada. Después, preguntó con una extraña voz:

—¿Sueñas a menudo, últimamente?

Por primera vez Jarles no sonrió.

—No —respondió lacónicamente.

Lentamente, Sharlson Naurya sacudió la cabeza sin dejar de mirarle.

—¡Oh! ¡Sí! Sueñas.

—Los sueños no significan nada —respondió Jarles con frialdad—. No son reales.

—Son tan reales como cualquier otra cosa —repuso la muchacha—. Simplemente expresan conciencia.

Por una fracción de segundo, la mirada de Sharlson Naurya se apartó dejarles para fijarse en algo que había detrás de él. Jarles, receloso, se dio la vuelta, pero no vio nada, tan sólo la puerta cerrada.

—La conciencia es una consecuencia de la presión social —respondió. Estaba tenso sin saber por qué—. Un deseo de sumergir el propio ego en el del rebaño y hacer lo que los demás quieren que hagas por miedo a que te censuren. El interés realista por uno mismo, libera a la persona de las infantiles restricciones de la conciencia.

—¿Estás seguro de ello, Jarles? ¿Y tus sueños? La conciencia puede

ser quizá algo de lo que has dicho, pero es también mucho más. Es atender y escuchar los más sabios pensamientos que han producido las mentes de la especie humana.

—¿Intentas convencerme de esa vaga irrealidad a la que llaman virtud? ¡Después te pondrás a hablar de ideales!

—¡Seguro que te hablaré de los ideales!, ya que son los ideales lo que te atormenta mientras duermes. Te vi crecer, Jarles. Vi cómo crecían tus ideales. Quizá crecieron demasiado deprisa. Sin embargo, aunque ahora hayan sido alterados e invertidos y sepultados en las profundidades de tu mente subconsciente, siguen todavía ahí, Jarles. Un infierno privado en tu mente y tan sólo existe una puerta entre ellos y tu conciencia; y esa puerta se abre durante la noche.

Justo a tiempo, una ligera vacilación en la mirada de la muchacha puso sobre aviso a Jarles que esquivó el ataque y golpeó inmediatamente, en el mismo momento en que aquel horrible ser pequeño y peludo que al parecer había surgido de la nada, le golpeaba a él. Las garras afiladas arañaron la mejilla de Jarles, en lugar del cuello a donde iban dirigidas. Casi por casualidad, logró atrapar a su atacante y arrojarle al otro extremo de la habitación y antes de que lograra recuperarse, el rayo de la ira de Jarles le disparó y casi le partió en dos. La pared quedó llena de sangre, con mucha más de que la podría haberse esperado en una criatura tan pequeña.

Jarles se precipitó hacia la criatura, pero después retrocedió a la vista de aquel pequeño monstruo, increíblemente frágil cuyos grandes ojos, vidriosos de moribundo, le miraban con desesperación. Por un momento tuvo la sensación de que, de alguna forma, había matado a Sharlson Naurya.

Jarles se dio la vuelta y miró a la muchacha. Naurya había logrado incorporarse pero no había podido hacer nada más por falta de fuerzas. No lloraba, pero sus hombros se agitaban con una emoción en la que se mezclaba un odio inextinguible y un dolor amargo y angustioso.

—¿Significaba mucho para ti esa criatura? —preguntó Jarles con voz cortante.

Después se dio la vuelta para contemplar una vez más a la criatura peluda y, de pronto, una expresión de incredulidad y comprensión crispó sus facciones.

—Creo que ya lo entiendo —dijo Jarles lentamente, más para sí mismo que para que ella le oyera—. Aunque no soy biólogo, creo haber descubierto el secreto de los familiares. Será una buena noticia para el

Jerarca del Mundo.

—Has matado a Minina —oyó decir a la muchacha.

Aquellas palabras cayeron sobre él, pesadamente, como piedras.

—Tu hermana, en cierto sentido, ¿no es así? —sonrió Jarles—. Bueno, intentó matarme mientras tú me distraías. Estamos empatados. No creas que estoy resentido. Este descubrimiento pondrá un nuevo emblema en mi túnica y otra palada de tierra en la tumba que preparamos para la Brujería.

Miró a la joven. La sangre seguía fluyendo de la mejilla de Jarles.

—Me gusta tu crueldad y tu sangre fría —prosiguió—. Haremos muy buena pareja después de tu transformación. ¡Oh! ¿Todavía no te he hablado de ello? Cuando esta crisis haya sido superada y nos hayamos servido de Goniface de una forma u otra, pediré al hermano Dhomas que dé la vuelta a tu mente y que la ponga del lado adecuado.

Naurya intentó levantarse de nuevo pero no lo logró. Tan sólo pudo decir, pronunciando cada palabra como si se ahogara:

—Asqueroso villano de novela barata.

Jarles asintió sonriendo:

—¡Así es! —Y dirigió hacia ella el haz paralizador.

15

Dickon había estado fuera durante cuatro días. Cansado de esperar, el Hombre Negro dejaba en blanco su mente una y otra vez para recibir un mensaje que nunca llegaba. Aquello le suponía un gran esfuerzo, ya que la última sesión a manos del hermano Dhomas había dejado su mente en un estado semicaótico, como un planeta sacudido por una actividad volcánica catastrófica. Nuevos continentes y archipiélagos surgían por doquier de aquel mar hirviente y todos los perfiles de las costas habían cambiado.

En cierta forma, la sesión en la cripta había sido como una cacería: el hermano Dhomas era el cazador y su propia personalidad la presa. Y él había vencido. Su estado físico era muy débil y había obligado al hermano Dhomas a darle un descanso antes de lograr su propósito. De modo que le habían devuelto a la celda para que se recuperara, pero pronto volvería a iniciarse la caza.

Y si por casualidad lograba vencer una segunda vez, la caza volvería a iniciarse de nuevo.

Y entonces… Bueno, había visto lo que le había sucedido a Jarles. El sacerdote renegado parecía disfrutar ahora de toda la confianza de la Jerarquía y del Primo Deth, ya que había venido en dos ocasiones a visitar al Hombre Negro en su celda.

Tenazmente, aunque cada vez con mayor dificultad, dejaba su mente en blanco para recibir los mensajes de Dickon. El familiar ya no podía llegar a él a través de los conductos de ventilación. Ahora no estaba en una habitación de hospital, sino en una celda metálica vigilada constantemente por dos guardias. Tan sólo por telepatía podía comunicarse con él. Además, Dickon ignoraba dónde se hallaba el Hombre Negro y debería buscarle al azar con grandes peligros.

Una vez más el Hombre Negro dejó la mente en blanco y una vez más no obtuvo respuesta. Una vez más sus pensamientos

fantasmagóricos, desfigurados tras la sesión con el hermano Dhomas, se grabaron en el vacío de su mente.

A través de la oscuridad envolvente y angosta, Dickon investigaba, guiado tan sólo por el vívido sentido del tacto que emanaba de sus patas a ventosa cuando tenía las garras retraídas.

Dickon no estaba preocupado. La preocupación era una emoción demasiado elaborada para su mente simple y de líneas bien definidas. Incluso la autocompasión era algo que no tenía sentido para él, pero sabía que se le estaba acabando la sangre fresca y que la sangre viciada embotaba su organismo a pesar de la escasa demanda que requerían su músculos planos como cintas. Se había abastecido en el Centro de Crianza, pero no iba a durarle siempre. Pronto no podría moverse.

Sin embargo, antes de que eso sucediera podría explorar varias ramas más del enorme árbol invertido del diagrama mental que Dickon se había formado acerca del sistema de ventilación de las criptas.

En los túneles soplaba un viento inclemente y tenía que enfrentarse a un constante vendaval. Si en algún momento dejaba de sostenerse con las ventosas de sus cuatro patas, sería arrastrado como una brizna de paja hasta lograr detenerse usando sus garras… si es que lo lograba. Dickon, como se recordaba a sí mismo a menudo, era el simple diagrama de un hombre. Sus huesos eran más ligeros que los de un mono, su cuerpo no tenía ni una sola célula de grasa y sus órganos internos se reducían a una cavidad compartimentada que servía a la vez como bomba impulsora de la sangre y como cámara para almacenarla. Todas las sustancias fisiológicas, producidas o modificadas por los otros órganos, debía succionarlas con la sangre de su compañero simbiótico a través de su pequeña boca apergaminada. Él no digería ni eliminaba y tampoco respiraba, pero podía producir débiles sonidos e incluso hablar de forma rudimentaria, llenando de aire la cavidad bucal y expulsándolo por entre los labios tensos. Sus huesos eran huecos, ya que no necesitaba de tuétanos para producir glóbulos sanguíneos. No disponía de glándulas endocrinas ni de sexo. Un vello fino y corto le protegía contra la pérdida de calor corporal.

Era tan sólo un esqueleto, con músculos, tendones, piel, vello, corazón, un sistema circulatorio simplificado, un sistema nervioso, unas orejas móviles, unos ojos escrutadores y una personalidad tan simple

como su fisiología.

Uno de los objetivos de los inventores originarios de esta especie artificial había sido diseñar un organismo extremadamente ágil y veloz, eliminando tanto peso y tantas funciones como fuese posible. El objetivo se había alcanzado, pero el coste inevitable era que estas criaturas dependían por completo de su compañero simbiótico o de cualquier otra reserva de sangre lo que limitaba tremendamente el alcance de su actividad, puesto que constantemente necesitaban volver a una fuente de sangre.

Sin embargo, Dickon no se sentía en absoluto molesto por aquellas limitaciones, ni por su fragilidad. Como todos los de su especie, había adoptado una actitud fatalista y un poco estoica.

Por eso Dickon buscaba sin miedo el camino entre aquellas tuberías expuestas al viento. Si hubiera habido algo de luz y alguien le hubiera visto, habría sido confundido con una enorme araña peluda y rojiza que se desplazaba rápidamente, ya que la velocidad media de Dickon era muy superior a la de un ser humano.

«Debo encontrar hermano. Debo encontrar hermano.» Aquellas palabras se repetían en su mente con una insistencia impasible y casi tranquilizadora. No pretendía solamente encontrar el calor de su hermano, a cuyo lado se había acostumbrado a pasar la mayor parte de sus días. También deseaba aliviar su mente de algunos hechos que sabía iban a ser de gran interés para su hermano y que ahora llenaban su mente, con lo que corría el peligro de estallar como una caja demasiado llena. Era precisamente así como Dickon imaginaba su mente: como una pequeña habitación situada detrás de sus ojos, en la que se alineaban cajas llenas de recuerdos, en medio de los que se encontraba un Dickon minúsculo, el verdadero Dickon que miraba a través de las ventanas de los ojos, y escuchaba a través de las trompas de las orejas. En el recinto había dos pizarras, uno de ellas encabezada por la palabra «Reglas» y repleta de una escritura apretada. La otra, en blanco que estaba reservada a los pensamientos de su hermano.

El hermano de Dickon era lo más importante en su vida. Se sentía tan cercano a él que, a veces, a Dickon le parecía como si no fuera otra cosa que una extensión de la personalidad de su hermano. Había una buena razón para ello. Dickon absorbía las emociones de su hermano al tiempo que las hormonas de su sangre. Por eso los familiares hablaban entre sí de la «sangre asustada», «sangre colérica», «sangre enamorada» y cosas parecidas. Sin embargo, esas emociones eran bastante efímeras y no perturbaban gravemente el discurrir de los pensamientos de

Dickon.

Sin embargo, lo más importante de todo era que Dickon fuese una versión simplificada de su hermano. En resumen, era un gemelo idéntico a su hermano, desarrollado a partir de una célula del cuerpo de su hermano que había pasado por un proceso llamado de «escisión de cromosomas», una técnica de microbiología descubierta en la Edad de Oro que se suponía ya olvidada. La técnica de escisión eliminaba de los cromosomas de su hermano los elementos determinantes del sexo, la alimentación y varias otras funciones. Sin embargo, en todo lo demás Dickon era un gemelo idéntico a su hermano. Así se explicaban sus contactos telepáticos.

Durante la Civilización de la Aurora, se habían descubierto las ondas cerebrales y se había averiguado que si la telepatía podía existir, se daría probablemente, entre seres gemelos idénticos, ya que la similitud de la estructura cerebral comportaría una similitud en las ondas cerebrales que ayudaría a sintonizar las dos mentes. Sin embargo, esta teoría había quedado arrinconada y no se había llevado a la práctica hasta finales de la Edad de Oro, cuando se descubrió que la telepatía sólo se daría si una de las dos mentes tenía una estructura mucho más simple que la otra, con lo que se suprimían las interferencias insuperables que aparecían en los demás casos.

La solución se encontró con la producción de gemelos idénticos, simbióticos y simplificados, mediante la técnica de escisión cromosómica. En resumen, la Edad de Oro había soñado poder prolongar la personalidad de cada individuo proporcionándole uno de estos compañeros simbióticos. Después, en rápida sucesión, habían llegado los tiempos de la barbarie, el final de las investigaciones, el gran caos mundial y el advenimiento de la Jerarquía. Hasta el día en que surgió la Nueva Brujería, en que Asmodeo había dado instrucciones amplias y detalladas para establecer un Centro de Crianza y para crear los gemelos idénticos simbióticos, a imitación de los familiares de la brujería antigua.

Desde su nacimiento, desde el primer momento consciente tras haber salido del tanque de reproducción, los pensamientos de Dickon habían estado inmersos en los de su hermano, de tal forma que, en cierto sentido, nunca había tenido infancia ni adolescencia, sino que había tenido pensamientos de adulto desde el principio de su existencia. El contacto directo con la mente de su hermano le había permitido adquirir la madurez mental en pocas horas y también le había hecho capaz de una comprensión y una inteligencia muy por encima de las

capacidades de su sistema nervioso, simplificado y aislado. La otra influencia fundamental en su desarrollo se debía a sus compañeros familiares, a sus iguales sociales. Dickon estaban en contacto telepático con ellos, pero en menor grado y a una distancia más corta.

Sin embargo, se sentía mucho más ligado a su hermano que al resto de los familiares. Por ello, cuando Dickon se obstinaba en buscar a su hermano en los túneles sombríos de los conductos de ventilación, aun careciendo de un sistema glandular propio, experimentaba algo parecido a una emoción propia.

Se decía a sí mismo que sólo podría investigar cinco ramales más antes de caer exhausto y, de repente, apareció en la pizarra vacía de su mente el esbozo de una imagen.

Dickon se detuvo. La imagen empezaba a desvanecerse. Siguió adelante y la imagen desapareció completamente. Dickon volvió de nuevo hacia atrás y esperó. Después de un momento, otra imagen empezó a formarse, como una fotografía al revelarse; una fotografía que cambiara y se moviera incluso en el momento del revelado. Su mente de familiar se llenó con una sensación que, si Dickon hubiera conocido las emociones, le habría parecido análoga al miedo. Nunca había contemplado aquel paisaje mental hasta entonces; sin embargo, estaba convencido de que provenía de su hermano.

Bruscamente, la imagen desapareció. El minúsculo Dickon del recinto que estaba detrás de sus ojos corrió a la pizarra y escribió un mensaje:

«Dickon está aquí, hermano. Dickon escribe en tu mente».

El mensaje desapareció e inmediatamente la pizarra se llenó de un confuso tumulto de pensamientos tal, que Dickon supo que su hermano estaba muy excitado y sorprendido. La mayoría de aquellos pensamientos estaban teñidos de un matiz extraño y rápidamente desaparecieron, como si su hermano se diera cuenta de que eran demasiado confusos para ser útiles y una pregunta concreta les reemplazó:

«¿Puedes comprenderme claramente, Dickon? ¿Hay suficiente contacto?»

«Sí, pero tus pensamientos son extraños y algunos de ellos son dolorosos. ¿Alguien ha herido tus pensamientos, hermano?»

«Un poco, pero no tengo tiempo para explicártelo ahora». Aquí Dickon obtuvo una imagen rápida y fragmentaria del hermano Dhomas y del laboratorio en las criptas. «Excepto esas cosas extrañas, ¿es

suficiente el contacto?», siguió diciendo el Hombre Negro.

«Sí. Pero Dickon quiere ir a tu lado. ¿Ayudarás a Dickon para que encuentre el camino?»

«Lo siento, Dickon. Pero es imposible. Tu hermano está encerrado. ¿Entregaste mi mensaje?»

«No. Dickon no pudo hacerlo. Encontró las cosas muy distintas de lo que esperaba. Dickon tiene muchas noticias para ti».

«Dímelas».

El minúsculo Dickon del recinto detrás de los ojos empezó a abrir las cajas de recuerdos.

«Después de que Dickon te dejara en tu habitación de enfermo…, ¿sigues todavía con ese extraño corazón exterior, hermano?»

«No. Ya estoy mejor. Has estado fuera durante cuatro días. Continúa.»

«Dickon se marchó a través de los túneles. Primero el pequeño, después una pequeña abertura que daba al grande, de nuevo uno pequeño, pero no encontró a Drick ni a su familiar en el lugar en que Drick debía estar. Entonces Dickon fue a la Sala del Aquelarre y en el túnel que hay bajo la Sala, encontró a varios familiares, el de Drick entre ellos. Jock, Meg, Minina, Jill, Seth y muchos otros. Esos familiares le contaron a Dickon que no debía ir a la Sala porque estaban allí los sacerdotes. Había habido una reunión y todas las Grandes Personas habían sido traicionadas. Los diáconos habían invadido la Sala y habían capturado a las Grandes Personas. Aquellos familiares estaban en mal estado. Habían perdido el contacto con sus Grandes Personas y no sabían qué hacer. Muchos de ellos necesitaban sangre.

»Dickon recordó que en el Centro de Crianza había almacenes de sangre para los embriones de familiares, así que reunió a los familiares en un grupo, haciendo que el más fuerte ayudara al más débil y les condujo abajo, cada vez más abajo, hasta el Centro de Crianza. Fue un viaje duro. Al final, tuvimos que llevar a cuestas a muchos de ellos y creo que si no hubieran sabido que volvían al lugar en que habían nacido, no hubieran logrado llegar.

»Cuando Dickon y los otros familiares llegaron por fin, no encontraron tampoco a ninguna Gran Persona en el Centro de Crianza. El Centro estaba vacío. Los familiares se hubieran bebido las primeras ampollas de sangre que encontraron porque estaban muy hambrientos, pero Dickon les contuvo y no dejó que ninguno bebiera hasta encontrar la caja que contiene la sangre—que—puede—ser—bebida—por—todos.

»Dickon les dejó allí mientras se hartaban de sangre y volvió por el mismo camino por el que había ido, porque sabía que su hermano querría conocer los últimos acontecimientos y porque quería saber qué era lo que su hermano deseaba que hiciera a continuación pero cuando volvió, se dio cuenta de que su hermano ya no estaba donde le había dejado. Buscó pero no pudo encontrar ni a su hermano ni a los pensamientos de su hermano. Por eso regresó al Centro de Crianza para abastecerse de sangre fresca y volver a buscar de nuevo. Eso ocurrió varias veces, hasta que Dickon al final, decidió no volver más; debía encontrar a su hermano o detenerse. Por eso buscó mucho más lejos que en veces anteriores y aquí está.»

Después, Dickon borró todo lo que había en la pizarra de su mente, pero no llegó ninguna respuesta, tan sólo pensamientos confusos que le decían que su hermano estaba muy desanimado por las noticias que le había traído, un paisaje mental espasmódico, sin palabras, matizado aún más por aquel estado de ánimo que Dickon encontraba tan extraño.

De pronto, el minúsculo Dickon del recinto tras de sus ojos, descubrió una caja de recuerdos que todavía no había abierto.

«Hay algo que todavía no te he contado, hermano.

»Dickon ha dicho que el Centro de Crianza estaba desierto y es cierto que no había Grandes Personas, pero había dos familiares recién nacidos que habían dejado los Criadores. Eran dos familiares extraños que no eran de bruja ni de hechicero.»

«¿Qué quieres decir?»

»Debes saber algo de uno de ellos, hermano. El familiar del sacerdote que iba a ser de los nuestros y que estuvo en casa de la Madre Juiy y que…»

«¿Cómo es?»

Rápidamente Dickon dibujó en su pizarra mental el retrato de un familiar de pelo negro.

«¿Y el otro?»

Dickon esbozó un retrato mental de un familiar con la piel amarillenta y pálida; su vello negro tenía unos reflejos azules como el acero.

Después, durante un momento, no llegó ningún mensaje, pero Dickon podía notar cómo la mente de su hermano estaba haciendo planes de forma frenética, como hacía en los viejos tiempos que Dickon conocía tan bien. Finalmente llegaron las palabras; eran enérgicas y claras.

«Escucha, Dickon. Háblame sobre esos recién nacidos. ¿Has entrado en contacto con sus mentes?»

«Sí. Un poco, pero son muy estúpidos porque nunca han estado en contacto con sus gemelos mayores. Algunos familiares se han comunicado con sus pensamientos y han intentado, un poco por juego, enseñarles alguna cosa. Ya están haciendo algún progreso.»

«¿Crees que si estuvieran contigo en este momento, yo podría entrar en contacto con ellos a través de tu mente?»

«Creo que sí, hermano.»

«Muy bien. Escucha atentamente. Quiero que vuelvas al Centro de Crianza y traigas aquí a esos dos familiares recién nacidos. Cada uno de vosotros puede coger una ampolla de sangre y así tendréis reservas…»

«Dickon nunca ha pensado en eso. Todo habría sido mucho más fácil. Pobre estúpido, Dickon.»

«No, no. Lo has hecho mucho mejor de lo que esperaba, pero sigamos. Traerás a los otros dos al lugar en que estás ahora e intentarás contactarles con mi mente. ¿Lo comprendes?»

«Sí», respondió Dickon con gravedad.

«¿Podrás hacerlo?»

El mensaje estaba lleno de ansiedad.

«Vuelve al Centro de Crianza. ¿Te queda bastante sangre?»

«No lo sé», replicó simplemente Dickon. «He llegado más lejos esta vez, con la esperanza de obtener sangre de mi hermano cuando le encontrara.»

«¡Satanás!» Dickon percibió toda la amargura de su hermano. «Escucha, Dickon, es esencial que puedas llevar a cabo mis instrucciones. Te libero de la regla que te prohíbe tomar sangre de cualquier otra persona que no sea tu hermano. ¡Coge sangre donde y cuando puedas!»

Dickon se dio cuenta del sentido de aquella orden y observó tranquilamente:

«Dickon comprende el peligro al que se refiere su hermano. Por eso insistió en que los otros familiares esperaran hasta encontrar la caja que contiene la sangre—que—puede—ser—bebida—por—todos. Sabe que si toma sangre de un extraño hay una posibilidad de morir entre rápidas convulsiones, pero la vida es bien poca cosa —tan pequeña como Dickon— y Dickon no tiene miedo.»

Entonces no podía comprender del todo la emoción que produjo en la mente de su hermano, pero le infundió ánimo.

«Es mejor que te pongas en camino, Dickon» fueron las palabras finales de su hermano. «Es muy pequeña la esperanza que te queda, tan pequeña como tú, pero puede ser la única posibilidad para salvar el mundo de las Grandes Personas.»

«Dickon hará todo lo que pueda. Adiós, hermano.»

16

Desde el alba, el carillón solemne de la Catedral había inundado Megatheopolis con intervalos de un repique excitado y gozoso de campanas y antes de que se hubiera apagado el primer tañido la Gran Plaza había empezado a llenarse. Los fieles hubieran empezado a acudir a la medianoche, si no hubiera sido porque la noche se habría llenado de los terrores de Satanás.

Las campanas parecían cantar:

«¡Despertad! ¡Despertad! Maravillas. Maravillas increíbles. ¡Corred! ¡Corred!»

Muchos habían venido en ayunas y no habían traído comida. ¿No iba a ser un Gran Jubileo? Era el Gran Dios quien debía proveer.

Llegaron de todos los rincones de Megatheopolis y de varios kilómetros a la redonda, de los campos adyacentes. Hacia media mañana, la Plaza estaba repleta hasta la doble hilera de diáconos que mantenían despejado un espacio considerable, al pie de la escalinata de la Catedral. Los tejados de los alrededores estaban llenos de gente y los niños se habían subido a las chimeneas. Un poco antes, un pequeño balcón atestado de gente se había hundido hiriendo a varios fieles y habían creado un cierto pánico que los diáconos diseminados entre la multitud habían calmado rápidamente. Las calles de los alrededores estaban bloqueadas por los que habían llegado tarde. En todas partes había empujones, codazos y disputas por quién tenía derecho a los mejores lugares, avisos de niños perdidos y un murmullo incesante de conversación que resultaba periódicamente ahogado por el estrépito de las campanas.

No se trataba de una multitud feliz ni contenta, sino de la misma que el día anterior había tomado por asalto la Gran Plaza llegando hasta casi la escalinata de la Catedral, la misma que había gritado insultos contra la Jerarquía por ser incapaz de protegerles de Satanás. Era la

misma multitud que había matado a dos diáconos, que había atacado a un sacerdote del Primer Círculo y había exigido a la Jerarquía que demostrara su valer. Sin embargo, hoy los fieles les concedían una especie de tregua. El día antes los sacerdotes les habían prometido que el Gran Dios daría muestras de su apoyo y de su dominio sobre Satanás y que realizaría milagros durante el Gran Jubileo. Y la noche pasada, como para dar prueba de todo ello, parecía que había habido una disminución de aquellas fantasmagorías satánicas y demoníacas.

Además era difícil estar encolerizado tras el efecto calmante de las emanaciones parasimpáticas que inundaban la Plaza.

Los parasimpáticos producían además otro efecto. Estimulaban los nervios que controlan el tracto digestivo y con ello aumentaban el hambre de una multitud que, en su mayor parte, aún no había comido nada aquella mañana. Cien mil bocas estaban segregando saliva. Cien mil gargantas tragaban, tragaban, tragaban.

Finalmente, al mediodía, el carillón empezó a sonar aún más fuerte, en medio del más alto y clamoroso de los estallidos que había lanzado hasta entonces. Por un momento se hizo el silencio y se creó un ambiente de gran expectación cuando cien mil fieles contuvieron el aliento. Después, desde el Santuario llegaron las notas graves de un órgano que tocaba una marcha solemne, sombría y vibrante, pero llena de misterio, de majestad y de fuerza, como un trueno lejano que devenía armonioso, una música como la que debía de haber sonado cuando el Gran Dios impuso por primera vez su voluntad sobre el tenebroso caos y creó la Tierra.

Lentamente, al ritmo de la tiránica melodía, los sacerdotes, cuyas túnicas escarlata estaban bordadas en oro, se instalaron en el estrado que se había construido durante la noche junto la puerta de la Catedral. Los fieles más cercanos podían distinguir en sus pechos los emblemas que lucían —un triángulo en cuyo vértice superior brillaba un gran rubí —, y se murmuraba de boca en boca que el propio Consejo Supremo iba a presidir el Gran Jubileo. Eran muy pocos los fieles que podían enorgullecerse de haber visto a un arcipreste, así que la visión del Consejo completo era como echar una ojeada desde las puertas del cielo.

El malhumor empezaba a ceder ante aquellas visiones. La música se aceleró y las grandes puertas de la Catedral se abrieron. De cuatro en cuatro avanzaron los sacerdotes en una procesión que encarnaba toda la pompa y el poderío de la Jerarquía. Los había de todos los Círculos; eran hombres espléndidos, como semidioses. La procesión dio la vuelta

por el espacio que los diáconos habían mantenido vacío, antes de alinearse en torno al estrado según el grado de cada uno.

Conforme los sacerdotes avanzaban y la música se hacía más rica, más cálida y más brillante —como si ascendiera igual que el sol hasta lo más alto del Cielo—, parecía que aplastaban bajo sus pies todo mal, toda oscuridad, toda rebelión y todo aquello que osara alzarse contra la Jerarquía.

En el estrado, Goniface, frunciendo la nariz, preguntó a uno de los sacerdotes del cortejo de grado inferior:

—¿De dónde proviene este olor?

A partir de aquel momento ya no pudo ser ignorado. Mezcladas con la suavidad empalagosa que se difundía por toda la Plaza, llegaban vaharadas mucho más fuertes y penetrantes de un hedor acre, como de macho cabrío.

El sacerdote del cortejo le contestó que iría a informarse. Goniface se inclinó hacia adelante y miró preocupado a los dos sacerdotes que llevaban los incensarios, pero reconoció a los dos; el uno era un Realista convencido y el otro un Fanático de aspecto severo.

A continuación, pulsó un interruptor en el televisor portátil que estaba ante él y la cara del director técnico del Centro de Control de la Catedral apareció en la pantalla.

—No, Suprema Eminencia. Es imposible que la Brujería pueda llevar a cabo un truco utilizando nuestros aparatos —explicó en respuesta a la pregunta de Goniface—. Hemos instalado un sistema de alarma perfeccionado y a todo riesgo que nos advertirá si se introducen en la Plaza lápices de fuerza u otros campos manipuladores de ese tipo. Estamos preparados para lanzar una contraofensiva. El blindaje telesolidográfico es, como sabéis, perfectamente adecuado. En resumen, la Gran Plaza y la Catedral, y una gran zona a su alrededor, se encuentran aisladas. Podéis estar seguro de ello.

»¿El olor? Oh, ya estamos enterados de ello. Se trata de un accidente imprevisto en el mecanismo de uno de los proyectores de olor, pero ya ha sido reparado.

Al tiempo que le reprendía, Goniface observó las caras de los sacerdotes que estaban en el Centro de Control. Todos eran Realistas leales, excepto dos físicos del Quinto Círculo que eran Fanáticos. «Muy bien», pensó.

—Sí, Suprema Eminencia —aseguró el director técnico en respuesta a su última pregunta—. En cualquier momento podemos proteger el

estrado con una cúpula repulsora y la escuadrilla de ángeles que habéis ordenado está preparada para alzar el vuelo con toda rapidez.

Satisfecho por el conjunto de medidas tomadas, Goniface apagó el televisor. Era cierto lo que el director técnico le había dicho; el olor a macho cabrío casi había desaparecido, aunque aquí y allá se veían todavía algunas narices arrugadas. Le hubiera gustado que el Primo Deth hubiera estado su lado en aquel momento, pero el pequeño diácono era indispensable en la caza de brujas. Sin embargo, Jarles era un buen sustituto.

La marcha había acabado con un estallido triunfal de sonidos que preludiaba el acto final y el más importante de la creación en que el Gran Dios, después de la catastrófica experiencia de la Edad de Oro, había dado nacimiento a la suprema gloria de la Jerarquía.

La muchedumbre, inquieta por las largas horas de espera, pero tranquilizada por efecto de los parasimpáticos, era presa fácil para los predicadores del Jubileo cuyas voces amplificadas tronaban una tras otra en medio de la Gran Plaza. El ritmo fervoroso del canto de los predicadores estaba acompañado por los compases de una música más suave que la anterior. Las emanaciones parasimpáticas variaban ligeramente para incrementar el efecto de las exhortaciones e incluían también algunas estimulaciones simpáticas ocasionales.

Las resistencias emocionales de la multitud se derrumbaron. Grupos enteros comenzaron a oscilar rítmicamente de un lado a otro, hasta que el movimiento se extendió por toda la Plaza y todos los fieles, incluidos los que estaban en los tejados, se balanceaban como un único organismo. De cien mil gargantas surgía un sonido sin palabras que intensificaba el énfasis rítmico de los predicadores. Era un sonido profundamente conmovedor pero que tenía algo de bestial al mismo tiempo, a mitad de camino entre un gruñido de placer y un sollozo.

Aquí y allá surgían síntomas de algunas manifestaciones emocionales más violentas: gemidos de éxtasis, gritos, brazos agitados con frenesí, pequeños espacios vacíos en medio de la multitud, allí donde alguien había caído de rodillas. Habría sido fácil llevar a aquellas gentes a un estado de desenfreno total y absoluto, pero no era ésa la intención. Aquellas desviaciones hacia un comportamiento más salvaje no podían progresar anegadas en el rítmico balanceo general y muy pronto se reincorporaban a él.

—¡Gran Dios, derrota a Satanás, derrota al Señor del Mal! —Gruñidos y balanceos—. ¡Nos ha hecho caer en sus engaños, pero hemos

luchado! —Gruñidos y balanceos—. ¡Ha hecho nacer el terror de las tinieblas, pero Te hemos llamado! —Gruñidos y balanceos—. Nos ha sepultado en el horror, pero hemos seguido en Tu fe! —Gruñidos y balanceos—. ¡Devuélvele al Infierno, devuélvele con sus pecadores! —Gruñidos y balanceos—. ¡Haz que se pudra en la inmundicia, haz que se emborrache con los condenados! —Gruñidos y balanceos.

Después, dando prueba de una brillante maestría en la manipulación de masas, el último y el más hábil de los predicadores detuvo el balanceo e hizo enmudecer los gruñidos, pero no los calmó, sino que los convirtió en una tensión inmóvil, en una espera intensa y casi insostenible.

Todos los ojos se volvieron hacia el predicador que seguía en pie ante el atril situado frente al estrado y que, de pronto, se dejó caer de rodillas y gritó con voz vibrante de emoción:

—Gran Dios, tu pueblo suspira por tu misericordia. Desde hace mucho tiempo vive sin la leche de tu infinita bondad, sin el alimento de tu infinito poder. Está triste. Está hambriento.

Era literalmente cierto. La muchedumbre que había permanecido allí hasta pasado el mediodía, bombardeada sin cesar por los parasimpáticos, estaba muerta de hambre.

El predicador, aún de rodillas, se volvió y levantó las manos hacia la enorme y dominante imagen que formaba la mitad superior de la Catedral.

—¡Gran Dios —gritó—, tu pueblo ha superado la prueba! En el terror y el sufrimiento ha conservado la fe. Ha arrancado a Satanás de sus corazones. Sé misericordioso con ellos, Gran Dios. Derrama sobre ellos el cuerno de la abundancia. Anima con tu divina presencia la piedra fría y sin vida; que la ambrosía caiga de tus manos y el néctar brote de la punta de tus dedos. Han ayunado ya bastante, Gran Dios. Dales de comer y de beber.

A pesar de su estado de estupefacción y de la tensión emocional, la multitud se dio cuenta de lo que iba a ocurrir y se preparó para ello. Los más ancianos lo sabían por experiencia y los más jóvenes por haberlo oído contar. Un maná maravilloso iba a derramarse en la Plaza. Platos de madera y recipientes de estaño aparecieron por todas partes. Algunos fieles extendían, entre varios de ellos, trozos de telas para poder recoger los dulces alimentos milagrosos. En los tejados aparecieron cestos y barreños. Algunas almas ávidas se habían subido a los hombros de sus vecinos y mantenían un precario equilibrio, al tiempo que sostenían

recipientes de todo tipo.

Pero la mayoría no se había movido. Tenían la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y las manos extendidas hacia el cielo.

La inmensa estatua hizo un ligero movimiento y un repentino silencio invadió la Plaza. Entonces, lentamente, aquel enorme y bello rostro bajó los ojos. Poco a poco sus duras facciones se suavizaron para mostrar una sonrisa indulgente y benigna, como un padre severo y preocupado, pero también cariñoso que finalmente se acuerda de sus hijos obedientes que se agrupan a sus pies.

Lentamente, las manos gigantescas se extendieron sobre la Plaza en un gesto de inmensa generosidad. Después, de repente, brotaron diez mil minúsculas fuentes de la mano derecha, mientras que de la izquierda caían en cascada, brotando hacia el suelo como una flor invertida, una lluvia de copos crujientes y cubos diminutos.

Un grito voraz surgió del gentío, cuando la comida y la bebida empezaron a inundarles.

Un segundo. Dos. Tres. El grito se transformó, de pronto, en un ahogado vómito de asco. Las apretadas hileras de sacerdotes y el estrado fueron invadidos por un hedor horrible que parecía una amalgama de olores de carne podrida, mantequilla rancia, pan enmohecido y fluidos de embalsamar.

La multitud, como si se tratara de una única garganta, gargajeó, vomitó y escupió, pero el repugnante néctar y la maloliente ambrosía seguían manando a chorros, empapando y empastándolo todo.

La gente bajaba la cabeza y se cubría con las capuchas y los que habían extendido trozos de telas se tapaban con ellos, mientras algunos de los que sostenían recipientes, les habían dado la vuelta y se los encasquetaban en la cabeza. La espantosa lluvia seguía cayendo. Tan espesa que oscurecía tétricamente el lado más alejado de la Plaza.

Se oyeron gruñidos y gritos de cólera; primero unos cuantos y después muchos más. Aquí y allá, la multitud presionaba sobre la doble hilera de diáconos.

El predicador que estaba ante el atril reaccionó ante la emergencia y con los amplificadores sintonizados al máximo, pudo hacerse oír por encima del rugido de la multitud:

—¡El Gran Dios os vuelve a probar! —bramó—. ¡Algunos de vosotros no tienen fe! ¡Por eso el maná milagroso no es ambrosía ni néctar!

»Pero ahora, el Gran Dios ya está seguro de vuestro razonamiento

—dijo, mientras trataba de llegar al punto central—: ¡Ahora el Gran Dios va a realizar el verdadero milagro! ¡Fijaros cómo os recompensa!

La lluvia hedionda cesó.

En el estrado, Goniface tronó ante el televisor:

—¡Detened el segundo milagro!

Desde el panel de control el director técnico le contemplaba estupefacto. No parecía haber oído la orden. Estaba horrorizado y confundido.

—¡Pero estamos aislados! —repetía con voz monótona—. No hay ninguna señal en ninguno de nuestros sistemas de alarma.

—¡Alguien ha vuelto a conectar los simpáticos! —dijo rápidamente Goniface— ¡Ocupaos de eso y detened el segundo milagro!

El director técnico volvió a la vida por medio de una sacudida e hizo una rápida señal a uno de sus ayudantes que casi inmediatamente respondió con gestos desesperados de impotencia.

Al principio parecía que los temores de Goniface no tenían fundamento. De las manos del Gran Dios comenzó a caer una lluvia de pequeñas monedas de oro.

El avance de la multitud se detuvo. De nuevo miraron hacia arriba. Los hábitos adquiridos durante toda una vida no se eliminaban fácilmente. Para ellos, el creer lo que les decían los sacerdotes era como una segunda naturaleza. La lluvia que caía tenía reflejos dorados.

Sin embargo, después de la primera ducha, el oro se hizo rojo, de un rojo demasiado vivo. Los gritos y exclamaciones de dolor se mezclaban con los gruñidos furiosos. Los pequeños discos, ardiendo al rojo vivo, herían a quienes los atrapaban con manos ávidas para después tirarlos rápidamente; algunos caían sobre sus vestidos o eran pisados con los pies desnudos.

Con un rugido que ahogó los gritos de dolor, la multitud avanzó hacia adelante en una oleada desordenada, en parte para escapar de aquel fuego al rojo vivo y se detuvo ante la doble hilera de diáconos; aunque aquella no era la principal razón de su avance, ya que, cuando la «lluvia» cesó, continuó con mayor violencia y el rugido se hizo más potente y feroz. Se alzaron los puños y algunos diáconos cayeron. En varios puntos, la doble hilera retrocedió, finalmente rota.

Para evitar cualquier posibilidad de que se repitiera una estúpida tragedia como la ocurrida la víspera en Neodelos, Goniface había prohibido que la barrera de diáconos llevara varas de la ira.

Los sacerdotes del Primer y Segundo Círculos que estaban frente al

estrado, se adelantaron para ayudar a los diáconos a cumplir una orden de Goniface, corriendo en todas direcciones hasta formar una hilera lo bastante larga como para conectar los campos repulsores de inviolabilidad. De pronto, sus túnicas se hincharon; a través de la línea disuelta de diáconos, los fieles estaban lanzando sus potes y cántaros sucios contra los sacerdotes que avanzaban; los proyectiles finalmente, rebotaron en los campos repulsadores individuales.

Sin embargo, algo no funcionaba bien en los halos de los sacerdotes, porque se encendían y apagaban intermitentemente y, de repente, la confusión se apoderó de ellos. Daba la impresión de que los que estaban situados en el centro se habían precipitado unos contra otros y se habían olvidado de separarse. Rápidamente otros se lanzaron sobre el grupo y quedaron pegados a él. Los extremos de la hilera retrocedieron de repente. Los sacerdotes caían, pero seguían deslizándose hacia el centro, hasta que todos ellos se confundieron impotentes en un amasijo circular de color escarlata.

Goniface se dio cuenta inmediatamente de que, por causa de alguna interferencia, los campos repulsores se habían convertido en campos de atracción, al mismo tiempo que incrementaban su alcance y potencia.

La mayoría de los arciprestes miraban atónitos el creciente caos en torno al estrado. Un hábito educado durante largo tiempo les había enseñado a conservar una expresión impasible, pero esta vez sus máscaras faciales eran incapaces de aparentar nada y mostraban la más absoluta estupefacción. No fue un miedo físico lo que les dejó paralizados; sentían que el mundo materialista en el que habían basado su seguridad se derrumbaba ante sus ojos. La ciencia física, que había sido un siervo obediente, se había convertido en un juguete en manos de una potencia oscura que podía crear o infringir las leyes científicas a voluntad. Algo había borrado el primer principio de su ideario: «No existe nada más que el cosmos y las entidades electrónicas que lo forman, sin alma ni finalidad», y en su lugar con grandes letras negras podía leerse: «Los caprichos de Satanás».

Los sacerdotes de niveles superiores que se amontonaban en torno al estrado no estaban en mejor situación. Seguían allí sin hacer nada, mientras una oleada de hedor avanzaba, procedente de la multitud que cubierta de basuras les embestía. La oleada nauseabunda anegó a los diáconos que se debatían y eran como un círculo de piedras negras, atravesó la masa impotente y desamparada de los sacerdotes de niveles inferiores, cual barreno que atraviesa un pétreo bloque escarlata y subió las gradas de la Catedral rugiendo.

Una piedra, casi sin fuerza, cayó sobre el estrado. No hubo ninguna reacción. Con sólo tres excepciones, los arciprestes y sus acompañantes eran como muñecos vestidos de escarlata.

Las tres excepciones eran, Goniface, Jarles y el viejo Fanático Sercival.

Goniface había logrado, finalmente, transmitir una orden a través del caos, menos grave, que reinaba en el Centro de Control de la Catedral. Del techo de la misma, esquivando la imagen del Gran Dios que seguía inclinada hacia adelante, descendió de repente una escuadrilla de ángeles, a muy pocos metros por encima del estrado. Un espectáculo fantástico y grotesco; como si una escuadra de semidioses de cabellos dorados se lanzara en picado desde un cielo sin nubes.

Los ángeles iniciaron una curva, sobrevolando la zona en que la avanzadilla de la multitud se precipitaba sobre las hileras de sacerdotes de los niveles superiores, y cruzaron la plaza a ras de suelo, tan a ras que decapitaron a algunos fieles desafortunados.

El campo de atracción que formaba el grupo de sacerdotes inferiores, frenó de forma catastrófica el vuelo del ángel que estaba en el centro quien picó de nariz y se estrelló contra el suelo, aplastando sacerdotes y fieles al mismo tiempo. Su cuerpo se arrugó y su osamenta de metal quedó al descubierto. A través de una brecha se veían los restos del sacerdote—piloto, muerto por el choque.

Los otros ángeles se enderezaron y se alzaron bruscamente, evitando por los pelos los tejados vecinos y luego viraron para sobrevolar de nuevo la multitud.

Se oyeron los gritos terribles de los que habían sufrido la fuerza aplastante de los chorros de propulsión dirigidos hacia el suelo.

El furor incontrolado de la multitud dio paso a un terror enloquecido. La muchedumbre se debatía inútilmente como una bestia indefensa. Algunos de los que estaban en las primeras líneas lucharon con los sacerdotes de alto nivel. Otros, al intentar huir, tan sólo añadían más confusión a la masa central que se agitaba. Todas las bocacalles estaban bloqueadas.

Entonces, cuando los ángeles no eran todavía más que minúsculos puntos en el azul del cénit, aparecieron, cayendo en picado desde el barrio de los fieles, por encima del horizonte de tejados, seis figuras negras que dejaban tras de sí una densa nube de humo negro como la tinta, como si se tratara de grandes calamares. Iban directos a la Catedral, como murciélagos surgidos del infierno y pronto demostraron

que el infierno era posiblemente el lugar de donde procedían, ya que cuando se acercaron, sobrevolando por encima de la muchedumbre, pudieron distinguirse sus brazos deformes que acababan en garras, sus miembros inferiores peludos y extendidos rígidamente y sus colas cortas y negras. Sus rostros sombríos y demoníacos, provistos de cuernos, crecían, crecían, crecían.

El primer diablo voló, en apretados círculos, en torno al atril en el que se había acurrucado el predicador y le envolvió en un vapor negruzco hasta que quedó completamente cubierto.

Los dos siguientes se elevaron y dibujaron complicadas figuras en torno a la cabeza, el cuerpo y los brazos del Gran Dios, mientras le pintaban con chorros de tinta. Su enorme cara mostraba todavía su habitual sonrisa indulgente, pero ahora parecía una sonrisa imbécil. Entonces, a través del amplificador más potente, situado tras la gran boca abierta por aquella estúpida sonrisa, la voz de trueno del gran Dios empezó a balar:

—¡Piedad! ¡Piedad, Amo y Señor! ¡No me hagáis daño! ¡Les diré la verdad! ¡Soy el esclavo de Satanás! ¡Mis sacerdotes han mentido! ¡El Señor del Mal reina sobre todos nosotros.

Los tres últimos diablos arremetieron contra el estrado. Los arciprestes, pálidos de terror, reaccionaron por fin, mirándoles aterrorizados. Entonces, cuando estaban tan sólo a unos metros de distancia, se oyó el ruido seco de una detonación y se produjo una oscilación en el estrado de los arciprestes. En respuesta a las órdenes repetidas frenéticamente por Goniface, el Centro de Control de la Catedral había conectado, por fin, la potente cúpula repulsora para proteger al Consejo Supremo. Los tres diablos que se aproximaban, cambiaron bruscamente de dirección y se alejaron.

En un silencio expectante y repentino, en medio de aquel caos, se oyó con claridad la voz amenazante y condenatoria del viejo Sercival. Durante todo el Gran Jubileo, el enjuto y viejo Fanático no había dicho ni una palabra, tan sólo observaba fríamente, con sombría indignación, sacudiendo la cabeza de vez en cuando y murmurando en voz baja.

Pero en aquel momento con una voz penetrante como una daga de hielo, grito:

—Yo os pregunto, ¿quién ha realizado hoy los milagros? Finalmente el Gran Dios se ha cansado de nuestra falta de fe. Nos abandona. Nos deja a merced del Infierno. Sólo la plegaria y una fe total pueden salvarnos, si aún no es demasiado tarde.

Los otros arciprestes no le miraron, pero tuvieron la impresión de que Sercival estaba expresando sus pensamientos más secretos. Pese a todo siguieron inmóviles; eran hombres aislados en comunión con el terror. Incluso la exasperación y el desdén de Goniface estaban teñidos de ese veneno corruptor que eran la duda y el miedo.

En los ojos atentos y fríos dejarles que estaba detrás de Sercival, surgió un brillo de incrédula comprensión. Era la primera vez que veía al líder de los Fanáticos y en aquel momento, por primera vez, le había oído hablar.

La memoria y una clara sensación de evidencia unida a sus recuerdos, se enfrentaron a su incredulidad y vencieron. Su nueva personalidad tomó inmediatamente una de esas decisiones rápidas que eran su mayor orgullo.

En el momento mismo en que actuó, su conciencia se lo recriminó. Negras oleadas de culpa se desencadenaron en su mente, repitiéndole que se trataba de un crimen para el que no había perdón posible, de una acción perversa que horrorizaría al universo entero. Pese a todo, ahogó la voz de su conciencia, como un hombre enfermo domina su impulso de vomitar.

Jarles apuntó el Dedo de la Ira, a la máxima potencia, contra la espalda de la magnífica túnica bordada en oro, a treinta centímetros por debajo de aquel cráneo apergaminado con reflejos de plata, hasta que un leve rayo de luz del día penetró por el orificio recién abierto.

Goniface se dio la vuelta; los otros arciprestes se apartaron precipitadamente de aquella nueva amenaza. La silueta sombría y rígida del Fanático mortalmente herido se tambaleó antes de caer. Jarles gritó:

—¡Era la voz que oí en la Sala del Aquelarre! ¡Es Asmodeo, el líder de la Brujería!

Jarles se precipitó hacia él, tomó el cuerpo que caía, lo depositó suavemente en el suelo y desgarró su túnica escarlata manchada de sangre. Adherido al torso delgado y esquelético, muerto por la misma descarga que había fulminado al Fanático, con la peluda piel encanecida por la edad y salpicada de su propia sangre, había un familiar extremadamente delgado. Su rostro marchito era una caricatura sombría de los rasgos crispados por el dolor de su gemelo.

Los arciprestes le contemplaban fijamente como si fuera imposible. Las máscaras de impasibilidad habían caído por fin.

Goniface miró a los dos hombres. Era como si, por un momento, el estrado protegido bajo la cúpula, se hubiera convertido en el silencioso

centro del universo en el que todos los secretos yacen desnudos, el núcleo tenso e inmóvil en torno al cual giran y se agitan en torbellinos todas las acciones.

Fuera de la cúpula, progresaba un intenso conflicto a través de varias fases sucesivas. La multitud, salvada de una segunda masacre por los ángeles, alentada y al mismo tiempo estupefacta por la llegada de sus aliados demoníacos, se había precipitado de nuevo contra los sacerdotes de alto rango que huían en retirada hacia la Catedral. Lo ángeles se habían lanzado de nuevo a la lucha. Los rayos color violeta de la ira habían surgido de sus ojos; tres o cuatro por cada diablo. Se estaba desarrollando un combate confuso y extraño en el que las humaredas negruzcas se utilizaban como pantallas protectoras.

Pero, por el momento, aquella conmoción salvaje y silente no afectaba a Goniface más que como un gran y extraño mural sobre la cúpula repulsora —el cuadro de una batalla—, como telón de fondo de la verdadera crisis.

Era tan urgente interrogar al Fanático moribundo que casi no tuvo tiempo de contactar con el Centro de Control de la Catedral para hacer comprender al director técnico la naturaleza de sus órdenes:

—¡Arrestad a los dos Fanáticos del Quinto Círculo! ¡Son ellos quienes han alterado y modificado los controles! ¡Matadlos si es preciso!

No se detuvo siquiera a contemplar la desesperada lucha de los dos traidores contra los leales Realistas mucho más numerosos.

No perdió tampoco mucho tiempo en dar órdenes a sus lugartenientes:

—Id inmediatamente al Santuario. Organizad patrullas de ataque, arrestad a todos los Fanáticos y matadlos si se resisten. Cerrad el Santuario para impedir que escapen y para evitar la entrada de la multitud. Informad al Primo Deth que está en las criptas de esta situación y haced que el Centro de Comunicaciones transmita instrucciones parecidas a todos los santuarios. Tomad todas las medidas complementarias que hagan falta. ¡Deprisa!

Después, se volvió hacia el viejo Fanático. Su rostro de mármol mostraba una terrible impaciencia.

Sercival sonrió. Sus labios estaban pálidos a causa del dolor; su respiración era débil y entrecortada.

—Estabas sentado junto a mí cuando la bruja ha sido torturada —empezó Goniface, aunque no era eso lo primero que hubiese querido preguntar—. Utilizaste una pistola de dolor de corto alcance, ¿no es así?

Con dificultad, Sercival sonrió de nuevo. Su voz era como un sonido de ultratumba: débil, sincopada, susurrante.

—Tal vez sí, tal vez no. Las estratagemas de Satanás… son, muy variadas.

Los ojos de los arciprestes se abrieron desmesuradamente. Una especie de escalofrío se extendió por el grupo de túnicas escarlata y oro.

—¿Satanás? ¡Tonterías! —se burló Goniface—. Lo único que buscabas era el poder, como todos nosotros y la Brujería era tu estrategia para obtenerlo. Tú…

Pero Sercival ya no parecía oírle. Con un gesto penoso extendió la mano hasta tocar el pelo plateado y bañado en sangre de su familiar, ya rígido por la muerte.

—¿También tú has muerto, Tobit? El más anciano de tu efímera especie —se interrumpió para respirar—. Pronto estaré contigo en el Infierno. Tomaremos formas nuevas y seremos verdaderos hermanos.

—El telón ha caído. Ya no vale la pena que sigas actuando —interrumpió Goniface secamente.

El viejo Sercival alzó un poco la cabeza y un carraspeo débil surgió de su garganta, como si intentara hablar. Los dedos de su mano izquierda se movieron lentamente, como si trazaran el inicio de un gesto ritual.

—Satanás —susurró—, recibe… mi… espíritu…

Los arciprestes parecían haberse convertido en estatuas escarlatas. Fuera, continuaba la escena tumultuosa, iluminada por un sol rojizo que por el Oeste se acercaba ya al horizonte. Al Este estaba oscureciendo.

—Has sido muy inteligente —continuó Goniface inclinándose más aún sobre el agonizante líder de la Brujería. Se sentía forzado, contra su voluntad, a hacer una última pregunta—, pero cometiste un extraño error. ¿Por qué siempre me apoyaste en el Consejo Supremo? ¿Por qué votaste sin titubear por la excomunión de Frejeris? ¿Por qué no te opusiste cuando el más realista de los sacerdotes, el más peligroso para la Brujería, yo mismo, fue nombrado Jerarca del Mundo?

Reinaba el silencio en el hemisferio aislado bajo la cúpula repulsora. El arcipreste se inclinó más aún en un intento de escuchar la respuesta. Pero la respuesta no llegó.

Asmodeo había muerto.

17

Con un bastón en una mano arrugada y una vela en la otra, la Madre Jujy avanzaba cojeando por el viejo túnel. De vez en cuando murmuraba para sí misma malignamente:

—¡No van a dejar que una vieja bruja viva sus últimos años en paz! ¡No la dejarán ni vivir bajo tierra como un topo! ¡Oh, no! Los diáconos bajarán para traer el desorden a los túneles y acosarán a la Madre Jujy que tendrá que descender cada vez más abajo. No, no la buscan a ella. ¡Oh, no! ¡Rómpele la crisma a la Madre Jujy y déjala en una esquina! No la buscan a ella; es a los nuevos brujos a quienes buscan. A las brujas jóvenes. A las brujas guapas. La Madre Jujy fue hermosa una vez. ¡Las nuevas brujas no habrían tenido entonces ninguna oportunidad! Pero ahora se han ido y han armado un gran jaleo en todo el mundo con sus locuras. ¡Lo han puesto todo patas arriba y ya no queda un lugar tranquilo para una vieja bruja! ¡Ojalá tengan que bailar en el Infierno sobre planchas ardiendo al ojo vivo!

En su excitación, la anciana se había detenido y blandía el bastón en dirección a la bóveda baja del techo. Una gata negra que le precedía delante, guiada por la luz oscilante de la candela, volvió sobre sus pasos con un maullido interrogativo.

—No, «Grimalkin», no se trata de una rata. ¡Y no tengo nada para darte de comer!, pero no te preocupes. La Madre Jujy va morir de hambre de un momento a otro y podrás darte un festín con sus huesos, ¡a menos que ella te coma a ti primero! Y puedes dar gracias por todo esto a esas nuevas brujas que han arruinado el negocio.

«Grimalkin» seguía su exploración delante de ella. La Madre Jujy continuaba con sus salvajes imprecaciones, mientras avanzaba cojeando. De repente, oyó unos terribles siseos y chillidos. La Madre Jujy aceleró el paso. Su sombra alargada cojeaba y se tambaleaba al ritmo de la vela que parpadeaba y brillaba con luz mortecina.

—¿Qué has encontrado, «Grimalkin», una rata, una cucaracha o el cadáver de un diácono? Sea lo que sea, este jaleo que estás organizando es desproporcionado.

«Grimalkin», con la espalda arqueada y los pelos erizados, se había detenido ante una pequeña sombra de tono cobrizo y siseaba ferozmente en torno a ella.

La Madre Jujy se adelantó, se inclinó y echó un vistazo:

—¿De qué se trata? ¿Una rata roja? No, un mono rojo. No, ¡por la peste de Satanás! ¡Un familiar! ¡Un asqueroso familiar muerto!

La anciana levantó el bastón para golpearle, pero de entre las sombras surgió una voz débil y aguda:

—Sí, mátame. Mata a Dickon. Dickon está cansado de esperar la muerte en medio del frío y la oscuridad.

La Madre Jujy se detuvo con el bastón todavía levantado.

—¿Qué es esto? ¡Estáte quieta, «Grimalkin»! No puedo oír lo que murmura este montón de despojos.

—Mata a Dickon. Es lo que he dicho. Rompe sus frágiles huesos con tu enorme bastón. Madre Jujy. Deja que tu gata asesina le despedace con sus garras y beba su sangre helada y yerta. El fantasma de Dickon te lo agradecerá.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacerte un favor, marioneta llorona? —preguntó la Madre Jujy con voz áspera—. Conozco tu voz. Eres el loco animalito de ese inquieto tramposo, el Hombre Negro.

—Sí, pero ahora el hermano mayor de Dickon languidece en las celdas del Santuario, donde sacerdotes crueles torturan incluso sus pensamientos. Ahora él no puede proteger a Dickon. Puedes matar a Dickon sin peligro.

—Es inútil que supliques, enano inmundo, porque no voy a hacerte caso. ¡Atrás, «Grimalkin»!

La gata se había adelantado y con sus patas delanteras dirigía gestos amenazadores a Dickon.

—¿Así que tu engreído amo ha caído finalmente del alambre sobre el que bailaba?

—Sí, Madre Jujy, y toda la Nueva Brujería se hundirá con él. Han capturado y apresado a muchos más. Sólo había una ligera esperanza: que Dickon hubiera sido capaz de cumplir la tarea que su hermano le había confiado. Quizá, de ese modo, las cosas habrían cambiado. Pero ahora Dickon yace desamparado en la oscuridad del subterráneo. Mata a Dickon antes de que la miseria le mate.

—¡Habla más fuerte, enano inmundo. Sólo puedo oír la mitad de lo que dices! —gritó la Madre Jujy inclinándose un poco más—. ¿Por qué no puedes cumplir tu misión, desagradecido saco de piel y huesos? ¿Por qué te has detenido aquí, como un aprendiz perezoso, a lloriquear y sollozar? —decía empujando al familiar con el bastón.

—Se ha terminado la sangre de Dickon. Las pocas gotas que le quedan no le permitirían recorrer ni cien pasos y se está enfriando por momentos. Si Dickon tuviera sangre fresca, volaría como el viento, pero no hay sangre fresca por aquí.

—¿Y encima nos insultas, enano inmundo? —gritó la Madre Jujy furiosa, levantando el bastón—. «Grimalkin» y yo tenemos sangre y aunque estemos secas y marchitas, deberías saber que nuestra sangre es suficientemente fresca.

—Perdonadme, Madre Jujy. Dickon no quería insultar. Dickon hablaba de la sangre que podría beber.

—¡Engreído montón de pelusa! ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a decidir qué sangre debes beber y cuál no?

El familiar alzó hacia la vieja unos grandes ojos llenos de reproche.

—No le tomes el pelo a Dickon con tanta crueldad. Odias a Dickon. Tan pronto como hayas acabado de atormentarle, tú y tu feroz gata le mataréis.

—¡Calla, pequeño sabelotodo! — la Madre Jujy siseó esas palabras con un tono de furia tal que el familiar se encogió al oírlas—. ¿Te crees que puedes decir a tus superiores lo que deben hacer? ¡Beberás la sangre de «Grimalkin», te guste o no!

La anciana cogió por el pescuezo al ingrávido familiar y lo levantó. Sin embargo, «Grimalkin», como si se diera cuenta de que su ama pretendía implicarla en algo desagradable, escapó. Al mismo tiempo, la voz aguda del familiar chilló:

—La sangre de un gato mataría a Dickon al igual que sus garras. Incluso tu sangre, Madre Jujy, podría matarle.

Por un momento la Madre Jujy estuvo a punto de usar el bastón para golpear al exhausto familiar y enviarlo tras «Grimalkin».

—¿No soy lo bastante buena para ti? ¿No soy lo bastante buena para ti? —gritó con voz estrangulada por la indignación—. ¿La sangre de la Madre Jujy no es lo bastante buena para un inmundo y arrugado enano? ¡Ven aquí en seguida, antes de que la Madre Jujy te deje hecho trizas y haga con tu piel una chaqueta roja para «Grimalkin»!

La anciana abrió su túnica a la altura del cuello, dejando al

descubierto un hombro amarillento que era todo huesos.

—¿ La Madre Jujy está segura? —preguntó débilmente el familiar, mientras la examinaba colgado inerte de su mano—. ¿No está engañando a Dickon?

—¡Y además, me llamas mentirosa! —gritó la vieja bruja—. Una pregunta más y verás cómo te engaño. ¡Te voy a engañar a golpes de bastón! ¡Bebe, enano inmundo!

La mujer acercó el familiar a su hombro desnudo.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Después la Madre Jujy dio un respingo.

—Me haces cosquillas —dijo.

—Tu piel es dura, Madre Jujy —se detuvo el familiar para excusarse.

De nuevo parecía que la Madre Jujy iba a lanzarle al túnel. Casi bailaba de rabia.

—¿Dura? ¿Dura? ¡Cuando era una muchacha, la Madre Jujy tenía la piel más suave de toda Megatheopolis! ¡Obscena marioneta sin sexo! ¡Solo tocarme es ya un honor para tu boca asquerosa!

Sus comentarios furiosos se perdieron en un murmullo y después cesaron. Durante un largo rato el silencio glacial y húmedo sólo fue roto por los maullidos celosos de «Grimalkin» que iba y venía en las sombras, moviendo la cola y lanzando miradas asesinas al nuevo animalito de su ama.

Finalmente el familiar levantó la cabeza. Sus movimientos eran ahora rápidos y curiosamente enérgicos.

—Dickon se siente tan ligero como el aire —parloteó con voz estridente—. Ninguna tarea es demasiado difícil para él. —Su tono se hizo más respetuoso—. Era sangre muy, muy buena aunque bullía de emociones extrañas. No ha hecho ningún daño a Dickon. Oh, Madre Jujy, ¿cómo podrá Dickon pagarte? ¿Cómo podrá su hermano y sus compañeros pagar esta deuda? Tu ayuda puede hacer que se realice algo que ni el mismo Dickon llega a comprender. Dickon no tiene palabras para describir…

—¿Qué? ¿Pierdes el tiempo en palabrerías y halagos cuando el mundo espera que cumplas tu misión? —interrumpió la Madre Jujy —. ¡Largo de aquí!

La anciana con la mano libre, dio un pequeño empujón al familiar.

Dickon le respondió con una sonrisa pícara. Después avanzó con un movimiento rápido que hizo que «Grimalkin» se alzara sobre sus patas,

siseando y lanzando arañazos al aire. En un momento, Dickon había desaparecido en el túnel, en la misma dirección por la que había venido.

Por largo tiempo, después que la sombra espectral hubiera huido en la oscuridad, la Madre Jujy siguió inmóvil, mirando hacia donde Dickon había desaparecido, apoyada pesadamente en su bastón. Gotas de cera caían de la vela inclinada que se endurecían y se solidificaban inmediatamente al contacto con el suelo frío.

—Tal vez lo logren —murmuró para sí, con la voz cargada por una emoción que no habría dejado entrever a nadie más que a «Grimalkin»—. ¡Que Satanás les ayude! Tienen que conseguirlo.

18

Lentamente, como frenado por la densidad del aire, Jarles se dirigía hacia su apartamento privado en las criptas. Su mente se hallaba invadida por un negro sentimiento de culpa que se le hacía aún más intolerable porque se detestaba y despreciaba a sí mismo por sentirlo.

En todos los pasillos se cruzaba o era adelantado por sacerdotes que iban a toda prisa, con el pánico reflejado en los ojos. Uno de ellos se detuvo e intentó iniciar una conversación con Jarles. Se trataba de un inútil sacerdote, pequeño y grueso, del Segundo Círculo.

—Quisiera felicitaros por vuestro ascenso al Cuarto Círculo —dijo apresuradamente retorciéndose las manos regordetas con gesto nervioso y como pidiendo excusas—. Seguro que me recordáis, eminencia. Soy el hermano Chulian, vuestro antiguo compañero…

Parecía como si aquel tipo estuviera haciendo acopio de todo su coraje para solicitar un favor. O quizá, sumergido en la oleada general de inseguridad y temor, intentaba tan sólo asegurarse el máximo de ayudas.

Jarles miró con desprecio a su antiguo acompañante, le dio un empujón y siguió su camino sin dignarse responder.

Las criptas estaban casi desiertas. Las patrullas de choque, después de haber peinado todo el Santuario en busca de los Fanáticos, habían marchado llevándose sus prisioneros para encerrarles en la prisión central del Santuario. Aquella prisión era independiente de la que había utilizado Goniface para sus prisioneros particulares, antes de convertirse en Jerarca del Mundo.

Jarles se acercaba a su apartamento. La desesperación que sentía aumentó bruscamente hasta casi llegar al sufrimiento físico. Para mayor horror, la niebla negra de la culpabilidad que había ensombrecido su mente hasta entonces, tomó una nueva forma y le susurró a la oreja:

«¿Me oyes, Armon Jarles? ¿Me oyes? Soy tú mismo. Corre. Tápate

las orejas. No te servirá de nada. No puedes evitarme. Estás obligado a escucharme, porque yo soy tú mismo. Soy el Armon Jarles que has mutilado y hecho prisionero, el Armon Jarles que has pisoteado y del que has renegado. Y sin embargo, en el fondo, soy más fuerte que tú.»

Y, horror supremo. No se trataba de su propia voz, sino de una voz muy parecida. Ni siquiera disponía del recurso —pese a lo terrible que pudiera ser— de creer que se trataba de una alucinación, una proyección de su propio subconsciente. Era demasiado real, demasiado identificable para confundirla. Era como la voz de un pariente muy cercano; la voz de un hermano que nunca hubiera nacido.

Jarles se precipitó en su apartamento como si tuviera a todo el Infierno persiguiéndole y reactivó los cerrojos con unas manos que temblaban a causa de la prisa.

Pero una vez en el interior, las cosas empeoraron.

«No puedes escaparte de mí, Armon Jarles. Allí donde estés, allí estaré yo. Me oirás hasta que mueras y ni siquiera las llamas del crematorio impedirán que me oigas.»

Nunca había sentido un odio tan feroz como el que le provocaba aquella voz sin origen. Nunca había sentido tales deseos de aplastar, desgarrar o destruir una cosa, pero tampoco se había sentido nunca tan impotente para poder hacerlo.

En su mente se formaron unas imágenes. Estaba tendido entre las ruinas, la mano huesuda de la Madre Jujy le cogía por la muñeca. Hubiera querido gritar a sus perseguidores, estrangular a la vieja, golpearla en la cabeza con su propio bastón, pero no podía hacerlo.

Estaba sentado en una sencilla mesa toscamente labrada, compartiendo una sobria cena con su familia. Había envenenado la comida de los demás y esperaba impaciente a que tomaran el primer bocado, pero ellos se retrasaban inexplicablemente.

Estaba en el laboratorio del hermano Dhomas, pero esta vez la situación era la inversa. Una oscura forma humana estaba sentada en el sitio del hermano Dhomas. Unos brujos de sonrisa diabólica y unos familiares charlatanes manejaban los diversos instrumentos.

De repente, se miró en un espejo y en lugar de su propia imagen, vio el cuerpo resucitado de Asmodeo, en pie, mirándole. Asmodeo trataba de explicar algo con gestos; primero señalaba a Jarles, después el agujero humeante de su propia túnica, así una y otra vez. Cuando Jarles sintió que ya no podía soportar más, Asmodeo se detuvo. Entonces, a través del agujero carbonizado, surgió la pequeña cabeza

del familiar, arrugada, de color gris plata y manchada de sangre y empezó a repetir los gestos de su compañero.

El odio de Jarles por la vida, por todas las cosas, alcanzó el paroxismo. Se le ocurrió que un hombre solo, si era lo bastante sutil y decidido, podría destruir a toda la raza humana a excepción de sí mismo. Podía hacerse. Era posible.

Con un tremendo esfuerzo, miró en torno suyo. Por un momento pensó que la habitación estaba vacía. Después, en cuclillas sobre la mesa reluciente, entre el proyector y las dispersas bobinas de cintas de lectura, vio a una bestia repugnante, un familiar de pelaje oscuro y ojos escrutadores cuya cara era una copia minúscula, delgada y sin nariz de su propio rostro.

Al momento, se dio cuenta de que era aquella criatura la que estaba pensando lo pensamientos que le torturaban y que eran sus palabras, transmitidas por telepatía, las que resonaban sin cesar en el interior de su cerebro.

Inmediatamente decidió matarle. No usaría el rayo de la ira. Sus procesos mentales le habían llevado a un estado demasiado primitivo como para adoptar este tipo de solución. Quería estrangularlo con sus propias manos.

La criatura no se movió mientras Jarles avanzaba. Su paso era lento, como en una pesadilla, como si se desplazara en el seno de una atmósfera gelatinosa y mientras avanzaba, paso a paso, penosamente, se formó una última visión en su mente.

Estaba terriblemente solo. Sus manos manejaban los controles de un fulminador enorme, situado en la cima de una pequeña colina en el centro de una inmensa llanura yerma y grisácea. No había ningún signo de vida, nadie excepto él mismo. Hasta donde alcanzaba su vista —y parecía que pudiera verlo todo, siguiendo la curvatura de la Tierra — se alzaban las tumbas de las especies que había aniquilado, o quizá se trataba de las tumbas de todos los hombres y mujeres de todas las épocas que habían sufrido y muerto en la lucha por la libertad, en la lucha por conseguir un mundo que no podía proporcionarles la actual sociedad envidiosa, conservadora y absurda.

Sentía mucho miedo aunque no hubiera nadie que pudiera significar una amenaza. Se preguntaba, sin cesar, si el fulminador sería lo bastante potente.

Tan sólo unos pasos le separaban de la mesa. Tenía las manos extendidas y crispadas como garras de mármol. La odiosa criatura le

miraba fijamente, pero la visión se interponía entre ellos dos.

De repente la tierra baldía empezó a rizarse y agitarse, como si fuera un terremoto, pero con un movimiento más genérico, menos violento, como si un millón de topos cavaran túneles subterráneos. Aquí y allá la tierra gris se agrietaba y despedazaba y de ella emergían formas esqueléticas, cubiertas de carne putrefacta y sudarios andrajosos. Eran muchos, muchísimos, como un ejército. Se agrupaban y ordenaban a sí mismos y avanzaban desde todas partes hacia el montículo y, al andar, se sacudían de encima la tierra gris.

Sin cesar de mover el voraz fulminador en círculos, Jarles les abatía. Cayeron a docenas, a centenares, como grano podrido, hundiéndose en una segunda muerte, pero sobre sus cadáveres, a través del humo que despedían sus cuerpos calcinados, surgían y avanzaban muchos más. Jarles sabía que miles de kilómetros más allá, había también otros que se levantaban y marchaban contra él, desde todos los rincones de la Tierra.

Un paso más y podría alcanzarle. Sus manos se cerrarían sobre aquella garganta descarnada. Faltaba sólo un paso.

Seguían acercándose, desfilaban en perfecta formación y el humo fétido de sus cuerpos calcinados oscurecía el cielo de plomo y le ahogaba. Los muertos formaban un gran anillo mucho más alto que la colina y tenía que dirigir el fulminador hacia arriba para alcanzar a aquellas siluetas que saltaban ágilmente por encima de la cresta, excepto cuando tenía que bajar el arma para acabar con algún esqueleto en llamas que se arrastraba o se alzaba en medio del montón.

Ya estaba al lado de la mesa. Las manos de mármol se acercaban a aquella negra caricatura de sí mismo.

Pero también los otros se acercaban. Oleadas y oleadas. Jarles sudaba, respiraba con dificultad y se ahogaba. A cada descarga del fulminador aquellos a los que mataba estaban un poco más cerca y un esqueleto negro había logrado acercársele y le arañaba débilmente el tobillo con las falanges carbonizadas.

Jarles apretó las manos en torno al cuello de aquella peluda abominación pero era como si llevara un collar de plástico transparente, no podía ni siquiera tocar su negro pelaje. Un supremo esfuerzo…

Entonces, cuando una falange esquelética se disolvía delante mismo del cañón del fulminador, unas manos de hueso le atraparon por la espalda y en un paroxismo de terror abyecto, de abandono absoluto y de la mayor culpabilidad gritó:

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

En ese mismo momento, un impacto más profundo que una descarga eléctrica trituró sus nervios. Jarles sintió que todo temblaba en su cerebro que se desgarraba convulsamente, como una máquina arrancada de sus amarras. De repente, su mente empezó a dar vueltas y a girar, hasta detenerse con violencia bajo el impacto de una conmoción.

Su conciencia se oscureció, pero no se desvaneció del todo. Los hilos de la memoria se tensaron al límite de su resistencia, pero resistieron. Sus ojos, cerrados durante el momento crucial, se abrieron por fin.

Era Jarles. El antiguo Jarles. El Jarles que, solo y sin ayuda, había desafiado a la Jerarquía.

Sin embargo, aquel descubrimiento no le trajo la paz ni la tranquilidad. Por el contrario, fue el principio de una nueva agonía menos soportable que la que acababa de pasar, porque su memoria y sus recuerdos estaban intactos. Recordaba todo lo que había hecho en su segunda personalidad: la traición a la Brujería, el rapto de Sharlson Naurya, los insultos al Hombre Negro y, por encima de todo, el asesinato de Asmodeo. Esas eran sus acciones. Él era el responsable.

Con un gemido angustioso e incrédulo apartó las manos de la garganta del familiar y abrió su túnica para dirigir el Dedo de la Ira contra sí mismo.

Pero también este último consuelo le fue negado.

«¡Expiación, Armon Jarles!», resonó severa la voz interior. «Lo primero que debes hacer es expiar tus faltas.»

En ese mismo momento, otro familiar surgió sin hacer ruido de detrás de la mesa. Un pelaje cobrizo y un cierto parecido caricaturesco le proclamaban como el gemelo del Hombre Negro. Incluso la voz era un eco agudo de la del Hombre Negro:

—Soy Dickon, Armon Jarles. He sido yo quien te ha hablado a través de la mente de tu hermano pequeño, tal y como me lo había ordenado mi hermano mayor. Pero mi voz se formaba en el cerebro de tu hermano pequeño, a imagen de tu propia voz. Nuestras tres mentes han estado en contacto.

»Ahora no hay tiempo que perder. Debes rescatar a mi hermano mayor. Debes liberarle de su celda.

Un tercer familiar surgió de detrás de la mesa. La estupefacción de Jarles fue completa. La negra criatura se parecía de forma evidente,

pero al mismo tiempo aterradora, al Jerarca del Mundo, Goniface.

Por un momento le pareció que una magia suprema había transformado a todos los seres humanos en marionetas parlanchinas y que él, el único ser humano que quedaba, era un esclavo prisionero, un gigante sometido a la voluntad de esas criaturas.

—¡De prisa! ¡De prisa! —grito Dickon, tirando de su túnica.

Jarles obedeció. Inmediatamente corrió a grandes pasos a los largo de los pasillos sombríos de las criptas. Los seres supersticiosos de épocas anteriores le podrían haber tomado por un zombie a causa de la palidez de su cara, de su expresión extraviada y de sus zancadas rígidas y mecánicas.

El centinela que había al otro lado de las pesadas puertas metálicas de la prisión auxiliar le examinó y quedó satisfecho de ver que se trataba de uno de los principales colaboradores del mismísimo Goniface.

La puerta se deslizó hacia un lado para después cerrarse rápidamente detrás de Jarles que se volvió en dirección a la garita. El centinela empezó a preguntarle a dónde iba, pero Jarles alzó la mano y disparó un rayo paralizador contra el centinela y su ayudante.

Después se inclinó hacia adelante y se apoderó del activador de cerrojos que se encontraba en una cajita cuadrada en la cintura del centinela.

Como una figura de cera, el centinela quedó allí, en pie, con los labios abiertos en una pregunta que nunca llegó a ser formulada. Tras él estaba su ayudante, con una ceja levantada en una expresión inmutable de vaga curiosidad.

Jarles avanzó por el largo pasillo de la prisión hacia una celda aislada que podía ser vigilada desde la garita. Los dos diáconos que la custodiaban habían visto lo ocurrido, pero no lo habían interpretado correctamente. Habían reconocido al sacerdote del Cuarto Círculo que se acercaba, ya que más de una vez había estado allí y había mantenido conversaciones irónicas y agresivas con el prisionero y por eso, el rayo paralizador les sorprendió con mirada respetuosa y una sonrisa de reconocimiento.

A continuación, las emanaciones eléctricas del activador que Jarles sostenía en la mano, activaron el cerrojo.

Lentamente la puerta de la celda se deslizó a un lado. Al principio, sólo fue visible una mano temblorosa que tanteaba a lo largo de la pared de la celda, como si su propietario se preparara para afrontar y

soportar una dura decepción. Después, apareció toda la figura.

Las lesiones físicas y la tensión psicológica habían marcado profundamente al Hombre Negro que estaba pálido y parecía empequeñecido dentro de la vestimenta gris de la prisión.

Sus pensamientos eran confusos y también se habían empequeñecido. El Hombre Negro pensó que Jarles había venido para torturarle de nuevo. La mirada fría y dura de Jarles parecía confirmarlo. Además, los guardias seguían allí como si nada hubiera ocurrido.

—He asesinado a Asmodeo —oyó decir a Jarles.

Aquella fue la confirmación final de los peores augurios del Hombre Negro. A la desesperada, reunió las fuerzas que le quedaban para propinar una embestida a Jarles e intentar la huida por el pasillo. Pretendía noquearle y coger su vara de la ira…

Entonces, una sombra cobriza saltó y antes de que pudiera comprender lo que ocurría, notó que Dickon trepaba a su pecho y le acariciaba delicadamente la cara.

—Hermano. Oh, Hermano —musitó la vocecilla — Dickon ha hecho lo que le has ordenado. Ya hermano de Dickon está libre. ¡Libre!

Mientras intentaba comprender el sentido de aquellas palabras, oía que Jarles repetía con la misma voz monótona, como si estuviera ante un tribunal de la Jerarquía:

—He asesinado a Asmodeo…

El Hombre Negro no acababa de comprender. Por un momento se preguntó si no se trataría de una nueva estratagema del hermano Dhomas para hacerle perder la razón. Pero Jarles añadió:

—…que, como tú ya sabias, era el arcipreste Sercival, el líder de los Fanáticos.

Entonces, como si se tratara de un chiste estúpido y absurdo, pero de una gracia irresistible, el Hombre Negro se echó a reír. Después, bruscamente, se tapó la boca con las manos, comprobando que ya estaban allí las de Dickon que le conminaban a callar. Luego miró a Jarles con incredulidad.

—Los otros brujos prisioneros… —preguntó.

—…siguen presos aquí todavía —respondió Jarles.

Poco después, Jarles recorría de nuevo el pasillo. Tras él caminaba una figura envuelta en la túnica de un diácono, con la cara en sombras bajo el negro capuchón y blandiendo en las manos una vara de la ira.

El pasillo formaba un ángulo a la derecha. Ante ellos se extendía un bloque de celdas con dos diáconos que custodiaban cada una de ellas.

Avanzaban a lo largo del pasillo y el apenas audible zumbido del paralizador les acompañaba. Las tres últimas parejas de diáconos percibieron el peligro, pero fue demasiado tarde y resultaron petrificados en el mismo momento en que intentaban alcanzar las armas, quedando apoyados contra la pared. Los dos últimos estaban ya a punto de disparar y quedaron paralizados en esa misma posición.

El Hombre Negro echó la capucha hacia atrás.

Una puerta se abrió en el fondo del pasillo y apareció el Primo Deth. Con una rapidez impensable en un ser humano, dirigió su vara de la ira contra el Hombre Negro y contra Jarles, pero las reacciones de un familiar son más rápidas que las de un ser humano y, como un relámpago, Dickon se precipitó sobre él.

El enjuto rostro de Deth se crispó de repente a causa del terror, de un terror que sólo había experimentado una vez, cuando el pánico le había hecho huir de la casa embrujada.

—¡La cosa del agujero! —gritó con voz cavernosa— ¡La araña!

Un momento después ya se había dado cuenta de su error y la aguja violeta del rayo de la ira se dirigía hacia Dickon.

Pero el Hombre Negro había tenido tiempo de pasar a la acción. Su rayo de la ira restalló y chocó contra el del Primo Deth y como los dos rayos eran de la misma potencia impenetrables el rayo de Deth quedó detenido y no alcanzó a Dickon.

Como dos espadachines de la antigüedad, el brujo y el diácono iniciaron un duelo singular. Las armas eran dos interminables hojas de un color violeta incandescente, pero la técnica era la de dos maestros de esgrima: fintas, estocadas, paradas, respuestas fulgurantes. El techo, las paredes y el suelo se llenaron de trozos rojizos incandescentes. Los diáconos paralizados, como espectadores petrificados por el asombro, quedaron abrasados en la misma actitud en la que se encontraban de pie, inclinados o sentados.

El final llegó rápidamente. Liberada con un giro brusco, la hoja de Deth marcó una ardiente rasgadura en la túnica ondeante del Hombre Negro, bajo su brazo, pero éste logró parar el golpe a tiempo e hizo una finta, luego otra y la cara enjuta y la frente abombada del Primo Deth dejaron de existir.

El Hombre Negro detuvo el rayo de la vara de la ira que seguía funcionando, apretado por los dedos de Deth, y se inclinó para detener ambas armas.

Después se volvió hacia Jarles, que había asistido a la lucha

inmóvil, junto a la pared, y le ordenó liberar los cerrojos.

Ni siquiera se tomó el tiempo de dar explicaciones a sus compañeros, a las brujas y a los hechiceros cautivos. Maravillados surgieron de las celdas como espectros convocados desde el Mundo de las Sombras. Incluso Drick fue rechazado con un rápido movimiento de cabeza. El Hombre Negro concentraba todos sus esfuerzos en Jarles que parecía hinoptizado, intentando obtener de él un breve informe sobre los acontecimientos recientes que habían agitado a Megatheopolis.

Jarles abría el último cerrojo, cuando el Hombre Negro notó que la expresión rígida del sacerdote, dos veces renegado, empezaba a transformarse. Parecía un hombre que se recobra de los efectos de una droga narcótica.

Vacilante, hundido y agobiado, como un hombre que empieza a darse cuenta de los enormes crímenes que ha cometido y que debe expiar, Jarles declaró:

—Puedo llevaros al lugar donde se encuentran prisioneros los sacerdotes Fanáticos. Podemos intentar liberarles y apoderarnos del Santuario.

El Hombre Negro se sentía casi tentado a hacerlo. El duelo con Deth le había predispuesto para una aventura de este tipo.

Pero las varas de la ira no eran armas para los brujos, se recordó a sí mismo. Asmodeo había apostado por el terror y, por lo tanto, solamente con el terror podía ganarse la apuesta.

Jarles habló de nuevo. El Hombre Negro tuvo la impresión de que Jarles buscaba la solución a algún problema que se albergaba en lo más recóndito de su conciencia.

—Si lo deseas —dijo—, puedo intentar asesinar al Jerarca del Mundo, Goniface.

—¡En absoluto! —respondió el Hombre Negro, todavía indeciso sobre si podía o no tratar a Jarles como a un hombre en sus cabales—. Contra Goniface tenemos previstas otro tipo de operaciones muy distintas. Si al menos supiera dónde está Sharlson Naurya…

—Está tendida en una cama en mi apartamento —dijo Jarles—, bajo la influencia de un rayo paralizador.

El Hombre Negro le miró detenidamente. Empezaba a comprender el increíble cómplice que había encontrado en Jarles y brevemente como un hombre que de repente, comprende que lo increíble y lo inevitable son, a veces, lo mismo. Tenía que confiar en Jarles, porque aquella noche Jarles era la personificación del más ciego destino.

—Vuelve a tu apartamento —ordenó a Jarles—. Despierta a Sharlson Naurya y dile que empezamos las acciones contra Goniface, como se había planeado. Ayúdala para que pueda llegar a los alrededores del apartamento de Goniface y traed con vosotros al familiar de Goniface y al tuyo propio.

Después se dio la vuelta e indicó a las brujas y a los hechiceros que le siguieran.

19

Rodeado de una pequeña escolta, Goniface volvió al Centro de Comunicaciones. Acababa de realizar una rápida visita a los diversos puntos de control en el Santuario. Aquella noche, el Consejo Supremo se reuniría en el Centro de Comunicaciones y él debía estar allí. Mantener un contacto directo con los acontecimientos era uno de los principios esenciales de acción del Jerarca del Mundo.

Desde su Puesto Principal de Observación, a mucha mayor altura que el resto de instalaciones del Santuario, había visto una pequeña forma negra —probablemente una de esas invenciones diabólicas que habían aparecido durante el Gran Jubileo— que se lanzaba, zumbando como una avispa, contra la imagen del Gran Dios que había encima de la Catedral. Era como un pequeño y frágil avión que atacara a un gigante. Una y otra vez contempló cómo evitaba, gracias a inesperados giros y acrobacias, el rayo azulado que emitía el fulminador que el Gran Dios tenía en la mano.

Aquella pequeña sombra que revoloteaba era como una bandera negra de rebelión para los fieles que aquella noche desafiaban las inmutables y casi eternas reglas del toque de queda. La gran muchedumbre que se había alzado durante el Gran Jubileo, se había convertido en pequeñas bandas que erraban por las estrechas callejuelas y atacaban a las patrullas de la Jerarquía o les tendían emboscadas. La brutalidad campesina, reprimida durante generaciones, tenía algo de abominable que además se veía aumentado por la creencia de que se habían unido a las fuerzas del Señor del Mal y, por ello, se sentían liberados de cualquier tipo de moderación o control. Los pocos sacerdotes y diáconos que habían sido capturados habían tenido una muerte atroz.

Una de las estratagemas que no había tenido éxito había sido el intento de atraer a una patrulla hasta una casa llena de materiales

inflamables y quemarles vivos allí dentro. Haciendo gala de una sorprendente ingenuidad, otra banda, compuesta por miembros de los oficios de tipo mecánico, había construido una catapulta y la había instalado en la Calle de los Herreros. Incluso habían llegado a lanzar algunos adoquines contra el Santuario y había aplastado a un sacerdote del Primer Círculo, pero, muy pronto, un ángel les había descubierto y había destruido aquella primitiva artillería.

Un poco más tarde, Goniface había visto como la demoníaca invención volante intentaba un viraje demasiado cerrado. Pese a ello, no había logrado evitar el rayo azul del fulminador y había explotado, finalmente, en una llamarada incandescente, precipitándose sobre la Plaza. Pero al abandonar el Puesto Principal de Observación, vio que otro murciélago negro tomaba el relevo del caído.

La Central de Energía informaba de que todo iba bien. Las baterías atómicas que proporcionaban energía a todo el Santuario, producían fácilmente el exceso de potencia que requería la crisis. La moral de los sacerdotes del Cuarto Círculo que la custodiaban y la de su jefe de Séptimo Círculo, parecían buenas.

El Centro de Control de la Catedral, en el que los Fanáticos habían boicoteado el Gran Jubileo pocas horas antes, también parecía funcionar de forma satisfactoria.

En el Centro de Control del Santuario, muy cerca del Centro de Comunicaciones, había sucedido un incidente desagradable. Poseído de una extraña crisis mental, más sorprendente aún por el hecho de que al principio no mostrara ningún síntoma externo, el Maestro de Cerrojos y Puertas había empezado a activar y abrir todas las rejas de las principales entradas al Santuario. Su acto había pasado desapercibido fácilmente. Fue Goniface el primero en darse cuenta de la disposición reveladora de los indicadores en el panel de control de Cerrojos y Puertas. Cuando el sacerdote comprendió que había sido descubierto, balbuceó incoherentemente una extraña historia: Satanás le había amenazado con algo horrible y atroz si no obedecía determinadas órdenes. Al parecer no se trataba de un verdadero traidor, por lo que podía deducir de su confusa historia. Durante varias semanas se había visto asediado por extrañas manifestaciones que se le aparecían cuando se encontraba solo. Afirmaba que, desde muy niño, se había sentido aterrorizado por un miedo fantástico: bolas de fuego iban a quemarle el cráneo y a destruir su cerebro. Ese temor había sido una minúscula sombra y lo había olvidado en los últimos años, pero de repente, había empezado a ver pequeñas bolas de fuego que flotaban, moviéndose a su

alrededor y que le hablaban con voz humana, amenazándole con quemarle el cerebro si no realizaba determinadas acciones.

Goniface ordenó que fuera sustituido por una persona competente, pero el incidente le dejó un regusto desagradable. Tipificaba demasiado bien la insidiosa estrategia de la Brujería. Los Fanáticos se habían movido libremente entre los sacerdotes leales y habían tenido acceso a los informes recopilados sobre prácticamente todos los miembros de la Jerarquía. Dos de los miembros del Control de Personal eran Fanáticos y por eso habían podido descubrir los secretos y los temores ocultos de cada sacerdote. El telesolidógrafo e instrumentos similares les habían permitido hacer realidad esos temores.

Sí, pensó Goniface, el miedo es el arma secreta de la Brujería y la única realmente peligrosa. Los demás peligros eran secundarios. El ataque contra los santuarios fracasaría, ya que la Jerarquía era muy superior desde el punto de vista militar. La rebelión de los fieles había causado una confusión considerable, pero ellos nunca lograrían invadir los santuarios al igual que una banda de monos no conseguiría conquistar una ciudad amurallada.

Pero el miedo, el miedo era un tema preocupante. Goniface escrutó los rostros que le rodeaban en busca de signos de temor. Era imposible que la Brujería atacara a todos los miembros de la Jerarquía utilizando un terror individualizado. Para ello habría sido necesaria una organización tan amplia como la de la misma Jerarquía. Debía existir un medio rápido y seguro para averiguar quiénes entre los sacerdotes eran víctimas de un ataque de ese tipo. Podría ponerse en práctica si se dispusiera del tiempo necesario, pero tendría que hacerse al día siguiente y antes de eso, la Jerarquía tenía que sobrevivir aquella noche.

Goniface despidió a su escolta y entró en el Centro de Comunicaciones a través de la galería. Una vez en la sala, no se sentó en seguida sino que aguardó un momento en el umbral de la puerta. Su retorno no fue advertido inmediatamente, a causa del incesante torbellino de actividad.

El Centro de Comunicaciones era como un cerebro. El nivel inferior estaba ocupado por múltiples paneles de comunicaciones ante cada uno de los cuales se hallaba un sacerdote. Otro grupo de sacerdotes coordinaba y verificaba las informaciones que provenían de la red mundial de santuarios. Esta información aparecía después en un mapamundi que ocupaba toda una pared ligeramente cóncava, situada en el lado opuesto de la galería. Desde ella, los miembros del Consejo

Supremo examinaban el mapamundi, recibían información adicional de secretarios, mensajeros y pantallas individuales de televisión y después tomaban las decisiones. Cada arcipreste era responsable de un determinado sector de la Tierra. Las órdenes eran transmitidas inmediatamente a los sacerdotes del Estado Mayor del Centro de Comunicaciones que estaban sentados frente a la galería. Estos las comprobaban y las pasaban al grupo de sacerdotes que se encargaba de transmitir los mensajes.

El Consejo Supremo y el Estado Mayor del Centro de Comunicaciones cooperaban admirablemente y los roces eran mínimos. Algunos de los arciprestes formaban parte del Estado Mayor. Aquella noche, el hermano Jomald era el Jefe de Comunicaciones y, en ausencia de Goniface, ejercía la autoridad suprema.

Todo se realizaba en un silencio casi absoluto, gracias a un sutil código de gestos semejante a un lenguaje. También se utilizaban audífonos, transmisores y mensajes escritos y proyectados en el televisor, como en los viejos tiempos.

En el otro extremo de la amplia sala se agrupaban grandes pantallas de televisión, una por cada ciudad importante.

Sin embargo, era precisamente el gran mapamundi el que dominaba el Centro de Comunicaciones y le daba un carácter especial. Casi parecía tener vida, con aquellas luces de brillantes colores proyectadas desde el otro lado de una pared translúcida. Y, en efecto, si uno se fijaba con detalle en la región medio en sombras que cubría la mitad del mapa, se podía distinguir un leve movimiento. Aquella región del mapa representaba la noche. Lentamente, el límite delantero avanzaba cubriendo tierra y océanos y tragándose los puntos que representaban los Santuarios. Lentamente también, el límite posterior iba retirándose, dejando nuevos puntos a la luz. Megatheopolis, en el centro del mapa, se encontraba también en ese momento, en el centro de la deslizante alfombra de sombras.

La mayor parte de los puntos invadidos por las sombras eran de color escarlata. La mayoría de los que dejaban la zona oscura eran de color negro. Ello indicaba que esos santuarios habían dejado de comunicar, que habían sido abandonados o que habían caído en manos de la Brujería.

Más de la mitad de los puntos más pequeños que representaban los santuarios rurales, eran de color negro. Todos los puntos de mayor tamaño mantenían su color escarlata.

Goniface estudió el mapa con mayor atención y percibió los minúsculos símbolos en forma de alas de color azul que representaban los escuadrones de ángeles, los símbolos negros en forma de ala de murciélago que se habían improvisado para indicar los ingenios demoníacos y otros en forma de lobo gris que indicaban las regiones asediadas por proyecciones telesolidográficas y todos los demás pictogramas simbólicos indicados en el mapa.

Goniface frunció el ceño. Sin ningún género de dudas, la Brujería había ido avanzando y lo había hecho con rapidez. Le parecía notar una mejor coordinación en las fuerzas enemigas, un plan de campaña más unificado. Se aprovechaban inteligentemente de que el escaso número de escuadrillas de ángeles de la Jerarquía no podían patrullar en todas las ciudades.

Al día siguiente aterrizaría la nave procedente de Luciferópolís que transportaba cincuenta escuadrillas de ángeles y, además, un cierto número de arcángeles y serafines, de los que en ese momento no disponían. Pero eso sería a la mañana siguiente.

Goniface avanzó hacía el centro de la galería y ocupó su puesto, más bien molesto que halagado por el rumor que suscitaba su llegada. Todos eran demasiado conscientes de su presencia. Deberían estar más concentrados en el trabajo que hacían.

El Jefe de Comunicaciones ocupaba un asiento en la galería que estaba justo debajo de donde se sentaba el Jerarca del Mundo. Desde allí, el hermano Jomald empezó a darle cuenta de los acontecimientos más recientes. Pero Goniface, que sabía ya la mayoría de ellos por su inspección del gran mapa, le hizo una señal para que esperara. Después hizo una observación a los secretarios:

—Ordené que fueran a buscar a Deth. Debería estar aquí.

—Le estamos buscando por todas partes, pero no hemos podido contactar con él.

—¿Y Jarles, el sacerdote del Cuarto Círculo? —continuó—. También dije que fueran a buscarle.

—Lo estamos haciendo, Señor.

Sin embargo, Goniface tuvo que apartar aquellas preocupaciones de su mente. Ahora que su llegada había sido advertida, los arciprestes y los miembros del Estado Mayor se precipitaban hacia él para darle informes sobre los sectores que se hallaban en situación crítica y para pedirle su opinión. Los secretarios de Goniface estaban desbordados, tratando de seleccionar las informaciones para presentarlas al Jerarca

del Mundo.

—Mesodelfos está invadido por la oscuridad. ¿Debemos destacar como refuerzos la mitad de las escuadrillas de ángeles de Arqueodelfia?

»Eleusis anuncia que ha descubierto y capturado un telesolidógrafo. ¿Deseáis conocer detalles sobre su construcción?

»Hierópolis: avería en las baterías eléctricas. ¿Podemos suministrarles energía desde algún otro punto, o enviamos técnicos para que supervisen las reparaciones?

» La Facultad del Sexto Círculo de Olimpia nos envía un mensaje urgente por el canal de comunicaciones privado. Advierten que el Personal de Control de Olimpia está siendo mentalmente influenciado por la Brujería. ¿Hay instrucciones?

»El Santuario Rural número 127, en el Sector del Asia del Este, informa sobre la misteriosa caída de dos ángeles. Dicen haber visto una enorme forma de murciélago. ¿Es necesario alertar a todos los ángeles del sector?

»La nave de apoyo de Luciferópolis ha establecido contacto. Llegarán aproximadamente al alba, hora de Megatheopolis. ¿Deben aterrizar en el enclave habitual?

Demasiadas noticias. Demasiadas peticiones de opinión. Una y otra vez, ya fuese dirigiéndose a la sala o a la pantalla del televisor, Goniface hacía un gesto breve con la mano, con la palma en alto, que significaba: «Actúe a discreción. Use su propio criterio.» Tendrían que haber sabido decidir por su cuenta y evitar pedir consejo sobre temas como aquéllos, pero el hecho de ser el Jerarca del Mundo provocaba que los demás estuvieran ansiosos de su aprobación. Incluso para un hombre tan eficiente como Jomald la situación resultaba difícil. Todos tenían una actitud servil ante Goniface y sus opiniones.

Sin embargo, contestó a la última pregunta:

—Ordenad a la nave de apoyo de Luciferópolis que aterrice a la vista de todos, detrás del Santuario de Megatheopolis, en el Brezal Condenado y que se preparen para proporcionar una ayuda inmediata.

Goniface se preguntaba si la Jerarquía estaría envejeciendo, al propio tiempo que otra parte de su mente estaba inmersa en el ajetreo del momento. ¿Perdía el clero su vigor, la austera fuerza de voluntad, la fría alegría de gobernar? Le parecía que, por todas partes, se podía detectar una tendencia anómala a la negligencia, a la debilidad y al escapismo; como si la mayoría de sus compañeros continuaran empujados tan sólo por la costumbre y la presión social. Con cierta

perversidad de su parte, se sentía molesto por el hecho de que ya no percibía a su alrededor los odios y la amarga rivalidad de siempre. El Consejo Supremo ya no era como en los viejos tiempos, cuando cada arcipreste intentaba aumentar su prestigio y autoridad y cuando cada sesión se convertía en un duelo de inteligencias. Ya habían sido superados aquellos días de luchas feroces para acceder al poder que habían sido una de las principales fuerzas motrices de la Jerarquía. El líder de sus rivales, Frejeris, estaba fuera de juego, prácticamente como si estuviera muerto y sabía que incluso el más fuerte de los jefes Realistas, había abandonado sus planes para suplantarle. De modo que todos le aceptaban como superior. Estaba sentado en el trono del Jerarca del Mundo y nadie quería apoderarse de él.

Era extraño que fuera precisamente en Jarles, el agente traidor a su propia causa, en quien Goniface había notado por última vez una rapacidad y una voluntad parecidas a las suyas propias, aunque fuesen más rudas y algo ingenuas. Deseaba ver llegar a Jarles, sentir el efecto vigorizante de saber que un traidor frío y joven se hallaba ante él, a su lado, envidiándole. Quizá, después de aquella crisis, el hermano Dhomas pudiese crear nuevas personalidades de esa clase para reemplazar la vitalidad animal y el egoísmo sin piedad que la Jerarquía había perdido.

¡Quizá fuesen imaginaciones enfermizas! Y también ridículas y peligrosas durante la presente crisis en la que la disciplina y la obediencia eran esenciales. A pesar de todo, aquel asunto seguía preocupándole profundamente.

Goniface se dio cuenta de que el asiento que estaba a su izquierda, aquel que siempre había ocupado Sercival, estaba vacío. Con impaciencia hizo señales a otro arcipreste para que lo ocupara. Era contraproducente para la moral tener presente al enemigo que tan recientemente había sido descubierto entre ellos.

Y pese a todo, tan pronto como el arcipreste obedeció la orden, se preguntó si había hecho bien en darla. Algo en su mente le impelía a intentar transformar la gruesa cara de aquel hombre en las facciones de halcón del enjuto rostro de Sercival. Para él, el asiento seguía estando vacío…

¿Qué era lo que realmente perseguía Sercival—Asmodeo? Goniface habría dado cualquier cosa por haber podido oír una respuesta a su última pregunta. ¿Por qué había ayudado a Goniface a obtener el poder supremo? ¿Había llegado a prever ese sentimiento de inutilidad que se había apoderado de Goniface una vez conseguidos sus objetivos

personales? ¿Y la decadencia estéril de aquella obediencia servil que empezaba a minar a los miembros de la Jerarquía?

Y sobre todo, ¿por qué Sercival había muerto manteniendo la estúpida pretensión de creer en lo sobrenatural? ¿Se trataba de un viejo senil y chocho, a pesar de todo? ¡Imposible! El líder de la Brujería había demostrado ser un hombre con sorprendente energía, audacia y recursos. Había que pensar que Sercival había actuado así para mantener el prestigio de la Brujería y que en sus últimos momentos había hecho un esfuerzo final para quebrantar el escepticismo del Consejo Supremo. Sin embargo, la experiencia de Goniface le decía que los hombres moribundos no hacían esa clase de cosas no, al menos, no lo hacían tan bien como Sercival.

¡El hombre había sido tan diabólicamente sincero! «Satanás…, recibe…, mi…, espíritu», ¡y eso era todo! ¿Era posible que Sercival creyera en sus propias palabras, *que tuviera una razón para creer en ellas?* Pese a todo, para las mentes realmente escépticas, las fuerzas diabólicas podían ser, al igual que los electrones desprovistos de alma, los elementos constitutivos del cosmos. Ninguna hipótesis, por fantástica que pudiera parecer a primera vista, debía turbar a una mente realmente escéptica. Eran la evidencia y las pruebas las únicas que debían decidir.

¿Y si Sercival hubiera descubierto pruebas ocultas a la mayoría de los hombres? ¿Y sí, bajo la mascarada científica de la Brujería —que parecía idéntica a la mascarada científica de la Jerarquía — hubiera algo más? La mascarada no probaba nada. No existía ninguna razón que impidiera a las fuerzas diabólicas hacer uso, alguna vez, de esa mascarada para lograr sus objetivos.

Las noticias que llegaban de Neodelos apartaron de la mente de Goniface aquellos confusos pensamientos. La situación había llegado a un punto crucial. La mitad de los sacerdotes de Neodelos se hallaban paralizados por el pánico o por sutiles manifestaciones de temor. Unos fantasmas horribles se paseaban por los pasillos y voces invisibles proferían aterradoras amenazas.

Neodelos era la primera de las ciudades importantes en la que se había llegado al enfrentamiento final con la Brujería. También era la primera ciudad en la que se iba a experimentar la contraofensiva ideada por Goniface. Todos los sacerdotes del Centro de Comunicaciones, además de atender a su propio trabajo, podían conocer los mensajes que aparecían a breves intervalos en el televisor de Neodelos, en el extremo de la sala. Las emociones variaban en función del contenido de esos

mensajes.

—El Centro de Control de Neodelos llama al Centro de Comunicaciones. La Central de Energía local informa de la existencia de problemas. Dos técnicos se hallan incapacitados. Pedimos detalles…

»Informe de un mensajero: El Centro de Control de la Catedral local se halla invadido por manifestaciones de algún tipo. No dispongo de su descripción, excepto que unas sombras con forma humana acompañan a los fantasmas. Los técnicos han huido.

»Hemos ordenado contraataques limitados, de acuerdo con las instrucciones recibidas. No podemos establecer contacto con la Central de Energía. Los diáconos que intentan recargar las varas de la ira no logran llegar a la armería.

»Fallo de potencia. Hemos conectado las reservas. Informe de un mensajero: las invenciones diabólicas aterrizan en el Puesto Principal de Observación.

»Seguimos sin poder establecer contacto con la Central de Energía. Malestar en el Centro de Control. Tres sacerdotes víctimas de crisis.

»Las luces fallan. Prevemos un fallo general en la energía. El Centro de Control está atestado de sacerdotes que llegan huyendo del pasillo exterior.

»Oscuridad completa. Trabajamos con linternas de bolsillo. Hemos dado la orden de un contraataque general. Se abren las puertas del Centro de Control. Unas formas grises…»

De pronto, el panel de Neodelos se apagó.

Este último mensaje sumió al Centro de Comunicaciones en un pesimismo casi tangible. Goniface podía notar una oleada de fatal resignación entre los sacerdotes. A pesar de que las operaciones seguían sin interrupción, era visible una prisa y una agitación frenéticas, una atmósfera de desesperación.

—¡Centro de Control de Neodelos llamando al Centro de Comunicaciones! ¡Los contraataques en el Centro de Control y en la Central de Energía han tenido éxito! Numerosos brujos muertos. Los restantes han huido. La Central de Energía informa de sabotajes realizados por los brujos, pero todavía funciona una batería atómica. No tenemos noticias del Centro de Control de la Catedral ni del Puesto Principal de Observación. Continúan las escaramuzas. Enviaremos nuevos informes a medida que vayan llegando.

En el Centro de Comunicaciones, este mensaje tuvo un efecto parecido a la suspensión de una condena de muerte. Fue como si, de

repente, los parasimpáticos fluyeran por la sala. El gran punto negro que representaba a Neodelos en el mapamundi parpadeó y rápidamente se convirtió de nuevo en escarlata.

Hasta cierto punto Goniface estaba satisfecho. La contraofensiva parecía eficaz. Era muy simple y se basaba directamente en un hecho central. Mientras la Jerarquía dispusiera de los principales puntos de control en los santuarios importantes, especialmente en las centrales de energía, no sería vencida. La Brujería, por más centrada que estuviera en las armas psicológicas, en algún momento debería intentar tomar posesión efectiva de esos puestos de control, una vez lograra aterrorizar a los sacerdotes que los defendían. A partir de ese momento, el personal de la Brujería se haría vulnerable a los contraataques o emboscadas por parte de una *segunda línea secreta de defensores*, para los que la Brujería no había previsto el empleo del terror.

El plan parecía funcionar en Neodelos.

Pese a ello, mirando a su alrededor, escrutando los rostros sombríos de los sacerdotes del Centro de Comunicaciones, Goniface sintió que algo faltaba. Aunque se habían sentido visiblemente reconfortados por el resultado de la lucha en Neodelos, Goniface notaba que en lo más profundo de aquellas almas existía una decepción, como si hubieran deseado que Neodelos cayera, como si desearan que la propia Jerarquía fuera destruida; una sensación de una cierta fatiga y terror.

Casi en forma confusa, en un segundo nivel, tras los pensamientos conscientes, Goniface comprendió que acababa de asistir al último gran triunfo de la Jerarquía.

Aunque todo parecía estar ahora a su favor —la victoria completa parecía a su alcance— eso no cambiaba nada. Después de unos inicios discretos y dubitativos, la Jerarquía se había alzado por fin, para enfrentarse al desafío lanzado por la Brujería. Sin embargo, eso tampoco alteraba en nada la situación. Victoria o derrota, el gran momento ya había pasado. La Jerarquía, la forma de gobierno más perfecta que nunca había tenido el mundo, empezaba a declinar. Quizá todavía se alzarían hombres ambiciosos, quizá todavía surgirían rivalidades en busca del poder personal, pero se trataría de ambiciones de segunda fila, de rivalidades secundarias.

Había visto cómo se esfumaba el último gran momento e, incluso, ese mismo momento había tenido un carácter espasmódico y desesperado, algo que se convertía en irreal en el mismo momento de haber sucedido, como el último ataque de un carnívoro moribundo, o el

último esfuerzo físico de un hombre antes de resignarse a la vejez y a una utilización más ponderada de sus recursos.

Inevitablemente, aunque siempre en un segundo plano de pensamiento, Goniface acabó dándose cuenta del paralelismo entre su propia carrera y el destino reciente de la Jerarquía. Sin ninguna duda, su propia carrera había revestido características espasmódicas y de desesperación y, ahora, mirando hacia atrás, empezaba a parecerle algo fantásticamente irreal. Un miserable chaval, hijo de una Hermana Caída y un sacerdote, obligado a tomar el nombre de su madre, Knowles, desterrado para siempre de la Jerarquía, el más despreciado entre los despreciados. Knowles Satrick, en apariencia un ser débil que se mantenía apartado del mundo al igual que podría haber hecho el hijo de un fiel. Un ser que sentía un odio atroz por su familia y sobre todo que odiaba sobremanera a su madre que le había traicionado por el mero hecho de traerle al mundo y que en su vida sólo había recibido desprecios. Sin embargo, en el corazón de ese miserable muchacho ardían una ambición y un rencor tales que se habían transformado en su destino. Una y otra vez había asesinado para mantener escondido su pasado, pero no se trataba de crímenes ordinarios, era como si el mismo destino hubiera mezclado el veneno o empuñado el puñal, ya que la ambición nunca le había abandonado. Después de llegar a ser un novicio de la Jerarquía en Megatheopolis, había ascendido en sus filas a una velocidad vertiginosa. Del Primer al Segundo Círculo, del Segundo al Cuarto, del Cuarto al Séptimo y de ahí al Consejo. Y con cada ascenso, su ambición y su resentimiento se habían apaciguado un poco, pero nunca habían disminuido.

No era la forma en que un hombre llega al poder en un estado sano y vigoroso. Era más bien, como el cumplimiento de una vieja y tenebrosa profecía, como el avanzar furtivo e inexorable de un asesino.

Y ahora que había alcanzado la cima, ahora que había llegado a crear para sí mismo un nivel más alto que nunca antes había existido —Jerarca del Mundo—, todavía sentía ese deseo devorador de subir más alto, a pesar de que el siguiente peldaño de la escalera fuera sólo el vacío. Miraba hacia abajo y no había nadie que intentara auparse hasta él, ningún sucesor ambicioso con quien luchar. Incluso la Brujería estaba siendo vencida.

Seguía todavía en aquel segundo nivel de sus pensamientos que ahora intentaban ascender para enfrentarse a los pensamientos de la superficie, pero inevitablemente, Goniface volvía a pensar en sí mismo, volvía a recordar sus comienzos, como intentando completar un

misterioso círculo. Una fuerza irresistible le traía recuerdos de un período de su juventud, de un tiempo que creía haber borrado totalmente de su memoria. Pensó en su madre, aquella criatura rencorosa, irresponsable y terriblemente soñadora; en el imbécil de su medio hermano, pero sobre todo en su joven hermana Geryl. Era la única que se parecía a él en todo, en su carácter sombrío y en su ánimo decidido. Quizá, aún estuviera con vida. Había notado un parecido convincente en el solidógrafo de aquella bruja, Sharlson Naurya y sintió una cierta satisfacción al pensar que la muchacha pudiera haber escapado por milagro, a la trampa asesina que Goniface le había tendido y que hubiera consagrado toda su vida a lograr la caída del Jerarca del Mundo. La misma clase de satisfacción que le proporcionaban los celos y la envidia de Jarles.

Knowles Satrick. Knowles Satrick. El nombre se repetía en su mente, como una voz surgida del abismo del tiempo. Vuelve, Knowles Satrick. Has llegado tan lejos como era posible. Vuelve. Completa el círculo.

La voz parecía extrañamente real y aquel nombre poseía resonancias hipnóticas, como un foco luminoso que parpadeara en medio de la oscuridad más absoluta y parecía grabarse en su mente en letras negras y arcaicas, una y otra vez. De repente, con un sobresalto violento, como el de un hombre adormilado, se dio cuenta de que el primer secretario le estaba hablando.

—El Centro de Control del Santuario desea contactar. Hay dos comunicaciones distintas. Creo que preferiréis atenderlas personalmente. ¿Puedo pasarlas a vuestro televisor?

Goniface asintió. El rostro familiar del Jefe de Control del Santuario apareció en la pantalla. Parecía preocupado y confuso.

—Hemos encontrado al Primo Deth. Hemos descubierto su cadáver en la prisión auxiliar. Su cara estaba totalmente quemada, pero la identificación es segura. También algunos guardias han muerto fulminados por rayos de la ira y el resto estaban paralizados. Las celdas están vacías. No hay ni rastro de los prisioneros.

Por un momento, Goniface sintió tan sólo cansancio, como si ya hubiera sabido todo aquello desde hacía mucho rato. «Deth se ha ido, Knowles Satrick», parecía decir la voz. «El pequeño diácono ya no sonreirá con crueldad a tus enemigos, pero eso poco importa. Ha desempeñado su papel. Ya no le necesitas. Ya tienes lo que deseabas y ya no puedes ir más lejos. Tan sólo te queda la posibilidad de volver

hacia atrás. Knowles Satrick. Volver.»

La voz produjo en él un efecto de lo más extraño, como si tirara de él, como si le condujera por una dirección determinada, tal vez hacia atrás en el tiempo. Con un gran esfuerzo acabó de despertarse del sopor. ¿Así que los prisioneros se habían escapado del Santuario? Esta era la explicación de por qué el plan de ataque de la Brujería había estado mejor coordinado en la última media hora. Habían recuperado una parte de sus líderes. ¿Pero qué importancia tenía eso? La Jerarquía estaba venciendo en Neodelos. Estaba derrotando a la Brujería a pesar del retorno de sus jefes.

Goniface se dio cuenta de que estaba a punto de hacer una pregunta al Jefe de Control del Santuario.

—¿Alguna noticia acerca de Jarles, el sacerdote del Cuarto Círculo?

La expresión en el rostro del televisor se turbo aún más.

—Sí, Suprema Eminencia, y por una coincidencia inesperada. Uno de los guardias ha sido reanimado y ¡afirma que ha sido precisamente Jarles quien ha organizado la evasión! Os proporcionaré la versión de los demás en cuanto sea posible.

La pantalla se apagó. Goniface había puesto fin a la conversación. No sentía resentimiento hacia Jarles por su traición, ni siquiera hacia sí mismo por haber confiado demasiado en el trabajo del hermano Dhomas; tan sólo una ligera decepción.

«Jarles también se ha ido», decía la voz interior. «Pero ¿qué importa? Todos se han ido, o han dejado de tener importancia. Nada tiene ya importancia. Vuelve. Knowles Satrick. Completa el círculo».

Aunque esos pensamientos ocupaban toda su mente, excepto la parte más superficial, seguía atento a las noticias, estudiaba el mapamundi, impartía órdenes y daba o rehusaba consejos. Los asuntos de la Jerarquía le parecían muy lejanos, triviales, como si la Jerarquía caminase por un sendero paralelo en el tiempo y ajeno a él. Solamente el misterio de su destino personal parecía tener algún significado. Knowles Satrick. Knowles. Seguiría con entusiasmo a aquella voz, si pudiera saber hacia dónde le empujaba y si se tratara de una dirección que un hombre pudiera seguir.

La cara de un sacerdote de los niveles inferiores le llegó a través del televisor. Recordó vagamente que el secretario había mencionado una segunda comunicación, procedente del Centro de Control del Santuario. A una señal de Goniface, el sacerdote inferior retrocedió con precipitación. Después, como si temiese que su gesto fuera interpretado

como una afrenta, balbuceó unas disculpas precipitadas.

—Excusadme, Suprema Eminencia. Pero estaba seguro, a pesar de lo que me habían dicho, de que Vuestra Suprema Eminencia no podía hallarse en el Centro de Comunicaciones. Controlo las comunicaciones de la parte del Santuario en la que se encuentran vuestros apartamentos y durante los últimos minutos he recibido mensajes que provenían de allí. Previamente había tenido el honor de hablar con Vuestra Suprema Eminencia y estaba seguro de haber reconocido vuestra voz, a pesar de que la conexión no era totalmente satisfactoria…

—¿Qué mensajes? —preguntó Goniface.

—Esto es lo más extraño de todo, Eminencia. Tan sólo un nombre, repetido una y otra vez. El nombre de un fiel: Knowles Satrick.

Para Goniface, en su estado de trance, esta coincidencia aterradora no le pareció ni coincidencia ni aterradora. Era algo que, según le parecía ahora, ya había previsto que sucedería. ¿Así que la voz simplemente le estaba llevando hacia sus propios apartamentos? Había esperado un viaje más largo.

Sin embargo, lo que le sorprendió fue el tono despreocupado de su propia voz, al preguntar:

—¿Dices que has oído mi voz procedente de mis apartamentos? ¿Y no has visto mi cara en la pantalla del televisor?

—No, Vuestra Suprema Eminencia, pero vi otra cosa que me sorprendió mucho. Voy a retransmitíroslo si todavía es posible.

El rostro del sacerdote inferior desapareció y por un momento la pantalla quedó a oscuras. Después Goniface se encontró viendo su propio apartamento. Dispuesto de tal manera que casi ocupaba toda la pantalla del televisor, había un trozo grande y rectangular de papel de color grisáceo, como el que utilizaban habitualmente los fieles. En él eran visibles las mismas letras arcaicas que había visto impresas en su mente: Knowles Satrick.

Goniface se levantó e hizo una señal al hermano Jomald para que tomara temporalmente el mando. Se sentía muy tranquilo y le parecía lo más natural del mundo el acudir a sus apartamentos para ver lo que estaba escrito al otro lado del papel. Más que natural. Inevitable. Decidido por el destino.

Su escolta se levantó para acompañarle cuando atravesó la puerta de la galería, pero Goniface negó con la cabeza. Era su viaje privado y no quería a nadie junto a él. Mientras avanzaba solo por los pasillos, se sentía como si estuviera en una corriente temporal diferente que la de

los sacerdotes que se apresuraban a su alrededor con los rostros severos y el ceño fruncido. Una corriente de tiempo que le hacía retroceder al pasado.

«Vuelves atrás, Knowles Satrick. Completas el círculo. El viaje ha sido largo, Knowles Satrick, pero al final estás yendo a casa.»

Goniface entró en sus apartamentos que estaban en una semioscuridad y tomó el papel gris que había ante el televisor. La cara posterior estaba en blanco.

Entonces levantó los ojos. Había una mujer de pie, en el umbral de la puerta que daba a los aposentos interiores. Iba vestida con la túnica ordinaria, tejida a mano como la de los fieles y a pesar de la oscuridad pudo verla claramente, como si brillara ligeramente. Era la bruja Sharlson Naurya y —ya que ahora no podía negar el exacto parecido— era también su hermana Geryl.

Por un momento el estado de trance le abandonó y fue reemplazado por un estado de fría alerta. En nombre de la Razón, ¿qué era lo que había hecho? Se había metido en una trampa de la Brujería.

Su antigua naturaleza resucitó y Goniface estuvo a punto de sonreír. ¿Así que ésta era la forma en que la Brujería pretendía asustarle y hacerle ceder? Una trampa, en efecto, una trampa psicológica, pero no lo bastante buena.

Un rayo violeta surgió de su mano extendida y durante un momento terrible la silueta pareció invulnerable. Después el tejido se inflamó, la cara palideció y como una sombra sin forma que se disolvía, cayó hacia atrás, en el aposento interior, fuera de la vista de Goniface que notó el olor de carne quemada.

Por un momento experimentó la intensa sensación de un gran triunfo personal. Era como si hubiera derrotado a su propio pasado que hubiese vuelto para devorarle. Había realizado el último asesinato, tardío, pero de una vez para siempre. Su pasado había muerto para siempre. La voz que todavía parecía empujarle hacia el pasado ya no tendría ningún poder sobre él.

Pero casi en ese mismo momento, se dio cuenta de que su victoria era algo irreal, que era su Neodelos; el último estallido de su vieja energía. A partir de ese momento, el camino iba hacia abajo, descendía, ya que, franqueando el dintel de la puerta, sin ninguna señal de las llamas que la habían destruido, Geryl volvió a surgir caminando lentamente y vestida con la misma túnica ordinaria y hecha a mano.

Tras de ella, avanzaba una extraña procesión: una vieja decrépita

que cojeaba apoyándose en una muleta, un sacerdote muy anciano cuya papada, antiguamente rebosante, colgaba ahora fláccidamente, un fiel de rostro triste y agrio, algo mayor que Goniface y otro sacerdote y varios fieles, la mayoría de ellos muy ancianos.

«Has completado el círculo, Knowles Satrick. Tu hora ha llegado. Es el fin, aunque podría no haber llegado nunca.»

Aquella procesión silenciosa estaba formada por personas a las que él había asesinado, pero no eran como él las recordaba, como las había visto en el momento de la muerte. Si hubiera sido así habría sospechado un astuto engaño y hubiese encontrado la fuerza para actuar, movido por esa sospecha.

Al igual que Geryl, *todos eran como habrían llegado a ser si hubieran vivido hasta ese día, envejeciendo normalmente*. No se trataba de delgados espectros, sino de fantasmas sólidos de un infierno material, el infierno de esas corrientes temporales alternativas que se arremolinaban y le engullían. No les había matado. Todo había sido cancelado. O les había matado y habían seguido viviendo… en otro lugar.

Asmodeo tenía razón; había en ello algo más que simple mascarada y ese algo más era horrible.

El cortejo le rodeó, formando un círculo en torno a su cuerpo inmóvil junto a la mesa de despacho. Le miraban con frialdad, sin odio.

Goniface se dio cuenta de que los contornos oscuros de la habitación habían cambiado; los núcleos de sombra eran distintos.

En un último destello desesperado de escepticismo, pensó que podía tratarse de proyecciones telesolidográficas diabólicamente bien concebidas. Con un gran esfuerzo que sabía que no lograría repetir, avanzó a ciegas la mano para tocar a Geryl, el fantasma más cercano.

Entonces, Goniface tocó una carne sólida y viva.

El Infierno se cerró en torno a él, como la puerta de una prisión.

A decir verdad, no se sentía invadido por el terror, ni siquiera por sentimientos de culpabilidad —aunque en cierta forma estaba experimentando ambas sensaciones en su grado máximo—, sino que se sentía sumergido en el presentimiento de un destino inexorable, en un abandono completo, por el hecho de encontrarse ante fuerzas que podían anular todos los logros de su voluntad.

Entonces, surgió frente a él un pequeño cuadrado de luz. Tardó un momento en reconocer la cara del hermano Jomald en la pantalla del televisor y otro momento en recordar quién era el hermano Jomald. Incluso entonces era como si estuviera mirando una pintura que se

parecía a alguien a quien había conocido muy bien, mucho tiempo atrás, en otra vida.

—Suprema Eminencia. Hemos estado muy preocupados por vuestra seguridad. Nadie sabía dónde estabais. ¿Quisierais volver ahora al Centro de Comunicaciones? Hay una emergencia.

—Me quedaré aquí, donde estoy —respondió Goniface casi con un tono de impaciencia en la voz. ¡Cuán vano y charlatán era aquel fantasma!— ¡Qué deseáis!

—Muy bien, Suprema Eminencia. La situación en Neodelos vuelve a ser grave. La victoria anterior no ha sido tan decisiva como habíamos supuesto. Después de los primeros éxitos ya no hemos conseguido ninguno más. La Central de Energía vuelve a estar amenazada. Mientras tanto, Mesodelfos y Neotheopolis han sido invadidas. En vista de lo que ha ocurrido en Neodelos, ¿debemos ordenar que se realicen contraataques similares en ambos santuarios?

Goniface recordó con dificultad algunos de los problemas de aquella corriente de tiempo fantasmal en la que la Jerarquía estaba agonizando y le parecieron algo remoto, como si fueran asuntos de otro cosmos.

Levantó los ojos hacia el círculo de rostros marchitos que le miraban. Nadie dijo una palabra, pero todos a la vez negaron con la cabeza. En particular, se dio cuenta de la pequeña sacudida del rostro cansado de su madre, ahora transformado por la edad, lo conocía demasiado bien.

Estaban en lo cierto. La Jerarquía se desvanecía en esa otra corriente temporal, de la misma forma en que él se había desvanecido y era mejor que desapareciera rápidamente.

—Anulad todos los contraataques —dijo, y las palabras fluyeron como por sí solas, casi sin esfuerzo—. Suspended todas las operaciones de este tipo… hasta mañana.

En esa agonizante corriente temporal, el mañana no llegaría nunca.

Después siguió lo que a Goniface le pareció una molesta y aburrida discusión con el fantasma del hermano Jomald, pero Goniface insistió. Le parecía que la caída de la Jerarquía era algo necesario y una consecuencia esencial de su propia caída. También la Jerarquía tenía un círculo que completar; también ella debía volver a sus orígenes.

Y durante todo ese tiempo, detrás de todas las objeciones y oposiciones a Jomald, Goniface notó —vagamente, como si fuera una emoción recordada de otra encarnación— un deseo cansado y

atemorizado de terminar con todas las luchas y tensiones, un sentimiento de agradecimiento porque el final estaba a la vista.

Finalmente Jomald dijo:

—Obedeceré vuestras órdenes, pero no puedo tomar yo solo esta responsabilidad. Debéis hablar al Consejo Supremo y al Estado Mayor.

Y una pequeña imagen del Centro de Comunicaciones llenó la pantalla. Aquellos pigmeos fantasmas parecían estar mirándole a él.

—Anulad todos los contraataques —repitió—. Suspended todas las operaciones de este tipo… hasta mañana.

Resultaba extraño que aquel mundo fantasmal tuviera todavía una vaga existencia y era aún más extraño que el fantasmal nombre de Goniface fuese todavía tan importante en aquel mundo.

Todavía una discusión con Jomald. Después, mensajes regulares y monótonos que anunciaban las derrotas de la Jerarquía. Luego, un pesimismo cada vez más profundo, ante la tragedia de una corriente temporal que agonizaba.

Finalmente, una información terrible e inútil que anunciaba la catástrofe inmediata.

—No podemos establecer contacto con el Centro de Control de la Catedral, aquí en Megatheopolis. El Puesto Principal de Observación informa que el fulminador de la Catedral ya no dispara. No hay contacto con el Puesto Principal de Observación. ¿Debemos ordenar un contraataque?

Goniface levantó los ojos por última vez. Sabía de antemano que la respuesta sería, «No» y que sería él quien debería darla, a una pregunta frenética, pero ya desesperanzada. Esta vez notó en particular, su gesto senil al negar con la cabeza, como el oscilar de un péndulo, del viejo sacerdote, de su primer confesor.

—Problemas en el Centro de Control del Santuario. Fallos de iluminación. Los sacerdotes que llegan para refugiarse en el Centro de Comunicaciones, informan de una oscuridad repleta de ojos que avanza por los pasillos y los engulle. Ni una palabra de la Central de Energía. ¿Debemos contraatacar?

Pero Goniface estaba ya pensando en cómo se parecía su propio destino al destino de la Jerarquía y de todos sus sacerdotes. El que hubieran asesinado a sus familias —y su propia juventud— de hecho, o solamente en sus mentes, no cambiaba nada. Les traicionaban y les abandonaban, les consideraban como muertos para poder disfrutar del poder y los placeres de una estéril clase de tiranos.

—Las puertas caen. Oscuridad. Voy a ordenar…

Goniface no respondió. La pantalla se oscureció, aunque no dejó de funcionar la conexión. Igualmente, en su mente, la corriente temporal murió. Su sentimiento de resignación fue completo.

No sabía que, en lo más profundo de su pensamiento, se agarraba firmemente a la única defensa que todavía le quedaba contra las fuerzas que le habían engullido.

20

La luz del día había vuelto a Megatheopolis, bañando las terrazas del Santuario con un blanco esplendor. Reinaba una atmósfera general de vacío y de aturdido alivio, como cuando después de un violento huracán, los pescadores acuden a la playa para hablar en susurros de la violencia de la tempestad y del daño que ha causado, y después examinan con curiosidad los restos que las olas han traído a la playa y se asombran de la altura a que han llegado las olas la noche anterior.

Un sentimiento parecido era visible en las caras de los fieles que deambulaban en pequeños grupos por las terrazas. No eran muy numerosos porque los vencedores de la noche anterior estaban decididos a mantener el control. Más tarde, los fieles empezarían a alzar la voz, a tocarlo todo y a fisgonear, pero por ahora no tocaban nada y hablaban poco; tenían los ojos y la mente demasiado ocupados.

Seguían encontrándose con sacerdotes que deambulaban al azar, aún más perdidos que los fieles. Cuando eso ocurría, simplemente se hacían a un lado para evitarse mutuamente, sin decir palabra. La mayoría de los sacerdotes llevaban brazaletes negros deshilachados, quizá arrancados de la túnica de un diácono muerto, para indicar que habían cambiado de bando, aunque hasta entonces nadie les había pedido que lo hicieran.

De vez en cuando, un hombre o una mujer atravesaban las terrazas con paso rápido y seguro; era obvio que sabían lo que estaban haciendo. La mayoría vestía una simple túnica de color negro, pero algunos iban vestidos como fieles e incluso como sacerdotes. Algunos llevaban sentado en el hombro su familiar como si se tratase de un mono amaestrado.

Un ligero siseo rompió el silencio; los cuellos se estiraron. Inclinada por encima de las estructuras del Santuario, se veía la cabeza del Gran Dios. Habían construido un pequeño andamio sobre sus hombros y unas

figuras de pigmeos se afanaban trabajando. Se veían también los destellos de pequeñas llamas azuladas.

En la terraza más elevada aparecieron cuatro siluetas. Una de ellas vestida con la túnica escarlata de los arciprestes, otras dos con túnicas negras y la última, una mujer, con un tosco vestido de fiel.

—Sí, es muy sencillo —estaba diciendo Sharlson Naurya; el vacío de después—de—la—tempestad se traslucía en su voz—. No existe una corriente alternativa del tiempo, ningún muerto que haya vuelto a la vida; no es nada de eso. Eso era lo que Asmodeo había preparado contra ti desde hacía mucho tiempo y tuvo éxito, aunque la situación de emergencia ha obligado a hacer algunos cambios. Era tu familiar el que influía en tus pensamientos por telepatía. Igualmente era él quien pronunciaba tu nombre desde tus aposentos. Con una única excepción, las fantasmales figuras que aparecieron ante ti eran proyecciones telesolidográficas, reconstruidas a partir de viejos duplicados solidográficos guardados en los Archivos de Fieles de la Jerarquía. Los efectos del envejecimiento se han obtenido con cuidadosos retoques. Las proyecciones telesolidográficas también se encargaron del cambio que parecía tener lugar en tu habitación.

»Podrías haberte dado cuenta de que se trataba de proyecciones de un solidógrafo, pero me tocaste a mí y viste que era real. Yo me había situado de forma que fuera a mí a quien tocaras. Mis vestidos estaban empapados y mi piel cubierta con un preparado ligeramente brillante para que me pareciera a los demás.

»Notaste que era real y sabías que no podía serlo porque tú mismo me habías destruido con el rayo de la ira. Aquél era el punto más sutil del plan de Asmodeo; él lo decidió todo. Cuando me viste por primera vez, en tu habitación, viste una proyección telesolidográfica y eso fue lo que destruiste. Habíamos preparado una secuencia que mostraba cómo me carbonizaba antes de caer fulminada y el operador la activó en cuanto vio que utilizabas el rayo de la ira. Tú debes de acordarte de aquel lapsus de tiempo.

»Si, por alguna razón o algún error de sincronización, el plan hubiera fallado, te habríamos matado instantáneamente y habríamos adoptado otro plan alternativo, pero era mejor dejarte vivir y utilizar el poder que tienes en la Jerarquía, para poder derrotarla. Eso era mejor que matarte, porque en caso contrario, y tal vez gracias a esa acción, tus amedrentados subordinados podrían haberse liberado de sus temores y haberte sucedido en tus funciones y en el mando supremo. Asmodeo ha muerto, pero la Brujería ha triunfado porque había en ella gentes para

reemplazarle. Precisamente lo contrario de lo que ha ocurrido con la Jerarquía.

Goniface no respondió. Una vez más su rostro era una máscara. Esta vez para esconder el amargo desprecio que sentía de sí mismo. Sin embargo había un consuelo. Sabía que la Jerarquía todavía podía vencer, aunque él no obtuviera ninguna gloria por ello. Casi furtivamente volvió la cabeza para mirar al otro lado de las paredes del Santuario. Allí, lejos de los barrios de los fieles, estaba el Brezal Condenado, una árida extensión gris de muchos acres, en la que no crecía ninguna vegetación. Goniface la contempló con aire pensativo.

—Toda mi vida he estado esperando este momento —oyó que decía Sharlson Naurya. Había un aparente cansancio en su voz—. Toda mi vida he estado cayendo del puente y al mirar hacia arriba veía tu cara y deseaba ver llegar el momento maravilloso en que te podría alcanzar y tirar de ti para que cayeras conmigo. Ahora el momento ha llegado, y no me parece tan importante.

La silueta deformada de un hombre entró en el campo de visión de la muchacha. Ella levantó los ojos. El Hombre Negro alzó la mano en un gesto de saludo. Dickon era el responsable de la deformación en su silueta. Sentado en el hombro de su hermano, imitó el saludo de éste. Su pelaje brillaba en maravillosos tonos rojizos a la luz del sol.

—Acabo de llegar del Centro de Comunicaciones —explicó el Hombre Negro—. Hemos establecido contacto con nuestras fuerzas en la mayoría de ciudades principales. Sólo nos queda terminar con la resistencia de algunas ciudades pequeñas y de algunos santuarios rurales.

Sin ninguna animosidad, pero con franca curiosidad, el Hombre Negro miró a Goniface, que desvió lentamente los ojos del Brezal Condenado. Las miradas de los dos líderes se encontraron.

En ese momento se oyó un rugido distante que iba creciendo sin cesar. Una vibración extraña y violenta parecía hacer temblar el cielo. Los que estaban en la terraza miraron rápidamente en dirección a la cabeza del Gran Dios y hacia los hombres que seguían trabajando en torno al cuello. Pero el ruido era demasiado fuerte para venir de allí…

De pronto, un gran estruendo resonó en el cielo. Procedente del Sol avanzaba un objeto que lo oscurecía.

Una expresión insolente de triunfo brilló en los ojos de Goniface, que seguían enfrentados a los del Hombre Negro.

—Habíais vencido —dijo—, pero ahora vais a perder. Con retraso,

pero no demasiado tarde, llega la ayuda que habíamos solicitado al Cielo. Nos trae bastantes armas y máquinas militares para invertir el sentido de las cosas y reconquistar la Tierra tan escasamente armada.

El estruendo llegó a su demoledor apogeo y una sombra inmensa oscureció el Santuario. Un ingenio elipsoidal gigantesco apareció en lo alto, proveniente del Sol y se posó en el Brezal Condenado. Sus potentes haces repulsores roturaron el suelo gris como enormes arados y cavaron grandes hoyos. Mientras todavía se balanceaba en el aire, se abrían en su superficie de reflejos mate unas portillas circulares.

Goniface esperaba que la consternación se reflejara en la cara de su adversario, pero no fue así.

Cuando el estruendo cesó, el Hombre Negro sonrió amigablemente y comentó con indiferencia:

—Oh, ya conocía la llegada de la nave de refuerzo que venía de Luciferópolis. He salido para ver cómo aterrizaba. Goniface, lo que dices es cierto. También sé que Lucifer es el nombre de la Estrella de la Mañana, Venus. Desgraciadamente para la Jerarquía, es también uno de los nombres de Satán. Por supuesto que es comprensible que no supieras nada de los últimos acontecimientos que han ocurrido allí. Las comunicaciones con Venus han sido muy defectuosas, ¿no es cierto? Y no es porque se esté moviendo hacia el lado opuesto del Sol, me temo. Sin embargo, me había imaginado que ya habríais adivinado que la Brujería también actuaba en Venus y que las cosas irían más de prisa en las pequeñas colonias que en el planeta madre. Supongo también que habrá ocurrido lo mismo en Marte, pero como ahora Marte está al otro lado del Sol, tardaremos unos dos meses en de saberlo con seguridad.

El Hombre Negro dio la vuelta y miró hacia arriba. De las portillas abiertas de la nave espacial, surgían escuadrones negros, para gran sorpresa y terror de los que paseaban por las terrazas que parecían estar a punto de huir, presos del pánico.

—Supongo que se trata de ángeles —comentó el Hombre Negro— pintados de negro y un poco modificados. Excepto los de mayor tamaño. Creo que los llamáis arcángeles y serafines. ¿No es así?

»Ya lo veis. En realidad se trataba de nuestra nave de apoyo —prosiguió con aire pensativo—. Imagino que Asmodeo comprendió desde el primer momento que cualquier rebelión contra la Jerarquía debía ser multiplanetaria. Además, la Jerarquía siempre ha tenido bases menos sólidas en las colonias y me han dicho que las colonias superior elegir mejor su bando durante la guerra interplanetaria que propició la

llegada de la Jerarquía. Y para someterlas habría sido necesaria una gran guerra como la Interplanetaria que destruyó la Edad de Oro, ¿no es cierto? El mismo Brezal Condenado es uno de los restos de esa guerra, ¿no es así? ¡Qué armas tan diabólicas se utilizaron entonces! Las nuestras parecen simples juguetes en comparación con aquéllas.

El Hombre negro miro de reojo a Goniface y con un cierto humor lleno de malicia continuó:

—Los sacerdotes debíais sentir un cierto alivio al pensar que siempre podíais solicitar la ayuda del Cielo, o, refugiaros allí en caso necesario. Y también un placer irónico, al saber que el mito de la Humanidad que toma el Cielo por asalto era literalmente exacto. Bueno, por el momento tenemos un poco del Cielo en la Tierra, para cambiar.

Goniface ya no intentaba esconder el desprecio que sentía hacia sí mismo.

—No tengo que recordaros —dijo fríamente— que sería mejor y más prudente que ordenaseis mi ejecución inmediata. A menos que deseéis divertiros un rato a mi costa todavía.

El Hombre Negro rió abiertamente.

—Esto sí que me divierte, en efecto. Creo que soy una de las pocas personas que se divierten con esta clase de cosas.

Las últimas palabras las dijo echando una rápida mirada a Sharlson Naurya. Después miró a Goniface y su voz se hizo más grave.

—No. Me temo que no podamos permitirnos el lujo de este tipo de venganza. Estamos demasiado escasos de personal para desperdiciarlo. La Jerarquía estaba muy ocupada gobernando a los fieles; nuestras dificultades deberían ser evidentes para ti. No podemos desperdiciar mentes como la tuya. Me parece que el hermano Dhomas pronto reconstruirá personalidades, en una dirección u otra, porque en el fondo, lo único que le interesa son las propias transformaciones. Por supuesto que podría no tener éxito. Jarles, por ejemplo, ha sido un éxito que ha resultado un poco caro, ¿no es cierto? Y, sin embargo, tomando las precauciones necesarias, vale la pena hacer la prueba.

Más tarde, una vez que el antiguo Jerarca del Mundo hubo sido conducido a otro recinto, el Hombre Negro y Sharlson Naurya contemplaban a la multitud agitada que asistía al aterrizaje de una escuadrilla de negros demonios, desde las terrazas inferiores. Aparecieron los colonos de Venus que los pilotaban y se volvieron hacia la Catedral para comprobar que los que trabajaban allí ya casi habían completado la vuelta en torno al cuello del Gran Dios.

El Hombre Negro le confió en voz baja a la muchacha:

—Me siento más impaciente de lo que nunca hubiera admitido por hacer trabajar a nuestro lado a las mejores mentes de la Jerarquía. Hablaba en serio cuando le decía a Goniface que estamos escasos de personal, especialmente si tenemos en cuenta lo que queremos hacer. Asmodeo está muerto. ¡Descanse en paz! ¡Cuando pienso en lo que va a suceder! La situación estará tranquila durante unos días, pero después… En primer lugar, los fieles querrán matar a todos los sacerdotes. Algo de eso debe estar ocurriendo ya. Somos la única protección de que disponen. Además, los fieles siguen todavía impregnados de lo sobrenatural y están convencidos de que la Brujería se erigirá en una nueva religión. Esperan realmente ir a la iglesia y encontrarse una estatua de Satanás encima del altar. Probablemente ya están decepcionados de que no haya habido muchos más milagros satánicos. Cuando vean que consideramos que la Brujería ya se ha acabado, algunos de ellos intentarán revivirla en contra de nosotros mismos. Otros, algo más tarde, intentarán revivir el culto al Gran Dios. Y, por encima de todo eso, ¡habrá intentos de contrarrevoluciones jerárquicas! Me temo que todos nosotros vamos a tener una vejez muy atareada, si llegamos a viejos… Piensa en todo el trabajo que nos espera para educar a los fieles, reconstruir el sistema social y llevarlo gradualmente a una economía jerárquica —¡quiero decir científica!—, ya que, al principio, tendremos que mantener ambas economías, la feudal y la jerárquica, lo que llevará a algunos de nuestros colegas procedentes de la Jerarquía, un tanto desequilibrados psicológicamente, a pensar que podría ser conveniente resucitar a la Jerarquía bajo un nuevo nombre, con túnicas negras en lugar de las de color escarlata. ¡Oh! No tengas miedo, nos espera un porvenir cargado de trabajo.

El Hombre Negro calló al darse cuenta de que un sacerdote bajo y regordete les contemplaba, a él y a Sharlson Naurya. Llevaba un brazalete negro y aguardaba a cierta distancia con timidez, como si tuviera dudas de presentarse o, tal vez, solicitar un favor. Al parecer, las miradas que obtuvo como respuesta le asustaron más que animarle, ya que se dio la vuelta y desapareció rápidamente.

—Conozco a ese sacerdote —dijo Sharlson Naurya—. Era uno de los que…

—Yo le conozco todavía mejor —interrumpió el Hombre Negro—. El hermano Chulian. El querido hermano Chulian. Apacible, gentil, lleno de buenas intenciones, pero un completo egoísta; un caso perfectamente representativo de la inmensa mayoría. Cuando pienso

que tendremos que reintegrar a tipos como ése en sus familias o, por lo menos, en la sociedad de los fieles… Y recuerda que los fieles no son precisamente, como ya sabes muy bien, un dechado de amabilidad y generosidad. Siglos de trabajo inútil y agotador les han hecho duros y fríos. ¡Oh! Bueno, ya hemos hablado de todo esto en otras ocasiones. Pero, ¿no te parece que necesitaré a alguien que me reconforte durante esos años exasperantes, llenos de trabajo ingrato?

El Hombre Negro miró abiertamente a los ojos de Sharlson Naurya.

Ella le devolvió la mirada y por un momento los rasgos cansados y graves de su rostro se suavizaron con una leve sonrisa. Después, volvió lentamente la cabeza y desvió los ojos. El Hombre Negro siguió la dirección de su mirada.

Estaba en el extremo de la terraza más elevada, de espaldas a ellos, mirando a los lejos y todavía llevaba la túnica escarlata de sacerdote del Cuarto Círculo.

—¡Oh!, probablemente tengas razón —admitió el Hombre Negro de mala gana, después de un momento—. Supongo que él también tiene algún derecho, también después de todo lo que ha pasado. Y no creo que el gobierno provisional quiera ejecutarle por el asesinato de Asmodeo. Sí, te comprendo. ¡De acuerdo! —Concluyó con voz amarga.

Naurya asintió.

—He vivido para vengarme —dijo la muchacha con lentitud—. He sufrido el mismo infierno que él está pasando ahora. Cuando todo terminó, esta mañana, intentó quitarse la vida. Le he prometido…

Cuando el Hombre Negro empezaba a darse la vuelta para marcharse, Sharlson Naurya continuó:

—Después de todo, tú al menos tienes un gran sentido del humor para consolarte.

—Sí —admitió el Hombre Negro—, pero hay situaciones en las que el sentido del humor no es demasiado divertido.

Y dicho esto, terminó de dar la vuelta para irse. Pero por la terraza venía corriendo y cojeando una silueta encorvada y vestida de harapos, con un sombrero puntiagudo y acompañada de una gata negra. La silueta levantó el bastón para hacer señal al Hombre Negro de que se detuviera. A su paso, los fieles se apartaban, se inclinaban ante ella y le hacían reverencias con gran respeto. Parecían más bien aliviados al ver a alguien que era evidentemente y sin duda una bruja. Se sentían satisfechos porque aquello encajaba con la situación.

—¡Estúpidos bobos! —fue el término despreciativo que la Madre

Jujy les aplicó cuando llegó, jadeante, a la terraza superior—. ¡Todos me hacen reverencias y se inclinan ante mí como si fuera un arcipreste o alguna monstruosidad! Pocos días antes todos querían quemar a la Madre Jujy, pero ¡ya no les oigo hablar de eso ahora!

—Saludos, honorable precursora —dijo el Hombre Negro—. ¿No te gustan los homenajes que te has merecido? ¿Hay algo más que desees? Sólo tienes que pedirlo.

—Quizá, haya venido a recuperar mi sangre —sugirió la vieja con voz sombría.

—Oh, Madre Jujy —replicó el Hombre Negro, haciendo que Dickon finalizara con sus floridos cumplidos—. Esa sangre es la más preciosa del mundo. Si pensásemos volver a utilizar la Catedral para su anterior uso, esa sangre la guardaríamos en una urna como la más sagrada de las reliquias.

—¡Tonterías! —respondió la Madre Jujy —. Soy una vieja perversa y me gustan las sensaciones viles. Esa es la única razón por la que le dejé que jugara a los vampiros. —Miró con malicia a Dickon—. No, no he venido para que me cubráis de flores. Quiero saber qué va a ocurrir conmigo.

—Creo que podrás ser una gran ayuda —dijo el Hombre Negro pensativo—. Necesitamos de tu punto de vista…, hum…, extraño, y los fieles querrán, aún más que antes, ese tipo de consejos que tan sólo tú puedes darles. Una especie de oficial de enlace, tal vez…

La Madre Jujy negó con la cabeza enfáticamente.

—No. ¡Soy una bruja y seguiré siendo una bruja! Y quiero decirte que no me gusta lo que está ocurriendo. ¿Por qué vais diciendo a los fieles que Satanás no existe?

—Porque es cierto, Madre Jujy. La Jerarquía y la Brujería, ambas están muertas.

—¡No me gusta! Vais a tener muchos problemas si empezáis a desvelar vuestros secretos. Siempre ha sucedido así.

—Temo que tengas razón —dijo el Hombre Negro.

Y con el ruido de algo hueco que cae en medio de un gran estruendo, la cabeza del Gran Dios se desplomó sobre la Plaza.

FIN